

# **Dating Violence y Cortejo Adolescente**

## **Un Estudio sobre la Violencia en las Parejas Sentimentales de los Jóvenes Andaluces**

Universidad de Córdoba.

Departamento de Psicología

**Tesis doctoral presentada por:**

**Carmen Viejo Almanzor**

**Directoras:**

**Rosario Ortega Ruiz**

**Virginia Sánchez Jiménez**



UNIVERSIDAD DE CORDOBA

**JULIO 2012**

TÍTULO: *Dating violence y cortejo adolescente. Un Estudio sobre la violencia en las parejas sentimentales de los jóvenes andaluces*

AUTOR: *Carmen Viejo Almanzor*

---

© Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba. 2012  
Campus de Rabanales  
Ctra. Nacional IV, Km. 396 A  
14071 Córdoba

[www.uco.es/publicaciones](http://www.uco.es/publicaciones)  
[publicaciones@uco.es](mailto:publicaciones@uco.es)

---





## INFORME RAZONADO DEL/DE LOS DIRECTOR/ES DE LA TESIS

(se hará mención a la evolución y desarrollo de la tesis, así como a trabajos y publicaciones derivados de la misma).

**TÍTULO DE LA TESIS: Dating Violence y Cortejo Adolescente: un Estudio sobre la Violencia en las Parejas Sentimentales de los Jóvenes Andaluces**

**DOCTORANDO/A: Carmen Viejo Almanzor**

El trabajo de investigación realizado por Carmen Viejo bajo mi dirección y en co-dirección de la Dra. Virginia Sánchez, presenta, a nuestro juicio, suficientes indicios de calidad y rigor científico como para que sea presentado a defensa pública y evaluado en Comisión Académica. Elaborado en el marco temporal del disfrute de una beca de Formación de Profesorado Universitario, concedida por el Ministerio de Educación, y en el interior de un proyecto de investigación financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Estado Español, se trata de un estudio bien fundamentado que incluye una actualizada revisión de la literatura científica sobre el tema de las relaciones sentimentales adolescentes buscando la redefinición de la naturaleza de los sentimientos de amor adolescente, constitución y desarrollo de la pareja juvenil y descubrimiento de algunos riesgos del proceso. Particularmente se ha enfocado en el riesgo de violencia física. Una metodología psicométrica usando instrumentos de autoinforme respecto de variables personales, variables del contexto de los iguales y variables de pareja ha permitido un análisis descriptivo de lo que se ha establecido como cortejo normativo o psicoevolutivo positivo y la detección de factores de riesgo, particularmente del riesgo de violencia física. Partiendo de análisis exploratorios y multivariantes y utilizando con posterioridad técnicas de ecuaciones estructurales, este trabajo ha permitido explorar diferentes modelos explicativos de la violencia física desde una aproximación multidimensional, considerando además el sexo como variable moduladora en todo el proceso. Estos resultados ofrecen sólidas aportaciones empíricas en la línea con las más recientes contribuciones teóricas y empíricas desarrolladas en el contexto científico nacional e internacional y abre nuevos interrogantes al problema de la violencia en el interior de la vida sentimental y de pareja. El resultado es un trabajo científico que ya ha producido algunos artículos publicados en revistas de impacto, presentación de comunicaciones en congresos relevantes del área de la psicología evolutiva y los estudios de género y que espera producir al menos dos artículos científicos más en los próximos meses.

Por todo ello, se autoriza la presentación de la tesis doctoral.

Córdoba, 8 de junio de 2012

Firma del/de los director/es

Fdo.: ROSARIO ORTEGA Fdo.: VIRGINIA SANCHEZ



# Índice

---

Índice.....	5
Índice de tablas .....	9
Índice de gráficas .....	11
Resumen.....	13
Abstract .....	14
Introducción .....	15
<i>Capítulo 1: El juego del cortejo: aprendiendo una nueva forma de relación .....</i>	<i>17</i>
1. Amor y adolescencia: el prisma de la psicología positiva .....	20
1.1. Un nuevo enfoque teórico: potencialidades versus déficits.....	21
1.2. El amor como emoción positiva, fortaleza humana y competencia adolescente .....	26
2. Las relaciones sentimentales desde una perspectiva evolutiva.....	30
2.1. Del grupo de amigos a las primeras parejas: desarrollo evolutivo .....	31
2.2. El desarrollo de la pareja: hacia la búsqueda de intimidad y compromiso.....	36
2.3. Las relaciones sentimentales adolescentes y el desarrollo personal.....	41
<i>Capítulo 2: La otra cara de la moneda: la violencia en las parejas adolescentes .....</i>	<i>45</i>
1. Violencia en las relaciones sentimentales adolescentes: consideraciones teóricas y metodológicas .....	48
1.1. Consideraciones metodológicas: cómo abordar el fenómeno .....	49
1.2. Más allá de un cortejo torpe: el fenómeno Dating Violence .....	52
1.3. La violencia física en las parejas adolescentes.....	56
2. Hacia un marco explicativo de la violencia física en las parejas adolescentes .....	60
2.1. Teorías explicativas: modelos clásicos versus modelos actuales.....	60
2.2. Factores predictores personales y contextuales: la óptica de un modelo multifactorial .....	67
<i>Capítulo 3: Metodología.....</i>	<i>73</i>
1. Objetivos e hipótesis del estudio .....	75
2. Participantes.....	78
2.1. Procedimiento de muestreo .....	78
2.2. Características socio-demográficas.....	79
3. Instrumentos .....	81
3.1. Bloque I: Datos socio-demográficos.....	81
3.2. Bloque II: Variables personales, comportamentales y actitudinales .....	81
3.2.1. Autoestima .....	81
3.2.2. Problemas internalizantes y externalizantes .....	82
3.2.3. Actitudes sexistas .....	82
3.2.4. Consumo de sustancias .....	83
3.3. Bloque III: Variables del contexto de iguales .....	83
3.3.1. Comportamiento agresivo.....	83
3.3.2. Molestias sexuales.....	83
3.3.3. Comportamiento transgresivo .....	84
3.4. Bloque IV: Características y calidad de las relaciones sentimentales de los adolescentes.....	84

---

3.4.1. Situación sentimental y experiencia de ruptura .....	84
3.4.2. Factores de calidad de pareja .....	85
3.5. Bloque V: Violencia en las relaciones sentimentales de los adolescentes .....	86
3.5.1. Violencia física .....	86
4. Procedimiento de obtención de la información .....	86
<i>Capítulo 4: Análisis preliminares y validación de instrumentos.....</i>	<i>89</i>
1. Casos perdidos y supuestos básicos .....	91
2. Estructura factorial de los instrumentos .....	94
2.1. Instrumentos referidos a las variables personales .....	96
2.1.1. Escala de Autoestima Rosenberg (1965) .....	96
2.1.2. Youth Self-Report (Achenbach, 1991) .....	99
2.1.3. Escala de Detección del Sexismo Adolescente (Cuadrado et al., 2005) .....	103
2.2. Instrumentos referidos al contexto de iguales .....	107
2.2.1. Sexual Harassment Survey (AAUW, 1993).....	107
Victimización.....	108
Agresión .....	109
2.2.2. Peer Orientation (Fuligni y Eccles, 1993) .....	112
2.3. Instrumentos referidos a la variable de parejas .....	113
2.3.1. Adap. Peer Orientation-Couple (Fuligni y Eccles, 1993) .....	113
2.3.2. Network Relationships Inventory (Furman y Burhmester, 1985).....	115
2.3.3. Conflict Tactics Scale (Straus, 1979; 1996) .....	117
Agresión chicas .....	119
Agresión chicos .....	120
Victimización chicas .....	122
Victimización chicos.....	124
<i>Capítulo 5: Resultados I: Las parejas adolescentes y el desarrollo personal .....</i>	<i>127</i>
1. Parejas adolescentes: desvelando mitos .....	129
1.1. Situación sentimental de los adolescentes andaluces.....	129
1.2. Características de las parejas adolescentes.....	131
1.2.1. Frecuencia y solidez de las parejas .....	131
1.2.2. Calidad de las relaciones sentimentales adolescentes.....	133
1.2.3. Tiempo y actividades compartidas .....	136
1.3. Desarrollo de las relaciones adolescentes .....	138
2. Desarrollo adolescente: parejas, ajuste psicológico y actitudes sexistas .....	144
2.1. Chicos y chicas: situación sentimental, ajuste psicológico y actitudes sexistas .....	145
2.2. Experiencia sentimental, ajuste psicológico y actitudes sexistas durante la adolescencia: el efecto de la edad .....	148
2.3. Ajuste psicológico y actitudes sexistas en pareja: tipo de relación .....	151
<i>Capítulo 6: Resultados II: Violencia física en las parejas adolescentes: prevalencia del fenómeno y factores explicativos.....</i>	<i>154</i>
1. Del erotismo a la violencia: agresión y victimización física en la pareja adolescente ....	156
1.1. Prevalencia de violencia física en las parejas adolescentes: efecto del sexo, edad y tipo de relación .....	156
1.2. La violencia física a examen: frecuencia, rol de implicación y gravedad del comportamiento .....	157

1.2.1. Frecuencia de la implicación en violencia física .....	158
1.2.2. Agresión y/o victimización: reciprocidad de la violencia .....	159
1.2.3. La gravedad del comportamiento violento .....	159
2. Hacia un modelo explicativo de la violencia física en pareja .....	164
2.1. Factores relacionados con la violencia física leve y grave: diferencias por sexo .....	164
2.1.1. Variables personales. ....	165
2.1.2. Variables del contexto de iguales.....	167
2.1.3. Variables del contexto de la pareja .....	168
2.2. Modelos explicativos de la violencia física en la pareja adolescente .....	169
2.2.1. El modelo de agresión física en las chicas .....	172
2.2.2. El modelo de victimización en las chicas.....	175
2.2.3. El modelo de agresión física en los chicos .....	177
2.2.4. El modelo de victimización física en los chicos .....	179
<i>Capítulo 7: Conclusiones y futuras líneas de investigación .....</i>	<i>182</i>
1. Discussion and conclusions .....	184
1.1. Adolescent dating relationships: their characteristics and development. ....	184
1.2 Dating relationships and the personal development of the partners.....	188
1.3. Physical violence in adolescent dating .....	190
1.4. Explicative models for physical violence in dating relationships .....	192
2. Usefulness and limitations of the study and areas for future research.....	197
<i>Capítulo 8: Referencias.....</i>	<i>200</i>
<i>Anexos .....</i>	<i>230</i>
Anexo 1. Instrumentos del estudio .....	232
Anexo 2. CFA de los instrumentos del estudio. Parámetros estimados .....	246
Anexo 3: Modelos explicativos de la violencia física en pareja.....	258

---





# Índice de tablas

---

Tabla 1: Características personales de los participantes .....	79
Tabla 2: Características familiares de los participantes .....	80
Tabla 3: Índices de ajuste de los modelos de la Escala de Autoestima.....	97
Tabla 4: Índices de ajuste de los modelos de Youth Self-Report .....	100
Tabla 5: Índices de ajuste de los modelos de la Escala de Detección del Sexismo Adolescente .....	104
Tabla 6: Índices de ajuste de los modelos de Molestias Sexuales (victimización) .....	109
Tabla 7: Índices de ajuste de los modelos de Molestias Sexuales (agresión) .....	110
Tabla 8: Índices de ajuste de los modelos de Molestias Sexuales (agresión). Continuación.....	111
Tabla 9: Índices de ajuste de los modelos de la Escala de Comportamiento Transgresivo .....	113
Tabla 10: Índices de ajuste de los modelos de la Escala de Comportamiento Transgresivo en Pareja ..	114
Tabla 11: Índices de ajuste de los modelos de Calidad de las Relaciones .....	116
Tabla 12: Índices de ajuste de los modelos de Agresión Física en chicas .....	119
Tabla 13: Índices de ajuste de de los modelos de Agresión Física en chicos .....	121
Tabla 14: Índices de ajuste de los modelos de Victimización Física en chicas .....	122
Tabla 15: Índices de ajuste de de los modelos de Victimización Física en chicos.....	124
Tabla 16: Situación sentimental actual de los adolescentes andaluces: sexo y edad.....	130
Tabla 17: Cantidad y duración de parejas.....	132
Tabla 18: Variables de calidad de las parejas adolescentes.....	134
Tabla 19: Intimidad en el tiempo compartido en pareja .....	137
Tabla 20: Naturaleza de la relación.....	138
Tabla 21: Desarrollo de las parejas adolescentes .....	140
Tabla 22: Autoestima, situación sentimental y sexo. ....	145
Tabla 23: Comportamientos internalizantes y externalizantes, situación sentimental y sexo. ....	146
Tabla 24: Actitudes sexistas, situación sentimental y sexo. ....	147
Tabla 25: Autoestima y situación sentimental durante la adolescencia.....	148
Tabla 26: Comportamientos internalizantes y externalizantes y situación sentimental durante la adolescencia .....	149
Tabla 27: Actitudes sexistas y situación sentimental durante la adolescencia.....	150
Tabla 28: Ajuste psicológico y actitudes sexistas en los diferentes tipos de relación. ....	151
Tabla 29: Ajuste psicológico y actitudes sexistas según la calidad de la relación.....	152
Tabla 30: Distribución de la implicación en violencia a razón del sexo y la edad .....	157
Tabla 31: Frecuencia de la implicación en violencia física. ....	158
Tabla 32: Agresión, victimización y doble implicación.....	159
Tabla 33: Implicación en agresión y victimización leve y grave.....	160
Tabla 34: Correlaciones entre las formas leves y graves de violencia .....	163
Tabla 35: Victimización, agresión y doble implicación en violencia leve y grave .....	163
Tabla 36: Variables personales relacionadas con la agresión física .....	165
Tabla 37: Variables personales relacionadas con la victimización física.....	166

---

Tabla 38: Variables del contexto de iguales relacionadas con la agresión física .....	167
Tabla 39: Variables del contexto de iguales relacionadas con la victimización física .....	168
Tabla 40: Variables de la pareja relacionadas con la agresión física.....	168
Tabla 41: Variables de pareja relacionadas con la victimización física .....	169
Tabla 42: Índices de ajuste del SEM de agresión física femenina .....	173
Tabla 43: Parámetros estimados del SEM de agresión física femenina.....	173
Tabla 44: Índices de ajuste del SEM de victimización física femenina.....	176
Tabla 45: Parámetros estimados del SEM de victimización física femenina.....	176
Tabla 46: Índices de ajuste del SEM de agresión física masculina .....	178
Tabla 47: Parámetros estimados del SEM de agresión física masculina.....	179
Tabla 48: Índices de ajuste del SEM de victimización física masculina .....	180
Tabla 49: Parámetros estimados del SEM de victimización física masculina.....	181
Tabla 50: Escala de autoestima: parámetros estimados (modelo 3).....	246
Tabla 51: Youth Self-Report: parámetros estimados (modelo 2) .....	247
Tabla 52: Escala de Detección de Sexismo Adolescente: parámetros estimados (modelo 5) .....	248
Tabla 53: Molestias Sexuales (victimización): parámetros estimados (modelo 3) .....	250
Tabla 54: Molestias Sexuales (agresión): parámetros estimados (modelo 6) .....	251
Tabla 55: Escala de Comportamiento Transgresivo: parámetros estimados (modelo 1) .....	252
Tabla 56: Escala de Comportamiento Transgresivo en Pareja: parámetros estimados (modelo 2) .....	253
Tabla 57: Calidad de las relaciones: parámetros estimados (modelo 2).....	254
Tabla 58: Agresión Física en chicas: parámetros estimados (modelo 4) .....	255
Tabla 59: Agresión Física en chicos: parámetros estimados (modelo 4) .....	255
Tabla 60: Victimización Física en chicas: parámetros estimados (modelo 3) .....	256
Tabla 61: Victimización Física en chicos: parámetros estimados (modelo 3) .....	256

# Índice de gráficas

---

Gráfica 1: Modelo bifactorial de autoestima .....	98
Gráfica 2: Modelo de 4 factores de la Escala de Comportamientos Internalizantes y Externalizantes ..	102
Gráfica 3: Modelo bifactorial Escala de Detección de Sexismo Adolescente .....	106
Gráfica 4: Modelo bifactorial de Molestias Sexuales (victimización) .....	109
Gráfica 5: Modelo bifactorial de Molestias Sexuales (agresión).....	112
Gráfica 6: Modelo monodimensional del Comportamiento Transgresivo entre iguales.....	113
Gráfica 7: Modelo bifactorial para la Escala de Comportamiento Transgresivo en pareja .....	115
Gráfica 8: Modelo de 4 factores para la Calidad de las Relaciones .....	117
Gráfica 9: Modelo bifactorial de Agresión Física (chicas) .....	120
Gráfica 10: Modelo bifactorial de Agresión Física (chicos) .....	122
Gráfica 11: Modelo bifactorial de Victimización Física (chicas) .....	123
Gráfica 12: Modelo bifactorial de Victimización Física (chicos).....	125
Gráfica 13: Duración media de la relación sentimental actual: efecto de la edad y el sexo. ....	133
Gráfica 14: Calidad de las relaciones sentimentales: el efecto de la edad. ....	135
Gráfica 15: Tiempo compartido: ¿Cuánto tiempo pasas con tu novio/a después de clase o los fines de semana? .....	137
Gráfica 16: Interacción pareja/amigos: ¿Conocen tus amigos a la persona con la que sales? .....	138
Gráfica 17: Evolución de las relaciones sentimentales <sup>1</sup> .....	142
Gráfica 18: Implicación en agresión leve y grave.....	162
Gráfica 19: Implicación en victimización leve y grave.....	162
Gráfica 20: Esquema-patrón de los modelos de ecuaciones estructurales .....	171
Gráfica 21: Modelo resumen de agresión chicas.....	174
Gráfica 22: Modelo resumen de victimización chicas.....	175
Gráfica 23: Modelo resumen de agresión chicos.....	177
Gráfica 24: Modelo resumen de victimización chicos .....	180
Gráfica 25: Modelo completo de agresión chicas.....	259
Gráfica 26: Modelo completo de victimización chicas.....	260
Gráfica 27: Modelo completo de agresión chicos.....	261
Gráfica 28: Modelo completo de victimización chicos .....	262

---



# Resumen

---

En los últimos años, el interés científico por el ámbito de las relaciones sentimentales adolescentes se ha incrementado. Entendidas como una nueva manifestación del sentimiento de amor, estas relaciones inciden en el desarrollo positivo de chicos y chicas y son fuente de satisfacción general. No obstante, una mala gestión del nuevo proceso de relación implícito en ellas puede suponer un riesgo para sus protagonistas, avocándolos a situaciones de violencia. El presente trabajo parte de una batería de instrumentos que versan sobre variables personales, variables del contexto de los iguales y de la pareja, y variables de la violencia física en pareja, sometidos todos ellos a análisis confirmatorios (CFA), y de una muestra aleatoria estratificada de 3.258 adolescentes andaluces, para el análisis de dos aspectos fundamentales: de un lado, las características, evolución e incidencia de estas relaciones sentimentales para sus protagonistas, de otro lado, la violencia física que puede producirse en estas parejas y los factores de riesgo asociados a ella. Con análisis descriptivos –ANOVA, MANCOVA, Chi-Cuadrado, conglomerados, correlaciones de Pearson, etc.- y explicativos –EFA y CFA-, se alcanzaron resultados que ponían de manifiesto no sólo la importancia de estas relaciones para los chicos y chicas y los beneficios que una relación de buena calidad les puede reportar, sino también la alta implicación en violencia física que existe desde el inicio de estas parejas y la importancia que tanto los factores personales como contextuales tienen para la comprensión de este fenómeno.

---

# Abstract

---

In recent years, scientific interest on adolescent romantic relationships' field has increased. As a new manifestation of love, these relationships affect the positive development of boys and girls and are a source of satisfaction. However, a poor management of the new relationship pattern implicit in them can pose a risk to its protagonists, leading them to violence situations. This paper uses a wide battery of instruments –related to personal variables, variables of the context of peers and partners, and physical dating violence variables-all subject to confirmatory factor analysis (CFA), and a random stratified sample -3,258 Andalusian adolescents-,for the analysis of two main topics. Firstly, the characteristics, development and incidence of these romantic relationships for its protagonists; secondly, the physical violence that may occur in these young couples and the risk factors associated with it. With descriptive analysis – such as ANOVA, MANCOVA, Chi-Square, cluster analysis, Pearson correlations, etc. - and explanatory analysis - EFA andCFA-, the results showed not only the importanceof these relationships for boys and girls and the benefits that a good quality romantic relationship can bring them, but also the high involvement in physical dating violence that exists and the importance that personal and contextual factors have to understand this phenomenon.

# Introducción

---

Durante mucho tiempo, las parejas adolescentes han estado consideradas como relaciones pasajeras, de poca importancia, asuntos banales definidos en base a una serie de mitos románticos que difícilmente llegarían a ser nada estable. La concepción que se tenía de ellas comienza a variar recientemente, cuando la literatura científica muestra su interés por ellas. En un primer momento, no obstante, esta mirada hacia las parejas jóvenes viene desde la pareja adulta, buscando en estas incipientes relaciones el origen de los problemas de violencia que acuciaban en momentos posteriores. No son, por tanto, el objetivo primero de la investigación sino un ámbito colateral al verdadero objeto de estudio. Sin embargo, los estudios pronto encuentran en estas parejas un verdadero ámbito de interés científico: con dinámicas relacionales que distan sobremanera de las establecidas en el ámbito marital, las parejas adolescentes comienzan a definirse como un objetivo de análisis en sí mismo. Qué dinámicas se establecen, cómo evolucionan, qué elementos intervienen, como afectan a sus protagonistas,... han sido aspectos abordados por la literatura científica en los últimos años.

Si bien muchos de los estudios desarrollados se focalizan en los aspectos ligados con la violencia que se produce en estas parejas -quizás por la tradicional violencia de género que les movió a interesarse por ellas-, muchos otros, de corte evolutivo, señalan la importancia que estas relaciones tienen para los adolescentes: casi la totalidad de los chicos y chicas, hacia el final de la adolescencia, sabe lo que es tener pareja, habiendo experimentado esta situación en algún momento de su corta vida sentimental.

Este trabajo nace de la paradoja que suponen estos dos frentes de investigación: si las relaciones adolescentes aparecen en su mayoría vinculadas con aspectos de violencia, ¿por qué tantos chicos y chicas participan de ellas?, ¿por qué resultan tener tanta importancia para los adolescentes?. Sin abandonar la idea de que iniciarse en esta nueva forma de relación supone un aprendizaje no exento de riesgos –entre ellos, la violencia-, se abordó el estudio en positivo de estas relaciones sentimentales, tratando de profundizar en aquellos aspectos beneficiosos que reportan a sus protagonistas y que conllevan que tantos chicos y chicas elijan implicarse en esta nueva forma de relación durante su adolescencia.

Los capítulos 1 y 2 hacen un recorrido por la literatura científica existente sobre cada uno de estos aspectos. En primer lugar, la visión más positiva de estas parejas, sobre la base que proporciona la psicología positiva se analiza el papel del amor en la vida de los adolescentes y la

---



incidencia que estas relaciones puede tener para ellos. En segundo lugar, la cara más ardua, la relativo a la violencia que se produce en estas parejas. Un análisis de las características de estos comportamientos agresivos y de los factores de riesgo que llevan a ella pondrán las bases teóricas del fenómeno denominado en la literatura internacional como *dating violence*.

Con todo ello se aborda la parte de trabajo empírico. El método queda desarrollado en el capítulo 3, explicitando los objetivos e hipótesis de estudio, la muestra de participantes y los instrumentos de medida que se utilizaron; instrumentos que fueron validados con CFA (análisis confirmatorios) como se detalla en el capítulo 4. Los capítulos 5 y 6 presentan los resultados de investigación obtenidos. De manera análoga a la presentación de la teoría y a los propios objetivos del estudio, en un primer momento se abordan los resultados relativos a las características de las parejas, el desarrollo de éstas y la incidencia que tienen para el desarrollo general de sus protagonistas. En un segundo momento, se realiza un estudio detallado de la violencia física que se desarrolla en el interior de estas parejas y se analizan los factores de riesgo que inciden en su aparición. Finaliza el capítulo 6 con la presentación de cuatro modelos estructurales que tratan de identificar aquellas variables que funcionan como predictoras de la agresión y victimización física de chicas y chicos.

Finalmente, el capítulo 7 presenta la discusión de estos resultados y las conclusiones a las que se pueden llegar considerando los datos a la luz de la teoría previa. Se indican, en este mismo capítulo, las principales limitaciones que ha encontrado el estudio en su desarrollo y se indican futuras líneas de investigación.

Las referencias consultadas (capítulo 8) y un bloque de anexos con los instrumentos utilizados y algunos datos de ampliación sobre los ya presentados en los capítulos de resultados, cierran el presente trabajo.

**El juego del**  
**cortejo:**  
**aprendiendo una nueva**  
**forma de relación**





Actualmente, la adolescencia está concebida como un periodo de transición entre la niñez y la adultez que se extiende, aproximadamente, durante la segunda década de vida. En ella se adquieren las habilidades y capacidades necesarias para llegar a un estatus social de nivel superior en el que se presupone el necesario desarrollo físico, cognitivo, emocional y social para el desempeño de una vida independiente. No obstante, como señalan Palacios y Oliva (1999), esta concepción occidental de la adolescencia no nace hasta el siglo pasado cuando la Revolución Industrial marca un punto de inflexión en lo social: la acentuación de la necesidad de formación y desarrollo para el desempeño de un trabajo cualificado hace necesaria la consideración de un tiempo de capacitación que retrasa la incorporación de los jóvenes al estatus de adulto. Este periodo de transición que Erikson (1968) denominó *moratoria social*, supone un compás de espera que sigue a la niñez en el que los jóvenes se preparan para incorporarse al mundo adulto no sólo en lo laboral, sino en la madurez compleja que abarca el desarrollo físico, emocional, cognitivo, social, etc.

Estos cambios que caracterizan la adolescencia han provocado, durante mucho tiempo, que fuese vista como un periodo de estrés y malestar para sus protagonistas. Stanley Hall (1904), pionero en el estudio de esta etapa del ciclo vital, la describe como un periodo de *tormenta y estrés* en el que el estado de ánimo de los jóvenes oscila continuamente entre puntos contrarios, tratando de adaptarse a los nuevos requerimientos sociales a la vez que se construyen ellos mismos en términos de su identidad adulta.

No obstante, en los últimos años se ha desarrollado una nueva perspectiva desde la que se señala que, pese a la existencia de numerosos cambios durante la adolescencia, no existen en este periodo más dificultades o tensiones que durante otros periodos evolutivos; si bien, como periodo de construcción sociocultural, no sólo los factores de maduración personal sino también los factores de construcción social pueden ser fuente de obstáculos o crecimiento para el desarrollo en años posteriores. De manera análoga al sesgo que infería dicha perspectiva dramática de la adolescencia, recientemente se ha subrayado la focalización que ha mantenido la psicología sobre el análisis de la patología y los problemas mentales. Este enfoque lleva a esta ciencia a un reduccionismo que, en palabras de Seligman y Csikszentmihalyi (2000), la ha convertido en *ciencia de la victimología*, siendo necesario no sólo un cambio de enfoque en cuanto a la consideración de la adolescencia, sino un cambio de enfoque en cuanto al marco científico desde el que se desarrollen los trabajos dirigidos al análisis de los cambios en esta etapa.

---

Las relaciones personales y las dinámicas sociales que se establecen en estos años son uno de los puntos fundamentales de cambio, influidos en parte por el desarrollo cognitivo que se produce en esta etapa, por la importancia creciente que toma la amistad y por otros tipos de relaciones con los iguales que comienzan a establecerse en este periodo evolutivo. Progresivamente, los jóvenes van aumentando la confianza con los iguales, considerándolos como fuente de intimidad, consuelo y bienestar general, y aunque los amigos íntimos forman una parte importante de esta red de apoyo, la exploración de las relaciones sentimentales representa una nueva experiencia fundamental en esta etapa del ciclo vital, satisfaciendo simultáneamente a las necesidades de independencia, identidad e intimidad (Miller y Benson, 1999).

Desde una óptica en la que priman las potencialidades sobre los déficits, el presente capítulo incorpora la Psicología Positiva al estudio de las relaciones sentimentales adolescentes, analizando las aportaciones que esta corriente supone respecto al estudio del amor durante esta etapa y centrándose en el estudio de las relaciones sentimentales durante la adolescencia. La evolución de éstas desde el grupo de iguales hasta la formación propiamente de las primeras parejas, sus características y el rol que desempeñan para el desarrollo y ajuste personal de sus protagonistas serán puntos de estudio en las siguientes páginas.

## 1. Amor y adolescencia: el prisma de la psicología positiva

---

La visión traumática y estresante que se ha tenido tradicionalmente de la adolescencia, de un lado, y de otro, la tradición patológica que ha asumido la psicología, ha llevado a muchos de los estudios que se han preocupado por el análisis del desarrollo adolescente a centrarse en un abanico de conductas problema asociadas con esta etapa: consumo de sustancias, conductas delictivas, tendencias depresivas, conflictos familiares, etc. (Acosta, Fernández y Pillón, 2011; Arim, Dahinten, Marshall y Sahpka, 2011; Johnston, O'Malley, Bachman y Schulenberg, 2012; Pons y Buelga, 2011; entre otros).

En este sentido, las relaciones sentimentales no han sido una excepción, estando tradicionalmente vinculadas a este mismo abanico de problemas. Sin embargo, la importancia que los adolescentes otorgan a este nuevo tipo de relación y un incipiente cambio, no sólo en la perspectiva de estudio de la adolescencia, sino en la dinámica general de los estudios de psicología, ha promovido el interés científico hacia el análisis del papel que el amor juega en el

desarrollo adolescente. Así, el marco teórico-empírico que ofrece la denominada Psicología Positiva, como nueva corriente psicológica que se centra en el estudio y análisis de los aspectos más positivos de la psique humana, parece idóneo para el análisis de los factores que inciden en el desarrollo adolescente.

### **1.1. Un nuevo enfoque teórico: potencialidades versus déficits**

El interés por la búsqueda del buen vivir, el bienestar y, en general, la felicidad, aun sin ser la primera preocupación que ha acaecido en los textos científicos, tampoco resulta un tema reciente (Fierro, 2009). Ya antes de la Grecia clásica se encontraban indicios de esta preocupación, generándose multitud de corrientes filosóficas y de pensamiento que trataron de esclarecer el cómo alcanzar este estado al que, aparentemente, aspiraba cualquier persona. Han sido, fundamentalmente, dos de estas grandes corrientes las que han evolucionado hasta nuestros días dando lugar a las bases teóricas de la Psicología Positiva (Vázquez, Hervás, Rahona y Gómez, 2009).

Por un lado se encuentra la filosofía eudaimónica. Siguiendo los postulados de Aristóteles, el bien (eudaimonía, felicidad) es una tendencia natural del hombre, y la vida virtuosa, el camino para alcanzarlo. En su *Ética a Nicómano*, se insta a los hombres a vivir de acuerdo al *daimón* o ideal de perfección, lo que supondría la consecución de las potencialidades del ser y el desarrollo de una vida de acuerdo a ellos. Riff (1989, 1995) recoge las aportaciones aristotélicas y les da soporte empírico, elaborando un instrumento que actúa como modelo multidimensional del *bienestar psicológico*. Las seis dimensiones que lo constituyen representan los retos o hitos a los que han tenido que enfrentarse y superar las personas que alcanzan el bienestar psicológico desde la perspectiva eudaimónica: autoaceptación, relaciones positivas con los otros, control ambiental, autonomía, propósito en la vida, y crecimiento personal (Riff y Keyes, 1995).

Por otra parte, la corriente de pensamiento hedonista se alza de la mano de Epicuro quien, decepcionado pero fuertemente marcado por el postulado aristotélico, se establece como referente filosófico alternativo (Fierro, 2009). Desde esta perspectiva, el placer se convertirá en el fin último de la vida, siendo la felicidad el resultado de un cúmulo de situaciones placenteras. Diener (1984) introduce el concepto *bienestar subjetivo* –de manera análoga al *bienestar psicológico*– para referirse a la satisfacción general con la vida, el nivel de afecto positivo y el nivel de afecto negativo, escalas que se corresponderían, a su vez, con la medida de la felicidad.

Sobre estos presupuestos, y motivada por anteriores iniciativas puntuales dentro del propio campo de la psicología –el movimiento humanista y la teoría de Maslow, por ejemplo–, nace

---

hace algo más de una década, la Psicología Positiva. Introducido el concepto por David Seligman (1999) en su discurso de toma de posesión de la presidencia de la Asociación Americana de Psicología, la novedad de este enfoque radica en lo que de estudio científico tiene (Padrós, Martínez, Yunuén y Medina, 2010), es decir, en la traducción que hace de las tradicionales conceptualizaciones de felicidad y bienestar en términos operativos y medibles como bienestar subjetivo o bienestar psicológico, concediendo a la psicometría la posibilidad de actuar en este ámbito. En este sentido Sheldon y King (2001) apuntan como definición de Psicología Positiva:

*(La Psicología Positiva) no es más que el estudio científico de las fortalezas y virtudes humanas. La Psicología Positiva hace un reconocimiento de una persona normal tratando de averiguar lo que funciona, lo que va bien, lo que se está mejorando; y se pregunta ¿cuál es la naturaleza de un funcionamiento humano eficaz, quién aplica con éxito las adaptaciones y habilidades aprendidas?, ¿y cómo explican los psicólogos el hecho de que, a pesar de todas las dificultades, la mayoría de las personas consigan tener un propósito en su vida y vivirla con dignidad? (...). La psicología positiva es un intento para instar a los psicólogos a adoptar una perspectiva más abierta y agradecida con respecto a las potencialidades, las motivaciones y las capacidades humanas. (pp.216, traducción propia).*

Seligman (2005), seguido posteriormente por Hervás (2009) o Mariñelarena-Dondena y Gancedo (2011), señalaba que desde este enfoque se aborda el estudio de tres grandes ámbitos: las emociones positivas, los rasgos positivos y las organizaciones positivas que permiten el desarrollo de los aspectos anteriores.

En relación a lo primero, las emociones positivas, la primera dificultad que se encuentra para su estudio radica en la propia definición de emoción como constructo medible. El concepto de emoción ha venido ligado a un amplio debate conceptual y terminológico que, sin una clara resolución, parece llegar a consenso al considerarlas como tendencias de respuesta multidimensionales que surgen a partir de la evaluación consciente o inconsciente, por parte del sujeto, del significado personal de algún acontecimiento previo; esta evaluación genera una tendencia de respuestas en cascada, manifestaciones levemente encadenadas como experiencias subjetivas, expresiones faciales, procesamientos cognitivos, cambios fisiológicos, etc. que se viven de manera intensa pero breve (Fredrickson, 2001). Esta dificultad conceptual se acentúa cuando nos referimos al estudio de las emociones positivas, ya que tradicionalmente han sido relegadas a un segundo plano frente a las emociones negativas. Fredrickson (1998)

señala que existen tres razones fundamentales que han actuado de detonante de esta situación: en primer lugar, las emociones positivas parecen, a priori, menos y están menos diferenciadas entre sí que las emociones negativas. En muchas ocasiones no se cuenta con una etiqueta para nombrarlas –tradicionalmente descuidadas frente a las emociones negativas, los significantes de las emociones positivas pueden resultar vagos o ambiguos en muchas ocasiones-, por lo que su definición se hace difusa y poco precisa (Hervás, 2009; Vecina, 2006). En segundo lugar, el enfoque tradicional de la psicología, dirigido a la búsqueda de la raíz del problema y a su solución, ha revertido en el análisis y focalización de las emociones negativas como causantes de problemas individuales y sociales que requerían una intervención. Por último, las teorías emocionales que se han desarrollado buscaban la máxima aplicabilidad y, por tanto, debían sustentarse en el estudio de las “emociones prototípicas”. Considerando la naturaleza difusa de las emociones positivas, por un lado, y la presión por entender las emociones negativas, por otro, parece lógico pensar que emociones como el miedo o el enfado hayan sido tomadas tradicionalmente como emociones prototipo (Fredrickson, 1998). Sin embargo, los estudios que se han venido realizando parecen coincidir en señalar que las emociones positivas tienen una gran cantidad de efectos positivos para el desarrollo y funcionamiento psicológico (Hervás, 2009). De forma análoga a como las emociones negativas contribuyen a solucionar problemas de supervivencia, las emociones positivas facilitan aspectos del desarrollo y crecimiento personal así como de conexión social (Vecina, 2006). Y no sólo ejercen un efecto positivo en el momento presente, sino que aumentan la probabilidad de bienestar en el futuro (Fredrickson y Joiner, 2002). Por tanto, el interés por estas emociones desde el prisma de la Psicología Positiva estaría ampliamente justificado.

Peterson y Seligman (2004), por su parte, señalaron que existen, además, distintas características de la personalidad que se consideran generalmente como valiosas, diversos rasgos positivos que se reflejan en los pensamientos, sentimientos o comportamientos de las personas y que podrían ser considerados como *fortalezas humanas*. Sobre esta idea se desarrolla la *Values in Action Classification* (VIA), como la versión en psicología del *Diagnostic and Statistical Manual* (DSM), con la que se pretende reclamar el estudio del carácter y de las fortalezas humanas como parte del ámbito científico, ofreciendo para ello medidas aplicables en los diferentes momentos del ciclo vital. Sobre el presupuesto de los trabajos realizados por diversos autores (Gillham y Seligman, 1999; Diener y Lucas, 2000; Seligman y Csikszentmihalyi, 2000; Shigehiro, Ulrich y Diener, 2001; entre otros), Peterson y Seligman (2004) realizan una clasificación y sistematización jerárquica de estos rasgos positivos, estableciendo para ello una organización en tres niveles en la que consideran las virtudes, las fortalezas, y los atributos

---



situacionales. Las virtudes (*virtues*) son entendidas como características universales, valoradas por las corrientes filosóficas, morales, religiosas y culturales, y que parecen estar relacionadas con una base biológica que, a través de la evolución, las ha mantenido como necesarias para la supervivencia de la especie; son seis: sabiduría y conocimiento, coraje o valentía, humanidad y amor, justicia, templanza o contención, y trascendencia o espiritualidad. Las fortalezas humanas o fortalezas de carácter (*character strengths*) son los procesos o mecanismos psicológicos que hacen visibles y definen las virtudes; diferencian –a modo de propuesta inicial sometida a continua revisión, según los propios autores– un total de veinticuatro fortalezas agrupadas en torno a las virtudes previamente identificadas. Por último, los atributos situacionales (*situational themes*), que vienen definidos como los hábitos o actitudes concretas que llevan a las personas a manifestar una fortaleza determinada en una situación dada. Si bien los propios autores reconocen que éste es un concepto aún en construcción del que no se tiene una clasificación exhaustiva, pueden llegar a identificarse cientos de ellos asociados a situaciones tales como el trabajo, el matrimonio, o una actividad deportiva (Peterson y Seligman, 2004). Sin embargo, la aportación fundamental de este enfoque reside en su planteamiento de base: no se trata de destacar las debilidades de la persona, sino de favorecer la concienciación sobre las propias capacidades aplicando y desarrollando las fortalezas; así se reducirán las debilidades como proceso natural del crecimiento y potenciación de las cualidades positivas (Hervás, 2009).

De este modo, la Psicología Positiva trata de poner el análisis del bienestar y de las fortalezas humanas en el punto de mira de la investigación empírica, dejando de lado la conceptualización reduccionista de la psicología como *ciencia de la victimología*. Sin embargo, y pese a la novedad de este enfoque y a su reciente conceptualización como tal, llama la atención la tendencia que ha existido a focalizar su aplicación sobre la población adulta. La búsqueda del bienestar y la felicidad basada en la propia potencialidad se han mostrado como una preocupación casi exclusiva de una etapa del ciclo vital en la que se veían resueltas otras tareas de desarrollo (Diener y Diener, 2009).

La adolescencia por el contrario, considerada no sólo desde el ámbito científico, sino desde el ámbito social, como una etapa turbulenta y dramática, ha estado acompañada por una imagen desfavorable y centrada en el déficit. Oliva y cols. (2010) señalan que incluso la terminología empleada para definir a un adolescente competente, o con buen desarrollo psicológico y comportamental, estaba referida a la negación de vinculaciones con los trastornos o conductas de riesgo asociados a esta etapa. Este vocabulario, fiel reflejo del paradigma predominante centrado en el déficit, dejaba en un segundo plano las consideraciones referidas a las

competencias inter e intra personales de los adolescentes, sus expectativas de futuro o sus manifestaciones de optimismo. Sin embargo, frente a esta tendencia por definir el desarrollo positivo de los adolescentes únicamente en términos de ausencia de conductas problema, se pueden distinguir algunos autores que, con la etiqueta de Psicología Positiva o no, han centrado su trabajo en el análisis de las potencialidades de niños y adolescentes (Diener y Diener, 2009).

El desarrollo de las emociones positivas y las fortalezas humanas aporta un nuevo prisma desde el que acercarse al estudio y análisis del desarrollo adolescente. En esta línea ha surgido en los últimos años en EEUU un enfoque que reúne las iniciativas sociales, programas, y estudios realizados en esta línea: *Positive Youth Development (PYD)*. Pese a que algunos autores señalan que éste no es un enfoque derivado de la Psicología Positiva (Lerner, 2005), lo cierto es que comparten algunos fundamentos básicos: desde esta óptica, el desarrollo adolescente se concibe como un desarrollo positivo, basado en la competencia y en las fortalezas de los jóvenes, y encaminado a la consecución de una transición hacia la vida adulta de manera, personal y socialmente, satisfactoria (Benson, Scales, Hamilton y Sesman, 2006; Lerner, Almerigi, Theokas y Lerner, 2005; Lerner, 2005; Oliva et al., 2010). Como ya ocurriera con los presupuestos de la Psicología Positiva, una de las dificultades con las que choca en su empeño este enfoque es la definición y medida empírica de los elementos determinantes del desarrollo positivo adolescente (Benson et al., 2006). Quizás una de las primeras evidencias empíricas a este respecto, así como uno de los modelos más completos (Oliva et al., 2010), la ofrece el modelo desarrollado por Lerner y cols. (2005b) que, en base a metodología de modelos de ecuaciones estructurales, establece una clasificación con cinco factores latentes de primer orden llamados las Cinco Cs del Desarrollo Positivo Adolescente (*the Five Cs of PYD*): Competencia, Confianza, Conexión, Carácter, y Cuidado/Compasión.

En cualquier caso, sea cual fuere la terminología utilizada y el paradigma teórico en el que se enmarquen estos estudios pioneros, lo que parece ineludible es la tendencia que se está experimentando en los últimos años desde el ámbito de la psicología hacia un enfoque más positivo del ser humano, donde se pongan de manifiesto las potencialidades del individuo frente a sus déficits. Esta perspectiva no podía escapar a los estudios realizados en la etapa adolescente en la que la intensidad con la que se viven los acontecimientos y los continuos cambios a nivel físico, social, cognitivo, emocional, etc. determinarán el bienestar y ajuste psicológico de chicos y chicas.

---

## **1.2. El amor como emoción positiva, fortaleza humana y competencia adolescente**

Frente a la oportunidad que plantea el análisis de las fortalezas y emociones positivas de los individuos, se erigen las dificultades que este nuevo enfoque supone. Si bien existe una terminología definida y establecida en torno a lo que el enfoque del déficit requiere, no ocurre lo mismo cuando nos referimos a las potencialidades humanas.

No obstante, parece que algunos de los elementos que se perfilan como unidades de análisis emergen como aspectos tan esenciales del desarrollo positivo que, ineludiblemente, se contemplan desde cualquier vertiente interesada por una perspectiva de desarrollo positivo. Este es el caso del amor: sea como emoción positiva, sea como fortaleza humana, sea como competencia adolescente, ha recibido atención desde las diferentes aproximaciones.

Centro de teorías y conceptualizaciones tradicionales, así como de corrientes filosóficas, ideológicas o religiosas, el amor no ha sido, sin embargo, objeto de estudio científico hasta el último tercio del siglo XX cuando se empezaron a desarrollar métodos de estudio y trabajos empíricos que trataban de esclarecer y entender esta emoción (Peterson y Seligman, 2004). La controversia derivada de si el amor puede ser considerado como emoción básica o no (ver Shaver, Morgan y Wu, 1996, para una revisión de la problemática asociada) ha repercutido en la cantidad de estudios centrados en emociones que lo han obviado entre los elementos de análisis. De cualquier modo, y aun sin ser comparable al conocimiento que tenemos de emociones como el miedo, la ira, o la frustración, que se han venido estudiando durante años como emociones básicas (Hervás, 2009), se encuentra evidencia empírica del efecto del amor sobre el bienestar de las personas: en todas las edades y en diferentes culturas, el entusiasmo, el optimismo, el amor, o la inteligencia social, están fuertemente asociados con la satisfacción con la vida (Park, 2004).

El amor, entendido como un estado cognitivo, comportamental y emocional para con los otros, resulta una manifestación de la necesidad de afiliación y apego del ser humano. Social por naturaleza, el individuo tiene una necesidad inherente de conexión o, como Baumeister y Leary (1995) la denominan, una necesidad de pertenencia. Acorde con esto, podría decirse que el amor adopta diferentes formas prototípicas que definen el tipo de relación y conexión que se establece entre las personas: a) el amor hacia aquellos para quienes nuestro bienestar es una prioridad y son nuestra principal fuente de afecto, protección y cuidado; ejemplo de este modelo es el amor hacia los padres; b) el amor por las personas que dependen de nosotros, a quienes protegemos, apoyamos, procuramos su felicidad y bienestar, damos seguridad y

confort, aquellos cuyos intereses antepone a los propios: es, por ejemplo, la forma de amor hacia los hijos; c) por último, el amor que incluye pasión, deseo por una intimidad y cercanía física, emocional y sexual con alguien especial y que nos hace sentir especiales: prototipo de esta situación es el amor romántico. Los diferentes tipos de relaciones pueden contener más de un tipo de amor, o evolucionar de uno a otro, sin embargo, las relaciones de pareja son las únicas susceptibles de contener los tres tipos de amor (Peterson y Seligman, 2004), lo que repercute en el efecto positivo de éstas para la vida de las personas, siendo que las personas más felices son más sociales que las personas menos felices, y tienen relaciones fuertemente románticas (Diener y Seligman, 2002).

Sternberg (1986) desarrolla una teoría del amor y su papel en las relaciones interpersonales poniendo de manifiesto los elementos que forman parte de éste - la pasión, la intimidad y el compromiso-, y su manifestación en las relaciones sentimentales. La pasión se manifiesta con sentimientos de amor intenso, atracción y acercamiento sexual, siendo el elemento que mejor diferencia las relaciones sentimentales de otras relaciones sociales (Connolly y Goldberg, 1999). Durante la adolescencia, los acercamientos físicos y manifestaciones sexuales aumentan en intensidad a medida que aumenta la edad y/o la duración de la relación, comenzando con manifestaciones leves como abrazos, besos o cogerse la mano, y avanzando hacia manifestaciones que implican mayor intimidad entre los protagonistas (Manning, Giordano y Longmore, 2006). Esta intimidad, como segundo componente del amor, se identifica con la comunicación de los sentimientos más íntimos, con el desarrollo de un sentido de honestidad y confianza para con la otra persona y la manifestación de apoyo incondicional. También este elemento se desarrolla a lo largo de la adolescencia, alcanzando su punto máximo hacia el final de esta etapa cuando los chicos y chicas son capaces de responder a las necesidades emocionales de sus parejas y se sienten, igualmente, atendidos (Connolly y Johnson, 1996; Furman y Buhrmester, 1992). Por último, el compromiso, aun siendo uno de los elementos básicos del amor ha sido el menos estudiado respecto a las relaciones adolescentes ya que, tradicionalmente, han sido consideradas relaciones puntuales. Sin embargo, hacia el final de la adolescencia, chicos y chicas definen sus relaciones en términos de seriedad y exclusividad, depositando grandes dosis de confianza en la otra persona así como en la continuidad de la relación (Connolly y Johnson, 1996; Furman y Buhrmester, 1992).

Querer y sentirse querido parece un elemento clave en el bienestar de las personas. Sin embargo, las relaciones románticas no son la única manifestación de esta emoción. En cualquiera de sus manifestaciones, el amor puede ser considerado como emoción positiva, no

---

tanto desde un punto de vista adaptativo, como por la sensación placentera que genera (Hervás, 2009). Y desde esta misma perspectiva, el amor puede encontrarse entre las *fortalezas* definidas por Peterson y Seligman (2004). La virtud de la humanidad recoge aquellas fortalezas interpersonales que incluyen acercamiento y amistad con otros, aquellas que permiten a las personas desarrollar los lazos y vínculos socioafectivos que facilitarán sensaciones de apoyo, seguridad, cuidado y atención: la fortaleza del amor o intimidad (valorar las relaciones cercanas y profundas con los demás, amar y dejarse amar), la fortaleza de la amabilidad/bondad (hacer favores a los demás, cuidarlos, apoyarles y darle cuidados) y la de la inteligencia social (conocimiento y reconocimiento de los sentimientos propios y ajenos, adaptación a las situaciones sociales en función de ellos) (Giménez, Vázquez y Hervás, 2010; Hervás, 2009).

Peterson y Seligman (2004), en su intento por explicar y desarrollar la teoría que subyace al amor como fortaleza, reconocen que en este campo de estudio la teoría del apego (Bowlby, 1969) ha sido el marco de referencia por excelencia. Se pueden identificar 4 características básicas que diferencian una relación de apego de cualquier otra relación social: la búsqueda de contacto o proximidad con la figura de apego, la consideración de ésta como fuente de seguridad o refugio, el estrés o preocupación ante separaciones largas o inesperadas, y la consideración de la figura de apego como anclaje seguro desde que el que explorar o acercarse a lo desconocido. Estas características, integradas como parte del desarrollo, evolucionan a lo largo del tiempo y sufren variaciones en sus manifestaciones en las diferentes etapas del ciclo vital. Uno de los cambios fundamentales a este respecto, es el referido a la propia figura de apego. Estructuradas estas relaciones de forma jerárquica –figura de apego de primer nivel, de segundo nivel, e incluso de tercer nivel- a lo largo de la vida las preferencias o necesidades personales van modulando esta organización: mientras que los padres cubren las primeras necesidades de supervivencia y se convierten –generalmente la madre- en la figura de apego durante la infancia y la adolescencia temprana, durante la adolescencia media y tardía será el grupo de iguales el que tome el relevo de este papel preponderante para que, posteriormente, a partir de la adultez temprana y durante el resto de la trayectoria vital, sea la pareja la que asuma esta posición (Cassidy y Shaver, 2008).

Sobre estas consideraciones cabe prever que los iguales y la pareja toman un gran peso, en cuanto al amor se refiere, durante la adolescencia. En una revisión reciente, Gorrese y Ruggieri (2012) subrayan, no obstante, que existe una alta correlación durante toda la adolescencia entre el apego de la familia y el apego con los iguales, de manera que no existe una verdadera desvinculación de un contexto y una vinculación al otro, sino una ampliación de contextos en los

que desarrollar este tipo de vínculo. En este sentido, a medida que el mundo social del adolescente adquiere complejidad, también lo adquiere el vínculo de apego que desarrolla, implicando a compañeros, amigos y pareja (Gorresse y Ruggieri, 2012). Esta revisión ha puesto de manifiesto la dificultad existente para encontrar resultados homogéneos en cuanto a cómo se desarrolla el apego con los iguales durante este periodo adolescente. Hazan y Shaver (1994), y más recientemente, Cassidy y Shaver (2008) apuntaron que en los primeros años de adolescencia comienza a producirse una transición, una transferencia de funciones de apego desde el ámbito familiar al contexto de los iguales: la búsqueda de contacto o proximidad es el primer aspecto que pasa a referirse al ámbito de los iguales, mientras que el resto de características del apego se mantienen en el ámbito de la familia. Hacia finales de la adolescencia, la mayoría de chicos y chicas atribuyen estas funciones, no tanto al grupo de iguales, como a la pareja. En un estudio realizado a este respecto, encuentran evidencia, no obstante, de que las dos últimas características del apego –el estrés por separación y el anclaje seguro- fluctúan de los padres a la pareja directamente, en función de si tienen este tipo de relación romántica o no, y de la duración de esta relación: aquellos que mantenían una relación romántica de al menos dos años, manifestaban que sus parejas cubrían las cuatro características de una relación de apego de primer nivel, mientras que en caso contrario, la familia seguía cubriendo algunas de estas características (Hazan y Zeifman, 1994). Gorrese y Ruggieri (2012) matizan que el apego con la familia y el apego con los iguales son diferentes y complementarios, de manera que, más que una transferencia de las funciones de apego de un contexto a otro, podría hablarse de una evolución de este vínculo, en ambos contextos, a medida que los chicos y chicas avanzan en edad.

Sea como fuere, parece que los adolescentes también otorgan a esta fortaleza un papel fundamental en la evaluación de su bienestar subjetivo (Park, 2004; Park y Peterson, 2003). La necesidad de querer y sentirse querido, sea apeándose a una u otra figura de apego, resulta fundamental para alcanzar la felicidad. Los jóvenes señalan que el amor –con la familia, amigos y pareja- es uno de los principales aspectos generadores de felicidad (INJUVE 2007; Montero, 2006). En este sentido, el modelo de desarrollo positivo adolescente configurado por Little (1993), considera como una de las Cs fundamentales la *conexión*, entendida en términos de los vínculos positivos con personas (familia, iguales, compañeros y comunidad) e instituciones que se reflejan en intercambios bidireccionales que contribuyen al desarrollo de la relación (Lerner et al., 2005b; Oliva et al., 2010). Se hace explícito en este modelo uno de los aspectos fundamentales del desarrollo del apego: las relaciones establecidas durante la niñez y la adolescencia temprana, siendo que las funciones de cuidado y atención van fundamentalmente

---

desde los adultos hacia los niños, se transforman en vínculos bidireccionales durante la adolescencia media y la juventud, siendo que las necesidades que cubre la figura de apego se convierten a su vez, en motivos para con la otra persona (Mikulincer y Shaver, 2007). Según este modelo, el desarrollo de esta competencia –manifestada, a su vez, a través de diversos hitos comportamentales y actitudinales- favorecerá la resolución satisfactoria de otras tareas del desarrollo asociadas a la adolescencia y, por ende, contribuirá a un desarrollo positivo (Lerner et al., 2005a). En este sentido, el estudio empírico realizado por Lerner y cols. (2005b) señala que, las cuatro escalas que identifican como componentes esenciales de esta competencia –conexión con la familia, conexión con los iguales, conexión con el colegio, y conexión con la comunidad- constituyen un elemento significativo del denominado desarrollo positivo adolescente. Si bien estas cuatro escalas conforman un factor latente importante para el modelo de desarrollo global, no funcionan de igual manera: mientras que las escalas referidas a familia, escuela y comunidad presentaban correlaciones significativas entre sí, la escala referida a conexión con los iguales funcionaba de manera independiente. Si bien los autores no señalan si esta escala es referida a los amigos, a las parejas, o a ambos, los resultados parecen evidenciar que, durante la adolescencia, estas relaciones actúan de forma distinta a como lo hacen las demás.

Con todo ello cabe preguntarse qué aportación a nivel de bienestar, felicidad y desarrollo personal positivo tiene este tipo de relaciones durante la adolescencia. Si bien se presenta esta etapa del ciclo vital como un tiempo de transición para los chicos y chicas y, por tanto, un momento de transición también para los vínculos de apego que se establecen, las relaciones sentimentales parecen estar jugando un papel preponderante en cuanto a los aprendizajes sociales y personales que se llevan a cabo en este periodo. Los beneficios que conllevan, tanto en términos de aprendizajes positivos como de inhibición de conductas de riesgo, contribuirían no sólo al bienestar personal a corto plazo sino también, al ajuste psicológico y bienestar subjetivo a medio-largo plazo.

## 2. Las relaciones sentimentales desde una perspectiva evolutiva

---

Los grupos de iguales no son un fenómeno específico de la adolescencia, ni aparecen por primera vez en esta etapa del desarrollo. Somos seres sociales por naturaleza, y la vinculación con el otro nos acompañará a lo largo de la vida. Desde que se produce la entrada en la escuela en los primeros años infantiles hasta alcanzar la adolescencia, niños y niñas, chicos y chicas viven

en una exposición continuada al mundo de los iguales. Sin embargo, durante la etapa adolescente se produce un incremento notable de la importancia que se otorga a este contexto y a las relaciones que se establecen en él. Dunphy (1963), seguido por autores como Coleman y Hendry (1999), han señalado que la participación en el grupo de iguales ayuda a los jóvenes a construir un proceso de autorregulación y de identidad adulta, de manera que estos adolescentes se ven envueltos en una red de relaciones sociales que contempla en un continuo a los mejores amigos, los amigos íntimos, los conocidos, el grupo de iguales y las relaciones románticas (Dunphy, 1963).

## **2.1. Del grupo de amigos a las primeras parejas: desarrollo evolutivo**

A lo largo de la vida, la filiación es una necesidad que acompaña a la persona. Desde los primeros momentos, el vínculo de apego con una persona cercana se convierte en elemento fundamental del desarrollo (Bowlby, 1969), primero para cubrir las necesidades más básicas de alimentación y cuidados y, después, para cubrir necesidades de apoyo emocional, cuidado, atenciones, afecto, etc. De esta forma, este vínculo evoluciona a lo largo del tiempo y sufre variaciones en sus manifestaciones en las diferentes etapas del ciclo vital.

En este sentido, el periodo de la adolescencia supone una etapa de cambios y reestructuración de este vínculo, ampliándolo al mundo de los iguales y de la propia pareja (Gorrese y Ruggieri, 2012), lo que ejercerá, a su vez, una importante influencia en el proceso de desarrollo, tanto en relación a las habilidades sociales como a la comprensión social de los otros. La elección de los amigos, particularmente de las amistades mutuas, implica un proceso de aceptación y elección bidireccional que, a su vez, favorece estas adquisiciones. Sullivan (1953) apunta que una buena relación con un amigo/a íntimo favorece el aprendizaje de valores como la confianza, la igualdad o la cooperación, mientras que, al mismo tiempo, permite experimentar en algún momento de la relación la hostilidad, desatención, insensibilidad o falta de protagonismo. Por otra parte, el grupo de iguales sirve de medida reguladora para el desarrollo de las nuevas experiencias adolescentes: los jóvenes que se retrasan o adelantan demasiado respecto al resto de su grupo son objeto de reprobaciones. No obstante, cada grupo de iguales adolescente sigue su propio curso en función de las características particulares de cada uno de sus miembros y del conjunto de ellos, adaptándose a las preocupaciones que el propio desarrollo les va marcando (Noller, Feeny y Peterson, 2001).

---



Tomando un papel preponderante en el desarrollo social de los adolescentes, estas relaciones no sólo crecen en cuanto a la importancia que se les concede sino en cuanto a la complejidad que alcanzan (Brown y Larson, 2009). La consecuente complicación de la red de iguales supone el establecimiento de diversas relaciones de índole diferente en cuanto a las características que las definen, siendo difícil determinar qué variables y en qué medida determinan el avance en el continuo que lleva desde los conocidos, amigos y amigos íntimos, hasta las primeras relaciones sentimentales (Connolly, Craig, Goldberg y Pepler, 1999).

Estas últimas, las relaciones sentimentales adolescentes, resultan sustancialmente diferentes a cualquier otro tipo de relación que se establece durante este periodo. Tradicionalmente consideradas como encuentros puntuales y de poca relevancia, han sido obviadas por la literatura científica durante mucho tiempo (Connolly y McIsaac, 2008). No obstante, durante los últimos años se ha desarrollado una nueva perspectiva que las señala como fuentes de desarrollo de la intimidad, de la identidad sexual, y de la autonomía de los chicos y chicas implicados en ellas, reconociéndoles la importancia que tienen para el ajuste de los adolescentes.

Pese a la complejidad que entrañan, la aparición de estas relaciones podría explicarse desde diversas perspectivas (Collins, Welsh y Furman, 2009). Desde una perspectiva ecológica, se enfatiza el papel del contexto social y cultural: la red de familia y amigos, las creencias religiosas, el contexto étnico-cultural, etc. motivarían a los adolescentes a experimentar en nuevas dinámicas relacionales que se adecuarían a las expectativas de su contexto (Connolly, 2000; Rostosky, Wilcox, Comer-Wright, y Randall, 2004). Dunphy (1963) se interesó particularmente por el rol que juega la composición del grupo en cuanto al sexo de los participantes se refiere – la mera exposición a un grupo mixto promueve la formación de nuevos contactos hasta llegar a convertirse en parejas heterosexuales-, mientras que Connolly y cols. (2000) apuntaban que tanto el vínculo que se establece con los iguales del mismo sexo, como el que se establece con los de sexo contrario, juegan un importante rol en el desarrollo de estas relaciones: la dinámica relacional que se mantiene con los iguales del mismo sexo y las habilidades relacionales que esto proporciona, son el cimiento para nuevas relaciones de carácter sentimental, en los grupos mixtos. Desde la perspectiva interpersonal se matizan estas aportaciones, haciendo especial hincapié en este último aspecto. La natural evolución del modelo de apego lleva a que los adolescentes avancen en las relaciones sociales que se establecen fuera del núcleo familiar. En este sentido, la búsqueda de intimidad, como condición para estrechar los lazos con otra persona, supone una característica fundamental en el avance de las relaciones: los sentimientos

y pensamientos íntimos compartidos y el conocimiento íntimo de una persona intensifica las amistades y las hace crecer (Kimmel y Weiner, 1998). Esta dinámica debe ser recíproca ya que la igualdad y correspondencia dentro de una relación social resultan características esperables y deseables por los adolescentes en sus amistades. Fisher y Stricker (1982) ya apuntaban que la intensidad de las amistades adolescentes aumentaba de acuerdo al incremento de intimidad y reciprocidad que sus protagonistas alcanzaban. Por último, desde una perspectiva de la maduración biológica se enfatiza el papel de la construcción de una identidad sexual durante la adolescencia: *los adolescentes pasan de ser amigos a ser el objeto de deseo de sus iguales y sus encuentros se dirigen a mostrar, implícita o explícitamente, el interés y atracción que se siente por el otro* (Ortega-Rivera, Sánchez y Ortega, 2011, pp. 212), aludiendo no sólo a su apariencia física o rasgos de personalidad, sino también a la compatibilidad de intereses, habilidades y entendimiento general (Miller y Benson, 1999).

Sobre estas perspectivas diferentes autores han desarrollado teorías para el análisis del proceso de aparición y consolidación de estas relaciones a lo largo de la adolescencia. Desde las teorías clásicas (Dunphy, 1963, Erikson, 1968; Feinstein y Ardon, 1973; Sullivan, 1953) que, si bien no se focalizaban propiamente en el desarrollo de las relaciones sentimentales adolescentes, si las consideraban en el desarrollo general de los chicos y chicas, hasta las teorías más recientes (Brown, 1999; Connolly y Goldberg, 1999; Furman y Wehner, 1997) que han tratado de sistematizar el desarrollo y consolidación de estas relaciones, todas han subrayado el impacto que éstas tienen en la vida de sus protagonistas. Mientras Sullivan (1953) y Feinstein y Ardon (1973) apuntaban el papel fundamental que jugaba la expresión de la sexualidad dentro del contexto relacional con los iguales, en términos de su relación con la intimidad y con la búsqueda de intimidad en amigos del sexo contrario, Erikson (1968) priorizaba el desarrollo de la identidad como elemento previo para alcanzar dicha intimidad que, según apuntaba, llegaba hacia los primeros años de la adultez. Dunphy (1963) por su parte, focalizaba su atención en la importancia del grupo de iguales y el rol que este juega en la definición de la identidad de los adolescentes. Su teoría, como después hicieran Feinstein y Ardon (1973), sistematizaba este desarrollo en una serie de fases consecutivas que comenzaban hacia los 13 años, cuando la mayoría de los chicos y chicas pertenecían a un grupo de amigos de su mismo sexo. A medida que se avanzaba en esta segunda década de la vida, estos pequeños grupos comenzaban a unirse entre sí, convirtiéndose en grupos mixtos de mayor tamaño que favorecían el contacto de jóvenes de ambos sexos, y ya hacia el final de la adolescencia, cuando los chicos y chicas estaban terminando el instituto, comenzaban a separarse del grupo de origen las primeras parejas. Éste,

---

según el autor, podría ser considerado el principio de una lenta desintegración del grupo de iguales y la aparición de lo que, en algunos casos, se convertirían en parejas adultas.

En esta línea de estadios se desarrollan las teorías más recientes (Brown, 1999; Connolly y Goldberg, 1999; Furman y Wehner, 1997). Si bien cada una de ellas aporta una serie de matices en el análisis de la evolución de estas relaciones, todas se fundamentan en una serie de consideraciones comunes: a) la maduración puberal y la necesidad de iniciación en la satisfacción del deseo sexual de los chicos y chicas, ejerce un efecto catalizador en el inicio de las relaciones sentimentales; b) existe una conexión entre el inicio y desarrollo de estas relaciones y el traspaso de la figura de apego de primer nivel, que conlleva una individualización de la familia y una mayor conexión con los iguales; c) la necesidad de madurar en aspectos de identidad, apego, sexualidad, identidad y autonomía es un factor motivador para la aparición de las relaciones sentimentales; y d) la participación en estas relaciones sentimentales aumenta la capacidad individual para el establecimiento de relaciones más maduras, permitiendo avanzar paulatinamente en el nivel de desarrollo y consolidación del vínculo amoroso (Connolly y McIsaac, 2009).

Sobre esta base común, Furman y Wehner (1997) fueron los primeros en desarrollar una teoría de estadios para el desarrollo de las relaciones sentimentales adolescentes, propiamente. Sobre la base de una teoría comportamental, sus estadios son el reflejo de cómo las relaciones sentimentales van cubriendo, progresivamente, las necesidades de intimidad y apoyo y cuidado propias de cualquier relación de apego, añadiendo además, la incipiente necesidad adolescente de construcción de la identidad sexual. Definen así cuatro estadios: el primero, intercambios simples (*simple interchanges*) entre iguales de sexo contrario motivados por el desarrollo puberal; el estadio de citas casuales (*casual dating*) de corta duración que ayudan a cubrir las necesidades de afiliación y apasionamiento propias de la adolescencia temprana y media; las relaciones estables (*stable relationships*) en las que se incluyen, la necesidad de afecto y afiliación, las necesidades de intimidad y sexualidad; por último, las relaciones de compromiso (*committed relationships*), en las que los chicos y chicas, ya en los últimos años de la adolescencia, son capaces de atender a todas las necesidades emocionales de sus parejas. Brown (1999), por su parte, desarrolló un modelo evolutivo-contextual que acentuaba la necesidad de alcanzar una identidad personal para avanzar en una relación sentimental, identificando también cuatro fases de desarrollo: la fase de iniciación (*iniciation phase*), en la que son los iguales quienes establecen las normas en cuanto al desarrollo de las relaciones sentimentales, estableciendo los límites de tiempo *permitido* para compartir con el

sexo opuesto; la fase de estatus (*status phase*), en la que el establecimiento de estas relaciones sociales supone un reconocimiento en cuanto al estatus social dentro del grupo; la fase de afectos (*affection phase*), en la que los adolescentes comienzan a ser más abiertos con sus propios afectos y sentimientos, expresando libremente sus necesidades a este respecto e independizándose de los valores establecidos por el grupo; fase de unión (*bonding phase*), en la que se resuelve propiamente la elección de pareja que complementa la propia personalidad, intereses, objetivos, etc.

Por último, Connolly y Goldberg (1999) siguen esta línea de modelo evolutivo contextual y, aunando el objetivo de las teorías anteriores, proponen un modelo de desarrollo de relaciones sentimentales que contempla cuatro estadios en base, por un lado, al desarrollo de la intimidad y apoyo descrito por Furman y Wehner (1997) y, por otro, al desarrollo de la propia identidad propuesto por Brown (1999). Además, el contexto de las relaciones sentimentales se presenta como el contexto propicio para alcanzar y desarrollar estas necesidades, ya que el desarrollo puberal y las necesidades de identidad sexual que ésta conlleva, lleva a los adolescentes a desestimar el contexto familiar y de los iguales como contextos potenciales para el desarrollo de sus necesidades de intimidad e identidad (Connolly y McIsaac, 2011). Los estadios descritos desde esta teoría son: 1) el apasionamiento inicial (*initial infatuation stage*) en el que la atracción física y la pasión son las notas características y las atenciones y atracciones están dirigidas a una persona concreta, siendo, frecuentemente, acompañadas por cualquier tipo de interacción o búsqueda de intimidad; 2) el estadio de las relaciones románticas de afiliación (*affiliative romantic relationships stage*), en el que se inician las primeras citas en el contexto del grupo de iguales y los primeros contactos sociales con parejas sentimentales, estando ahora las necesidades pasionales adolescentes acompañadas por motivos de afiliación que promueven la búsqueda de la compañía de la pareja sentimental en la misma medida que de los amigos; 3) las relaciones románticas íntimas (*intimated romantic relationships stage*), en el que la confianza y experiencia desarrollada respecto a las relaciones románticas favorece la posibilidad de intimidad, expresada a través de cercanía emocional, participación compartida y apoyo, e iniciándose la transición hacia la díada relacional como pareja sentimental propiamente; y 4) el estadio de las relaciones románticas de compromiso (*committed romantic relationships stage*), asociado con el final de la adolescencia o los primeros años de la juventud, en el que la aparición del compromiso se une al concepto de relación duradera, en la que existe una decisión consciente de mantenerla permanentemente, uniéndose así este compromiso a la pasión, afiliación e intimidad como motivaciones y características definitorias de las relaciones sentimentales.

---

Lejos de establecer un patrón común, estas teorías configuran un modelo evolutivo para las relaciones sentimentales adolescentes que, en muchas ocasiones, los propios implicados en el proceso son incapaces de identificar. Motivados por una u otra razón, los adolescentes participan de este nuevo tipo de relación social y evolucionan a la vez que evolucionan sus propias relaciones; y quizás para comprender estas relaciones en evolución, más importante que el situarlas en uno u otro estadio sea el entender el significado que tienen para los adolescentes en sus diferentes momentos y las expectativas que éstos depositan en ellas.

## **2.2. El desarrollo de la pareja: hacia la búsqueda de intimidad y compromiso**

Definir las relaciones sentimentales y los patrones que se establecen en ellas de forma unánime sería una tarea cargada de matices, siendo que la mayoría de los estudios realizados en este sentido terminan por afirmar que la prevalencia y las características de las relaciones sentimentales varían considerablemente de unas a otras (Carver, Joyner y Udry, 2003). Las características personales de los implicados inciden sobremanera en esta variabilidad, como lo harían en la definición de cualquier relación social, pero hay dos aspectos que resultan ineludibles cuando se trata de hacer un boceto de estas relaciones sentimentales: de un lado, el análisis del momento de desarrollo en el que se encuentren, como se acaba de señalar; de otro, la importancia de la consideración del contexto histórico cultural en el que se desarrollan.

Respecto a esto último, se debe considerar que las relaciones sociales en general y, las sentimentales en particular, están generalmente muy influenciadas por factores históricos. Los adolescentes aprenden a relacionarse dentro de una cultura, asumiendo las normas socialmente aceptadas y rechazando aquellas formas que no están bien vistas dentro de su comunidad; la cultura y tradición determinan el sentido y significado de las relaciones sentimentales y, como resultado, modelan el comportamiento de los chicos y chicas implicados en ellas (Brown, Larson y Saraswathi, 2002; Ngora, 2008; Seiffge-Krenke, 2008). Seiffge-Krenke (2008) apunta que los valores y objetivos que mueven estas relaciones varían en las distintas culturas, de forma que la individualidad, la libertad y la posibilidad de elección son prioritarias para los estadounidenses, la idealización del amor romántico tiene una larga tradición en los países europeos, los orientales priorizan el bien del grupo por encima de la elección o libertad personal y la espiritualidad y una familia extensa son fundamentales para las culturas africanas. No obstante, es posible aunar las aportaciones realizadas por diversos estudios occidentales que consideran

pautas socio-culturales equiparables a las propias, apuntando un esbozo de las características principales de este tipo de relaciones.

El segundo de los aspectos a considerar, se refiere al estadio evolutivo de la relación. Pese a los matices que incorporan cada una de las diferentes teorías presentadas, bajo esta diversidad de estadios es posible establecer tres grandes momentos evolutivos, comunes a todas, por los que se pasa hasta el desarrollo de las relaciones sentimentales propiamente dichas: el primero corresponde a la entrada o iniciación en este nuevo tipo de relación social, el segundo a la exploración y experimentación de lo que suponen las relaciones sentimentales, y el tercero corresponde a la consolidación de la relación y culmina con el establecimiento propiamente de la díada como contexto de relación (Connolly y McIsaac, 2009; 2011).

Si bien estos momentos están fuertemente marcados por la edad de los chicos y chicas, diferentes autores han señalado a este respecto que el significado que los adolescentes otorgan a estas relaciones está por encima del momento evolutivo en el que se encuentran (Collins, 2003; Sternberg, 1986; 1987). En esta línea, Collins (2003) desarrolla una teoría explicativa multifactorial y contextualizada en la que, asumiendo como elementos moduladores las diferencias individuales, la edad de los implicados y el propio contexto histórico-cultural, establece cinco grandes áreas que determinan y explican el desarrollo evolutivo de las relaciones sentimentales: la implicación en la relación, la elección de la pareja, las actividades compartidas o evitadas, la calidad de la relación y los procesos cognitivos/emocionales de los implicados. La implicación (*involvement*), entendida en términos de la edad de comienzo en la experiencia sentimental así como de la frecuencia, duración y consistencia de las parejas, ha demostrado ser uno de los mejores indicadores correlacionales con el funcionamiento personal de los jóvenes en sus relaciones de pareja. Estrechamente ligado a esto se encuentra la elección que se haya hecho de la pareja (*partner selection*), ya que las características de identidad de la persona elegida inciden en el impacto de la relación sobre la persona que elige, así como en la disponibilidad y apetencia de ésta hacia compartir actividades, tiempo libre, etc (*content*) con el otro miembro de la díada. La compatibilidad y semejanza en cuanto a caracteres facilitará el alcanzar acuerdos comunes en cuanto a la deseabilidad de actividades o a la evitación de éstas. El proceso de negociación de estos aspectos será uno de los elementos que incida en la calidad percibida respecto a estas relaciones (*quality*). Ésta resulta tan significativa en sus manifestaciones positivas, en términos de intimidad, afecto, cuidado, etc. como en la ausencia o evitación de interacciones negativas como irritación, conflictos, actitudes de control, etc. Todo ello, lejos de ser comportamientos automatizados o espontáneos, requiere de la puesta en

---

marcha de diferentes procesos cognitivos y emocionales (*cognitive and emotional processes*) que subyacen al proceso mismo de desarrollo de la relación: de manera más o menos consciente, los adolescentes van formándose una serie de expectativas, percepciones o atribuciones sobre sí mismos en el contexto de diada, sobre el otro miembro de la pareja y sobre la pareja como contexto diferenciado con su propia dinámica de relación (Collins, 2003; Collins et al., 2009).

Estos elementos, presentes en mayor o menor medida en cada uno de los momentos evolutivos de la relación, permiten dotar de significado cada uno de los estadios. Así, aun asumiendo que las relaciones sentimentales están motivadas por la atracción física o sexual además de por ciertas necesidades sociales y emocionales, no todas estas motivaciones surgen al mismo tiempo: mientras que la pasión es una de las primeras en aparecer, la necesidad de intimidad y confianza surgen progresivamente, apareciendo más tarde como rasgo característico de la relación (Sternberg, 1987).

En este sentido, cabría suponer que muchos de los elementos propuestos por Collins (2003) estarían ausentes o levemente presentes en los primeros momentos de las relaciones sentimentales. Los datos han señalado que al inicio de la adolescencia, aproximadamente el 80% de los chicos y chicas participan de actividades sociales con compañeros de ambos sexos que les permiten iniciarse en contactos sentimentales, siendo que éstos resultan posibles y aceptados por el grupo de iguales, pero no forzados (Connolly, Craig, Goldberg y Pepler, 2004). Las amistades en grupos mixtos aumentan durante la adolescencia, y las primeras relaciones románticas y acercamientos sexuales acompañan al desarrollo puberal que se produce en estos años (Carver et al., 2003; Collins, 2003; Friedlander, Connolly, Pepler y Craig, 2007), aunque aún no adquieren identidad de relación propiamente. Aunque se han señalado algunas diferencias en función del sexo -siendo ellas quienes muestran experiencias más tempranas-, las diferencias se han asociado a la normal madurez biológica alcanzada por ambos sexos en edades distintas, haciéndose menos patentes a medida que se avanza en la adolescencia (Carver et al., 2003). Esta misma diferencia en cuanto a la madurez se ha relacionado con la elección de pareja, el elemento eminentemente presente en este momento de las relaciones. Si bien Collins (2003) planteaba serias dificultades para su estudio -una vez consolidada la pareja resultaba difícil determinar qué elementos habían dirigido dicha elección- algunos autores han señalado que los chicos más jóvenes preferían parejas mayores que ellos, mientras que los más mayores las preferían más jóvenes; las chicas generalmente preferían parejas mayores que ellas (Carver et al., 2003).

Estos encuentros en grupos mixtos pueden dar lugar a dos tipos de relaciones, alcanzando así el segundo momento evolutivo asociado generalmente a la adolescencia media (Connolly y McIsaac, 2009; 2011). Por un lado, las citas informales o casuales, propuestas por Furman y Wehner (1997), en las que cristaliza una atracción bidireccional entre los implicados. Caracterizadas por ser cortas y relativamente frecuentes, suponen un primer acercamiento a este tipo de relaciones y dan cuerpo al estereotipo de parejas adolescentes que se ha mantenido tradicionalmente y que las configuraba como relaciones frecuentes pero puntuales y de poco compromiso (Collins, 2003). No obstante, la concepción sobre la estabilidad o inestabilidad de estas primeras relaciones sentimentales, ha sido fruto de cambios recientes: actualmente se tiende a pensar que muchas de las relaciones que se inician en este periodo tienden a consolidarse a lo largo del tiempo y que presentan buenos niveles satisfacción, comunicación y expectativas positivas sobre la continuación de la relación (Sánchez, Ortega-Rivera, Ortega y Viejo, 2008; Carver et al., 2003). Esta visión actual está más próxima a un segundo tipo de citas, las citas en grupo, que responderían a la propuesta de Connolly y Goldberg (1999) en cuanto al desarrollo de las primeras relaciones sentimentales dentro del grupo de iguales de referencia. En este sentido, el papel que las relaciones juegan para la configuración de la propia identidad y autoestima alcanza uno de sus puntos álgidos, siendo que refuerzan el estatus social dentro del grupo y el concepto que los adolescentes tienen de sí mismos en cuanto a éxitos y fracasos con el otro sexo (Furman y Shaffer, 2003).

Durante este periodo se desarrollan dos elementos fundamentales tanto para el desarrollo personal de los chicos y chicas implicados en la relación, como para la dinámica de relación misma: las emociones románticas asociadas a la relación sentimental, y las variables que determinarán la calidad de la pareja.

Las emociones románticas surgidas de este tipo de relaciones se caracterizan por la intensidad que suponen. Positivas o negativas, estas emociones parecen alterar el estado de conciencia de los adolescentes hasta tal punto que, como Larson, Clore y Wood (1999) apuntan, numerosos investigadores han descrito el enamoramiento como un estado de drogadicción que afecta a la atención, aumenta la agudeza sensorial y crea una sensación de intoxicación. Centrando la atención sobre las emociones positivas, si bien son capaces de afectar a la atención y reducir la percepción de la realidad, nublar un juicio objetivo y bloquear la capacidad de planificación racional (Larson et al., 1999), también tienen efectos beneficiosos sobre otros aspectos del pensamiento y la resolución de problemas. Los adolescentes enamorados son capaces de pensar más rápidamente y con mayor apertura de mente, responden de forma más

---



altruista hacia los demás (Isen, 1987), presentan mayor tolerancia hacia situaciones desagradables (Carlson y Master, 1986) y mayor perseverancia bajo ciertas condiciones adversas (Clore, Schwarz y Conway, 1994). Por su parte, las emociones negativas, generadas durante o después de la relación sentimental han suscitado mayor preocupación, con datos que apuntan que episodios de celos, ira, nostalgia, y dolor son casi inevitables, y que las personas en un estado de infelicidad, aunque son más sistemáticos en cuanto a sus pensamientos, tienden a fijarse más en los detalles y a sobreestimar la probabilidad de obtener resultados negativos, pudiendo desembocar, en los casos más extremos, en situaciones de depresión, suicidio o violencia interpersonal (Larson et al., 1999).

Respecto a los indicadores o predictores de la calidad y la satisfacción con la pareja sentimental, conviene no olvidar que aunque éstos están presentes de diversa forma en casi cualquier tipo de relación social, resultan especialmente relevantes en las relaciones sentimentales. El apego, por ejemplo, como primer vínculo que se establece y que permite la sintonía emocional, social y cognitiva con la persona con quien se establece, constituye un punto fundamental en estas relaciones, ejerciendo una influencia significativa en cuanto al proceso normativo relacional seguido en la pareja así como en el origen de las diferencias individuales en referencia a actitudes y comportamientos. La intimidad, componente emocional de las relaciones sentimentales, se refiere a los sentimientos de cercanía y de conexión. Entendida en sus diversas manifestaciones (afectividad, cohesión, expresividad emocional,...) se expresa de una u otra forma en función del estadio de desarrollo de cada uno de los miembros y de la pareja como tal. La comunicación, sin la que no es posible concebir una relación social, toma una importancia crucial en la definición de significados compartidos, de expresión de cariño y afecto, de toma de decisiones y de resolución de conflictos. Es éste, el conflicto, otro punto ineludible. Si lo consideramos como un desacuerdo o una diferencia de opinión, es una consecuencia casi inevitable en cualquier relación social que puede desembocar en un desequilibrio de poder entre los miembros de la pareja, o que puede estar motivada en numerosas ocasiones por un desequilibrio de poder o control dentro de la relación: si la balanza del poder se desequilibra y uno de los implicados en la relación quiere imponerse frente al otro, el conflicto suele ser el resultado (Noller, Feeney y Peterson, 2001).

Con la evolución de estos elementos, se llega al tercer estadio de desarrollo de las relaciones sentimentales, las relaciones de compromiso. A este punto, las parejas sentimentales se han convertido en fuertes vínculos emocionales y afectivos, con una dinámica de relación propia y establecida que les permite separarse del grupo de iguales de referencia y constituirse en díada

(Kutter y La Greca, 2004). Los chicos y chicas definen las relaciones en este estadio como vínculos serios, marcados por la exclusividad y altos niveles en cuanto a compañía y apoyo emocional (Connolly y Johnson, 1996; Furman y Buhrmester, 1992).

Este proceso evolutivo pone de relieve la importancia que estas relaciones tienen para los adolescentes, no sólo en términos de su implicación en ellas, sino del significado que éstas adquieren y el impacto que tienen en el desarrollo de los chicos y chicas. Siendo que la primera cita se produce hacia los 14-15 años y que al inicio de la adolescencia sólo un 25% de los jóvenes afirma tener o haber tenido una relación de pareja, aproximadamente el 75% de los chicos y chicas han tenido al menos una pareja sentimental al llegar a la adolescencia tardía (Furman y Wehner, 1997; Connolly et al., 2000; Collins, 2003; Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary y González, 2007b; Menesini y Nocentini, 2008; Sánchez et al., 2008). Si bien estas relaciones no están exentas de riesgos, no se debe pasar por alto el rol que juegan en cuanto al desarrollo individual de los adolescentes, cumpliendo con funciones de divertimento, descanso y relax, socialización en el mundo de las relaciones de pareja, logro de estatus, aprendizaje de roles fundamentales en cuanto a relaciones maritales, valoración de la compatibilidad con otro y provisión de un contexto para la afectividad y experiencia sexual (Sarantakos, 1992; Noller et al., 2001).

### **2.3. Las relaciones sentimentales adolescentes y el desarrollo personal**

Diener y cols. (1999) ya señalaban que entre los elementos demográficos básicos que podrían incidir en el bienestar general de las personas, el estado civil mostraba un patrón diferencial. Por encima de la edad, el sexo o el nivel económico, las personas con pareja presentaban mayores niveles de felicidad que las personas solteras o separadas. La adolescencia, no es una excepción en este sentido: la pareja adolescente respecto a quienes no tienen experiencias sentimentales son comparables a los beneficios que aporta el matrimonio en la edad adulta frente a la soltería: aquellos chicos y chicas que tienen una experiencia sentimental tienen menos riesgos de problemas mentales y sobrepeso –aunque no existen diferencias en cuanto a los problemas de salud física-, y participan en menor medida en conductas de riesgo (Braithwaite, Delevi y Fincham, 2010). De este modo, las relaciones sentimentales durante la adolescencia toman una importancia central en la vida de los chicos y chicas, siendo fuente de fuertes emociones e implicaciones para la salud, ajuste psicológico y bienestar general (Bouchey y Furman, 2003; Grover y Nangle, 2007). Comparadas con las amistades con personas del mismo sexo y del sexo

---

contrario, las relaciones sentimentales han demostrado ser las que más intimidad, confianza y compañía aportan (Shaffer y Furman, 2009).

Distintos estudios han apuntado la importancia que este tipo de relación social emergente tiene para el desarrollo de diversas habilidades y estrategias relacionales: las experiencias sentimentales adolescentes están asociadas con mayores índices de aceptación social, competencia relacional con amigos y compañeros, y competencia romántica (Furman, Low y Ho, 2009), así como con el desarrollo y gestión de emociones como el afecto o la intimidad, la afirmación del estatus social, la experimentación de roles sexistas, o los primeros acercamientos sexuales (Furman y Wehner, 1997; Ortega-Rivera et al., 2011); todo ello contribuiría al desarrollo del ámbito social adolescente y a la propia realización personal (Shaffer y Furman, 2009) con la consecuente repercusión en el desarrollo positivo. Contribuyen además, al desarrollo de variables personales ligadas al bienestar personal, como el logro de la identidad o el ajuste psicológico (Bouchey, 2007; Braithwaite et al., 2010; Shaffer y Furman, 2009; entre otros), de forma que los chicos y chicas con una relación de pareja han señalado mejores índices en su autoconcepto, ligado a una mayor satisfacción general, respecto de aquellos que no tenían experiencia sentimental (Campbell, Sedikides y Bosson, 1994).

De manera análoga, los adolescentes que no han tenido este tipo de experiencias sentimentales, o que las tienen de forma muy esporádica, pese a tener un desapego más lento del grupo de iguales con el que cubrir sus necesidades de amor hasta edades más tardías (Hazan y Shaver, 1994; Lerner et al., 2005b), han señalado una merma en cuanto a sus habilidades relacionales, tasas más altas de aislamiento y retraimiento social, y problemas disfuncionales en sus relaciones sentimentales adultas (Collins y Sroufe, 1999; Nangle y Hasen, 1998). Igualmente, han sido asociados a un menor desarrollo de la identidad personal y una menor autonomía o desvinculación emocional de sus padres respecto a aquellos que mantenían una relación sentimental (Martínez, 1997).

Algunos autores, matizando estas aportaciones, han señalado que la evolución de las relaciones sentimentales en el continuo que va desde las primeras citas en grupos mixtos, hasta la formación propiamente dicha de parejas (Connolly et al., 2004), incide en sus protagonistas, de modo que no sólo el hecho de tener pareja podría estar influyendo en el bienestar general de sus protagonistas, sino que el estadio en el que se encuentra la relación, y la implicación que ésta supone, podría estar incidiendo en los resultados (Furman et al., 2009). De forma análoga, otros estudios han señalado que el enriquecimiento que estas relaciones sentimentales supone para los adolescentes no residiría tanto en la dicotomía de tener o no tener pareja, sino en la

calidad de la relación de pareja que se mantenga (Grove y Nangle, 2007; Yela, 2012). Aquellos adolescentes que disfrutaran de relaciones sentimentales satisfactorias, con niveles de calidad percibidos como adecuados, aportarían mayores dosis de humor positivo a la relación y mejorarían su percepción general de bienestar personal (Butzer y Kuiper, 2008), mientras que aquellos cuya relación de pareja les reporta una baja satisfacción, estarían más próximos a conductas depresivas, ansiedad, dificultades académicas, etc. (Davila, Steinberg, Kachadourian, Cobb y Fincham, 2004; La Greca y Harrison, 2005).

Por otro lado, algunos estudios han señalado una cara más negativa de este tipo de relación social, apuntando que las interacciones románticas podrían relacionarse también con variables desfavorables para el bienestar general, estando vinculadas a conductas ansiosas y depresivas, límites en la autonomía, comportamientos agresivos y/o delictivos, etc. (Joyner y Udry, 2000; Neeman, Hubbard y Masten, 1995; Shaffer y Furman, 2009). La edad de los protagonistas ha sido una variable moduladora en este sentido, fuertemente ligada a la construcción de la identidad de los chicos y chicas adolescentes: el desarrollo de la pareja conlleva el desarrollo de la intimidad con otra persona y esto, a su vez, supone hacer partícipe al otro de las propias carencias, debilidades o limitaciones personales, una tarea difícil cuando la identidad no está sólidamente construida y puede verse mermada y/o modificada por las valoraciones de otra persona (Hatfield, Schmitz, Cornelius y Rapson, 1988; Martínez, 1997). Compian, Gowen y Hayward (2004), con una muestra de chicas de entre 10 y 13 años, señalaban que el grado de implicación en la relación de pareja se relacionaba con mayores índices de conductas depresivas, incidiendo además el grado de desarrollo puberal alcanzado por estas chicas ya que repercutía en la satisfacción con su imagen física. Furman y Shomaker (2008), por su parte, han argumentado que el marco de relación social que la pareja ofrece sería, además, un contexto favorable para el desarrollo de determinadas conductas problema, siendo que en este contexto se producen un mayor número de interacciones negativas que en el contexto de los iguales o incluso, en el de los amigos íntimos. En una de sus manifestaciones límite, estas conductas podrían derivar en comportamientos agresivos en el interior de las parejas (Wolfe y Feiring, 2000), aspecto al que se le dedica un análisis exhaustivo en el próximo capítulo. Las conductas violentas dentro del contexto de pareja adolescente se han asociado, de forma diferente para chicos y chicas, con variables de estrés, ansiedad, depresión, etc. y con menores índices de satisfacción general con la vida (Callahan, Tolman y Saunders, 2003).

No obstante, Furman y cols. (2009) ya apuntaban que es difícil determinar con total claridad los efectos que estas relaciones tienen sobre el ajuste y bienestar de los adolescentes, ya que la

---

mayoría de los estudios desarrollados hasta el momento no controlan otro tipo de variables como las propias características personales de los implicados. Esta consideración podría estar en la base de las controversias que se presentan respecto a algunas variables asociadas, ya que estas relaciones y las notas que las caracterizan, van a estar influidas por la naturaleza de sus protagonistas, esto es, por su madurez y desarrollo biológico, cognitivo, emocional, etc., de la misma manera que estas relaciones van a influir en el desarrollo global del adolescente (Hinde, 1981) y, por ende, en su bienestar general. Por tanto, los resultados apuntados deben ser considerados desde esta óptica siendo, en cualquier caso, examinados con cautela y conocedores de que éstas u otras variables extrañas podrían estar sesgando en mayor o menor medida los datos obtenidos.

**La otra cara  
de la moneda:  
la violencia en  
las parejas adolescentes**

**2**



Si bien las relaciones sentimentales durante la adolescencia pueden resultar fuente fundamental de aprendizajes sociales y de pautas relacionales, el carácter incipiente de éstas y la falta de pericia por parte de sus protagonistas pueden conducir las a situaciones de riesgo.

Siguiendo a Ortega-Rivera y cols. (2011), el proceso comunicativo que permite el inicio y establecimiento de estas relaciones resulta un trámite delicado pero, a su vez, perfectamente reconocible por quienes deciden iniciarse en el proceloso mundo de las parejas. Diferentes variables median, no obstante, no sólo las estrategias y formas de llevar a cabo este proceso de acercamiento sino también la significación que cada uno de los miembros de la diada otorga a las señales del otro. Estos autores remiten a los estudios observacionales de Pellegrini (2001) para señalar que los chicos y chicas utilizan, al inicio de la adolescencia, formas diferentes de acercamiento al sexo opuesto: mientras ellos prefieren formas físicas más rudas, como empujones, agarrones, etc. ellas utilizan formas verbales como insultos o bromas irónicas. Sin embargo, pese al halo de agresividad que envuelve a unas y otras tácticas, parece que éstas son bien recibidas por el sexo contrario que las valora de forma positiva y las entiende como una demostración de interés para/con el otro. Si bien, las diferencias individuales establecen un importante punto de inflexión: situados en esa fina línea que separa un empujón de ser un comportamiento agresivo a ser un intento de acercamiento erótico-sentimental, los intereses, emociones, y sentimientos personales serán los que marquen la significación otorgada (Lacasse, Purdy y Mendelson, 2003).

En este proceso de negociación de intereses e interpretación de deseos del otro, donde la ambigüedad resulta una pieza clave, es donde el cortejo corre el riesgo de convertirse en algo molesto o incluso violento (Ortega-Rivera et al., 2011). Una serie de comportamientos desagradables interpretados, no siempre, como comportamientos agresivos sino como intentos de acercamiento y muestras explícitas de interés, pueden estar en la base de la dinámica relacional que se establezca entre estas primeras parejas. Del mismo modo, las creencias que se tengan sobre el amor y la vinculación afectiva que supone la pareja incidirán en el mantenimiento o disolución de estas relaciones sentimentales. El mito de la “media naranja”, el del amor lo puede todo, el de la pasión eterna, el de los celos como prueba de amor o el de la equivalencia del amor y el enamoramiento, entre otros (Yela, 2003; Ferrer, Bosh, Navarro, Ramis y García-Buades, 2008), son creencias fuertemente arraigadas y con gran aceptación social que llevarán a los inexpertos adolescentes a no identificar la barrera entre un cortejo torpe y el inicio de situaciones más o menos violentas dentro de sus parejas, así como a justificar o interpretar de manera distorsionada determinadas conductas agresivas.

---



Esta dinámica erótico-agresiva que se establece en el inicio y a la que Ortega y cols. (2008; 2011) han denominado *dirty dating*, junto con el conjunto de creencias y características personales y contextuales en las que se desarrolle la pareja, podrían estar en la base explicativa de las conductas violentas que, a veces, suceden en el seno de estas incipientes relaciones sentimentales y que la literatura internacional ha denominado *dating violence*. El presente capítulo abordará las consideraciones teóricas y metodológicas que giran en torno a este concepto de estudio, considerando las dificultades con las que ha chocado la investigación focalizada en el tópico y delimitando conceptualmente el objeto de estudio. Posteriormente el centro de atención se dirigirá hacia el análisis de la violencia física en el seno de estas incipientes parejas, profundizando en su descripción, características y variables asociadas -sean como factores de riesgo, sean como consecuencias-, permitiendo así una revisión de los tradicionales marcos explicativos del fenómeno y un acercamiento a las nuevas teorías multicausales que aportan una explicación contextual e integral de éste.

# 1. Violencia en las relaciones sentimentales adolescentes: consideraciones teóricas y metodológicas

---

Tradicionalmente, el estudio de la violencia en las relaciones de pareja se ha centrado en el ámbito marital o de parejas adultas establecidas (conocido como violencia de género o violencia contra la mujer en el ámbito familiar), contándose, actualmente, con una gran cantidad de datos al respecto (ver García-Moreno, 2000; Observatorio de Salud de la Mujer, 2009; Tjaden y Thoennes, 2000). Algunos autores han señalado la relación y similitud que existe entre esta violencia y la que se produce en etapas anteriores, en fases menos establecidas de la pareja (Cáceres y Cáceres, 2006; González y Santana, 2001; Rivera-Rivera, Allen, Rodríguez-Ortega, Chávez-Ayala y Lazcano-Ponce, 2006; Matud, 2007), aportando datos que afirman que la violencia durante el noviazgo es comparable a la violencia marital en cuanto a sus índices de prevalencia (Makepeace, 1981), en cuanto a sus factores de riesgo (Follingstad, Bradley, Laughlin y Burke, 1999; Lewis y Fremow, 2001; Shorey, Cornelius y Bell, 2008) o en cuanto a las características de la pareja -tiempo, comunicación o expresión emocional compartida- en la que se produce (Carlson, 1987).

Actualmente, sin embargo, la hipótesis que establece la violencia en las primeras relaciones como el inicio o antecedente de la violencia de género no ha podido ser demostrada de forma inequívoca, de manera que algunos autores subrayan que no todos los implicados en violencia en sus parejas adolescentes utilizan la violencia en sus parejas adultas, ni todos los que la usan en las relaciones maritales o parejas establecidas lo hicieron también durante su adolescencia (Follingstad et al., 1999; O'Leary y Smith-Slep, 2003). De este modo, apuntan, la violencia en las relaciones sentimentales adolescentes es un fenómeno en sí mismo que, no obstante, puede actuar como factor de riesgo para la violencia marital, quedando la importancia de su estudio justificada por tres motivos principales (Riggs, O'Leary y Breslin, 1990): primero, como se ha mencionado, porque, pese a todo, los informes retrospectivos de mujeres maltratadas apuntan que generalmente se habían producido comportamientos violentos leves durante las primeras fases de la relación, siendo por tanto, factor de riesgo para la violencia marital; segundo, porque la comprensión general de la violencia en pareja podría pasar por la comprensión de la violencia en los inicios de este tipo de relación sentimental; y tercero, porque durante esta etapa del ciclo vital y dada la intensidad con la que se viven las experiencias sentimentales, la aparición de fenómenos de violencia puede llegar a tener graves consecuencias para la salud física y emocional en los implicados en ella.

No obstante, ésta es aún una línea de investigación en desarrollo en muchos países, entre ellos, España (Amurrio, Larrinaga, Usategui y Del Valle, 2010; González y Santana, 2001; Medina-Ariza y Barberet, 2003; Muñoz-Rivas, Andreu, Graña, O'Leary y González, 2007; Muñoz-Rivas, Graña, O'Leary y González, 2007; Muñoz-Rivas, Gámez-Guadix, Graña y Fernández, 2010; Ortega et al., 2008; Sánchez et al., 2008). En los últimos años, la literatura nacional e internacional desarrollada al respecto viene dando luz a este campo de conocimiento no exenta, sin embargo, de controversias que dejan patentes las dificultades teóricas y metodológicas que envuelven a este fenómeno.

### **1.1. Consideraciones metodológicas: cómo abordar el fenómeno**

Como apuntan Ortega y Sánchez (2011), tradicionalmente, los estudios referidos a la violencia que se produce en el interior de las parejas se han concentrado de manera casi exclusiva en el ámbito marital. Cuando la literatura científica comienza a interesarse por las parejas más jóvenes, la vinculación con estos estudios resultaba automática (Cáceres y Cáceres, 2006; Matud, 2007; Shorey et al., 2008; entre otros), considerando que la violencia en parejas adolescentes era el mismo fenómeno, o al menos, un fenómeno afín, a la violencia en el ámbito

---

marital. De este modo, el legado en cuanto a hipótesis de resultados y formas metodológicas de abordaje de la problemática en parejas adultas se ha transferido de manera casi directa al estudio de las parejas más incipientes.

Algunos autores, sin embargo, subrayaron la necesidad de realizar estudios comprensivos y dirigidos explícitamente a este fenómeno, puesto que la dinámica que se establece entre parejas adultas establecidas no es la misma que la dinámica novio-novia en parejas jóvenes. La conceptualización de este constructo como elemento de análisis en sí mismo ha supuesto para la investigación un proceso de depuración teórica y metodológica no exento de dificultades y controversias: problemas de definición, delimitación de la población de estudio, instrumentación y método de estudio utilizado, etc. (Cáceres y Cáceres, 2006). Esta problemática ha provocado que los datos no sean homogéneos y que exista una gran variación entre los estudios que se han desarrollado, poniéndose de manifiesto la necesidad de una sistematización del fenómeno que, si bien no restrinja su naturaleza sistémica y global, favorezca el estudio detallado y exhaustivo de éste.

La definición del constructo ha sido el primer obstáculo de la investigación. Conocido en la literatura internacional como *dating violence o dating aggression* (Feiring, Simon y Cleland, 2009; Hickman, Jaycox y Aronoff, 2004; Jackson, 1999; Lewis y Fremouw, 2001; O'Leary y Smith-Slep, 2003; Shorey, Febres, Brasfield y Stuart, 2012) ha sido difícilmente traducido en la literatura nacional, que ha optado por utilizar términos como *violencia/agresividad en las relaciones de noviazgo, en las relaciones de cortejo, en las relaciones de pareja, en las relaciones sentimentales adolescentes,...* (Garrido-Genovés y Casas-Tello, 2009; Muñoz-Rivas et al., 2007a; 2007b; 2010; Ortega et al., 2008; entre otros). No obstante, algunos trabajos han aludido a la naturaleza misma de este constructo para usar una u otra etiqueta: algunos estudios se centran en una definición comportamental del problema, mientras que otros también tienen en cuenta las consecuencias para la víctima y la intencionalidad del agresor (Menesini y Nocentini, 2008). El matiz que esta perspectiva conlleva puede ser identificado a través del uso diferenciado de los términos *violencia* y *agresión* entre parejas: pese a que en la literatura ambos significantes se usan de manera indistinta, la agresión comprende el acto en sí mismo, mientras que la violencia incorpora, además, las consecuencias del acto agresivo (Jackson, 1999; Archer, 2000).

La controversia en cuanto al significativo se extiende de igual manera al significado de éste, resultando un concepto que abarca aspectos como amenazas, agresiones físicas, abusos sexuales, agresiones verbales, etc. (ver Lewis y Fremouw, 2001; Sebastián, Ortiz, Gil, Gutiérrez del Arroyo, Hernáiz y Hernández, 2010; para revisión), de modo que la amplitud y diversidad de

actuaciones violentas objeto de estudio es uno de los parámetros que más difiere de un trabajo a otro. Encontramos estudios que sólo se refieren a la violencia física (Capaldi y Owen, 2001; Connolly, Nocentini, Menesini, Pepler, Craig y Williams, 2010; Nocentini, Menesini y Pastorelli, 2010; Simon, Miller, Gorman-Smith, Orpinas y Sullivan, 2010), mientras que otros incluyen también la violencia psicológica y verbal (Capaldi, Shortt y Crosby, 2003; Fritz y Slep, 2011; Muñoz-Rivas et al., 2007a; 2007b; Sánchez et al., 2008), e incluso, el acoso sexual (Foshee, Bauman, Linder, Rice y Wilcher, 2007; Muñoz-Rivas, Graña Gómez, O'Leary y González Lozano, 2009; Washington-Kuffel y Katz, 2002), lo que se ha traducido en tasas de prevalencia muy dispares en función de los comportamientos considerados.

También la definición de la población objeto de estudio -entendida como la delimitación de aquellos adolescentes susceptibles de verse envueltos en este tipo de violencia- ha incidido en la disparidad en los índices de prevalencia; y no sólo en la disparidad en cuanto a porcentajes totales, sino también en las diferencias identificadas en función del sexo y/o la edad (Archer, 2000; Jackson, 1999; Lewis y Fremow, 2001; Sebastián et al., 2010). Pese a que la mayoría de los trabajos realizados se han decidido por la consideración de una población mixta comprendida entre los 13 y los 20 años, la falta de concreción en cuanto a la delimitación por edad y sexo que debe hacerse sobre los participantes ha contribuido a una amplia diversidad de resultados, en cierto modo, confusos.

Íntimamente ligado a la definición del concepto y de la muestra se encuentra la determinación de los instrumentos. Si bien se ha considerado que la forma más adecuada para abordar este fenómeno es de manera global, a través de diversos instrumentos que permitan que los datos aportados sean contrastados y valorados en el contexto en el que se desarrollan, el problema fundamental con el que se ha encontrado la investigación es, como ya se ha mencionado, que muchos de los instrumentos y pruebas existentes para valorar y medir este constructo resultan inadecuados o insuficientes, estando diseñados originalmente para su uso en población adulta o marital, minusvalorando algunos de los roles de implicación (agresor/víctima) o centrándose únicamente en algunas dimensiones de esta violencia (Fernández-Fuertes, Fuertes y Pulido 2006; Ortega et al., 2008).

Por otra parte, la literatura existente ha evidenciado diferentes formas de recoger esta información: a través de entrevistas, de autoinformes y cuestionarios de autoaplicación, de observaciones, etc.; si bien, la mayoría de los trabajos realizados se decantan por la utilización de cuestionarios de autoaplicación o autoinformes (Connolly et al., 2000; González y Santana, 2001; McMaster, Connolly, Pepler y Craig, 2002; Cáceres y Cáceres, 2006; Ortega et al., 2008;

---

Sánchez et al., 2008; Nocentini et al., 2010; entre otros), por las ventajas que estos presentan respecto a otras formas de medición. Pese a no estar exentos de críticas (Aguirre y García-Quiroga, 1997; Fernández-Fuertes et al., 2006; Muñoz-Rivas et al., 2007a), posibilitan, por un lado, una rápida recogida de datos, asegurando el anonimato de éstos y, por otro lado, permiten, gracias a su estructuración, el tratamiento de los datos de forma cuantificada, facilitando la obtención de los resultados y la posibilidad de comparación entre ellos.

Sobre la base de estas dificultades, por un lado, puede entenderse la escasez de trabajos que se han generado sobre este tema, la optimización de éstos a lo largo de los últimos años, y las lagunas aún presentes sobre algunos aspectos de este fenómeno; por otro, es posible comprender las controversias que plantean, en numerosas ocasiones, los resultados obtenidos y la necesidad de perfilar éstos para ofrecer una definición más ajustada del constructo objeto de estudio.

## **1.2. Más allá de un cortejo torpe: el fenómeno Dating Violence**

El estudio de la violencia en las relaciones sentimentales adolescentes no ha sido objeto de interés científico hasta la segunda mitad del siglo pasado. El primer estudio centrado propiamente en esta problemática data de 1957, cuando Kanin señaló que aproximadamente el 62% de las estudiantes universitarias de primer año decían haber sufrido agresiones de manos de sus parejas en el año previo a la entrada en la universidad. Posteriormente, a principio de los años ochenta, se elabora un estudio que llama la atención de la comunidad científica: con resultados que apuntan que el 20% de los jóvenes implicados en una relación de pareja, sean chicos o chicas, habían padecido violencia en la etapa del noviazgo adolescente, este estudio subraya, además, la necesidad de prestar atención a un potencial contexto agresivo hasta ese momento descuidado (Makepeace, 1981).

Desde entonces, el número de estudios sobre esta línea se ha incrementado exponencialmente, desarrollándose la mayoría de ellos en Estados Unidos y Canadá, y siendo mucho más recientes los realizados en países europeos. Autores como Connolly, Foshee o Straus, entre otros, han establecido las líneas básicas que delimitan y conceptualizan el fenómeno *dating violence*, atendiendo al estudio de aquellos comportamientos de naturaleza agresiva, ya sea verbal, psicológica, física o sexual, que ocurren dentro de las parejas adolescentes, sean más o menos estables o duraderas (Ortega y Sánchez, 2011).

Estudios recientes han señalado que la implicación en estos comportamientos, pese a estar influida por múltiples variables (país, cultura, sexo, tipo de violencia, etc.), resulta alarmante en términos generales, con índices de prevalencia que oscilan entre el 9% y el 65% (por ejemplo, Fernández-Fuertes y Fuertes, 2010; Foshee y Reyes, 2011; Menesini, Nocentini, Ortega-Rivera, Sánchez y Ortega, 2011; Muñoz-Rivas et al., 2009; Sebastián et al., 2010). Straus (2004) en un trabajo realizado con estudiantes de universidades de dieciséis países diferentes, señala que por encima de las semejanzas y diferencias que existen entre los diferentes grupos de participantes, destaca el alto índice de agresión perpetrado por los estudiantes de todos los países: una media del 29% de ellos había sido agredido físicamente a mano de sus parejas, mientras que un 7% había sido agresor. En España, los estudios realizados muestran una incidencia similar a la señalada por la investigación internacional. González y Santana (2001) avalan la perspectiva apuntada por Straus (2004), señalando que entre el 10 y el 11% de los jóvenes sufrían violencia por parte de sus parejas, mientras que Muñoz-Rivas y cols. (2007a) muestran que el 90% de los jóvenes encuestados admitían haber atacado verbalmente a sus parejas, reconociendo un 40% de los mismos, haber llevado a cabo también agresiones físicas contra ellas.

Esta variabilidad en los resultados podría estar motivada, según apuntan diversos estudios, por la amplia variedad, en cuanto a los comportamientos agresivos medidos, que se asumen bajo la misma etiqueta. De este modo, la horquilla de implicación se vería reducida al considerar aspectos tales como el tipo de comportamientos violentos o la frecuencia y gravedad de éstos (Foshee y Reyes, 2011; Sebastian et al., 2010). En esta línea, Sánchez y cols. (2008) obtienen resultados que muestran una implicación alta, aunque ocasional, de chicos y chicas con independencia de la edad y del comportamiento analizado: tanto chicos como chicas se reconocen agresores ocasionales de sus parejas, sobre todo en agresiones verbales y relacionales, pero también en agresiones físicas, con una incidencia de alrededor del 48% para ellos y el 55% para ellas. Sebastián y cols. (2010) señalan además, que los últimos trabajos realizados han identificado un alto porcentaje de implicación en violencia de baja intensidad (insultos, empujones, etc.), siendo que en ocasiones los ítems dirigidos a la medida de violencia severa llegan a ser eliminados de los análisis por no contar con implicación significativa (Nocentini et al., 2010).

Este acercamiento al fenómeno subraya una de las características que lo define: el carácter de escalada que subyace a este tipo de violencia, de manera que lo que comienza como violencia leve, ocasional y mayoritariamente psicológica, se convierte de forma paulatina en agresividad física o agresiones de mayor gravedad. Foshee y Reyes (2011) indican que, aunque

---

los distintos tipos de violencia –psicológica, física y sexual- presentan patrones de coocurrencia, la violencia psicológica ha sido identificada como antesala de la violencia física en parejas adolescentes, la experiencia de victimización ha sido identificada como predictora de agresión, y ésta, a su vez, como predictora de nuevas agresiones. De esta forma, pese a existir indicios de violencia casi desde el comienzo de la relación, ésta suele instalarse en la pareja de forma gradual, esperando a manifestarse en sus formas más graves, en muchos casos, cuando la pareja se hace estable (González y Santana, 2001; Taylor, Stein y Burden, 2010).

El efecto del sexo en estos resultados, también se apunta como nota definitoria de este fenómeno. Si bien es cierto que son muchos los trabajos que han señalado una prevalencia similar en la implicación de chicos y chicas en este tipo de violencia (Brendgen, Vitaro, Tremblay y Wanner, 2002; Moffit, Caspi, Rutter y Silva, 2001; entre otros), los resultados sugieren otra tendencia cuando se analizan de forma diferenciada según el tipo de violencia. La violencia física y psicológica presenta tasas de implicación similares para ambos sexos: chicos y chicas son victimizados en la misma medida de manos de sus parejas, y ellas son tanto o más proclives que ellos a ejercer esta violencia (ver Foshee y Mathew, 2007 para una revisión del efecto del sexo en la prevalencia). No existen, por tanto, diferencias significativas en cuanto a la implicación de chicas y chicos en agresiones como empujar o pegar a sus parejas (el 7,5% de los chicos y el 7,1% de las chicas), tirar o golpear objetos (el 18% de los chicos frente al 13,9% de las chicas) o insultar a la pareja (el 23,9% de los chicos y el 28,8% de las chicas), siendo, no obstante, la violencia psicológica más frecuente que la física para los jóvenes de ambos sexos (González y Santana, 2001), especialmente en lo referido a agresión verbal en sus diferentes formas (Muñoz-Rivas et al., 2007; Sánchez et al., 2008). Sin embargo, no ocurre lo mismo cuando hablamos del acoso sexual, donde los chicos son, significativamente, más propensos a manifestar agresiones que las chicas, mientras que estos resultados se equiparan en cuanto a las victimizaciones (Fernández-Fuertes y Fuertes-Martín, 2005; McMaster et al., 2002; Menesini y Nocentini, 2008; Ortega et al., 2008; entre otros).

Por último, uno de los aspectos que ha recibido mayor atención en los últimos años es el referido al carácter bidireccional que adquiere esta dinámica relacional agresiva (Menesini et al., 2011; Sebastián et al., 2010; Swahn, Alemdar y Whitaker, 2010). Si bien en otros tipos de agresividad, -como el bullying, por ejemplo-, la investigación ha identificado distintos roles bien definidos y diferenciados entre sí (Ortega, 2003; Sutton y Smith, 1999), la investigación referida a la violencia sentimental adolescente señala que es más apropiado hablar de implicación en comportamientos agresivos que de roles propiamente dichos, generalmente asociados al sexo

de los implicados (Moffit y Caspi, 1998; Nocentini, Menesini y Pastorelli, 2010). En este sentido son diversos los estudios que han señalado que la mayoría de las agresiones que se producen en las parejas jóvenes se caracterizan por el establecimiento de una dinámica recíproca de agresividad, esto es, una violencia mutua y bidireccional en la que el agresor es víctima de su pareja con una frecuencia y severidad similar a la que le agrede (Capaldi, Shortt y Kim, 2005; Menesini y Nocentini, 2008; Menesini et al., 2011; Whittaker et al., 2007).

Pese a la complejidad que demuestra este fenómeno, algunos estudios se han interesado por el análisis de las causas que pueden estar incidiendo en su aparición y desarrollo (Cáceres y Cáceres, 2006; González y Santana, 2001; Lewis y Fremouw, 2001; Schumacher, Feldbau-Kohn, Smith-Slep y Heyman, 2001; Schumacher, Smith-Slep y Heyman, 2001; Sebastián et al., 2010), aunque son pocos los que lo han hecho a partir de estudios longitudinales que permitan determinar el peso relativo de determinados factores en la violencia en las relaciones de pareja adolescente (ver Foshee y Reyes, 2011 para una revisión de estudios longitudinales). Entre las limitaciones de estos trabajos se encuentra el hecho de que la mayoría de ellos están focalizados en los chicos como agresores (Bank y Burraston, 2001; Lavoie, Hebert, Tremblay, Vitaro, Vezina y Mc Duff, 2002, por ejemplo), existiendo un número reducido que considera la victimización, y menos aun que consideran a los chicos en este rol, o a las chicas en el rol de agresoras (Foshee y Reyes, 2011); además de la dificultad añadida que supone el corte transversal de estos estudios y que limitan el conocimiento de la naturaleza de la relación entre la violencia y muchas de las variables identificadas como relevantes (entre otros, Follingstad et al., 1999; Rey, 2008).

Los estudios que asumen el análisis de las causas de esta violencia se centran en el análisis de tres grandes ámbitos: 1) el ámbito relativo al individuo (Chase, Treboux y O'Leary, 2002; Dutton, 1998; Hanby, Fales, Nangle, Serwik y Hedrich, 2011), identificando variables tales como los factores demográficos, las actitudes, el desarrollo infantil, la personalidad, el abuso de sustancias, etc; 2) el ámbito que agrupa los factores referidos al aprendizaje social, señalándose la influencia que la familia y los iguales pueden ejercer sobre este tipo de conducta (Arriaga y Foshee, 2004; Conger, Cui, Bryant y Elder, 2000; Kerig, 2010; White, 2009); y 3) el ámbito de la pareja propiamente (Bookwala, Frieze, Smith y Ryan, 1992; O'Leary y Smith-Slep, 2003; Vezina y Hebert, 2007), identificándose aspectos como la calidad o la duración de la pareja –concebidos a veces, también, como factores mediadores (Hettrich y O'Leary, 2007; Vernger, Abwender, Ewell y Beery, 1992)-, así como la dinámica relacional que se establece dentro de ésta, como fuente de riesgo en la violencia entre parejas sentimentales adolescentes. Si bien, estos tres grandes bloques son considerados para los diferentes roles (agresor vs víctima) y sexos (chicos vs chicas),

---



el peso e importancia que asumen, no solo el bloque en sí sino cada una de las variables consideradas, es diferente en cada caso (Foshee y Reyes, 2011).

De forma análoga, los estudios focalizados en el análisis de las consecuencias de la violencia durante el noviazgo adolescente se han visto sesgados por la escasez de resultados derivados de trabajos longitudinales, inexistentes en cuanto a las consecuencias de ser agresor (Foshee y Reyes, 2011). La literatura disponible se ha centrado en las consecuencias físicas, psicológicas y comportamentales de las víctimas de violencia en pareja, siendo asociada a factores individuales como depresión, baja autoestima y bienestar emocional, pensamientos e intentos de suicidio o conductas de riesgo como consumo de alcohol, trastornos de la alimentación, el inicio temprano en las relaciones sexuales y bajo rendimiento escolar (Ackard y Neumark-Sztainer, 2002; Coker, McKeown, Sanderson, Davis, Valois y Huebner, 2000; Muñoz-Rivas et al., 2007a; Rivera-Rivera et al., 2006). Es posible, no obstante, establecer algunas diferencias en función del sexo de los implicados, siendo mayores las consecuencias para las chicas (Cleveland, Herrera y Stuewig, 2003; Muñoz-Rivas et al., 2007b): ellas señalan una pobre calidad de vida, un sentimiento de insatisfacción hacia la vida y los amigos/as e ideas e intentos de suicidio, mientras ellos reportan sentimientos de insatisfacción con la vida, una percepción pobre de la salud física e ideas de suicidio (Coker et al., 2000).

Distintos autores han subrayado la complejidad de este fenómeno y su indudable repercusión en la vida de los adolescentes: sea la agresión física, verbal, psicológica o sexual, o sean las amenazas, chantajes o presiones emocionales, la violencia en el ámbito de la pareja ha sido fuente de malestar general para sus protagonistas. Si bien, autores como Fernández-Fuertes y cols. (2006) han señalado que para realizar un estudio comprensivo de este fenómeno debería atenderse a todas sus manifestaciones de forma conjunta, la tendencia desde la mayor parte de los estudios realizados es a su consideración de forma diferenciada aunque relacionada, estableciendo la caracterización de cada una de ellas. En este sentido, la violencia física ha sido la que ha acaparado mayor atención por parte de la literatura científica.

### **1.3. La violencia física en las parejas adolescentes**

De entre las manifestaciones de violencia detectadas en las relaciones sentimentales adolescentes, aquellas de carácter físico han sido las más atendidas por los trabajos científicos (Capaldi y Owen, 2001; O'Donohue, Downs y Yeater, 1998; Rothman, Johnson, Young, Weinberg, Azrael y Molnar, 2011; Timmons y Slep, 2009). Varios motivos han podido contribuir a esta situación: de un lado, la posibilidad de objetivación que tienen comportamientos como empujar,

patear, agarrar, etc. (Sebastián et al., 2010); por otro, la inesperada tasa de prevalencia encontrada, que señala en torno al 33% y al 26% de agresión por parte de chicas y chicos respectivamente (Simon et al. , 2010); o por último, la alarma social que la visibilidad de estas agresiones comporta.

Straus y Gelles (1986) ya definían la violencia física en las relaciones sentimentales como aquellas conductas de carácter agresivo que usaban la fuerza física con la intención de provocar daño o perjuicio físico en la otra persona. Serían, pues, comportamientos de esta índole las bofetadas, empujones, agarrones, patadas, golpes con objetos, etc. Si bien, estudios recientes han apuntado la necesidad de valorar cautelosamente estos comportamientos considerando por un lado la diversidad de modalidades agresivas que podrían acogerse bajo el constructo único de violencia física, y por otro el significado que se les otorga en función de otras variables de contexto.

Un análisis pormenorizado de la prevalencia de este fenómeno pone al descubierto la incidencia que variables como el sexo de los implicados (chicos vs chicas), el rol que desempeñan (agresores vs víctimas), la gravedad del comportamiento (violencia leve/moderada vs violencia grave), la frecuencia de implicación en éstos (comportamientos esporádicos vs comportamientos frecuentes), o las circunstancias previas y significado posterior para la víctima, tienen para el estudio de la violencia que está presente en los procesos de cortejo y primeras parejas adolescentes (Foshee y Reyes, 2011; Sánchez et al., 2008; White, Smith, Koss y Figueredo, 2000).

Con tasas generales que oscilan entre el 9% y el 46% (Black, Noonan y Legg, 2006; Lewis y Fremow, 2001), los resultados varían en función de los roles analizados. Mientras las tasas de victimización se encuentran entre el 9 y el 46% de implicación (Swart, Seedat, Stevens y Ricardo, 2002; Straus, 2004), la agresión apunta una ratio que va del 11 al 41% (Foshee y Mathew, 2007). Simon y cols. (2010), por ejemplo, realizan un estudio con chicos y chicas en sus primeros años de adolescencia e identifican que el 42.1% de los y las adolescentes habían sido víctimas de violencia física de manos de sus parejas en los 3 meses previos al estudio, mientras que 28.6% habían sido agresores, siendo que ellas resultaban ligeramente más agresoras que ellos (31.4% frente a 26.4%), y ellos significativamente más víctimas que ellas (53.7% frente a 27.4%). Este mismo estudio avala los datos de doble implicación apuntados para otras formas de dating violence: la mayoría de los adolescentes que dijeron estar implicados en violencia física, reportaron datos de agresión y victimización al mismo tiempo, de forma que el 77% de los agresores afirmaban ser también víctimas, y el 52% de las víctimas resultaban también ser agresores.

---

La naturaleza misma de los comportamientos también incidía en esta prevalencia. Para los comportamientos agresivos más graves la implicación de chicos y chicas desciende hasta un rango de 8-14% (Foshee y Reyes, 2011), y aunque las diferencias a razón del sexo han vertido datos controvertidos (Coker et al., 2000; Muñoz-Rivas et al., 2007a; O'Leary, Smith-Slep, Avery-Leaf y Cascradi, 2009) los últimos estudios apuntan que entre los 13 y 19 años los chicos son más agresores que las chicas, y éstas más víctimas que ellos. Los comportamientos agresivos de carácter más leve, además de estar más extendidos, no presentan diferencias de género siendo igualmente ejercidos y sufridos por chicos y chicas (Foshee y Reyes, 2009). Respecto a la frecuencia de los comportamientos, las diferencias entre chicos y chicas desaparecen, sea en los casos más extremos en los que la violencia se presenta de forma asidua, sea en los casos de violencia ocasional (Foshee y Reyes, 2011).

Con todo ello, podría decirse que la violencia física que se establece en el seno de estas parejas adolescentes es, en la mayoría de los casos, un fenómeno muy extendido entre chicos y chicas que cristaliza en comportamientos agresivos de carácter leve/moderado que ocurren de forma ocasional. La literatura científica ha tratado de explicar este patrón de conducta agresiva a partir de dos hipótesis:

La primera hace referencia a un patrón relacional utilizado por los adolescentes como forma de inicio de las relaciones y el proceso de cortejo (Foshee y Reyes, 2011; Furman y Shomaker, 2008; Sebastián et al., 2010; Nocentini et al., 2010) –que Ortega y Sánchez (2011) han denominado *dirty dating*–, lo que ha llevado a diferentes autores a interesarse por el patrón de desarrollo que siguen estos comportamientos agresivos a lo largo de los años. O'Leary (1999) señalaba que las agresiones físicas dentro de la pareja seguían un patrón en U invertida, de modo que la implicación en comportamientos violentos era muy baja en las parejas más jóvenes y en las más adultas, siendo que el pico de violencia ellas lo alcanzaban hacia los 22 años y ellos hacia los 25 (Archer, 2000). De esta forma, entre los 14 y los 22 años las chicas resultaban ser más agresoras de sus parejas, mientras que de los 23 a los 49 años eran los chicos más agresores (Archer, 2000). En esta línea, Capaldi y cols. (2005) apuntaban que este pico de violencia podía ser coincidente con la maduración de la relación, siendo que si se fija la atención sobre las parejas que comienzan durante la adolescencia, este punto de inflexión sería a edades más tempranas. Foshee y Reyes (2011) han apuntado que, como en otros tipos de violencia, las agresiones físicas dentro de estas parejas, comienzan al inicio del periodo adolescente, alcanzan su punto máximo hacia los 16 años, y vuelven a decrecer durante los últimos años de adolescencia y primeros de la juventud describiendo así un patrón curvilíneo a lo largo de esta

etapa del desarrollo. Nocentini y cols. (2010) avalan estos resultados, señalando una disminución progresiva de la implicación en violencia física entre los 16 y 18 años modulada por algunas variables situacionales y contextuales.

La segunda hipótesis que trata de contribuir a la comprensión del fenómeno, se refiere a la propia normalización que socialmente se ha hecho del uso de conductas agresivas (Hird, 2000; Rodríguez, Antuña, López-Cepero, Rodríguez y Bringas, 2012; Rodríguez, López-Cepero, Rodríguez-Díaz, Bringas, Estrada, Antuña y Quevedo-Blasco, 2012). La aceptación que este tipo de conductas tiene por parte de ellas y ellos ha demostrado ser un factor vinculante con su implicación en este tipo de comportamientos (Eckhardt, Samper, Suhr y Holtzworth-Munroe, 2012; Reeves y Orpinas, 2011; Simon et al., 2010). De forma general, y apoyándose en argumentos como la presión de los iguales por proteger o no herir a las chicas, la superioridad en cuanto a fuerza física de ellos frente a ellas, o las consecuencias de la propia agresión física no sólo para la víctima sino para el agresor –en términos legales- (Reeves y Orpinas, 2011), la violencia física ejercida de manos de los chicos hacia las chicas ha sido más rechazada que la ejercida en sentido contrario, de ellas hacia ellos. Sin embargo, las tasas de aceptación resultan alarmantemente altas en cualquiera de los casos: el 44.8% de los adolescentes consideraban aceptable que una chica agrediera físicamente a su pareja, y un 22.2% aceptaban que fuese el chico el agresor; porcentajes que aumentan si consideramos a aquellos que están en una situación de pareja, en cuyo caso se alcanza el 59.8% y el 32.3% de aceptación respectivamente (Simon et al., 2010).

Pese a lo extendido del fenómeno, éste no salda de manera impune para los implicados en estas agresiones. Coker y cols. (2002) señalan que, tanto para chicos como para chicas, la violencia física dentro de la pareja está vinculada con un incremento del riesgo de padecer una salud pobre, síntomas depresivos, uso de sustancias y desarrollo de enfermedades crónicas, tanto físicas como mentales. Sin embargo, si se analizan estas consecuencias de manera pormenorizada es posible encontrar diferencias entre ambos sexos, siendo las chicas, generalmente, las que sufren mayores perjuicios y consecuencias más graves (González, Muñoz y Graña, 2003). En cuanto a las consecuencias físicas, ellas reportan con mayor frecuencia salir dañadas, incluso sufrir heridas, después de un enfrentamiento con sus parejas (Molidor y Tolman, 1998), quizás porque, como algunos trabajos han señalado, independientemente de quien inicie la agresión, ellos suelen utilizar formas más graves y peligrosas de violencia (González y Santana, 2001), siendo que además ellas se sienten más asustadas ante la posibilidad de estas agresiones (Barnes, Noll, Putman y Trickett, 2009). En cuanto a las

---

consecuencias psicológicas, pese a que los datos no resultan tan concluyentes (Sebastián et al., 2010), también son ellas las más afectadas en términos de baja autoestima o mayores niveles de ansiedad (Howard, Wang y Yang, 2007; Magdol, Moffit, Caspi, Newman, Fagan y Silva, 1997).

Las características de este fenómeno, en términos de su normalización y repercusiones para los implicados, justificarían en sí mismo el análisis de las causas que lo sustentan. En este sentido, conocer los factores que contribuyen a su desarrollo y mantenimiento no sólo facilita la comprensión del fenómeno, sino que posibilita el desarrollo de acciones de prevención e intervención ajustadas a éste.

## 2. Hacia un marco explicativo de la violencia física en las parejas adolescentes

---

Pese a la importancia que la violencia física ha tenido para la literatura científica, la génesis de esta problemática sigue siendo actualmente un aspecto poco atendido. Son pocos los estudios que han abordado de manera teórica el establecimiento y mantenimiento de estas formas de violencia, que siguen siendo explicadas desde las teorías clásicas de agresividad o vinculadas con las ideas tradicionales derivadas de la violencia de género, dando respuesta con mayor precisión a la agresividad masculina y a la victimización femenina (Shorey et al., 2008). El avance científico en este campo pasa aun por el desarrollo y consolidación de marcos teóricos definidos específicamente para este tipo de comportamientos, que centren su atención en su explicación y que orienten con mayor precisión el desarrollo de programas para su prevención e intervención.

### 2.1. Teorías explicativas: modelos clásicos versus modelos actuales

Los estudios que se han interesado por explicar la violencia en las relaciones sentimentales adolescentes, han centrado sus esfuerzos en la revisión de aquellas teorías que, tradicionalmente, han sido la base explicativa de cualquier tipo de violencia interpersonal (Wekerle y Wolfe, 1999; Shorey et al., 2008; Zurbriggen, 2009). El Modelo de Coerción (Patterson, 1982), la Teoría del Aprendizaje Social (Bandura, 1973), la Teoría del Apego (Bowlby, 1969) o las Teorías Feministas (Walker, 1989), han sido las referencias más atendidas desde la literatura en dating violence, sin embargo, algunos autores se han preocupado por el desarrollo de modelos teóricos que, sobre esta base, profundicen específicamente en la explicación de este

fenómeno (Capaldi et al., 2005; Follingstad, Bradley, Helff y Laughlin, 2002; Riggs y O'Leary, 1989).

El Modelo de Coerción (*Coercitive family process*; Patterson, 1982) sitúa el origen de los comportamientos agresivos, y antisociales en general, en el seno familiar, poniendo especial énfasis en las prácticas educativas y disciplinares que se desarrollan en este contexto. La ausencia de normas, un mal refuerzo de los comportamientos o un estilo educativo laxo llevaría a aprender, desde el primer momento de desarrollo, que es posible evitar situaciones desagradables o incluso conseguir recompensas positivas a través del uso de conductas aversivas (pataletas, llantos, etc.) que conducen a desarrollar dinámicas de control y a tomar el poder de la situación. Según Patterson, este estilo se desarrollará a lo largo de toda la vida, diferenciando 4 grandes etapas: la primera, relativa a este primer contexto de la familia; la segunda, coincidente con el inicio escolar que abrirá un nuevo contexto de relación; la tercera, durante la etapa adolescente, cuando la persona cada vez más desajustada socialmente, tiende a la búsqueda de otras personas en su misma situación; y la última, la etapa adulta en la que culmina la línea de desarrollo antisocial (De la Peña, 2010). Pese a los intentos de algunos autores por aplicar y utilizar esta teoría para la comprensión del fenómeno de violencia en el interior de las relaciones sentimentales (Dutton y Goodman, 2005), las investigaciones más recientes han señalado que esta teoría no explica mejor la dinámica de relación establecida en parejas agresivas que la dinámica establecida en aquellas parejas que no lo son, por lo que su utilidad como marco explicativo de este fenómeno no es clara (Shorey et al., 2008).

La Teoría del Aprendizaje Social (*The Social Learning Theory*; Bandura, 1973) señala que a través de la observación de una conducta llevada a cabo por un modelo admirado (aprendizaje observacional) se adquieren las habilidades necesarias para imitarlo y llevarla a cabo. La probabilidad de imitar un comportamiento aumenta cuando éste recibe un refuerzo positivo y, además, el modelo es percibido como alguien superior en edad o grado, en inteligencia, o en status y reconocimiento social, es decir, cuando es admirado de algún modo por quien imita la conducta (Miller y Dollard, 2000). Bandura (2007) indicaba que en una sociedad moderna se reconocen tres fuentes principales de comportamientos agresivos que podrían actuar como modelos observables: la familia, como contexto principal de modelamiento y refuerzo de conductas agresivas; el contexto cultural, entendido como la red de sistemas sociales y micro-contextos en que se inserta el individuo; y los modelos simbólicos, ofrecidos generalmente por los medios de comunicación a través de imágenes o palabras. Por tanto, los adolescentes más propensos a aceptar y participar en comportamientos violentos serán aquellos que mantengan

---

un contacto frecuente y cercano con otros que acepten y participen en este tipo de comportamientos: crecer en un familia en que las relaciones parentales se desenvuelven entre agresiones y actuaciones violentas (Conger et al., 2000; Foshee Bauman y Linder, 1999; Kinsfogel y Grych, 2004; Riggs y O'Leary, 1996), relacionarse con otros adolescentes que participan y que, aparentemente, respaldan los comportamientos agresivos y violentos (Reeves y Orpinas, 2011; Simon et al., 2010), o tener experiencias cercanas en comportamientos abusivos o agresivos con las parejas (Gwartney-Gibbs, Stockard y Bohmer, 1987), favorecerá que se aprenda este tipo de modelo de comportamiento y, posteriormente, se imite en las propias relaciones sentimentales (Jankowski, Leitenberg, Henning y Coffey, 1999). Esto no implica, sin embargo, que este hecho por sí mismo sea suficiente para que se produzca la violencia posterior, pero sí supone un riesgo potencial para ella (Ehrensaft, Brown, Smailes, Chen y Johnson, 2003; Langhinrichsen-Rohling, Hankla y Dostal-Stormberg, 2004).

Desde la Teoría del Apego (*Attachment Theory*, Bowlby, 1969), sin embargo, son los primeros vínculos afectivos los que determinarán el resto de relaciones afectivas de la persona a lo largo de su vida. En función del tipo de relación establecido con la primera figura de apego - apego seguro, en el que la principal figura de apego es sensible y responsiva a las llamadas del niño, permitiendo su acceso y favoreciendo un sentimiento de confianza y protección; apego inseguro-evitativo, en el que la figura de apego se muestra insensible, evitativa o rechazante, e impide el acceso del niño, provocándole inseguridad y preocupación; y apego inseguro-ambivalente, en el que la figura de apego es inconsistente en su actuación, atiende y permite el acceso del niño de forma imprevisible, solo en algunas ocasiones, favoreciendo que éste se muestre vacilante y genere sentimientos de inseguridad y dependencia-, el sujeto va a construir esquema mental de relación (*internal working model*) que extrapolará fuera del contexto de origen y lo dispondrá hacia un determinado estilo relacional (Oliva, 1995). Por tanto, las relaciones interpersonales serán más ajustadas y estables cuanto más ajustado y estable sea el modelo construido, de manera que la violencia en las relaciones interpersonales, tanto la indefensión de la víctima como la agresión injustificada del agresor, vendría explicada por la activación de un modelo interno irritable, impredecible e inseguro, desde que el sujeto no es capaz de valorar de forma ajustada la situación y responder adecuadamente a ella (Ortega et al, 2008).

En este sentido, el impacto del estilo de apego constituido en la primera infancia debe ser considerado respecto a la calidad de las parejas sentimentales posteriores, desde las constituidas en la adolescencia (Collins y Read, 1990; Wekerle y Wolfe, 1998) hasta las de la

edad adulta (Hazan y Shaver, 1987; 1994), ya que está relacionado con el estilo y las actitudes hacia el amor en pareja, y éstas son predictoras del tipo de relación que se establezca y de la calidad de la misma (por ejemplo, Collins y Read, 1990; Hendrick, Hendrick y Adler, 1988). De esta forma, las parejas que han experimentado durante la infancia estilos de apego poco seguros tendrán mayor tendencia a desarrollar una serie de patrones conductuales que disminuirán la calidad y satisfacción respecto a su relación sentimental y que podrían generar respuestas negativas: por ejemplo, aquellos que se muestran ansiosos ante la idea de ser abandonados o no queridos tienden a confiar menos en sus parejas, a sentir celos y a comportarse de forma que refleja su falta de confianza en ellos mismos y en su relación de pareja (Collins y Read, 1990; Péloquin, Lafontaine y Brassard, 2011).

Las Teorías Feministas (Walker, 1989; entre otros) ofrecen un tercer gran marco explicativo de la violencia en las relaciones de pareja adolescentes. Desde el feminismo se defiende una concepción patriarcal de la sociedad que cristaliza en diversos comportamientos llevados a la vida de pareja (Bonino-Méndez, 1995). Los hombres son educados en un modelo social que les lleva a interiorizar valores de competitividad, agresión o dominancia, a no poder expresar sentimientos y emociones como el dolor o el miedo, y a mostrarse fuertes, autónomos y poco comunicativos mientras que las mujeres son socializadas como pasivas, complacientes, cooperativas, atentas al cuidado y necesidades de los otros y poco comunicativas en la expresión de comportamientos agresivos (Wekerle y Wolfe, 1999), de manera que, trasladado a la relación de pareja, esta aceptación e identificación con los roles tradicionales de género se traducen en una mayor tolerancia y expresión de la perpetración de la violencia ejercida por el hombre hacia la mujer (Johnson, 1995; Reed, Raj, Miller y Silverman, 2010; Weisbuch, Beal y O'Neal, 1999). La violencia hacia la mujer es vista como un acto de opresión, una forma de legitimar el control y la posición de dominancia del hombre respecto a ella, en definitiva, como el resultado de una estructuración social que normaliza el desequilibrio de poder, siendo el hombre el que domina y la mujer la dominada (Coleman y Straus, 1986; Fitzpatrick, Salgado, Suvak, King y King, 2004; Hydén, 1995). Aun hoy, los valores de la sociedad tradicional y patriarcal impactan de manera profunda en los jóvenes (Lewis y Fremouw, 2001; Chung, 2005), siendo utilizados para explicar determinados comportamientos sexuales o para justificar la conducta de los chicos en situaciones coercitivas o violentas, e interfiriendo en la capacidad de las chicas para negociar por una relación de igualdad y para identificar y hablar de sus experiencias sobre violencia, control o coerción (Chung, 2005; Reed et al., 2010;).

---



Aunque no han sido muchos, algunos autores han desarrollado modelos teóricos (ver Shorey et al., 2008 para una revisión) que procuran afinar las aproximaciones clásicas anteriores, apostando por aproximaciones centradas en el fenómeno de la violencia en las relaciones sentimentales que, a su vez, adopten una visión más sistémica del fenómeno considerando la confluencia de más de una de las aportaciones clásicas.

El *Background-Situational Model*, desarrollado por Riggs y O'Leary (1989), es un modelopionero en el fenómeno de las relaciones sentimentales adolescentes. Considerado como una aplicación de la teoría del aprendizaje social (Riggs y O'Leary, 1996; Shorey et al., 2008), contempla la importancia del aprendizaje observacional para el desarrollo de conductas agresivas contra la pareja y divide las variables que inciden en la aparición y mantenimiento de la violencia en las parejas adolescentes en dos grandes bloques: el primero contempla las variables contextuales o antecedentes (*background factors*), entendidos como los patrones de conducta agresiva relativos al individuo (por ejemplo, experiencias de violencia familiar, abuso infantil, actitudes de justificación y aceptación de la violencia,...); el segundo bloque contempla las variables situacionales (*situational factors*), entendidas como las características del contexto o de aquellas situaciones que incrementan el riesgo de que se produzcan comportamientos violentos en la pareja (por ejemplo, el consumo de alcohol, el stress o las características de la relación –satisfacción, comunicación, celos...-) (Riggs y O'Leary, 1996).

Este modelo, testado en diferentes estudios (Luthra y Gidycz, 2006; Muñoz-Rivas et al., 2010; Riggs y O'Leary, 1996; Tontodonato y Crew, 1992; White, Merrill y Koss, 2001; entre otros), ha mostrado resultados diversos que, no obstante, coinciden en la necesidad de realizar una aproximación multifactorial al fenómeno. Tontodonato y Crew (1992) apuntaron que el sexo de los implicados establecía diferencias en cuanto a los factores predictores de la violencia en las parejas sentimentales adolescentes, sin embargo, tanto los factores contextuales como los situacionales estaban presentes en ambos casos. Riggs y O'Leary (1996) confirman dichas diferencias y añaden que tanto para ellos como para ellas, los comportamientos agresivos están relacionados directamente con las actitudes de aceptación de la violencia, la historia personal de conductas agresivas de los miembros de la pareja, y con la presencia de conflictos en el interior de la relación.

El trabajo de Riggs y O'Leary (1996) dejaba una pregunta en el aire: ¿cómo las experiencias previas abocaban al desarrollo de unos rasgos de personalidad favorables al uso de la fuerza en el interior de las relaciones sentimentales? Un segundo modelo, desarrollado por Follingstad y cols. (2002), trata de dar respuesta a esto considerando no sólo los planteamientos básicos de la

Teoría del Apego, sino otros factores como el temperamento y la necesidad de control. Sobre la base de los planteamientos de Dutton, Saunders, Starzomski y Bartholomew (1994), o Herderson, Bartholomew y Dutton (1997) acerca de la importancia del apego en el posterior desarrollo de conductas agresivas, Follingstad y cols. (2002) presentan un modelo que explicaría el uso de la fuerza física en las relaciones sentimentales adolescentes contemplando tres factores: el apego ansioso, el temperamento colérico o iracundo y el control de la pareja. El planteamiento de estos autores parte desde la adquisición de un apego ansioso que deriva en un temperamento colérico, ambos surgidos ante la posibilidad de separación o pérdida de una relación. De esta forma, la cólera y el propio apego ansioso motivarían la aparición de una necesidad de control de la pareja que, a su vez, derivaría en el uso de la fuerza física para obtener el objetivo de control. Si bien, los autores plantean que no siempre el apego ansioso desarrolla un temperamento colérico, pero podría darse el modelo sin que surja necesariamente este elemento. Los estudios que han tratado de dar soporte empírico a este modelo (Follingstad et al., 2002) han señalado que, pese a estar éste aún en proceso de exploración, el temperamento colérico resulta ser un elemento importante del modelo, no tan fácilmente prescindible. De esta forma, la consideración conjunta del apego ansioso, el temperamento colérico o iracundo y el control de la pareja aparecería como un marco explicativo ajustado para la predicción de la violencia física en las primeras relaciones sentimentales.

Por su parte, el Modelo Sistémico Evolutivo desarrollado por Capaldi y cols. (2003) surge a partir de las voces que postulan la importancia del desarrollo de modelos que prioricen el estudio de la díada frente a aquellos otros centrados en el estudio del individuo (Capaldi et al., 2003; O'Leary y Smith-Slep, 2003; entre otros). Capaldi, Kim y Shortt (2004) y, posteriormente Capaldi y Kim (2007), proponen este modelo como aproximación a la comprensión del comportamiento de la pareja como sistema de desarrollo dinámico, esto es como un sistema intrínsecamente interactivo, pero a su vez, definido por las características del desarrollo propias de ambos miembros de la pareja y por los factores contextuales en que se desenvuelve y todo ello considerado como elementos en desarrollo. De esta forma, el modelo permite profundizar en el estudio de las características de los miembros de la pareja, así como en el propio proceso de interacción y agresión, centrándose en la consideración de tres aspectos fundamentales: en primer lugar, las características de aquellos que conforman la pareja, como individuos y respecto a la propia relación, incluyendo aspectos como la personalidad, las psicopatologías, las influencias sociales y el estadio del desarrollo. En segundo lugar, habría que considerar los riesgos del contexto y aquellos otros factores contextuales que podrían estar influyendo en que se desarrolle la agresión hacia la pareja. Por último, este modelo toma en cuenta la naturaleza

---

de la propia relación de pareja, esto es, los patrones de interacción, tal y como se establecieron en un principio y como fueron evolucionando a lo largo del tiempo, y los factores que puedan estar afectando al contexto de la relación (Capaldi et al. 2005).

Algunos trabajos han señalado la relevancia que adquiere a nivel empírico este marco teórico: en un estudio centrado en la importancia de la pareja en relación al establecimiento y mantenimiento de la violencia física en parejas sentimentales en riesgo, los resultados señalaban que el nivel de agresión aumentaba en aquellas relaciones que perduraban y se mantenían unidas, de manera que los chicos implicados en agresión física que continuaban con sus parejas tras los dos años y medio de observación, tenían mayor probabilidad de seguir siendo violentos que aquellos que habían roto su relación e iniciado una nueva pareja (Capaldi et al., 2003). Nocentini y cols. (2010) añadía que, si bien el uso de la agresividad física tendía a descender hacia el final de la adolescencia, en el paso de la adolescencia media a la adolescencia tardía, esto se podía ver influenciado por otras variables del contexto familiar, personal o del propio contexto de la diada de pareja. Por otra parte, si esta forma de agresión estaba acompañada por otros tipos de comportamientos antisociales o por la victimización a manos de su pareja, el descenso del comportamiento agresivo se retrasaba.

Si bien ninguno de los modelos propuestos han estado focalizados en un tipo concreto de violencia, muchas de las validaciones empíricas realizadas con ellos se han focalizado en la violencia física (por ejemplo, Capaldi et al., 2003; Nocentini et al., 2010), o la han tenido en cuenta (Follingstand et al., 2002; entre otros). Sin embargo, estos modelos eluden en ocasiones el análisis de las diferencias que podrían establecerse a razón del sexo de los implicados, así como del rol de implicación que desempeñan. Si la literatura en torno a los factores de riesgo han identificado patrones diferenciales para chicos y chicas –y algunos modelos así lo confirman (Tontodonato y Crew, 1992; Riggs y O’Leary, 1996)- así como para agresores y víctimas, sería lógico pensar que quizás el modelo explicativo que sistematiza estos factores no responde a un único patrón común. Pese a todo, como han señalado Ortega y Sánchez (2011), y aun sin datos concluyentes a este respecto, una aproximación evolutiva, multifactorial, multiprobabilística e integradora permite una visión mucho más rica y comprensiva de la explicación de la violencia durante la adolescencia y adultez, así como de su evolución y estabilidad en el tiempo.

## **2.2. Factores predictores personales y contextuales: la óptica de un modelo multifactorial**

Diversos autores se han interesado por la identificación de aquellas variables que podrían estar actuando como factores de riesgo de la violencia sentimental adolescente (Lewis y Fremouw, 2001; Martínez y Fuertes, 1999; Rey, 2008; Schumacher et al., 2001; Schumacher et al., 2001), siendo que éstas serán piezas claves para la intervención sobre el fenómeno. Sin embargo, una de las principales críticas que ha recibido este ámbito de estudio se refiere a la falta de clasificación o sistematización de las variables identificadas: los trabajos desarrollados han seguido formas muy diversas para reunir el amplio abanico de posibles riesgos existentes, pero son pocos los que lo han hecho adscribiéndose a un modelo teórico de base que sistematice su análisis (Vézina y Hébert, 2007).

Desde la convicción de que es necesario un análisis sistemático y comprensivo de este fenómeno, se analizan a continuación los principales factores de riesgo identificados siguiendo la estructura del modelo sistémico evolutivo (Capaldi et al., 2003), el cual ofrece las ventajas de una visión multifactorial y multiprobabilística de la problemática, analizando los factores personales -características personales que podrían poner al individuo en situación de riesgo-, los factores del contexto cercano al individuo -considerando que durante la adolescencia el principal contexto de desarrollo lo constituyen los iguales-, y por último, los factores de la propia pareja que podrían conllevar un riesgo para la aparición y mantenimiento de este tipo de violencia. Se procura además un análisis lo más ajustado posible considerando la posible incidencia del sexo a este respecto. Si bien, dado que existen posturas contradictorias en este sentido -algunos autores argumentan que, pese a que las tasas de prevalencia e implicación en este tipo de violencia puedan ser similares para chicos y chicas, no deben serlo, necesariamente, las consecuencias, el contexto, las motivaciones o el significado que le otorguen (Follingstad, Wright, Lloyd y Sebastian, 1991; Follingstad et al., 1999; Jackson, 1999; O'Keefe y Treister, 1998), mientras que otros autores encuentran datos que avalan que los factores de riesgo asociados a esta problemática son similares para ambos sexos, estableciéndose las diferencias en cuanto al peso relativo de éstos en los modelos explicativos de la violencia (Capaldi y Owen, 2001; Magdol, Moffit, Caspi y Silva, 1998)- se opta por un análisis global de los tres grandes bloques de factores identificados por el modelo -factores personales, factores contextuales y factores de la pareja- indicando en cada caso las diferencias entre chicos y chicas avaladas por la literatura científica, así como aquellas identificadas en función del rol de implicación (agresores/víctimas).

---

En primer lugar, respecto a los *factores individuales*, la literatura considera de forma prioritaria las variables relativas a la autoestima, los comportamientos internalizantes y externalizantes, las conductas de riesgo como el consumo abusivo de sustancias, y las actitudes o creencias respecto a las relaciones sentimentales y a la sexualidad en general, así como las experiencias previas en este mismo sentido.

Los problemas internalizantes han demostrado ser una pieza clave en cuanto a factores de riesgo. Estudiados de forma diversa, -bien como conjunto o bien como conductas individuales (síntomas depresivos, comportamientos o tendencias suicidas, problemas de relación,...)-, estos comportamientos se han señalado como fuertemente asociados a la violencia física y sexual en las relaciones sentimentales. Los síntomas depresivos, por ejemplo, están asociados a la violencia en las relaciones sentimentales, tanto para agresores como para víctimas (Roberts y Klein, 2003), especialmente en el caso de las chicas (Kim y Capaldi, 2004). La baja autoestima, uno de los factores personales más estudiados, ha presentado resultados controvertidos (Vézina y Hebert, 2007): Foshee, Linder, McacDougall y Bangdiwala, (2001) presentaron un estudio en el que la autoestima no resultaba explicativa de esta violencia sentimental ni en chicos ni en chicas, rectificando posteriormente con resultados que apuntaban que esta variable incidía en el riesgo de implicación en violencia en la pareja, si bien de forma diferente en chicos y chicas: para los chicos, la baja autoestima estaba entre los factores predictores de la implicación en agresión física, mientras que para las chicas suponía una variable predictora de la implicación en agresión sexual (Foshee, Benefield, Ennet, Bauman y Suchindran, 2004).

Del mismo modo, los comportamientos externalizantes –como conjunto, o como conductas diferenciadas: agresividad verbal, conducta delictiva y antisocial, problemas de comportamiento,...- han sido identificados como factores predictores de la violencia sentimental fundamentalmente en el caso de los chicos: los chicos que presentan comportamientos antisociales, tienden a ejercer y sufrir situaciones violentas con sus parejas sentimentales (Capaldi y Crosby, 1997; Woodward, Fergusson y Horwood, 2002), no así para las chicas, para quienes incremento del comportamiento antisocial resulta ser la consecuencia de la violencia en pareja (Roberts y Klein, 2003). De igual modo, ciertas conductas de riesgo como el consumo abusivo de alcohol, tabaco y drogas han sido identificadas como factores correlacionales de los problemas externalizantes y, a su vez, predictoras de la violencia en pareja (González-Ortega, Echeburúa y De Corral, 2008). Aludiendo a la Teoría de los Problemas de Comportamiento de Jessor y Jessor (1977), cabría pensar que aquellos adolescentes envueltos en problemas de comportamiento como el uso de drogas, por ejemplo, serían más propensos a verse envueltos

en otros problemas de comportamiento como la violencia en la pareja sentimental (Foshee et al., 2001). Coker y cols. (2002) avalan esta relación entre consumo y violencia, mientras que otros autores matizan que el consumo de alcohol y tabaco son solo variables predictoras de la victimización de las chicas en una pareja sentimental (Rivera-Rivera et al., 2006), y de la agresión física y psicológica ejercida por los chicos (Schumacher et al 2001a; 2001b). Otro tipo de conductas de riesgo como la promiscuidad, la edad de inicio en la experimentación de relaciones sentimentales y la implicación previa como agresor o como víctima de este tipo de violencia, también han sido identificadas como factores predictores (Vezina y Hebert, 2007), siendo la implicación previa en violencia la que adquiere mayor relevancia: la victimización en un tipo de violencia aumenta el riesgo de ser víctima en cualquier otro contexto (Himelein, 1995; Weisbuch et al., 1999).

Frente a estas variables comportamentales, algunos trabajos se han concentrado en variables de tipo actitudinal, señalando que una visión tradicional y conservadora de las relaciones de pareja y de los estereotipos asociados podrían estar en la base explicativa de la victimización de las chicas -quienes considerarían que los celos y el afán posesivo de sus parejas son muestras de amor y, por tanto, estarían justificados- y de la implicación como agresores de los chicos -quienes considerarían que las chicas les pertenecen y, por tanto, deben estar a su disposición y servicio- (Foshee et al., 2004; Rojas-Solís y Carpintero, 2011). Numerosos estudios (Cleveland et al., 2003; Fitzpatrick et al., 2004; Sierra, Rojas, Ortega y Martín-Ortiz, 2007; Weisbuch et al., 1999; Windle y Murug, 2009; entre otros) han señalado que la normalización, justificación y aceptación de la violencia en la pareja, supone uno de los mayores factores de riesgo para que ellas sean víctimas y ellos agresores, así como la normalización de la agresión de la chica a su pareja, como expresión de rabia o enfado, supone un factor predictivo de la victimización de ellos. Diversos estudios (Muñoz-Rivas et al., 2007b, Nocentini, 2008; Wekerle y Wolfe, 1999; entre otros) han señalado que la dificultad para la regulación de la ira y rabia ante los conflictos conlleva conductas agresivas e impulsivas que promueven la situación conflictiva y la discusión y desencadena una escalada agresiva.

En segundo lugar, respecto a los factores socio-contextuales, la literatura se ha centrado en el análisis de aquellos factores relacionados con el grupo de iguales y la comunidad cercana en la que se inserta y participa el individuo, y en los factores relacionados con el contexto familiar, siendo que, dado que las relaciones sentimentales nacen del grupo de iguales (Dunphy, 1963), el patrón de relación que se establezca en éstas se verá influido por las características de este

---

grupo, tanto o más que por las características del contexto familiar (Connolly et al., 2000; Furman y Wehner, 1997).

El grupo de iguales va ser, por un lado, un contexto de inicio para los comportamientos agresivos que pueden, posteriormente, transferirse a la pareja; por otro lado, va a ser el contexto que regule la aceptación de la violencia en pareja (Connolly et al, 1999). Los chicos y chicas con una historia problemática en cuanto a la relación de amistad con sus iguales tienden a repetir estos patrones desajustados de conducta con sus parejas sentimentales (Brendgen et al., 2002), existiendo una relación significativa entre la implicación en violencia en el contexto de los iguales y la implicación en el contexto de pareja (Swahn et al., 2008). Sin embargo es posible establecer patrones diferenciados según el rol de implicación: mientras que los y las adolescentes que ejercen violencia en el grupo de iguales tienen una propensión significativamente mayor a la implicación como agresor de sus parejas sentimentales que aquellos que no están implicados en la agresión de iguales (Pepler, Craig, Connolly, Yuile, McMaster y Jiang, 2006; Swahn et al., 2008), la victimización en el contexto de iguales no aparece relacionada con la victimización en el contexto de la pareja (Leadbeater, Banister, Ellis y Yeung, 2008). En cuanto a la regulación de la aceptación es el sexo el que establece diferencias. Formar parte de un grupo en el que la violencia es aceptada, e incluso normalizada, como parte de las relaciones sentimentales puede incrementar el riesgo de aprender a aceptarla y justificarla, y por consiguiente, de verse envuelto en ella, especialmente en el caso de las chicas (Gwartney-Gibbs et al., 1987; Tontodonato y Crew, 1992): Foshee y cols. (2001) señalan que la elección por parte de las chicas de un grupo de amigos involucrados en este tipo de violencia no es posterior a la propia implicación, sino que, por contrario, la elección del grupo es anterior a la implicación, existiendo una influencia de este grupo de iguales en relación a los comportamientos agresivos que comportan un riesgo de implicación propia.

Respecto a los factores familiares, dos han sido las variables que han captado mayor atención por parte de la literatura: la exposición a violencia familiar y la victimización en maltrato o abuso infantil (Magdol et al., 1998; Reitzel-Jaffe y Wolfe, 2001; entre otros). Movidos por la Teoría de transmisión intergeneracional de la violencia, distintos autores han mostrado evidencias de la influencia que el comportamiento de los progenitores tiene sobre el comportamiento de sus hijos e hijas adolescentes, señalando que existe una relación significativa entre la exposición a situaciones de violencia en la familia de origen y la reproducción de estos patrones de conducta en las propias parejas adolescentes, tanto en el rol de agresor como en el de víctima, siendo esta relación aun mayor en el caso de la violencia ejercida por los chicos (Stith, Rosen, Middleton,

Busch, Lundeberg y Carlton, 2000; Straus y Gelles, 1987; 1990; Straus, Gelles y Steinmetz, 2006). Sin embargo, son las Teorías del aprendizaje social (ciclo de la violencia) y del apego las que explican la relación entre el abuso y el maltrato infantil y la posterior implicación en dating violence, de manera que los chicos y chicas sometidos a este tipo de práctica violenta durante su infancia se implicarían en episodios agresivos -en cualquiera de sus formas: física, relacional/verbal y sexual- en sus relaciones de pareja con mayor frecuencia que quienes no la han sufrido (Manchikanti, 2011; Wekerle y Avgoustis, 2003; Wolfe, Scott, Reitzel-Jaffe, Wekerle, Grasley y Straatman, 2001). Laporte y cols. (2011) matizan que las chicas que han sido victimizadas por sus padres, tienen un alto riesgo de re-victimización en sus relaciones de pareja adolescente, pero no así de implicación como agresoras, mientras que los chicos que han sido victimizados en el contexto familiar tienen un riesgo particularmente alto para ser agresores de sus parejas, especialmente si habían sido fuertemente disciplinados por sus padres.

Aunque en menor medida, algunos estudios se han interesado por el análisis de los estilos educativos y de relaciones parentales como posibles factores de riesgo para la implicación en este tipo de violencia: el castigo físico, una práctica parental poco cercana o descuidada, el control psicológico por parte de los progenitores o un comportamiento negligente por parte de estos, se han identificado como posibles variables predictoras, mientras que las habilidades de relación interpersonal y la regulación emocional y comportamental podrían actuar como mediadoras entre las variables mencionadas y la futura violencia en las relaciones sentimentales (Howard, Qui y Boekeloo, 2003; Leadbeater et al., 2008; Schwartz, Hage, Bush y Burns, 2006; Straus y Savage, 2005).

Entre los factores contextuales, el *contexto de la pareja* adquiere una especial relevancia. Capaldi y cols. (2003; 2005) señalaron que las características de la pareja -tiempo de la relación, conflictos internos, satisfacción, control o poder, etc.-, así como la dinámica relacional que se establece entre ambos miembros, eran un factor predictivo determinante de la violencia sentimental siendo, por tanto, éstos los principales aspectos analizados.

Un amplio número de variables han sido estudiadas como características de la pareja y posibles factores de riesgo. Los estudios han mostrado que la duración y frecuencia de las citas que se establecen en una relación sentimental son factores relacionados con la violencia, de manera que la implicación en agresiones físicas (Kaestle y Halpern, 2005; Ray y Gold, 1996; Roscoe y Benaske, 1985) está más extendida entre aquellos chicos y chicas que mantienen relaciones sentimentales de larga duración, consideradas como serias, y que conllevan citas frecuentes. De igual forma, los celos, los conflictos, el control y la insatisfacción en general,

---



aumentan el riesgo de implicación en conductas agresivas, fundamentalmente de tipo físico y psicológico/relacional (Bookwala et al., 1992; O'Leary y Smith-Slep, 2003; Vezina y Hebert, 2007).

Interacciones conflictivas, generadas a partir de estas características contribuirían al establecimiento de una dinámica relacional negativa, descrita por algunos autores como una dinámica de escalada del conflicto (por ejemplo, Straus y Gelles, 1987). Así, el factor predictivo más próximo a una agresión física de uno de los miembros de la pareja sería una agresión del mismo tipo por parte del otro miembro (Muñoz-Rivas et al., 2010; O'Leary y Smith-Slept, 2003; White y Smith, 2009), destacándose, por tanto, la violencia mutua o agresión bidireccional como un importante factor de riesgo (Harned, 2002). Pese al consenso en cuanto a la mayor probabilidad de que se dé este doble rol agresivo, ejerciendo y sufriendo la violencia simultáneamente (Capaldi y Gorman-Smith, 2003; Gray y Foshee, 1997; Menesini y Nocentini, 2008; entre otros), existe cierta controversia al determinar si el ser agresor es la causa o la consecuencia de ser víctima y viceversa. De esta forma, un sujeto que agrede a su pareja puede recibir otra agresión de parte de esta, de manera que la victimización actuaría como causa de la agresión. Si consideramos la situación de su pareja, ha sido la victimización lo que ha causado la agresión a su pareja, presumiblemente, como autodefensa.

Como se ha mostrado, el análisis de los factores de riesgo en el comportamiento agresivo dentro de las relaciones sentimentales adolescentes resulta una ardua tarea, debido en gran parte a la multifactoriedad que rodea al fenómeno. Así, si bien podemos identificar entre estos factores de riesgo diversas variables personales, factores ligados a los contextos cercanos y aspectos relacionales de la propia pareja, que apuntan hacia dónde puede dirigirse una intervención paliativa al respecto, éstos, como González y Santana (2001) señalan, son indicadores que parecen colocar a las relaciones en situación de riesgo, aunque eso no significa que la violencia vaya a producirse necesariamente.

# Metodología

3



El estudio que se presenta a continuación se enmarca dentro de un proyecto de investigación nacional (I+D) más amplio cuyo objetivo es el análisis de las relaciones sentimentales adolescentes y su relación con distintas formas de violencia (SEJ2007-60673). El presente trabajo se ha centrado en la región de Andalucía, contando con una muestra representativa de estudiantes de secundaria.

El objetivo principal es el estudio de las relaciones de pareja en la adolescencia, analizando su emergencia, características y desarrollo, así como los posibles factores que contribuirían a explicar la aparición de comportamientos y actitudes violentas.

# 1. Objetivos e hipótesis del estudio

---

El interés por conocer y analizar el proceso de iniciación en las relaciones de pareja que experimentan los adolescentes, así como el significado que estas relaciones adquieren para sus protagonistas, mueve el desarrollo del presente trabajo empírico. La complejidad que encierra el propio fenómeno junto a la multitud de factores, *a priori* externos, que contribuyen e inciden en el desarrollo de este proceso, hacen que la delimitación del estudio resulte una tarea ardua. No obstante, la finalidad general del trabajo cristaliza en dos grandes objetivos que, a la par que amplios, resultan operativos:

El primero de ellos se focaliza en los aspectos evolutivos de estas relaciones, considerando no solo su proceso de desarrollo sino la incidencia que éste tiene sobre otros ámbitos del desarrollo adolescente. Asumiendo una perspectiva positiva, se establecen dos sub-objetivos de estudio:

**1.- Profundizar en el conocimiento de las primeras relaciones sentimentales adolescentes, analizando sus características básicas y el desarrollo evolutivo de las mismas.**

Desde la literatura científica se destaca el incremento, en cuanto a la implicación en estas relaciones de pareja, que se produce durante la adolescencia, siendo que hacia los últimos de este periodo evolutivo la mayoría de los chicos y chicas han tenido algún tipo de experiencia sentimental (Collins, 2003; Menesini y Nocentini, 2008). Estas relaciones se definen como intensas, con una buena calidad en cuanto a satisfacción y expectativas sobre ellas (Connolly et al., 2004; Sánchez et al., 2008) y, según apuntan los últimos estudios, con posibilidad de ser estables en el tiempo (Connolly y McIsaac, 2009; 2011). Del mismo modo, se señala que estas relaciones, una vez establecidas, siguen evolucionando y modificando sus características,

---

fundamentalmente en cuanto al significado que adquieren para los adolescentes implicados en ellas (Collins et al., 2003).

**Hipótesis 1:** Se espera constatar estas tendencias en cuanto a la aparición, definición y desarrollo de las relaciones de pareja, de modo que la mayoría de los participantes tengan o hayan tenido experiencia sentimental y ésta sea satisfactoria para sus protagonistas, definiéndose con bajos niveles de conflictos y altas expectativas de futuro. Del mismo modo, se espera poder identificar un patrón de desarrollo de estas relaciones con características diferenciales entre los tipos o momentos de estas relaciones.

**2.- Analizar la posible incidencia que la experiencia sentimental tiene en sus protagonistas así como la contribución que ésta, en sus diferentes momentos evolutivos y en función de su calidad, tiene para el ajuste personal de los chicos y chicas.**

Los estudios realizados han señalado que el proceso de formación de las nuevas parejas, así como su mantenimiento, contribuyen al desarrollo de diversos aspectos personales -tales como identidad, autoestima, etc- (Braithwaite et al., 2010; Shaffer y Furman, 2009), así como de habilidades interpersonales (Furman, Low y Ho, 2009). Si bien pueden constituir a la misma vez un factor de riesgo para la implicación en conductas negativas (Joyner y Udry, 2000; Shaffer y Furman, 2009). Algunos autores matizan que no es tanto el hecho de tener una relación en sí misma lo que contribuye al desarrollo positivo del adolescente y al ajuste psicosocial de sus protagonistas, sino el hecho de estar implicado en una relación percibida como satisfactoria y con buenos índices de calidad (Butzer y Kuiper, 2008).

**Hipótesis 2:** De acuerdo con los datos que plantean los diferentes estudios, se espera que existan diferencias, en cuanto a ajuste psicosocial, entre aquellos adolescentes que han tenido y aquellos que no han tenido experiencia sentimental; no obstante, se estima que las diferencias serán más notables al considerar la calidad de las parejas en las que estos chicos y chicas se ven envueltos.

El segundo gran objetivo se dirige al análisis y explicación de la violencia física que se produce en el interior de estas parejas adolescentes. Asumiendo que éste es un riesgo asociado a este tipo de relación, y que su comprensión pasa no sólo por su descripción, sino por el acercamiento a modelos explicativos que sistematicen los diferentes factores de riesgo asociados a ella, se establecen los siguientes sub-objetivos:

**3.- Analizar la presencia, formas y frecuencia de la violencia física en las parejas adolescentes, considerando el efecto del sexo y edad de los implicados.**

La literatura apunta índices de implicación en violencia física similares para chicos y chicas en cualquiera de sus roles –agresores y víctimas-, alcanzando el punto álgido de implicación en torno a los 16 años (Foshee y Reyes, 2011). No obstante, se señala la importancia de considerar aspectos como la frecuencia de implicación en esta violencia o la gravedad de los comportamientos violentos para realizar un análisis en profundidad (Foshee y Reyes, 2011; Sánchez et al., 2008; White et al., 2000).

**Hipótesis 3:** Dado que los estudios previos realizados en España avalan los datos generales presentados por la literatura internacional, se espera que los datos de implicación en esta muestra de jóvenes andaluces confirme esta tendencia. Si bien aun no se cuenta con datos extensos y contrastados respecto al análisis pormenorizado de este tipo de violencia en España, se estima que, como en estudios previos, serán los comportamientos ocasionales y más leves los que estén más extendidos entre los adolescentes.

**4.- Determinar el efecto predictor que las variables personales y del contexto –sea de iguales, sea de pareja- tienen sobre la agresión y victimización físicas en las relaciones sentimentales adolescentes, considerando las posibles diferencias entre los modelos predictores de chicos y chicas.**

Modelos evolutivos y multifactoriales (Capaldi et al., 2003) avalan la importancia de las variables personales (Roberts y Klein, 2003; Vézina y Hebert, 2007), los contactos sociales (Howard et al., 2003) y las propias características de la relación (O’Leary y Smith-Slep, 2003) en el establecimiento de la violencia en el seno de las parejas adolescentes, estableciendo algunas distinciones no sólo en cuanto al rol de implicación –agresor vs víctima- sino en cuanto al sexo de los implicados (Follingstad et al., 1991; 1999; Jackson, 1999).

**Hipótesis 4:** Se espera estimar diferentes modelos explicativos de la violencia física en las parejas adolescentes, considerando el rol de implicación así como el sexo de los implicados, a partir de variables personales, del contexto de iguales, y del propio contexto de la pareja. Pese a que las variables predictoras puedan resultar similares para chicos y chicas, se estima que, de acuerdo a la literatura previa, el peso de éstas sobre la violencia será diferente en función del sexo.

---

## 2. Participantes

---

### 2.1. Procedimiento de muestreo

La planificación del muestreo formaba parte de las decisiones generales adoptadas para el conjunto del estudio en el que se inserta el presente trabajo. El universo de estudio quedaba constituido por el alumnado de Educación Secundaria de Andalucía, siendo las unidades de muestreo los centros educativos que impartían dichos niveles educativos y las unidades últimas de análisis los propios estudiantes.

En un primer momento se consideró la posibilidad de realizar un muestreo aleatorio estratificado por conglomerados monoetápico, asumiendo un nivel de confianza de 95.44% y un error máximo de 0.02 (Moreno, Martínez y Chacón, 2000). Sin embargo, debido a la gran variabilidad de cifras que se manejan respecto a la prevalencia del fenómeno objeto de estudio y la dificultad que ello suponía para establecer el tamaño muestral definido en base a la varianza intra e interconglomerados, finalmente se optó por una opción más conservadora, asumiendo una mayor variabilidad ( $p=q=0.5$ ) y, por ende, requiriendo una muestra mayor. Esto, a su vez, empujaba a la determinación de la muestra de acuerdo a un muestreo aleatorio simple (Moreno et al., 2000) utilizando los niveles de Educación Secundaria Obligatoria y Bachillerato como muestras independientes y calculando el número de participantes correspondiente en función de ello.

Una vez estimado el tamaño de la muestra, y considerando el promedio de alumnado matriculado por unidad de ESO y Bachillerato que figuraba en la "Estadística de la Educación en Andalucía" de la Unidad Estadística de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía perteneciente al curso académico 2005-2006, se calculó el número de centros por provincia que formarían parte del estudio. A partir de la información facilitada por la Consejería de Educación sobre los distintos centros educativos andaluces, se elaboró un listado de éstos considerando provincia y etapa. Utilizando una tabla de números aleatorios se seleccionaron, respetando la proporcionalidad de población escolarizada, un total de 48 centros de las ocho provincias andaluzas: 28 centros de Educación Secundaria Obligatoria y 20 centros de Bachillerato, de los cuales 22 fueron considerados centros titulares (11 de Secundaria y 11 de Bachillerato) y 26 centros sustitutos.

## 2.2. Características socio-demográficas

Los chicos y chicas que participaron en este estudio estaban escolarizados en Centros de Enseñanza Secundaria de Andalucía, en los cursos correspondientes al segundo ciclo de ESO y Bachillerato. Concretamente, fueron entrevistados un total de 3258 adolescentes (chicos 48.6%; chicas 51.4%) de las ocho provincias andaluzas de entre 15 y 21 años (ver Tabla 1).

Tabla 1

*Características personales de los participantes*

		Frecuencia	Porcentaje
<b>Sexo</b> (Perdido 0.5%)	<i>Hombre</i>	1575	48.6%
	<i>Mujer</i>	1666	51.4%
<b>Curso</b>	<i>3ºE.S.O</i>	988	30.3%
	<i>4ºE.S.O</i>	830	25.5%
	<i>1ºBachillerato</i>	802	24.6%
	<i>2ºBachillerato</i>	638	19.6%
<b>Edad</b> Perdido 2.1%	<i>15 años</i>	597	18.7%
	<i>16 años</i>	784	24.6%
	<i>17 años</i>	882	27.6%
	<i>18 años</i>	704	22.1%
	<i>19 años</i>	173	5.4%
	<i>20 años</i>	39	1.2%
$\bar{x}=16.76$ d.t.=1.24	<i>21 años</i>	10	0.3%
<b>Provincia</b>	<i>Córdoba</i>	412	12.6%
	<i>Huelva</i>	440	13.5%
	<i>Sevilla</i>	728	22.3%
	<i>Cádiz</i>	398	12.2%
	<i>Málaga</i>	441	13.5%
	<i>Jaén</i>	294	9.0%
	<i>Granada</i>	260	8.0%
	<i>Almería</i>	285	8.7%
N=3258			

Respecto a las características familiares de los participantes (ver Tabla 2), el 86.6% convivían con ambos progenitores, mientras que un 10.7% vivía sólo con la madre. Un 1.7% convivía con el padre y un 1% con ninguno de los dos. Sólo el 16.5% de los chicos no convivía con ningún hermano/a, mientras que los demás convivían al menos con un hermano o hermana.

Respecto al nivel educativo de los padres y madres, aproximadamente la mitad de ellos tenían estudios básicos (44.0% y 46.1 % de padres y madres, respectivamente), mientras que el 25.3% y 22.3 % de padres y madres habían alcanzado estudios universitarios.



Tabla 2

Características familiares de los participantes

N=3258		Frecuencia	Porcentaje	
<b>Convivencia</b>	<i>Padre</i> (perdidos 1.7%)	2828	88.3%	
	<i>Madre</i> (perdidos 1.7%)	3114	97.3%	
	<i>Hermanos</i> (perdidos 2.0%)	1591	49.8%	
	<i>Hermanas</i> (perdidos 2.0%)	1504	47.1%	
	<i>Otros</i> (perdidos 2.0%)	399	12.5%	
	<b>Hermanos que no vivan contigo</b> (perdidos 1.9%)	471	15.2%	
<b>Estudios</b> Perdidos padre 8.5% madre 5.7%	<b>Ninguno</b>	<i>Padre</i>	169	5.7%
		<i>Madre</i>	194	6.3%
	<b>Básicos</b>	<i>Padre</i>	1311	44.0%
		<i>Madre</i>	1415	46.1%
	<b>Bachillerato</b>	<i>Padre</i>	381	12.8%
		<i>Madre</i>	417	13.6%
	<b>Ciclos formativos</b>	<i>Padre</i>	343	11.5%
		<i>Madre</i>	336	10.9%
	<b>Universitarios</b>	<i>Padre</i>	753	25.3%
		<i>Madre</i>	686	22.3%
	<b>Otros</b>	<i>Padre</i>	25	.8%
		<i>Madre</i>	23	0.7%
	<b>Administrativo</b>	<i>Padre</i>	214	7.0%
		<i>Madre</i>	283	9.1%
	<b>Agrario</b>	<i>Padre</i>	155	5.1%
		<i>Madre</i>	35	1.1%
	<b>Artesano</b>	<i>Padre</i>	1166	38.0%
		<i>Madre</i>	511	16.4%
	<b>Artista</b>	<i>Padre</i>	25	.8%
		<i>Madre</i>	22	0.7%
	<b>Profesional liberal</b>	<i>Padre</i>	227	7.4%
		<i>Madre</i>	84	2.7%
	<b>Educador</b>	<i>Padre</i>	129	4.2%
		<i>Madre</i>	218	7.0%
	<b>Sanitario</b>	<i>Padre</i>	131	4.3%
		<i>Madre</i>	207	6.6%
	<b>Empresario</b>	<i>Padre</i>	308	10.0%
		<i>Madre</i>	100	3.2%
<b>Comerciante</b>	<i>Padre</i>	286	9.3%	
	<i>Madre</i>	203	6.5%	
<b>Seguridad</b>	<i>Padre</i>	117	3.8%	
	<i>Madre</i>	5	0.2%	
<b>Ama de casa</b>	<i>Padre</i>	0	0%	
	<i>Madre</i>	1298	41.6%	
<b>Estudiante</b>	<i>Padre</i>	2	.1%	
	<i>Madre</i>	4	0.1%	
<b>Desempleado</b>	<i>Padre</i>	17	.6%	
	<i>Madre</i>	25	0.8%	
<b>Jubilado</b>	<i>Padre</i>	70	2.3%	
	<i>Madre</i>	8	0.3%	
<b>Otros</b>	<i>Padre</i>	219	7.1%	
	<i>Madre</i>	119	3.8%	
<b>Profesión</b> Perdidos padre 5.9% madre 4.2%				

El desempeño laboral se distribuía de forma desigual entre padres y madres, siendo en cualquier caso, trabajos domésticos o artesanales de baja cualificación los más ampliamente desempeñados. Así, el 38% de los padres realizaban trabajos artesanales seguidos de un 10% que realizaban labores empresariales y un 9.3% labores comerciales; por su parte, el 41.6% de las madres eran amas de casa, seguidas de un 16.4% que realizaban trabajos artesanales y un 9.1% labores administrativas.

## 3. Instrumentos

---

El presente estudio, como se ha apuntado, se enmarca en un proyecto más amplio que contempla una vasta batería de instrumentos. No obstante, a continuación se hace referencia únicamente, a aquellos instrumentos que son de interés investigador para los objetivos propuestos en este trabajo, explicitándolos y detallando sus características principales. Se presentan agrupados en cinco bloques en función de los objetivos de análisis.

### 3.1. Bloque I: Datos socio-demográficos

Se pedía a los chicos y chicas que respondiesen a una serie de preguntas directas que hacían alusión a datos relativos al centro (p.e. curso; grupo; localidad; centro TIC) y a ellos mismos y sus familias (p.e. sexo; fecha de nacimiento; ¿con quién vives?; estudios y profesión de madre y padre).

### 3.2. Bloque II: Variables personales, comportamentales y actitudinales

#### 3.2.1. Autoestima

La autoestima de los adolescentes que participaron en este trabajo fue medida a partir de la escala desarrollada por Rosenberg a tal efecto (Self-esteem Scale: Rosenberg, 1965). Diseñada originalmente como una escala Guttman y testada en adolescentes, actualmente esta escala, compuesta por 10 ítems (formulados 5 en positivo y 5 en negativo), suele ser puntuada como escala likert de 4 puntos (0-3), considerándose que a mayor puntuación, mayor nivel de autoestima.

---

En España la versión más extendida es la traducción realizada por Echeburúa (1995), si bien, incorporando algunas modificaciones lingüísticas (Vázquez, Jiménez y Vázquez-Morejón, 2004), validada posteriormente por Martín-Albo y cols. (2007) con estudiantes universitarios.

### 3.2.2. Problemas internalizantes y externalizantes

El Youth Self-Report es un instrumento desarrollado por Achenbach (1991) para la evaluación de la psicopatología infantil y adolescente -entre 11 y 18 años- formado por 112 ítems para la exploración de conductas adaptativas y prosociales así como conductas problemáticas.

Este instrumento ha sido objeto de adaptación y estudio en población española (Lemos, Fidalgo, Calvo y Menéndez, 1992a, 1992b, 1992c), siguiendo la estructura del original. Sin embargo, los análisis de componentes principales realizados señalaron algunas diferencias respecto a los síndromes encontrados por Achenbach. Los últimos estudios efectuados con una muestra representativa de adolescentes españoles (Lemos et al., 2002) determinaron que, a partir de los nueve factores de primer orden derivados para cada sexo, se derivaban ocho síndromes centrales que seguían siendo diferentes de los propuestos por Achenbach, pero que permitían obtener dos factores de segundo orden que se correspondían con una psicopatología internalizante vs externalizante (trastornos emocionales / trastornos de conducta). Esta estructura ha sido posteriormente confirmada en muestra española comprobando su validez y fiabilidad (Abad, Forn, Amador y Martorell, 2000).

En este estudio, y tomando como referente los trabajos realizados por Lemos y cols., se han considerado un total de 26 ítems correspondientes a cuatro síndromes comunes: depresión y problemas de relación o aislamiento (comportamientos internalizantes) y conducta delictiva y agresividad verbal (comportamientos externalizantes). Estos ítems, referidos a diversas afirmaciones sobre distintas actitudes o comportamientos debían ser contestados por los adolescentes de acuerdo con su aplicabilidad y frecuencia, eligiendo 0 cuando su contenido no era verdad o no tenía sentido para ellos, 1 cuando era algo verdad o les sucedía a veces, y 2 cuando era muy cierto o les sucedía frecuentemente.

### 3.2.3. Actitudes sexistas

Para medir las creencias sexistas de los jóvenes participantes en el presente trabajo, se utilizó la Escala de Detección del Sexismo Adolescente (Cuadrado et al., 2005 citado en Recio, Cuadrado y Ramos, 2007). Elaborada a partir de un conjunto de 57 ítems, esta batería inicial fue sometida a un proceso de depuración en base a criterios conceptuales y psicométricos hasta llegar a una versión final validada de 26 ítems (Recio et al., 2007). Los adolescentes debían responder en una

escala Likert de 6 puntos según su grado de acuerdo (desde 1= «totalmente en desacuerdo» hasta 6= «totalmente de acuerdo») con una serie afirmaciones que medían dos dimensiones de sexismo: benévolo (10 ítems) y hostil (16 ítems).

### **3.2.4. Consumo de sustancias**

A partir de la revisión de diferentes instrumentos desarrollados y validados en su uso para el estudio del consumo de sustancias en adolescentes, se decidió diseñar un instrumento ad-hoc (Ortega, Sánchez y Ortega-Rivera, 2008) que se adaptara a los objetivos de estudio y que contemplara aquellos aspectos que interesaban medir para este trabajo. Se desarrollaron 4 preguntas globales que analizaban el consumo de tabaco, alcohol y drogas (hachís o marihuana), la frecuencia en su consumo y la edad de inicio de estas prácticas.

## **3.3. Bloque III: Variables del contexto de iguales**

### **3.3.1. Comportamiento agresivo**

Tras la revisión de diversos instrumentos para el estudio de los comportamientos y actitudes agresivas en población adolescente, y tomando como referencia el Cuestionario de Convivencia, Conflictividad y Acoso Escolar (Ortega, Del Rey y Mora-Merchán, 2008) desarrollado para el análisis del bullying tradicional, bullying xenófobo y ciberbullying, se seleccionaron dos preguntas directas que permitían obtener una medida de implicación en comportamientos agresivos entre iguales como agresor y como víctima.

### **3.3.2. Molestias sexuales**

Sea en el contexto nacional como internacional, uno de los instrumentos más utilizados para medir las molestias y comportamientos agresivos de carácter sexual ha sido el desarrollado para el Survey on Sexual Harassment in America (AAUW, 1993). Originalmente dirigido a 1632 estudiantes de 79 escuelas de EEUU, el cuestionario ha sido traducido, adaptado y utilizado posteriormente en diversos contextos y diversas edades (entre otros, Ortega et al., 2008; 2010, en el contexto nacional; en el contexto internacional, Dahinten, 2003; Hand y Sánchez, 2000; Pellegrini, 2001; Timmerman, 2002; Witkoska y Kjellberg, 2005; Pepler et al., 2006; Gruber y Fineran, 2008; Nocentini y Menesini, 2008).

Para este estudio se han tomado como referentes los estudios realizados previamente por Ortega y cols. (2008, 2010) en los que se aplicaba la traducción en español del instrumento original. Si bien, se han considerado algunas de las modificaciones aplicadas por McMaster y cols. (2002) referidas a los anclajes de la escala likert, a la limitación del tiempo en el que se

---

producían los comportamientos y a la eliminación de un comportamiento que raramente se correspondía con la realidad de nuestras escuelas. Quedaron así 13 ítems medidos en escala Likert de cinco puntos en los que los participantes manifestaban con qué frecuencia habían estado implicados en los últimos 3 meses, como agresores o como víctimas, en una serie de molestias sexuales.

### **3.3.3. Comportamiento transgresivo**

Para medir el comportamiento transgresivo entre compañeros en este trabajo, se tomó como referente el Peer Orientation (Fuligni y Eccles, 1993), instrumento desarrollado para el análisis del comportamiento relacional entre iguales en sus dos vertientes -en términos positivos refiriéndose a la búsqueda de consejo y apoyo, y en término negativos, referido al comportamiento transgresivo respecto a la norma o a sus propios intereses-. Así, los adolescentes respondieron a 4 ítems medidos en escala Likert de 5 puntos (1=poco o nada; 5=siempre) que medían la frecuencia con que realizaban diversos comportamientos transgresivos a favor del mantenimiento de la relación de amistad.

## **3.4. Bloque IV: Características y calidad de las relaciones sentimentales de los adolescentes**

### **3.4.1. Situación sentimental y experiencia de ruptura**

A partir de distintos focos de grupo con población adolescente, Connolly y cols. desarrollaron un instrumento dirigido al estudio de las primeras parejas sentimentales y a la participación de los jóvenes en este tipo de relación social (Connolly et al., 1999, 2000). Siendo utilizado por las autoras en su versión actual en 2004, el instrumento se compone de 8 ítems dicotómicos (verdadero/falso) que describen actividades sociales en las que los adolescentes podían participar después de clase o los fines de semana, referentes a tres contextos sociales: grupos mixtos, grupos homogéneos o grupos mixtos con carácter sentimental. Se incluyen también preguntas sobre la situación sentimental actual, el interés por establecer relaciones sentimentales, la duración de éstas en caso de tenerlas o el tiempo dedicado a ella después del colegio.

Para el presente trabajo se usa una adaptación de este instrumento utilizada previamente con población adolescente española e italiana (Ortega et al., 2008; Sánchez et al., 2008). Esta versión analiza las dimensiones cuantitativas y cualitativas de estas primeras relaciones sentimentales a partir de dos bloques de preguntas: el primero (10 ítems) evalúa la relación

sentimental del adolescente tanto presente como pasada, incluyendo preguntas sobre el número de parejas, la duración de éstas, las actividades que realizan, la frecuencia y el tiempo que pasan con ellas y la satisfacción respecto a su situación sentimental actual. El segundo bloque (6 ítems) aborda la experiencia de ruptura de una relación así como las consecuencias de este hecho.

### **3.4.2. Factores de calidad de pareja**

Para conocer cómo eran las parejas adolescentes en cuanto a la calidad de éstas se refiere, se seleccionaron una serie de ítems que permitían indagar tres aspectos positivos y tres negativos: de un lado, compañía e intimidad, comunicación y expectativas de futuro; y de otro, conflicto, desequilibrio de poder y comportamiento transgresivo.

Para las tres escalas positivas, así como para la escala de conflicto se utilizaron ítems provenientes del Network Relationship Inventory (Furman y Burhmester, 1985; 1992). Este instrumento fue diseñado en origen con 30 ítems medidos en escala Likert de cinco puntos que evaluaban doce cualidades positivas y negativas de las relaciones que establecían los chicos y chicas con distintos miembros de la familia, amigos y profesores (7 correspondientes a disposiciones sociales como ayuda, afecto, intimidad... y 5 correspondientes a aspectos negativos como conflictos, castigos, enfados,...). Posteriormente revisado (Furman y Wehner, 1994), el cuestionario se centró en el análisis de la percepción de los chicos y chicas respecto a la calidad de la relación con sus amigos íntimos y su relación sentimental.

Tomando nuevamente como referente el Peer Orientation (Fuligni y Eccles, 1993), se hizo una adaptación de los 4 ítems que medían el aspecto más negativo de la relación, referido a la transgresión de la norma o de los propios intereses a favor de ésta. Siendo la pareja el contexto de análisis, estos ítems medidos en escala Likert de 5 puntos constituyeron la escala de comportamiento transgresivo, haciendo alusión a una situación en la que los adolescentes daban tal importancia a su pareja que podían sacrificar el desarrollo positivo de algunos aspectos de su vida para mantenerla. A esta medida se añadieron ad-hoc, y siguiendo la misma estructura de las escalas anteriores, 4 ítems en escala Likert con el mismo número de anclajes dirigidos a la medida del desequilibrio de poder entre los miembros de la pareja.

---

## 3.5. Bloque V: Violencia en las relaciones sentimentales de los adolescentes

### 3.5.1. Violencia física

Para estudiar la presencia de violencia física en el interior de las parejas adolescentes, se tomó como referencia la Conflict Tactics Scale desarrollada por Straus (1979) y diseñada originalmente para la medida de violencia física en diversos grados, así como violencia verbal. Esta escala, posteriormente modificada (M-TCS, Strauss et al., 1996) ha sido uno de los instrumentos más utilizados dentro de este tópico de investigación. Esta última versión ha sido validada en España por Muñoz-Rivas y cols. (2007a) con población juvenil de entre 16 y 26 años y por Montes-Berges (2008) con población clínica.

Nocentini y cols. (2010; 2011) en estudios previos con población italiana y canadiense de entre 14 y 16 años centrados en violencia física en parejas adolescentes, realizan diversas modificaciones sobre los ítems originales considerando las dificultades que otros trabajos habían señalado en cuanto a frecuencias y superposición de ítems. La traducción de esta versión ha sido utilizada en España (Sánchez et al., 2008), con población juvenil ofreciendo buenos resultados de fiabilidad.

En el presente estudio se utiliza esta última versión del instrumento, compuesta por un total de 9 ítems bidireccionales que miden la frecuencia con que chicos y chicas se ven envueltos en una serie de comportamientos violentos de carácter físico, sea en cuanto a agresión como en cuanto a victimización, en un escala Likert de 5 puntos (0=nunca; 1=raramente; 2=algunas veces; 3=muchas veces; 4=siempre).

## 4. Procedimiento de obtención de la información

---

Los estudiantes que participaron en este estudio fueron entrevistados en horario escolar, a través de un autoinforme diseñado acorde a los objetivos que se planteaban.

Previo consentimiento por parte de las familias y del centro, distintos entrevistadores ajenos a éste fueron entrenados para la administración del cuestionario. Con esto se pretendía que todos ellos adquiriesen conocimiento del contenido y forma de los diferentes instrumentos que conformaron la batería final utilizada.

Se prestó especial atención a la unificación de los conceptos que aparecían a lo largo de la batería (novio/a, pareja formal,...) así como al conocimiento exhaustivo de las instrucciones específicas de cada uno de los instrumentos (los que consideran la experiencia en los últimos meses, frente a los que consideran cualquier tipo de experiencia previa, los que hacen referencia a comportamiento no deseados, la diferenciación entre los que consideran la perspectiva de agresor y víctima,...). De cualquier forma, se dispuso una plantilla de registro de incidencias, tratando de aunar las decisiones y criterios de todos los encuestadores.

Como se ha apuntado, los instrumentos seleccionados para este estudio formaban parte de un proyecto más amplio, de forma que la cantidad total de instrumentos utilizados conformaron una batería estructurada en dos cuadernillos de autoinforme que fueron administrados al alumnado en dos horas no consecutivas. Con la premisa de ser totalmente anónimo, se les pidió a los chicos y chicas que, de forma individual, rellenasen los datos que se les pedían, incluyendo en cada cuadernillo un código a modo de clave que nos permitiera unir las dos partes de la batería de una misma persona.

La cumplimentación de estos cuadernillos, pese a la cantidad de instrumentos que contemplaban, no tomaba más de 45-60 minutos en cada ocasión.

---





# **Análisis preliminares y validación de instrumentos**





Antes de comenzar con el estudio propiamente dicho, resultó necesaria la preparación de los datos y la comprobación de determinadas asunciones estadísticas, así como la verificación misma de la consistencia de las escalas con las que se trabajaría posteriormente.

Se abordan en este apartado ambos aspectos, explicitando y justificando las decisiones y resultados obtenidos.

# 1. Casos perdidos y supuestos básicos

---

De manera previa a la aplicación de cualquier procedimiento estadístico, resultaba necesario el análisis de las características generales de los datos que nos ocupan y la aproximación y detección de posibles fallos, outliers, datos perdidos, etc.

Dado el número de variables con las que cuenta el presente estudio, resultaba difícil determinar todos y cada uno de estos aspectos de manera global y generalizada pues, como se mencionó anteriormente, la batería de medida estaba compuesta por diversos instrumentos. De cualquier forma, con el objetivo de detectar las inconsistencias generales y los cuestionarios inválidos –por cuestiones ajenas al propio cuestionario–, se realizaron una serie de análisis que consideraban la totalidad de las variables de estudio.

Por las características particulares de la batería de instrumentos, decidimos tomar la variable referida a la situación sentimental actual (en adelante, DQ1) como punto de referencia para este análisis preliminar considerando, fundamentalmente, dos razones para ello: 1) es un ítem al que todos los participantes debieron dar respuesta y 2) en función de su respuesta en este ítem, deberán cumplimentar unos u otros instrumentos.

Un análisis de frecuencias señalaba que, de la muestra original de 3258 participantes, en esta variable contamos con 2.9% de casos perdidos por sistema (N=96). Un análisis global de estos casos permitía comprobar que no existía un patrón definido para esta ausencia de respuesta. Siguiendo las indicaciones de Salvador-Figueras y Gallardo (2003), se realizó un diagnóstico estadístico de la aleatoriedad de estos datos ausentes comprobando que, aplicando contrastes de comparación de medias en otras variables de interés del estudio –concretamente, variables de los instrumentos de características personales– no existían diferencias significativas entre el grupo de observaciones ausentes y el de observaciones presentes. Esto permitía afirmar que el proceso de datos ausentes era aleatorio, decidiéndose mantenerlos y valorarlos posteriormente de manera detenida en función del análisis que se realizara.

---

No obstante, con el objetivo de detectar aquellos casos con un alto número de variables ausentes, se aplicó sobre la variable mencionada, DQ1, un filtro que permitiera seleccionar aquellos casos que tenían o habían tenido pareja en algún momento y que, por tanto, habían debido contestar a la batería de instrumentos en su totalidad (N=2695). Haciendo un recuento de variables, se consideraron un total de 310 -quedando excluidas las cualitativas y las correspondientes a los datos socio-demográficos-. Se analizaron los casos que, de esta submuestra, presentaban un 65% o más de variables ausentes (200 o más variables). Los 8 casos que se encontraban en esta situación fueron sometidos al mismo proceso de análisis de aleatoriedad mencionado anteriormente (Salvador-Figueras y Gallardo, 2003), comprobando que no existía un patrón de ausencia de respuesta. En esta ocasión, dada la alta tasa de respuesta ausente en cada uno de ellos y que el tamaño muestral no se veía significativamente reducido, se decidió la supresión de éstos de la muestra final (N=3250).

Una vez definida la que sería la muestra final, se abordó el análisis de los planteamientos básicos que subyacen a la mayoría de los procedimientos estadísticos utilizados en el presente estudio.

De un lado, el propio tamaño de la muestra representaba el primer hito a considerar. La mayoría de los estadísticos realizados para el presente estudio se basan en la generación de una hipótesis experimental y la comprobación de su efecto significativo sobre la población objeto de estudio (Field, 2009). Sin embargo, efectos pequeños o poco importantes pueden resultar estadísticamente significativos si la muestra empleada es demasiado grande (Field y Hole, 2003). Para evitar en la medida de lo posible este sesgo, se utilizará una medida de tamaño del efecto para aquellos test más sensibles al tamaño muestral.

De otro lado, muchos de los análisis que generalmente se llevan a cabo están desarrollados sobre la base de la asunción de determinados prerrequisitos básicos que no siempre son considerados de forma explícita. Si bien en el campo de la investigación psicológica, educativa y de las ciencias sociales en general, es difícil asumir el cumplimiento de todos y cada uno de ellos, sí es necesaria la consideración y valoración de los datos respecto a tales asunciones con el objetivo de que la interpretación de éstos sea lo más ajustada posible a la realidad.

No todos los análisis estadísticos comparten las mismas asunciones, siendo los paramétricos los más exigentes en este sentido. En esta línea el Análisis Factorial Confirmatorio se revela como uno de los procedimientos estadísticos que requiere mayor número de condiciones previas a su realización. Diversos autores (Field, 2009; Levy y Varela, 2006; entre otros) han

señalado, entre otros, criterios relativos al nivel de medida, al número de valores por indicador, al número mínimo de observaciones, al número de indicadores y al de indicadores por variable latente, a la distribución de los datos, etc.

Los instrumentos utilizados permitían garantizar muchos de los prerequisites referidos al nivel de medida y a las características de los propios indicadores. Sin embargo, resultaba fundamental el tratamiento de un último aspecto antes de proceder a la realización de tales análisis: la asunción de una distribución normal se revelaba como el aspecto más controvertido dada la naturaleza misma del estudio que se desarrolla.

Por el tamaño muestral del presente estudio, la observación directa del histograma de cada uno de los ítems, así como la valoración individual de los valores de asimetría y curtosis resultaba el método más apropiado para la consideración de este aspecto (Field, 2009). En la medida en que no se cumplía con una distribución normal, se contempló la posible transformación de los datos para su adecuación estadística a ésta. Sin embargo, no existe acuerdo en cuanto a la idoneidad de este procedimiento ni en cuanto al método más efectivo en caso de ponerlo en práctica. En este sentido, Glass, Peckham y Sanders (1972), por ejemplo, refiriéndose al análisis de varianza y covarianza, señalaron que este tipo de transformación puede afectar a la validez de los resultados obtenidos. Trabajos posteriores han señalado, sin embargo, que este aspecto estaría en función del test que se use, de manera que test robustos no presentan diferencias significativas en los resultados aún cuando las puntuaciones han sido transformadas (Field, 2009). En referencia al tipo de análisis que nos ocupa para la validación de las escalas (análisis factoriales exploratorios y confirmatorios), Rodríguez y Ruiz (2008) han realizado un estudio que pone de manifiesto dos aspectos fundamentales: a) las transformaciones logarítmicas e inversas son las que proporcionan un mejor ajuste de la distribución a la normalidad, sin embargo, no la corrigen completamente en términos de normalidad multivariante; 2) los análisis factoriales realizados resultan más sensibles al método de estimación utilizado que a la transformación efectuada sobre los datos originales. De esta forma, concluyen que en aquellos casos en que la muestra no presente una anormalidad extrema, los análisis factoriales (sean exploratorios o confirmatorios) no se ven afectados por este elemento, por lo que no parece aconsejable la transformación de los datos empíricos en términos de corrección de asimetría y curtosis. Esto mismo parece concordante con los resultados de otros autores que afirman, de modo general, que a menos que se produzca un distanciamiento extremo de la normalidad, este aspecto no constituye un elemento crítico para el análisis de los datos con pruebas paramétricas (Gavin, 2008).

---

Con todo ello, se decidió no transformar los datos empíricos originales, prestando especial atención, no obstante, a la distribución de éstos mediante la observación del histograma respecto a la curva normal así como al valor de asimetría y curtosis que presentaban. Del mismo modo, y siguiendo el estudio de Rodríguez y Ruiz (2008), al realizar los análisis correspondientes a CFA (Confirmatory Factor Analysis) de las escalas se consideraría el valor del coeficiente de Mardia. Este estadístico ofrece una medida de distribución multivariante que, según estos autores, no debe superar 70 en valor absoluto para que la distribución pueda ser considerada dentro de los márgenes permitidos en estos análisis.

## 2. Estructura factorial de los instrumentos

---

Con la consideración de los supuestos anteriores, se realizaron los análisis de validez factorial de las diferentes medidas empleadas para los estudios propuestos en el presente trabajo, utilizando para ello el software estadístico AMOS 16.0. Mediante análisis factoriales confirmatorios, partiendo a priori de los modelos propuestos por los propios autores y de las aportaciones y modificaciones apuntadas por la literatura científica existente al respecto. Se presentan a continuación los resultados más relevantes y los modelos que finalmente fueron considerados.

Por la propia naturaleza de estos análisis, la decisión sobre el tratamiento de los datos perdidos así como el método de estimación de parámetros constituían dos puntos fundamentales e íntimamente relacionados. Previa comprobación de la aleatoriedad en el patrón de casos de perdidos, se decidió excluir del análisis únicamente aquellos casos cuyas respuestas en todas las variables del instrumento resultaban perdidas. De este modo, la aproximación directa en base al método de máxima verosimilitud (ML) que ejecuta AMOS sobre los casos perdidos permitía incorporar al análisis confirmatorio de cada instrumento la mayor parte de la muestra global del estudio. Por otra parte, este método de estimación en el contexto de los modelos de ecuaciones estructurales ha demostrado ser razonablemente robusto al incumplimiento perfecto de supuestos básicos como la normalidad multivariada (Hu y Bentler, 1995), por lo que se adecua a las características generales de los datos con los que se trabaja.

No obstante, siguiendo las indicaciones de Rodríguez y Ruiz (2008) se hizo en cada caso una comprobación previa del coeficiente de Mardia que permitía corregir el procedimiento de análisis en función de la distribución multivariada de los datos. En este sentido, en aquellos casos que se demostraba una fuerte distribución no normal, el tratamiento de los datos se

realizaba siguiendo el método de Bootstrapping, el cual permitía el cálculo de los estadísticos necesarios corrigiendo la distribución de muestreo mediante la creación de un número de muestras con reposición de los datos observados (Ledesma, 2008). Sin embargo, esto obligaba, a su vez, a utilizar una muestra sin datos perdidos. De cualquier modo, dado el bajo porcentaje general de éstos, este procedimiento no suponía en ningún caso una pérdida muestral significativa atendiendo a los valores del coeficiente de Hoelter

Para la evaluación, en cada caso, del modelo que mejor se ajustaba a los datos empíricos y considerando las distintas voces que apuntan la no existencia de un criterio único (por ejemplo, Schumaker y Lomax, 2004; Kline, 2011), se atendieron a dos elementos fundamentales: la adecuación de cada uno de los parámetros estimados y la adecuación del modelo de forma global (Byrne, 2009). En relación a lo primero, era necesario controlar que los parámetros tomaran valores viables y consistentes -en términos de signo y valor y en relación a la teoría en la que se sustentan-, que el error estándar asociado a cada parámetro no tomara valores extremos, y que los parámetros estimados fuesen estadísticamente significativos (lo que considerando un nivel de probabilidad de 0.5 suponía un valor del estadístico C.R.  $>\pm 1.96$ ). En relación al ajuste global del modelo, existen un amplio número de índices que dan información al respecto. Cada uno de ellos comporta, sin embargo, diversas dificultades de valoración en función del tamaño muestral, del método de estimación utilizado, de la complejidad del modelo y/o de la sensibilidad a determinados supuestos de normalidad uni y multivariante y la interdependencia entre variables, por lo que la mayoría de los autores abogan por la valoración conjunta de distintos índices para la evaluación del ajuste global del modelo (Hu y Bentler, 1995). Los índices utilizados en los siguientes análisis fueron: a) el coeficiente de mínima discrepancia o chi-cuadrado, cuya no significatividad indicaría el conveniente ajuste del modelo estimado a la matriz observada. Este índice, sin embargo, resulta muy sensible al tamaño de la muestra de modo que, generalmente, con muestra superiores a 200 participantes tiende a presentar significatividad estadística mientras que con muestras inferiores a 100 participantes toma valores no significativos. Por ello, en este caso, la interpretación de este índice se realizaba cautelosamente considerándolo fundamentalmente para la comparación de modelos más que como índice independiente para la valoración del ajuste de un modelo concreto; b) el NFI (Normed Fit Index) y su versión revisada considerando el efecto del tamaño muestral, el CFI (Comparative Fit Index), son dos de los índices considerados durante más tiempo como indicativos únicos de ajuste. Los valores de ambos oscilan entre 0 y 1 y se derivan de la comparación del modelo estimado con un modelo nulo en el que no existe dependencia alguna entre las variables (de manera que cada variable constituiría en sí misma un factor), siendo

---



indicativos de un buen ajuste los valores superiores a 0.90 (según Bollen, 1989) ó 0.95 (siguiendo a Hu y Bentler, 1995); y c) el RMSEA (Root Mean Square Error of Aproximation), reconocido recientemente como uno de los criterios que mayor información aporta en cuanto al modelo estructural de covarianzas. Valores inferiores a 0.05 indican un buen ajuste, valores entre 0.05 y 0.08 representan un ajuste aceptable y valores superiores a 0.08 indicarían un mal ajuste y la necesidad de revisión del modelo. Por último, en todos los modelos se consideró el valor de la N crítica de Hoelter (Hoelter's 0.1/Hoelter's 0.5 >200), estadístico centrado directamente en la adecuación del tamaño muestral para producir un ajuste del modelo adecuado a chi-cuadrado (Hu y Bentler, 1995).

## **2.1. Instrumentos referidos a las variables personales**

### **2.1.1. Escala de Autoestima Rosenberg (1965)**

La Escala de Autoestima de Rosenberg (1965) es probablemente uno de los instrumentos más utilizados para la medida de este aspecto en el ámbito de las ciencias sociales. Se cuenta con su traducción en, al menos, 28 idiomas y ha sido administrada a más de 16.998 participantes a lo largo de 53 países diferentes mostrando, no obstante, cierta controversia en cuanto a su estructura factorial (Schmitt y Allik, 2005). Pese a que la mayoría de los investigadores, siguiendo las indicaciones del autor del instrumento, han considerado una medida monofactorial -siendo que todos los ítems saturan una única escala denominada autoestima general- desde diversos trabajos se ha apuntado la posibilidad de una estructura bifactorial -siendo que los ítems formulados en negativo saturan una escala denominada autodesprecio y los ítems formulados en positivo saturan la escala llamada autoconfianza- (Owens, 1994; Sheasby, Barlow, Cullen y Wright, 2000; entre otros). Respecto a esta última tendencia bifactorial, no faltan los presupuestos que apuntan que esta doble escala es efecto de la propia formulación del instrumento, de manera que su completa redacción en positivo o negativo eliminaría esta estructura (Tomas y Oliver, 1999; Greenberger, Chen, Dmitrieva y Farruggia, 2003).

Respecto a los estudios desarrollados con población adolescente, un estudio intercultural realizado por Farruggia y cols. (manuscrito sin publicar, citado en Greenberger et al., 2003) con jóvenes de 4 países (Estados Unidos, República Checa, China y Corea) mostraba que la estructura monofactorial propuesta en origen no se ajustaba a ninguna de las muestras de estudio, siendo mucho más apropiado el uso de una estructura bifactorial de nueve ítems.

En España, donde el instrumento original ha sido traducido y validado en diferentes poblaciones -con muestra clínica (Baños y Guillén, 2000; Vázquez, Jiménez y Vázquez-Morejón, 2004), muestra adolescente (Atienza, Moreno y Balaguer, 2000; Pastor, Navarro, Tomás y Oliver, 1997), muestra universitaria (Martín-Albo, Núñez, Navarro y Grijalvo, 2007), y muestra adulta (Salgado e Iglesias, 1995)-, los estudios que han considerado el análisis estructural de éste han obtenido resultados poco esclarecedores. Salgado e Iglesias (1995) examinaron diferentes modelos que iban desde una estructura monofactorial hasta una bifactorial de segundo orden -siendo la autoestima general el factor de segundo orden-, y concluyeron que, aun sin grandes diferencias entre los índices de ajuste en varios de los modelos probados, el modelo bifactorial que consideraba una autoestima positiva (lo que otros han denominado autoconfianza) y una autoestima negativa (autodesprecio) era el que mejor se ajustaba a los datos empíricos. En cuanto a los trabajos con muestra adolescente en nuestro país, Pastor y cols. (1997) apuntaron que la escala podía ser considerada monofactorial, si bien, presentaba efectos de método importantes; Atienza y colaboradores (2000) por su parte, coincidían en la necesidad de tener en cuenta los efectos de método pero señalaban que los índices sólo permitían aceptar la escala unidimensional en el caso de las chicas, ya que no se ajustaba a la muestra masculina.

Tabla 3

*Índices de ajuste de los modelos de la Escala de Autoestima*

	N	DF	$\chi^2$ (p)	NFI	CFI	RMSEA (Lo90 - Hi90)
<b>Modelo 1<sup>a</sup></b>	2993	35	1586.803 (.000)	.808	.811	.122 (.117 - .127)
<b>Modelo 2<sup>b</sup></b>	2993	34	542.905 (.000)	.934	.938	.071 (.066 - .076)
<b>Modelo 3<sup>c</sup></b>	2993	33	458.932 (.000)	.945	.948	.066 (.060 - .071)

<sup>a</sup>Modelo monofactorial.

<sup>b</sup>Modelo bifactorial, correlación entre factores .653.

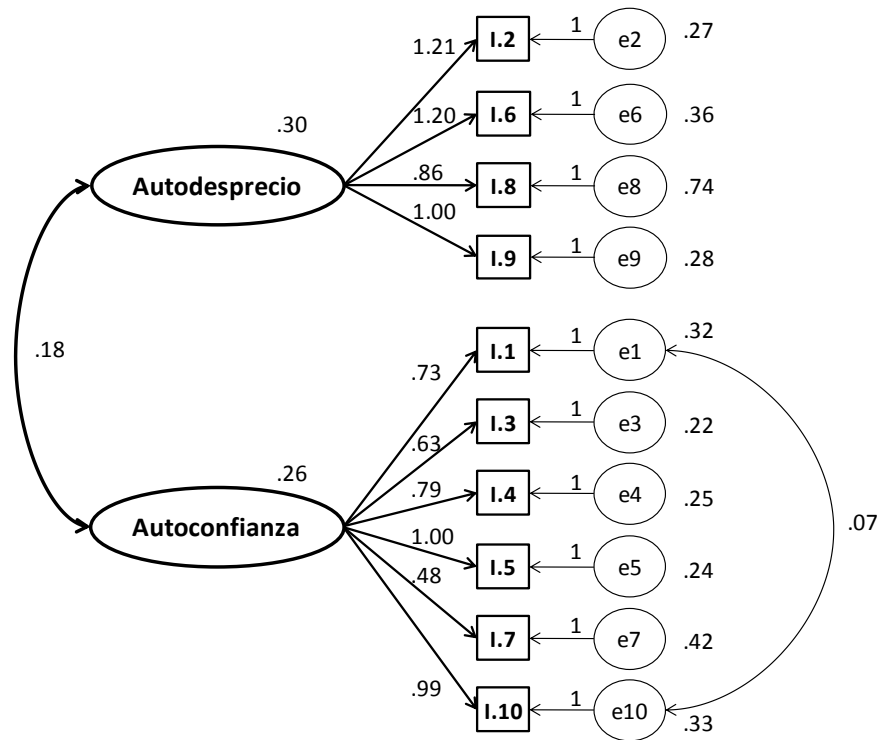
<sup>c</sup>Modelo bifactorial, con correlación entre los errores 1-10, correlación entre factores .633.

Los resultados derivados de los CFA de los modelos testados para este trabajo se muestran en la Tabla 3. Se tomó a priori el modelo monofactorial propuesto por Rosenberg (modelo 1), donde los 10 ítems de la escala saturaban en un único factor denominado autoestima general. El análisis factorial confirmatorio apuntaba unos índices que demostraban que el modelo no se ajustaba a los datos empíricos, siendo además el coeficiente de Hoelter inferior a lo aceptable (Hoelter's 0.5=94; Hoelter's 0.1=109). Descartándose este modelo, se procedió a la valoración de un segundo modelo teórico que abogaba por una estructura bifactorial (modelo 2), siendo que los ítems formulados en negativo (ítems 2, 6, 8 y 9) saturaban el primer factor denominado autodesprecio, y los ítems formulados en positivo (ítems 1, 3, 4, 5, 7 y 10) saturaban el segundo factor, autoconfianza. Los índices obtenidos en esta ocasión mejoraban cuantitativamente los

obtenidos en el modelo monofactorial, apuntando un modelo aceptable aunque posiblemente mejorable.

Gráfico 1

Modelo bifactorial de autoestima



Esto empujaba a tomar una visión explorativa de los análisis que permitiera un acercamiento a mejores índices de ajuste. Atendiendo a los índices de modificación, se identificó una fuerte relación entre dos de los ítems correspondientes al factor de autoconfianza (ítems 1 y 10). Dada que la mejora esperada en el ajuste del modelo era notable respecto al modelo previo, se covariaron los errores de ambos ítems permitiendo que el modelo explicitara la relación entre ambos. Los resultados derivados de este modelo ligeramente modificado (modelo 3) son los que finalmente han sido considerados: respecto al ajuste global del modelo, el valor del estadístico chi-cuadrado, aun siendo éste significativo debido fundamentalmente al tamaño muestral, es significativamente inferior que en los modelos previos ( $\chi^2=458.932$ ;  $DF=33$ ;  $p=.000$ ). Los demás índices muestran un ajuste del modelo aceptable, con índices muy próximos a los puntos de corte considerados para un buen modelo ( $NFI=0.945$ ;  $CFI=0.948$ ;  $RMSEA=0.066$ ). Respecto a la adecuación de los parámetros estimados (ver Anexo 2, Tabla 50), además de tomar valores viables y no presentar errores extremos, todas las saturaciones resultan estadísticamente significativas ( $>\pm 1.96$ ). Este resultado podría ser esperable considerando el tamaño de la muestra, de manera que se atiende a las saturaciones estandarizadas que resultan mayores a 0.30 en todos los casos.

Valorando todo ello de forma global, podría decirse que el modelo 3 resulta ser una aproximación razonable a los datos, presentando una buena estructura factorial que permite una explicación ajustada de éstos (Gráfico 1).

### **2.1.2. Youth Self-Report (Achenbach, 1991)**

El cuestionario Youth Self-Report (Achenbach, 1991) ha sido utilizado en distintos países para el estudio de diversos síndromes y trastornos emocionales, comportamentales y sociales. La estructura inicial propuesta por el autor, conformada por ocho síndromes de primer orden y tres factores de segundo orden, ha sido revisada y modificada en diversas ocasiones siendo adaptada a las características concretas de cada población (ver Ivanova et al., 2007 para un meta-análisis en 23 sociedades).

En España, el instrumento original fue traducido y analizado con población adolescente por Lemos y cols. (1992a, 1992b, 1992c), obteniendo en los análisis de componentes principales nueve síndromes o factores de primer orden en los chicos, siete en las chicas y siete centrales o comunes a ambos sexos, siendo en todos los casos diferentes a los identificados por Achenbach. Abad y cols. (2000), tomando como referente estos trabajos, analizaron la validez y fiabilidad de la versión española con resultados consistentes con la estructura previamente identificada.

Posteriormente, sobre una muestra de 2.833 estudiantes de entre 11 y 18 años se realizaron nuevos análisis que determinaron que, a partir de nueve factores de primer orden derivados para cada sexo, se derivaban ocho síndromes centrales –siendo aún diferentes a los propuestos por Achenbach-, y a partir de éstos, dos factores de segundo orden. De este modo, la estructura interna del instrumento quedaba constituida por las escalas de psicopatología internalizante o trastornos emocionales (con los síndromes de depresión, conducta fóbico-ansiosa, problemas de relación social o aislamiento, y quejas somáticas) vs psicopatología externalizante o trastornos de conducta (agresividad verbal, trastornos de conducta, conducta delictiva, y búsqueda de atención). Se identificó además una escala de problemas de pensamiento que no saturaba en ninguno de los factores de segundo orden y funcionaba como escala neutra (Lemos et al., 2002).

Para el presente trabajo, y siguiendo las modificaciones de Lemos en población española, se ha considerado únicamente una selección de ítems correspondientes a cuatro síndromes centrales -dos pertenecientes a los comportamientos internalizantes (depresión y aislamiento) y dos a los externalizantes (conducta delictiva y agresividad verbal)-, por lo que el objetivo de los modelos testados ha sido el análisis de la validez de estas escalas, sin incluirse los factores de segundo orden.

---

Por otro lado, y dadas las características particulares de este instrumento, ha sido necesaria la consideración de dos aspectos fundamentales: el primero de ellos hace referencia a la distribución no normal de los datos -coeficiente de Mardia=254.036- siendo necesario el uso del método Bootstrap. El segundo aspecto se refiere a la propia naturaleza de la escala utilizada, de tipo Likert con tres anclajes. Distintos estudios han señalado que el método de estima ML para variables ordinales y categoriales puede infravalorar los resultados obtenidos, siendo más conveniente la utilización de métodos robustos de WLS -concretamente el método WLSMV (weighted least squares means and variance adjusted) es el que ha presentado mejores resultados- (Beauducel y Yorck, 2006; Lei, P-W, 2009). Sin embargo el método de máxima verosimilitud sigue siendo el más utilizado para el análisis de CFA, demostrando que en muestras grandes es suficientemente robusto aun cuando no se cumplen estos supuestos. Es por esto que, considerando las aportaciones de Beauducel y Yorck (2006), se opta por mantener el empleo de este método de estima siendo conscientes de que, en cualquier caso, los efectos que se pueden esperar sobre los resultados son: a) un sesgo en el valor de la probabilidad del estadístico chi-cuadrado que lleva a que los modelos sean sobre-rechazados; b) valores significativamente más bajos en los índices de ajuste CFI y TFI en parte debido a que la correlación de Pearson en la que se fundamentan tiende a infravalorar la verdadera relación entre variables categoriales u ordinales; c) incremento del valor de RMSEA que indicaría un peor ajuste general del modelo.

Tabla 4

*Índices de ajuste de los modelos de Youth Self-Report*

	<b>N</b>	<b>DF</b>	<b><math>\chi^2</math> (p)</b>	<b>NFI</b>	<b>CFI</b>	<b>RMSEA (Lo90 - Hi90)</b>
<b>Modelo 1<sup>a</sup></b>	2798	269	2433.146 (.000)	.832	.848	.054 (.052-.056)
<b>Modelo 2<sup>b</sup></b>	2798	266	2158.031 (.000)	.851	.867	.050 (.048-.052)

<sup>a</sup>Modelo de 4 factores.

<sup>b</sup>Modelo de 4 factores con correlación entre los errores 9-10, 43-44, 17-18.

Bajo estas premisas, se llevó a cabo el CFA que partía del modelo propuesto por Lemos y cols. (2002) (ver Tabla 4). Los índices obtenidos para este modelo 1 apuntaban a un modelo aceptable, considerando que los índices estadísticos NFI y CFI son superiores a .80 y que sufren las consecuencias directas de usar el método de estimación ML con variables ordinales o categoriales. El valor de RMSEA se encuentra dentro del rango señalado como aceptable, con un valor de .054 que lo aproxima a ser considerado como un buen modelo.

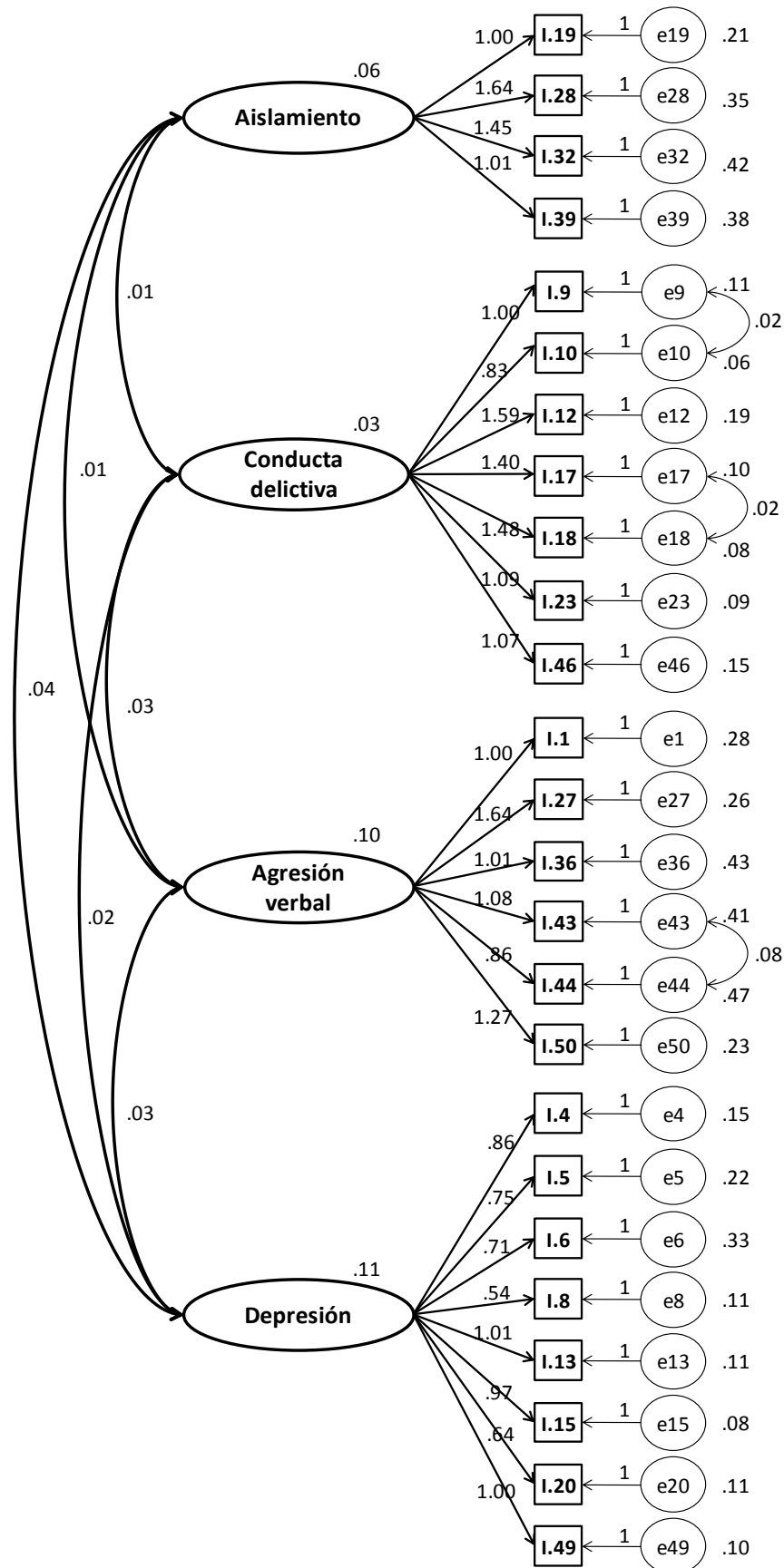
Sin embargo, y con todo ello, se decidió considerar los índices de modificación para aproximar un modelo más ajustado. De este modo se realizaron, sucesivamente, tres

modificaciones sobre el primer modelo que ofrecieron mejores índices y que, de acuerdo con la literatura, suponían únicamente la correlación entre errores de variables pertenecientes a un mismo factor, lo que indicaba la necesidad de explicitar sobre el modelo la relación que se daba entre estos pares de variables (variables 9-10; 43-44; 17-18). Los índices de este nuevo modelo (modelo 2), valorados conjuntamente con los valores de los parámetros estimados –todos ellos significativos, y por encima de .30 en su versión estandarizada- (ver Anexo 2, Tabla 51), señalaban la adecuación y ajuste del modelo a la matriz de datos empíricos con la que se trabajaba y, por ende, su capacidad explicativa (Gráfico 2).

---

Gráfico 2

Modelo de 4 factores de la Escala de Comportamientos Internalizantes y Externalizantes



### **2.1.3. Escala de Detección del Sexismo Adolescente (Cuadrado et al., 2005)**

La Escala de Detección del Sexismo Adolescente ha sido recientemente elaborada por Cuadrado y cols. (2005) para la medición del sexismo hostil y benévolo entre los adolescentes españoles. A partir de un conjunto inicial de 57 ítems que fueron administrados a 6.497 estudiantes de cinco comunidades autónomas (Madrid, Castilla La Mancha, Extremadura, Asturias y Murcia), se realizó un proceso de depuración en base a criterios conceptuales y psicométricos alcanzando una versión final de 26 ítems (Cuadrado, Recio, y Ramos, 2005, citado en Recio et al, 2007).

Posteriormente, estas mismas autoras abordaron la validación de la escala (Recio et al., 2007), sobre el diseño original de la misma (ver el instrumento en el Anexo 1): 16 ítems diseñados para la medición del sexismo hostil (ítems 2, 4, 5, 7, 9, 10, 12, 1, 16, 18, 19, 20, 22, 23, 25, 26) y 10 para evaluar sexismo benévolo (ítems 1, 3, 6, 8, 11, 13, 15, 17, 21, 24). Utilizando para ello el método de estimación de mínimos cuadrados no ponderados (ULS), se confirmaba la estructura bifactorial del instrumento con índices de ajuste absolutos y relativos entre .90 y .95 y valores estandarizados de coeficientes de regresión superiores a .30. El ítem 1, sin embargo, presentaba una saturación muy baja (.07) que interpretaron en términos conceptuales, siendo conservado en el modelo final.

Sobre la base de estas indicaciones se llevó a cabo la confirmación factorial de esta escala considerando su ajuste con los datos empíricos del presente estudio. No obstante, atendiendo al tamaño muestral con el que se contaba, se ha mantenido para la realización del CFA el método de estima ML utilizado con otros instrumentos, ya que la literatura metodológica disponible al respecto lo presenta como el método más extendido y adecuado para este tipo de análisis (Hu y Bentler, 1995; Byrne, 2009; entre otros). Ximénez y García (2005) apuntan además que ambos métodos de estimación (ML y USL) difieren en sus supuestos y en su función de ajuste de manera que, mientras que el método ML produce estimaciones más eficientes, el método ULS presenta ventajas, principalmente, en muestras pequeñas ya que permite recuperar los factores débiles.

Por otra parte, comprobando los supuestos básicos que subyacen al correcto uso de este método de estima, un valor del coeficiente de Mardia de 233.05 indicaba una fuerte anormalidad en la distribución de los datos. Como ocurriese en casos anteriores, se hizo uso del método bootstrapping como una de las soluciones viables en muestras grandes a este incumplimiento de normalidad, considerando, por tanto, una muestra exenta de casos perdidos.

---



Tabla 5

Índices de ajuste de los modelos de la Escala de Detección del Sexismo Adolescente

	N	DF	$\chi^2$ (p)	NFI	CFI	RMSEA (Lo90 - Hi90)
<b>Modelo 1<sup>a</sup></b>	2837	298	4128.300 (.000)	.884	.892	.067 (.066-.069)
<b>Modelo 2<sup>b</sup></b>	2837	295	3770.563 (.000)	.894	.902	.064 (.063-.066)
<b>Modelo 3<sup>c</sup></b>	2837	293	3635.698 (.000)	.898	.905	.063 (.062-.065)
<b>Modelo 4<sup>d</sup></b>	2837	291	2980.169 (.000)	.916	.924	.057 (.055-.059)
<b>Modelo 5<sup>e</sup></b>	2837	293	2986.001 (.000)	.916	.924	.057 (.055-.059)

<sup>a</sup>Modelo bifactorial teórico, correlación entre los factores .540.

<sup>b</sup> Modelo bifactorial con correlación entre los pares 1-8, 8-21, 11-21, correlación entre los factores .558. <sup>c</sup>Modelo bifactorial con correlación entre los pares 1-8, 8-21, 11-21, 3-4, 1-18, correlación entre los factores .562.

<sup>d</sup> Modelo bifactorial modificado (sexismo benévolo: ítems 1, 3, 6, 8, 11, 13, 15, 17, 21, 24; sexismo hostil: ítems 1, 21, 2, 4, 5, 7, 9, 10, 12, 1, 16, 18, 19, 20, 22, 23, 25, 26) con correlación entre los pares 1-8, 8-21, 11-21, 3-4, 1-18, correlación entre los factores .522.

<sup>e</sup> Modelo bifactorial con correlación entre los pares 1-8, 11-21, 3-4, correlación entre los factores .522.

Con todo ello, los resultados de los diferentes modelos testados se recogen en la Tabla 5. Comenzando con el propuesto por las autoras (modelo 1), los datos resultaron desalentadores en cuanto a la confirmación de la estructura. Con índices de ajuste que no alcanzaban .90 y un valor de RMSEA que superaba .60 incluso en su límite inferior, se consideró necesaria la asunción de una visión exploratoria de los análisis que permitiese ajustar el modelo a los datos empíricos con los que se trabajaba. De este modo, se realizaron análisis sucesivos atendiendo a los valores de los índices de modificación así como a las bases teóricas del instrumento, considerando fundamentalmente tres pasos sucesivos en cuanto a la liberación de parámetros:

- Liberar primero aquellos parámetros que indicaban una fuerte covarianza entre variables del mismo factor. Se liberaron así las covarianzas entre los pares 1-8, 8-21 y 11-21 (modelo 2).
- En un segundo momento, liberar las covarianzas más altas entre variables de ambos factores, considerando la redacción del propio ítem implicado. En este caso, las covarianzas más altas se presentaron entre los ítems 3-4 y 1-18 (modelo 3).
- En último caso, explicitar aquellos índices de regresión que mostraban altas saturaciones en ítems de otro factor. En este sentido, era el factor de sexismo hostil el que se veía modificado, añadiéndole saturación los ítems 1 y 21 (modelo 4).

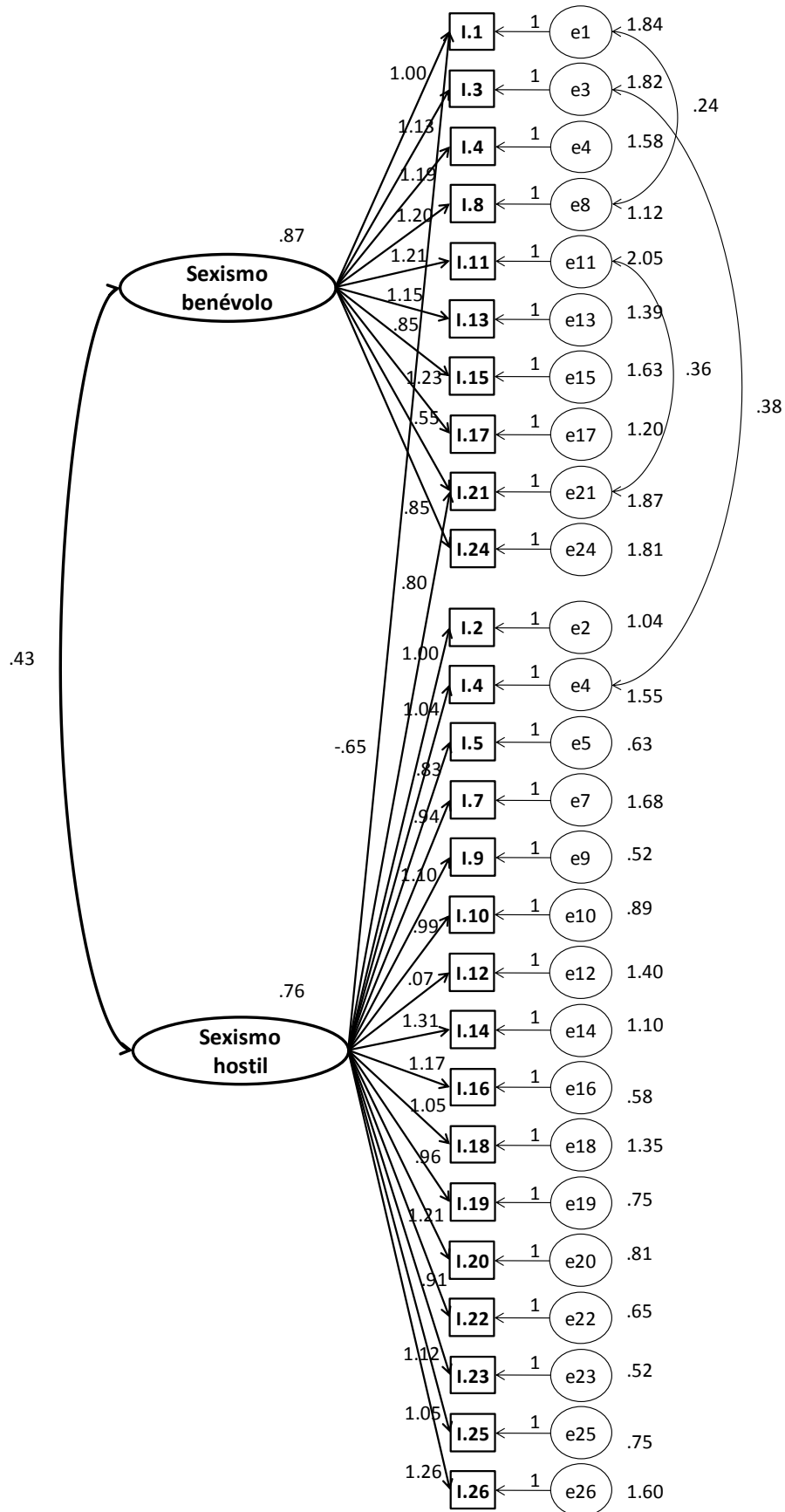
Considerando el modelo 4 como el más ajustado de los testados, se analizaron los valores estandarizados de los coeficientes de regresión que superaban en todos los casos .30. Sin embargo, estos índices apuntaban que la covarianza entre los pares 1-18 y 8-21 habían perdido su significatividad, lo que llevó a establecer el modelo 5. En este caso los índices de ajuste se

mantenían mientras que permitía que el modelo propuesto se acercase al modelo original presentado por los autores (ver Gráfico 3). Los valores estandarizados de regresión se mantenían por encima del valor mínimo establecido (ver Anexo 2, Tabla 52).

Valorando todo ello de manera conjunta se consideró un modelo válido aunque mejorable desde una perspectiva exploratoria, siendo que se ajustaba moderadamente a la explicación de los datos empíricos. Por tanto, se establece éste –en contraposición al modelo original presentado por Recio y cols.- el modelo utilizado en los análisis posteriores realizados a lo largo del presente trabajo.

Gráfico 3

Modelo bifactorial Escala de Detección de Sexismo Adolescente



## **2.2. Instrumentos referidos al contexto de iguales**

### **2.2.1. Sexual Harassment Survey (AAUW, 1993)**

La violencia y molestias sexuales es un constructo que aún hoy no cuenta con una definición bien delimitada. Sin embargo, en 1993 la Asociación Americana de Mujeres Universitarias (American Association of University Women, AAUW) desarrolló un cuestionario para la medición de este fenómeno (AAUW Survey, 1993) considerando un amplio rango de comportamientos indeseados con connotaciones sexuales que iban desde manifestaciones verbales como bromas o comentarios y formas visuales con imágenes y fotografías pornográficas, hasta formas más severas que incluían contacto físico y coerción sexual. Este cuestionario ha sido, desde entonces, uno de los instrumentos más utilizados en el ámbito educativo –en contraposición al ámbito laboral, en el que el estudio de las molestias sexuales tiene un amplio bagaje-, ya que estaba diseñado específicamente para ser implementado con adolescentes y medir las molestias sexuales entre compañeros.

Diversos autores (entre otros, Hand and Sánchez, 2000; McMaster et al., 2002; Petersen y Hyde, 2009; Ortega, Sánchez, Ortega-Rivera, Nocentini y Mensini, 2010) se han interesado por el análisis factorial de este instrumento señalando estructuras monofactoriales, bifactoriales y trifactoriales. Los resultados, por tanto, por variados, resultan controvertidos. Las diferencias metodológicas (CFA versus EFA, principalmente), así como las características de los participantes (la mayoría centrados únicamente en las chicas) pueden estar en la base de esta falta de acuerdo.

Son muchos los estudios que han considerado una medida unifactorial de violencia sexual (Espelage y Holt, 2007; Menesini y Nocentini, 2008; Ortega et al., 2008; Pellegrini, 2001; Pepler et al., 2006; entre otros), aunque estudios recientes sobre este tópico parecen identificar una estructura factorial más compleja. Hand y Sánchez (2000), partiendo de la estructura factorial identificada por Fitzgerald, Gelfand y Drasgow (1995), identificaron un modelo de tres factores que aplicaron tanto a chicos como a chicas en sus diferentes roles de implicación en violencia sexual (agresión vs victimización). Esta estructura incluía molestias sexuales de carácter físico, molestias sexuales de carácter visual/verbal y comportamientos despectivos o humillantes con connotación sexual. McMaster y cols. (2002) por su parte, identificaron un modelo de tres factores que, sin embargo, difería del presentado por Hand y Sánchez (2000): mientras que los comportamientos de carácter físico parecían mantenerse como factor independiente, los dos factores restantes estaban constituidos por las molestias sexuales de carácter visual, y las de carácter verbal, respectivamente.

---

En España e Italia, un reciente estudio cross-cultural realizado por Ortega y cols. (2010) centrado en la victimización por parte de las chicas, ponía de manifiesto una estructura bifactorial que, sin embargo, no divergía en términos conceptuales de las estructuras propuestas anteriormente ya que consideraba un factor de molestias visuales/verbales con connotaciones sexuales y otro de molestias sexuales con contacto físico.

En este trabajo, se analizan de forma diferenciada los modelos correspondientes a la victimización y a la agresión. Siguiendo las indicaciones de estudios previos (McMaster et al., 2002; Ortega et al., 2010) se suprimen los ítems 6 y 13 (ver el instrumento completo en el Anexo 1) por presentar una baja frecuencia de implicación, no siendo considerados, por tanto, en los análisis confirmatorios posteriores. El primer modelo sometido a CFA, por ser el más reciente y utilizar una muestra de participantes de características análogas a la utilizada en este trabajo, es el propuesto por Ortega y cols. (2010), considerando una estructura bifactorial. Del mismo modo, se utiliza como modelo de contraste el modelo unifactorial utilizado igualmente de forma previa en una muestra de estudiantes españoles (Ortega et al., 2008). Finalmente, si ninguno de estos modelos presentara un ajuste aceptable, se sometería a análisis confirmatorio el modelo de tres factores propuesto por Fitzgerald y cols. (1995), ya que ha presentado un ajuste aceptable en otros estudios con muestras de características similares (Ortega et al., 2010).

### *Victimización*

Dada la naturaleza misma de los datos, el primer aspecto fundamental antes de proceder con el CFA propiamente es la comprobación de su distribución respecto a la curva de normalidad. Como se podía presumir, los datos presentaban una marcada distribución multivariada no normal, con un coeficiente de Mardia de 1134.408. Por tanto, el análisis confirmatorio fue realizado utilizando el método de bootstrapping que permitía corregir este aspecto. Partiendo de los modelos teóricos apuntados, se señalan los resultados obtenidos en la Tabla 6.

El modelo unifactorial (modelo 1) propuesto por Fitzgerald (1995) presentaba, como ya ocurriera en el trabajo realizado por Ortega y cols. (2010), unos índices que se alejaban de conseguir un buen ajuste. El segundo modelo analizado (modelo 2) se correspondía con un modelo bifactorial (Ortega et al., 2010) que consideraba la violencia visual/verbal (ítems 1, 3, 4, 5, 11 y 12) versus la violencia con contacto físico (ítems 2, 7, 8, 9 y 10). Si bien los índices que presentaba no se ajustaban completamente, resultaban mejores que los del modelo previo, dejando entrever la posibilidad de optimizar el modelo fijando alguno de sus parámetros. Siguiendo los índices de modificación se obtuvo un nuevo modelo (modelo 3) que suponía una ligera modificación de éste (explicitar la covarianza de los pares 3-4; 11-12 y 8-9) y que

presentaba unos buenos índices de ajuste. Valorando éstos conjuntamente con los errores y parámetros estándares obtenidos (ver Anexo 2, Tabla 53), se concluye sobre la adecuación del modelo para la explicación de los datos empíricos de este estudio (Gráfico 4).

Tabla 6

*Índices de ajuste de los modelos de Molestias Sexuales (victimización)*

	N	DF	$\chi^2$ (p)	NFI	CFI	RMSEA (Lo90 - Hi90)
<b>Modelo 1<sup>a</sup></b>	2825	44	2002.778 (.000)	.822	.825	.126 (.121-.130)
<b>Modelo 2<sup>b</sup></b>	2825	43	1338.920 (.000)	.881	.884	.103 (.099-.108)
<b>Modelo 3<sup>c</sup></b>	2825	40	645.457 (.000)	.943	.946	.073 (.068-.078)

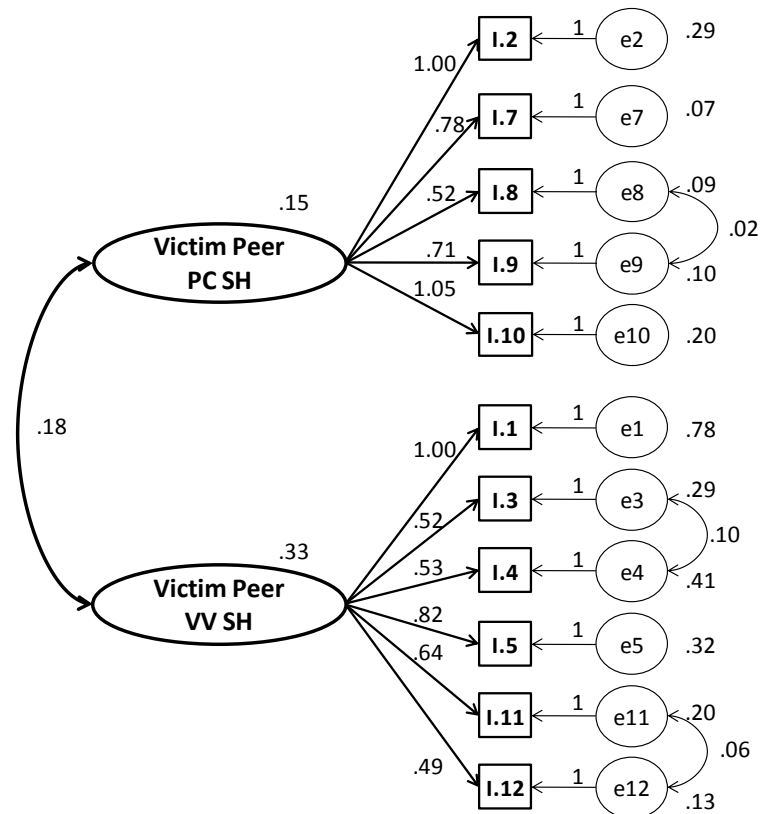
<sup>a</sup>Modelo monofactorial.

<sup>b</sup>Modelo bifactorial violencia verbal/visual versus violencia con contacto físico, correlación entre factores .774.

<sup>c</sup>Modelo bifactorial con correlación entre los pares de errores 3-4, 11-12, 8-9, correlación entre factores .816.

Gráfico 4

*Modelo bifactorial de Molestias Sexuales (victimización)*



### Agresión

Como ocurriera en la victimización, la comprobación de la distribución multivariada de los datos resultó con un coeficiente de Mardia de 2136.080, lo que indicaba la necesidad de realizar el procedimiento analítico CFA usando el método de bootstrapping.

Tabla 7

*Índices de ajuste de los modelos de Molestias Sexuales (agresión)*

	N	DF	$\chi^2$ (p)	NFI	CFI	RMSEA (Lo90 - Hi90)
<b>Modelo 1<sup>a</sup></b>	2942	44	3568.253 (.000)	.795	.797	.165 (.160-.170)
<b>Modelo 2<sup>b</sup></b>	2942	43	2970.494 (.000)	.829	.831	.152 (.148-.157)
<b>Modelo 3<sup>c</sup></b>	2942	41	2963.150 (.000)	.830	.831	.156 (.151-.160)

<sup>a</sup>Modelo monofactorial.<sup>b</sup>Modelo bifactorial violencia verbal/visual versus violencia con contacto físico, correlación entre factores .836.<sup>c</sup>Modelo trifactorial, correlación entre los factores molestias sexuales de carácter físico y molestias sexuales de carácter visual/verbal .827; correlación entre molestias sexuales de carácter físico y comportamientos despectivos o humillantes con connotación sexual .857 y correlación entre molestias sexuales de carácter visual/verbal y comportamientos despectivos o humillantes con connotación sexual, correlación entre factores 1.024

Con esta premisa se evaluaron los modelos teóricos apuntados, partiendo del modelo unifactorial (modelo 1), el modelo de dos factores (modelo2) y, en este caso, el modelo de tres factores (modelo 3). Los resultados obtenidos aparecen en la Tabla 7. En este caso, ninguno de los tres modelos testados presentaban valores ajustados a los datos empíricos del estudio: con índices NFI y CFI que en ningún caso alcanzaban .85 y un valor de RMSEA superior a .150 los datos apuntaban una inadecuación teórica de estos modelos. El modelo 3 presentaba, además, solapamiento entre los factores considerados.

Puesto que la literatura se ha centrado más en la implicación en victimización de molestias sexuales que en la implicación en agresión, podría explicarse esta falta de ajuste en cuanto a que la diferencia de roles requiere de una diferencia en el modelo explicativo y, por ende, no son generalizables los modelos teóricos apuntados hasta el momento. En este sentido, se asume una visión exploratoria sobre los datos empíricos del estudio en proceso, y se parte de un EFA que apunte un posible modelo a validar para la implicación en agresión sexual.

Desde esta perspectiva se consideraron de nuevo todos los ítems del instrumento, haciendo sobre ellos una valoración de la implicación de los adolescentes en cada uno de los comportamientos analizados. En base a ello, y para esta ocasión, se eliminaron de los ítems 7, 8 y 9 (ver cuestionario completo en elAnexo 1) ya que presentaban un porcentaje de implicación inferior al 3% (2.8%, 1.6% y 2.3% respectivamente). Con los ítems restantes se realizó un análisis de componentes principales con rotación varimax, obteniéndose dos factores que explicaban el 62.65% de la varianza total. Los ítems 1, 3 y 4 saturaban el primer factor mientras que los ítems 2, 6, 10, 12 y 13 saturaban el segundo. Los ítems 5 y 11 tenían una saturación aceptable en ambos factores, si bien el peso era ligeramente mayor sobre el primer factor.

Examinando esta primera aproximación a la luz de los modelos aportados por la literatura, se observa una cierta correspondencia con el modelo presentado por Ortega y cols. (2010), si bien salvando las diferencias que se establecen a partir de la eliminación de ítems con baja frecuencia de implicación. El primer factor derivado del análisis exploratorio parecía corresponderse con la violencia sexual de carácter visual/verbal mientras que el segundo factor se correspondía con la violencia sexual con contacto físico. Sólo el ítem 12 difería de esta escala, por lo que se decidió ajustar el modelo a lo propuesto por la teoría y pasar dicho ítem al primer factor. De este modo, la estructura sometida a CFA era un modelo bifactorial donde la primera variable latente se correspondía con la agresión sexual de carácter visual/verbal (ítems 1, 3, 4, 5, 11 y 12;  $\alpha=.776$ ) y la segunda latente correspondía a la agresión sexual con contacto físico (ítems 2, 6, 10 y 13;  $\alpha=.872$ ). Los resultados de este modelo (modelo 4) se presentan en la Tabla 8.

Tabla 8

*Índices de ajuste de los modelos de Molestias Sexuales (agresión). Continuación.*

	N	DF	$\chi^2$ (p)	NFI	CFI	RMSEA (Lo90 - Hi90)
<b>Modelo 4<sup>a</sup></b>	2942	34	1413.385 (.000)	.901	.903	.117 (.112-.123)
<b>Modelo 5<sup>b</sup></b>	2942	30	608.308 (.000)	.958	.960	.081 (.075-.087)
<b>Modelo 6<sup>c</sup></b>	2942	29	516.307 (.000)	.964	.966	.076 (.070-.081)

<sup>a</sup>Modelo bifactorial molestias sexuales de carácter visual/verbal vs molestias sexuales de carácter físico, correlación entre factores .848.

<sup>b</sup>Modelo bifactorial con correlación entre los errores 1-4, 1-12, 3-4, 5-12, correlación entre los factores .842.

<sup>c</sup>Modelo bifactorial, correlación entre los pares de errores, 1-4, 1-12, 3-4, 5-12, 1-2, correlación entre factores .838.

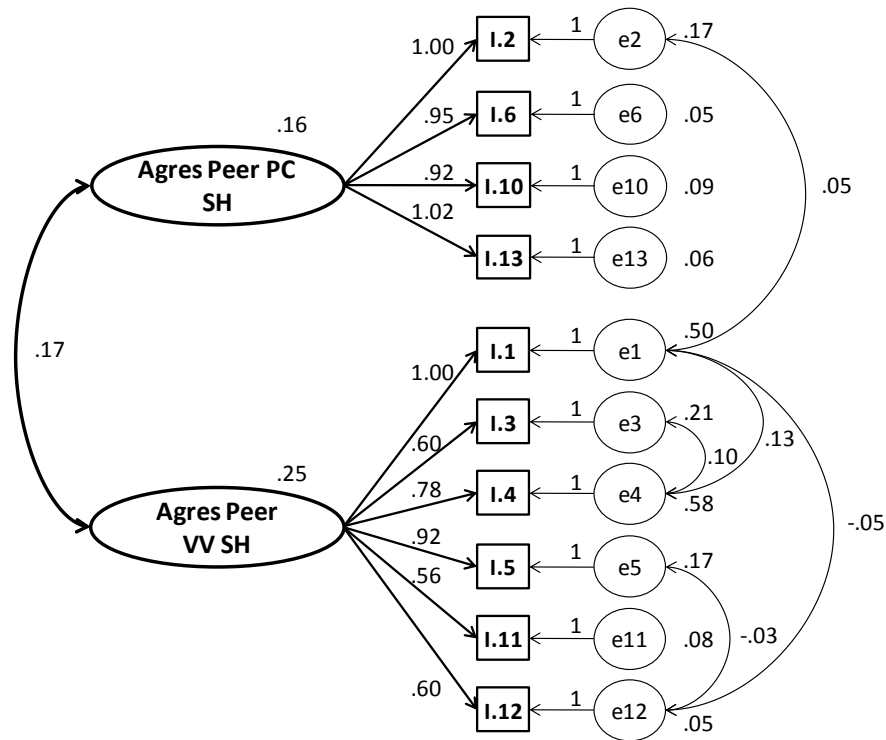
Siendo que los datos presentaban un valor del coeficiente de Mardia de 1417.672 el CFA se realizó mediante el método de bootstrapping. Con índices de ajuste próximos a .90 y un valor de RMSEA de .117, éste resultaba ser el mejor modelo testado hasta el momento. Se decide, por tanto, atender a los índices de modificación para aproximar los valores de los coeficientes a los de un modelo válido. Se atendió, en primer lugar, a las fuertes correlaciones que existían entre los ítems del factor visual/verbal, obteniendo resultados favorables para el modelo (modelo 5). Finalmente, se consideró explicitar la relación entre los ítems 1 y 2, pertenecientes a factores diversos pero con una fuerte covarianza. El Gráfico 5 representa el modelo resultante. Este último modelo (modelo 6) presentaba unos índices de ajuste aceptables, con valores en los coeficientes NFI y CFI superiores a .96 y un valor de RMSEA que en su límite superior roza .80. Con todo ello, se evaluaron los parámetros estimados (ver Anexo 2, Tabla 54) que resultaron significativos y superiores, en su versión estandarizada, a .30. Con todo ello, el modelo fue considerado válido y explicativo de los datos empíricos del presente estudio, aunque dada las



adaptaciones que había requerido sobre el instrumento original, debería considerarse como una solución en desarrollo, depurándose para futuros trabajos más focalizados en este aspecto.

Gráfico 5

Modelo bifactorial de Molestias Sexuales (agresión)



### 2.2.2. Peer Orientation (Fuligni y Eccles, 1993)

Diseñado por Fuligni y Eccles (1993) específicamente para el desarrollo de uno de sus estudios, este instrumento se dirige al análisis del tipo de relación que los adolescentes mantienen entre sí. Formado originalmente por 7 ítems, los mismos autores realizan, a partir de un análisis de componentes principales seguido de una rotación ortogonal, la validación de la estructura interna en dos escalas: búsqueda de consejo/asesoramiento y comportamiento transgresivo. Así mismo, la consistencia interna de ambas escalas ( $\alpha = .73$  y  $.62$  respectivamente) indica la adecuación de ambas.

Si bien estas medidas ya habían sido utilizadas en otros estudios por los propios autores (Fuligni y Eccles, 1991), y se han utilizado también posteriormente (por ejemplo, Claes, Lacourse, Ercolani, Pierro, Leone y Presaghi, 2005; Fuligni, Eccles, Barber y Clements, 2001), no se encuentran nuevas referencias en cuanto a su validación con CFA, apuntándose esta estructura inicial como el único referente en cuanto a la validez de medida.

Dado que en el presente estudio se hace uso únicamente de una de las escalas del instrumento, la correspondiente a comportamiento transgresivo, el análisis confirmatorio que se realiza se dirige tan solo a la validación de esta medida.

Previa comprobación de la distribución de los datos de acuerdo a la curva de normalidad, y con un valor del coeficiente de Mardia de 107.928, se procede a la realización del CFA mediante aplicación del método de Bootstrapping. Se parte, para ello de un modelo unifactorial cuya variable latente, el comportamiento transgresivo, quedaba saturada por los 4 ítems que componen esta escala del instrumento. Los resultados obtenidos se muestran en la Tabla 9.

Tabla 9

*Índices de ajuste de los modelos de la Escala de Comportamiento Transgresivo*

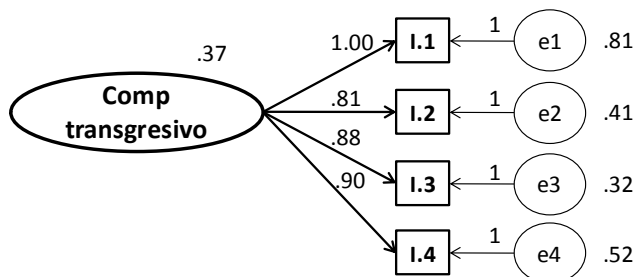
	N	DF	$\chi^2$ (p)	NFI	CFI	RMSEA (Lo90 - Hi90)
<b>Modelo 1<sup>a</sup></b>	3204	2	11.551 (.003)	.995	.996	.039 (.019-.061)

<sup>a</sup>Modelo monofactorial.

Los índices de ajuste señalan un modelo explicativo óptimo, presentando valores de CFI y NFI próximos a la unidad y un valor de RMSEA de .039. El análisis de los parámetros estimados (ver Anexo 2, Tabla 55) corrobora esta adecuación, permitiendo tomar el modelo teórico que se presenta en el Gráfico 6 como ajustado y explicativo de los datos empíricos del presente estudio.

Gráfico 6

*Modelo monodimensional del Comportamiento Transgresivo entre iguales.*



## 2.3. Instrumentos referidos a la variable de parejas

### 2.3.1. Adap. Peer Orientation-Couple (Fuligni y Eccles, 1993)

A partir del instrumento desarrollado para el análisis del comportamiento transgresivo con los iguales (Fuligni y Eccles, 1993), se realizó una adaptación al contexto de pareja que pretendía medir si el mantenimiento de la relación de pareja intercedía en la transgresión de la norma o de

los propios valores. Sumado a ello, se incluyeron cuatro ítems ad-hoc que se dirigían al análisis del equilibrio/desequilibrio de poder dentro de la pareja (consultar instrumento en Anexo 1).

Ambas escalas habían sido utilizadas en estudios previos (Menesini y Nocentini, 2008; Sánchez et al., 2008; Viejo, 2009), si bien no se había realizado ningún análisis de validación de las mismas. De esta forma, el objetivo en relación a este estudio era, como ocurriera en el caso de los iguales, la validación por análisis confirmatorio la validez y adecuación de la adaptación global realizada al instrumento de Fuligni y Eccles (1993).

En este sentido, con un valor del coeficiente de Mardia de 134.085, se realizó un CFA con el método bootstrapping. Se consideraron, atendiendo a las bases teóricas analizadas para la adaptación y ampliación del instrumento, dos factores diferenciados (modelo 1): comportamiento transgresivo (ítems 1-4) y desequilibrio de poder (ítems 5-8). Los resultados obtenidos se muestran en la Tabla 10.

Tabla 10

*Índices de ajuste de los modelos de la Escala de Comportamiento Transgresivo en Pareja*

	N	DF	$\chi^2$ (p)	NFI	CFI	RMSEA (Lo90 - Hi90)
<b>Modelo 1<sup>a</sup></b>	2433	19	343.175 (.000)	.934	.938	.084 (.076-.092)
<b>Modelo 2<sup>b</sup></b>	2433	18	168.614 (.000)	.968	.971	.059 (.051-.067)

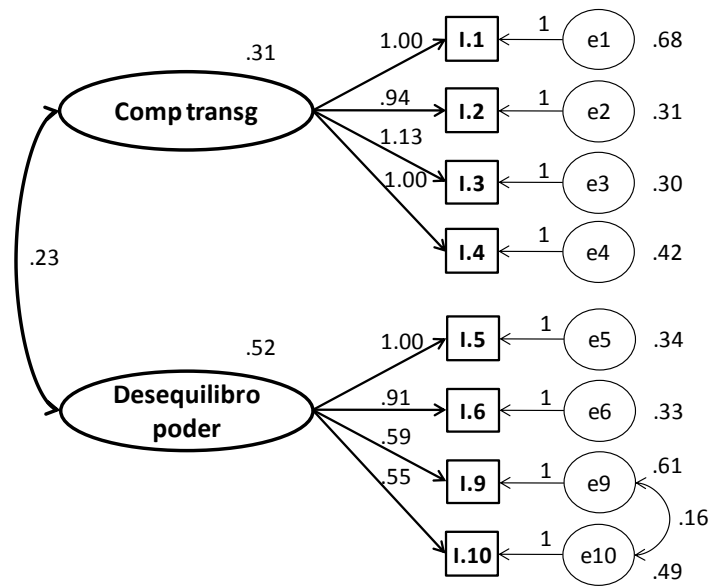
<sup>a</sup>Modelo bifactorial, correlación entre factores .597.

<sup>b</sup>Modelo bifactorial, correlación entre errores 9-10, correlación entre factores .571

Los índices de ajuste superaban .90, sin embargo el valor del coeficiente RMSEA estaba por encima de .08, lo que invitaba a analizar los índices de modificación para ajustar el modelo. Se decidió así explicitar sobre el modelo la fuerte relación entre los ítems 9 y 10, ambos del segundo factor. Estos ítems expresaban una misma acción de desequilibrio de poder ejercida y recibida. Con esta covarianza sobre el modelo (modelo 2), los índices de ajuste NFI y CFI aumentaron significativamente –ambos en torno a .97- y el valor de RMSEA descendía a .059, siendo su límite superior .067. Con estos datos se procedió al análisis de los parámetros estimados (ver Anexo 2, Tabla 56) que indicaron, a su vez, la adecuación del modelo teórico propuesto para la explicación de estos datos (ver Gráfico 7).

Gráfico 7

Modelo bifactorial para la Escala de Comportamiento Transgresivo en pareja



### 2.3.2. Network Relationships Inventory (Furman y Burhmester, 1985)

El Network Relationships Inventory (NRI) fue desarrollado a finales de los 80 como un instrumento que permitía no sólo medir la calidad que definía las distintas relaciones sociales establecidas por los adolescentes, sino además compararlas unas a otras, utilizando el mismo conjunto de ítems para describir cada una de ellas. Desde entonces ha sido traducido y utilizado en diversos estudios y diferentes culturas (Furman y Buhrmester, 2009), pero poco se sabe sobre su estructura factorial interna.

Sólo un estudio, de manos de las propias autoras, ha sido desarrollado específicamente para analizar la validez del instrumento (Furman, 1996). Focalizado únicamente en las relaciones de amistad, señala la adecuación de 12 las escalas con alphas de Cronbach satisfactorias (media  $\alpha=.80$ ) y, a partir de un análisis de componentes principales, apunta tres factores de segundo orden: apoyo (correspondiente a la escala de satisfacción y a las 7 escalas de disposiciones sociales: expectativas de futuro (unión duradera), valía, ayuda, afecto, compañía/intimidad, comunicación y crianza), interacciones negativas (escalas de conflicto, castigo y enfado) y poder (escalas de poder y, en segundo término, la escala de crianza).

Algunas de estas escalas han sido utilizadas previamente en estudios españoles con adolescentes (Sánchez et al., 2008; Menesini et al., 2011), sin embargo, no existen referentes sobre la validación de la versión española del instrumento ni de su estructura factorial interna.

Para este estudio se seleccionaron únicamente 4 de las escalas presentadas en origen: expectativas de futuro, compañía y comunicación, como escalas positivas, y conflicto, como escala negativa. Siguiendo las indicaciones de Furman (1996), se realizó un análisis confirmativo de éstas, sin considerar los factores de segundo orden, con lo que el modelo resultante (modelo 1) estaba compuesto por cuatro variables latentes (compañía: ítems 1, 4 y 13; expectativas de futuro: ítems 3, 6 y 11; comunicación: ítems 7, 10 y 12; conflicto: ítems 2, 5, 8, 9, 14 y 15; consultar el instrumento en el Anexo 1) correlacionadas entre sí. Los resultados obtenidos se presentan en la Tabla 11.

Tabla 11

*Índices de ajuste de los modelos de Calidad de las Relaciones*

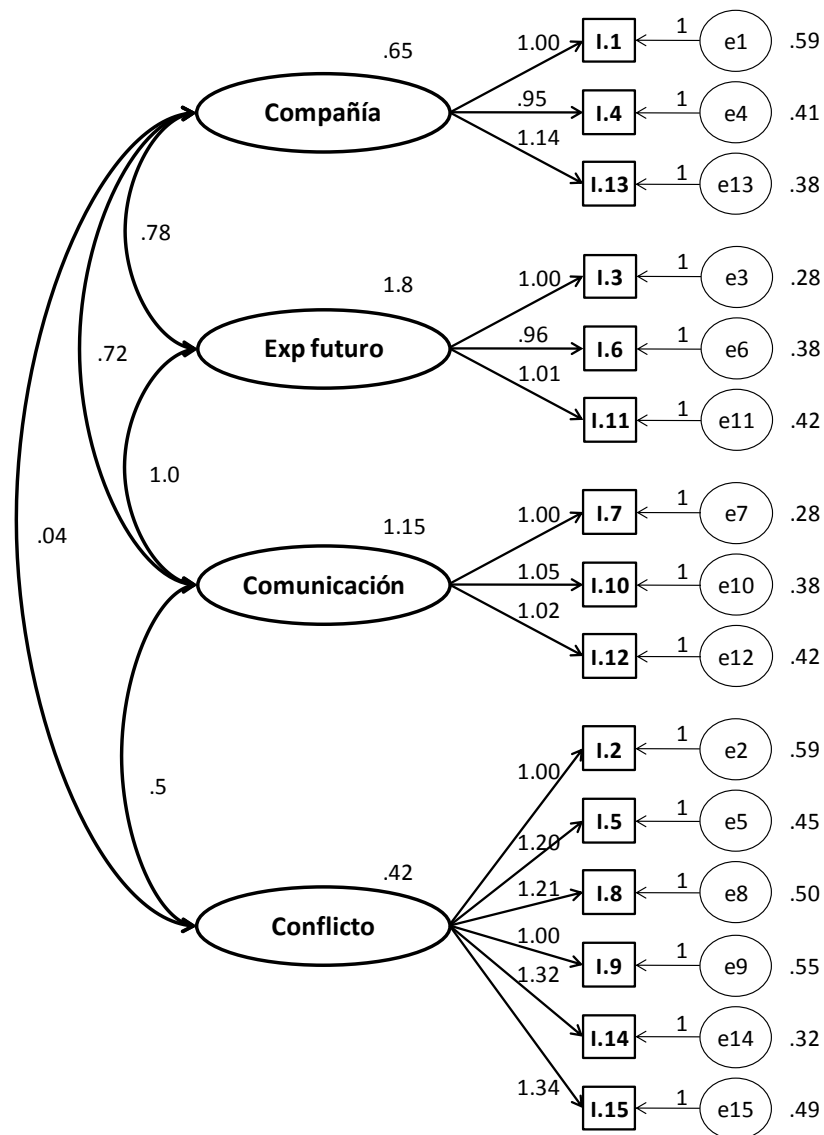
	<b>N</b>	<b>DF</b>	<b><math>\chi^2</math> (p)</b>	<b>NFI</b>	<b>CFI</b>	<b>RMSEA (Lo90 - Hi90)</b>
<b>Modelo 1<sup>a</sup></b>	2312	84	805.537 (.000)	.964	.967	.061 (.057-.065)
<b>Modelo 2<sup>b</sup></b>	2312	85	807.396 (.000)	.964	.967	.061 (.057-.064)

<sup>a</sup>Modelo de 4 factores correlación entre compañía/expectativas de futuro .723, compañía/comunicación .829, conflicto/compañía .097, conflicto/comunicación .089, comunicación/expectativas de futuro .691, conflicto/expectativas de futuro .031.  
<sup>b</sup> Modelo de 4 factores, correlación entre compañía/expectativas de futuro .721, compañía/comunicación .828, conflicto/compañía .076, conflicto/comunicación .069, comunicación/expectativas de futuro .690

Siendo satisfactorios todos los índices de ajuste, se comprueban los valores de los parámetros estimados. Si bien no existen valores extremos entre los errores y el valor estándar de los parámetros supera en cualquier caso .30, se detecta que la correlación entre dos de los factores latentes no resulta significativa (expectativas de futuro, conflictos). Por este motivo, se libera este parámetro sobre el modelo propuesto inicialmente y se comprueban de nuevo los índices de ajuste (modelo 2). Siendo que se mantienen valores que indican un buen índice del modelo, el Gráfico 8 representa la estructura y ajuste de éste, pese a que el valor de Chi-cuadrado aumenta ligeramente. Los datos correspondientes a los parámetros de este modelo (ver Anexo 2, Tabla 57) resultan apropiados y permiten validarlo como explicativo de los datos empíricos del estudio.

Gráfico 8

Modelo de 4 factores para la Calidad de las Relaciones



### 2.3.3. Conflict Tactics Scale (Straus, 1979; 1996)

Desde su creación, la Conflict Tactics Scale (CTS, Straus, 1979; 1996) ha sido una de las medidas más ampliamente utilizada para la valoración de las estrategias empleadas ante situaciones conflictivas, siendo aplicada en diferentes culturas, países y tipologías muestrales (Straus, Hamby, Boney-McCoy y Sugarman, 1996). Concebida su primera versión en base a la Teoría del Conflicto, su estructura factorial interna se ajusta a la *teoría de catarsis* referente a la violencia desarrollada por Straus (1979), considerando tres modalidades fundamentales de respuesta: argumentación, agresión verbal y agresión física. Posteriormente la escala fue revisada y modificada por sus autores (M-CTS, Straus et al., 1996) quienes, manteniendo sus características fundamentales, añadieron dos nuevas escalas relativas a la coerción sexual y a las consecuencias de la situación.

Los estudios desarrollados en España para la validación de esta escala han demostrado una estructura interna robusta que se ajusta en fiabilidad y validez a las características de la población juvenil española (Hinshaw y Forbes, 1993; Muñoz-Rivas et al, 2007a; Montes-Berges, 2008).

De acuerdo a los objetivos del presente estudio, se realizó una selección de ítems que correspondían únicamente a la escala de agresión física. El propio autor del instrumento (Straus et al., 1996) señala que, ya desde la versión original de la escala es posible establecer una diferenciación entre los ítems que indican agresión física leve y aquellos que apuntan a una agresión física severa, aunque no es hasta la versión modificada de la escala (M-CTS) que se operativiza esta diferenciación, añadiendo y corrigiendo los ítems necesarios. Las investigaciones desarrolladas con población española muestran resultados controvertidos respecto a esta estructura interna: la validación de la M-CTS ha apuntado la posibilidad de consideración de la escala de agresión física de forma bifactorial (Muñoz-Rivas et al, 2008), pero también la consideración de ésta en único factor (Montes-Berges, 2008). Los procedimientos de análisis seguidos en ambos casos, así como los roles propiamente validados (implicación en perpetración/victimización versus implicación general en situaciones conflictivas) podrían estar explicando esta diferencia de resultados.

En este caso, sobre los ítems seleccionados se realizaron una serie de adaptaciones que permitían una mejor adecuación a las características de la población a la que iban dirigidos (consultar el instrumento en el Anexo 1): se mantuvieron 3 ítems originales (1,6,8); se modificaron ligeramente 2 ítems (5,7); se añadieron modificaciones notables a 2 ítems (el ítem 4 añade nuevas acciones; el 9 comprime dos de los ítems originales); se añadieron 2 ítems nuevos (2,3); y se eliminaron 2 ítems por tener una frecuencia excesivamente baja en estudios anteriores. Esta adaptación de la M-CTS ha sido utilizada en estudios previos españoles (Sánchez et al., 2008; Viejo, 2009) y validada por Nocentini y cols. (2010, 2011) con una muestra de adolescentes italianos y canadienses, obteniendo como estructura interna un modelo unifactorial para la agresión y victimización física.

Sin embargo, es escaso el soporte teórico con que se cuenta en cuanto a un modelo explicativo ajustado al sexo de los implicados. Un reciente estudio (Nocentini et al., 2011) cross-nacional Italia-Canadá ha señalado la adecuación de un modelo monofactorial tanto para chicos como para chicas para la agresión física en parejas adolescentes. No obstante, no se cuenta con referentes en cuanto a la implicación en victimización.

Siendo éste uno de los objetivos propios del presente estudio, los análisis factoriales realizados con este instrumento se han centrado en validar el modelo unifactorial de agresión y en testarlo en victimización, así como testar el modelo bifactorial en cada uno de los sexos y roles considerados (Nocentini et al., 2011). En los casos en que ninguno ha aportado resultados satisfactorios, se ha asumido una visión exploratoria del análisis a través de un EFA que apuntaba una posible estructura interna, validada posteriormente con un CFA que siguió, en todos los casos, las indicaciones generales señaladas para los instrumentos anteriores.

### *Agresión chicas*

Siguiendo a Nocentini y cols. (2011), el primer modelo testado era un modelo unifactorial en el que todos los ítems saturaban un único factor denominado agresión física (modelo 1). El segundo modelo, era una solución bifactorial siendo que los seis primeros ítems saturaban el primer factor, agresión leve, mientras que los 3 ítems restantes saturaban el factor de agresión grave (modelo 2). Los índices de ajuste obtenidos para ambos modelos se muestran en la Tabla 12.

Tabla 12

*Índices de ajuste de los modelos de Agresión Física en chicas*

	N	DF	$\chi^2$ (p)	NFI	CFI	RMSEA (Lo90 - Hi90)
<b>Modelo 1<sup>a</sup></b>	1388	27	523.331 (.000)	.818	.825	.115 (.107-.124)
<b>Modelo 2<sup>b</sup></b>	1388	26	469.872 (.000)	.837	.844	.111 (.102-.120)
<b>Modelo 1b<sup>c</sup></b>	1388	20	263.147 (.000)	.888	.895	.094 (.084-.104)
<b>Modelo 2b<sup>d</sup></b>	1388	19	259.024 (.000)	.890	.897	.095 (.085-.106)
<b>Modelo 3<sup>e</sup></b>	1388	19	216.764 (.000)	.908	.915	.087 (.076-.097)
<b>Modelo 4<sup>f</sup></b>	1388	17	118.538 (.000)	.950	.956	.066 (.055-.077)

<sup>a</sup> Modelo monofactorial 9 ítems.

<sup>b</sup> Modelo bifactorial 9 ítems, correlación entre factores .818.

<sup>c</sup> Modelo monofactorial 8 ítems.

<sup>d</sup> Modelo bifactorial 8 ítems, correlación entre factores .934.

<sup>e</sup> Modelo bifactorial 8 ítems, (agresión física leve: ítems 1-4; agresión física grave: ítems 5-8), correlación entre factores .847.

<sup>f</sup> Modelo bifactorial 8 ítems, con correlación entre los errores de los ítems 1-6 y 6-8, correlación entre factores .841.

Los resultados señalaban que los modelos teóricos testados no presentaban buenos índices de ajuste, corroborado, además, por un índice de Hoelter que no alcanzaba en ningún caso el mínimo crítico de 200 (Hoelter, 1983).

Se adoptó, por tanto, una visión exploratoria de análisis que permitiese aproximar un modelo explicativo de los datos propuestos. Un primer análisis descriptivo de los datos llevó a la eliminación del ítem 9 ya que presentaba una frecuencia de implicación inferior al 1% de la muestra (0.9% de implicación). Sobre los 8 ítems restantes se repitieron los modelos testados



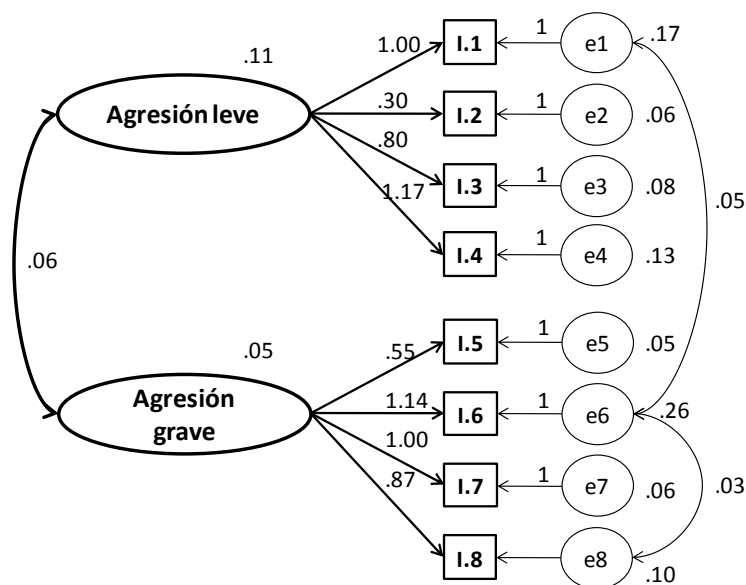
anteriormente (modelo 1b y modelo 2b), sin obtener aun índices ajustados, aunque levemente mejores, lo que corroboraba la conveniencia de realizar el modelo sin éste último.

Siguiendo con el proceso de ajuste del modelo, se realizó un EFA con el método de componentes principales, extrayendo los autovalores mayores que 1 y analizando la solución rotada con el método varimax. Los resultados indicaban una estructura bifactorial que explicaba el 50.989% de varianza total, siendo que el primer factor estaba compuesto por los ítems 1-4 ( $\alpha=.681$ ) y el segundo por los ítems 5-8 ( $\alpha=.602$ ). Se testó este tercer modelo (modelo 3), obteniéndose los resultados indicados en la Tabla 12. Atendiendo a los índices de modificación, la optimización del modelo pasaba por la correlación entre los errores de los ítems 1-6 y 6-8 (modelo 4).

El modelo final adoptado se representa en elGráfico 9. Sin presentar errores con valores extremos, siendo los parámetros estimados significativosy su versión estandarizada superior a .30 en cualquier caso (ver Anexo 2, Tabla 58), se consideró que el modelo 4 se ajustaba a los datos empíricos del estudio y resultaba adecuado para ofrecer una explicación de éstos.

Gráfico 9

Modelo bifactorial de Agresión Física (chicas)



### Agresión chicos

Se procedió de forma análoga a las chicas, testando en primer lugar la solución monofactorial y posteriormente la solución bifactorial derivada de los estudios teóricos previos (modelos 1 y 2). Considerando la problemática derivada en el caso de las chicas respecto a la frecuencia del ítem 9, pese a ser en este caso algo más alta (2.7% de implicación), se decide testar paralelamente a

estos modelos la versión con 8 ítems (modelos 1b y 2b). La Tabla 13 indica los resultados obtenidos.

Tabla 13

*Índices de ajuste de de los modelos de Agresión Física en chicos*

	N	DF	$\chi^2$ (p)	NFI	CFI	RMSEA (Lo90 - Hi90)
<b>Modelo 1<sup>a</sup></b>	1126	27	273.827 (.000)	.950	.955	.090 (.081-.100)
<b>Modelo 2<sup>b</sup></b>	1126	26	242.917 (.000)	.956	.960	.086 (.076-.096)
<b>Modelo 1b<sup>c</sup></b>	1126	20	158.118 (.000)	.961	.966	.078 (.067-.090)
<b>Modelo 2b<sup>d</sup></b>	1126	19	136.223 (.000)	.967	.971	.074 (.063-.086)
<b>Modelo 3<sup>e</sup></b>	1126	19	135.814 (.000)	.967	.971	.074 (.063-.086)
<b>Modelo 4<sup>f</sup></b>	1126	18	104.296 (.000)	.974	.979	.065 (.053-.078)

<sup>a</sup>Modelo monofactorial 9 ítems.

<sup>b</sup>Modelo bifactorial 9 ítems, correlación entre factores .955.

<sup>c</sup>Modelo monofactorial 8 ítems.

<sup>d</sup>Modelo bifactorial 8 ítems, correlación entre factores .937.

<sup>e</sup>Modelo bifactorial 8 ítems, (agresión física leve: ítems 1-4; agresión física grave: ítems 5-8), correlación entre factores .949.

<sup>f</sup>Modelo bifactorial 8 ítems, con correlación entre los errores de los ítems 3-4, correlación entre factores .971.

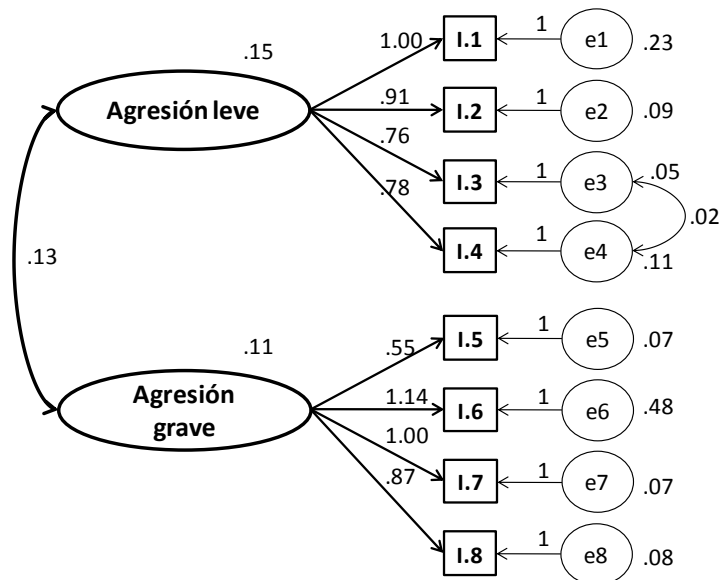
Los resultados obtenidos indicaban que, dado que la implicación en el comportamiento *intentar asfixiar* era mayor, la inclusión de dicho ítem en los modelos no producía sesgos significativos en los resultados, siendo más próximos los índices obtenidos en cada caso para los modelos con 9 y 8 ítems. No obstante, el coeficiente crítico de Hoelter indicaba una mayor adecuación de los modelos con 8 ítems que alcanzaban, en todos los casos, valores superiores a 200.

A diferencia de las chicas, si bien los índices de ajuste apuntaban que los dos modelos teóricos podrían ser considerados como explicativos, el valor de Chi-cuadrado indicaba un mejor ajuste del modelo bifactorial. Sobre esta consideración, se testa el modelo identificado para la agresión femenina (modelo 3), esto es, un modelo bifactorial en el que los cuatro primeros ítems saturaban el factor de agresión leve, y el resto de ítems saturaba el factor agresión grave. Este modelo presentaba unos índices de ajuste satisfactorios y próximos a los obtenidos para el modelo teórico bifactorial, con la ventaja de que ofrecía una estructura interna de la agresión física paralela a la agresión femenina. Atendiendo a los índices de modificación se decidió explicitar la correlación entre los errores de los ítems 3 y 4, comportamientos violentos correlativos en la escala de gravedad propuesta por Straus (1979) que tendían a coocurrir, lo que mejoraba significativamente el ajuste del modelo (ver Gráfico 10). De este modo, los valores alcanzados en los índices de ajuste de este nuevo modelo (modelo 4), junto a los valores de los

parámetros (ver Anexo 2, Tabla 59) indicaban la adecuación de esta solución bifactorial para la explicación de datos empíricos de este estudio.

Gráfico 10

Modelo bifactorial de Agresión Física (chicos)



### Victimización chicas

Si bien los modelos de victimización no contaban con un referente teórico que distinguiera en función del sexo de los participantes, comenzamos los análisis testando los modelos propuestos para agresión, suponiendo que la doble implicación que subyace a este tipo de violencia podría llevar a una transferencia del comportamiento y, por ende, de la estructura interna considerada en el mismo.

Tabla 14

Índices de ajuste de los modelos de Victimización Física en chicas

	N	DF	$\chi^2$ (p)	NFI	CFI	RMSEA (Lo90 - Hi90)
<b>Modelo 1<sup>a</sup></b>	1401	27	411.568 (.000)	.864	.871	.101 (.092-.110)
<b>Modelo 1b<sup>b</sup></b>	1401	20	312.178 (.000)	.880	.887	.102 (.092-.112)
<b>Modelo 2<sup>c</sup></b>	1401	26	391.003 (.000)	.871	.878	.100 (.091-.109)
<b>Modelo 2b<sup>d</sup></b>	1401	19	226.020 (.000)	.913	.920	.088 (.078-.099)
<b>Modelo 3<sup>e</sup></b>	1401	17	146.451 (.000)	.944	.950	.074 (.063-.085)

<sup>a</sup>Modelo monofactorial con 9 ítems.

<sup>b</sup>Modelo monofactorial con 8 ítems.

<sup>c</sup>Modelo bifactorial con 9 ítems, correlación entre factores .882.

<sup>d</sup>Modelo bifactorial con 8 ítems, correlación entre factores .737.

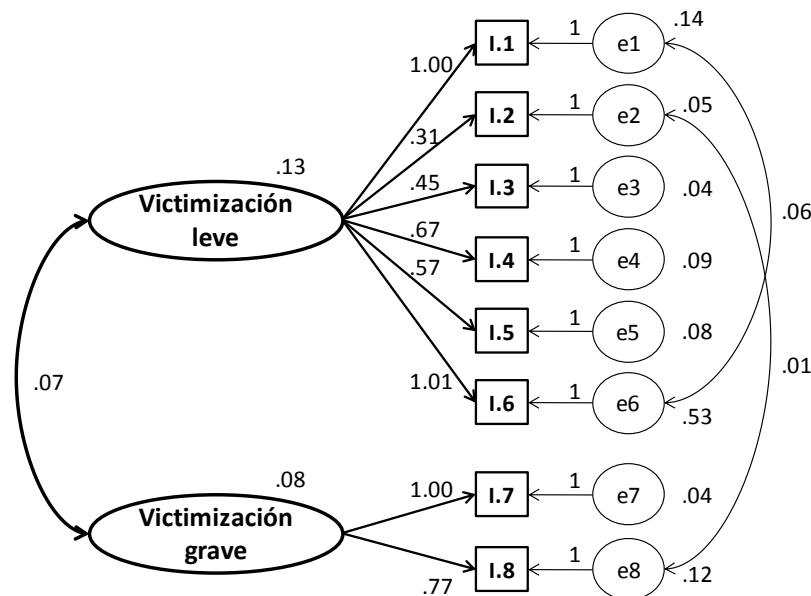
<sup>e</sup>Modelo bifactorial con 8 ítems con correlación entre los errores de los ítems 1-6 y 2-8, correlación entre factores .699.

Se procede, por tanto, siguiendo los modelos propuestos por Nocentini y cols. (2011): en primer lugar con un modelo monofactorial (modelo 1), y en segundo lugar un modelo bifactorial en el que los ítems 1-6 saturaban el factor de *victimización leve* y los restantes, el de *victimización grave* (modelo 2). En caso de que fuese necesario, se asumiría posteriormente una perspectiva exploratoria. Siguiendo la línea iniciada en agresión respecto al ítem 9, y comprobando que la implicación es únicamente del 1%, se realizan estos confirmatorios paralelamente con la versión de 8 ítems (modelos 1b y 2b). Los resultados obtenidos se reflejan en la Tabla 14.

Los resultados señalaron que el modelo monodimensional (modelo 1 y modelo 1b) no ajustaba los datos en ninguna de sus versiones -9 y 8 ítems-, con un índice RMSEA de ajuste global por encima de .10. El modelo teórico bidimensional (modelo 2), sin embargo, ofrecía una mayor aproximación explicativa de los resultados empíricos. Como ocurriese en agresión, era la solución con 8 ítems (modelo 2b) la que presentaba mejores resultados, dado el bajo porcentaje de implicación que señalaban en el último ítem de la escala. De esta forma, y de acuerdo a los índices de modificación, considerando la correlación existente entre los errores de los pares de ítems 1-6 y 2-8 el modelo mejoraba significativamente, alcanzando índices de ajuste que lo señalaban como adecuado (modelo 3).

Gráfico 11

*Modelo bifactorial de Victimización Física (chicas)*



A su vez, los parámetros estimados para este modelo (ver Anexo 2, Tabla 60) resultaban significativos y superiores a 0.30 en su versión estandarizada. De este modo, valorando ambos aspectos de forma conjunta y analizándolos con la literatura existente, se determinó que el

modelo 3 (ver Gráfico 11) se ajustaba a los datos empíricos del presente trabajo y que, por tanto, resultaba válido para aproximar una explicación de éstos.

#### *Victimización chicos*

De forma paralela, se desarrolló el análisis para el modelo de victimización de los chicos. También en esta ocasión se examinaron los modelos en paralelo con 9 y 8 ítems, por contar con una implicación de 1.9% en el ítem *intentar asfixiar*.

Al igual que ocurría con las chicas, se testó en primer lugar un modelo monodimensional (modelos 1 y 1b) y en segundo lugar una solución bifactorial (modelos 2 y 2b). La Tabla 15 muestra los resultados obtenidos. En esta ocasión, resultó ser el modelo bifactorial de 9 ítems el que presentaba mejores índices, aunque las diferencias entre los modelos paralelos con 8 y 9 ítems volvían a no ser tan acusadas como en el caso de las chicas. Señalando la correlación entre los pares de errores 1-4, 3-4 y 6-7, el modelo alcanzaba índices de ajuste adecuados (modelo 3). A pesar de que el valor del estadístico RMSEA se encontraba en el límite de lo considerado para un modelo viable, el valor de Chi-cuadrado junto a los índices de ajuste normalizado y comparativo (NFI y CFI) demostraban que era ésta la mejor solución obtenida como modelo explicativo de los datos empíricos de victimización masculina.

Tabla 15

*Índices de ajuste de de los modelos de Victimización Física en chicos*

	N	DF	$\chi^2$ (p)	NFI	CFI	RMSEA (Lo90 - Hi90)
<b>Modelo 1<sup>a</sup></b>	1147	27	580.727 (.000)	.880	.885	.134 (.124-.143)
<b>Modelo 1b<sup>b</sup></b>	1147	20	382.630 (.000)	.897	.902	.126 (.115-.137)
<b>Modelo 2<sup>c</sup></b>	1147	26	420.656 (.000)	.913	.918	.115 (.106-.125)
<b>Modelo 2b<sup>d</sup></b>	1147	19	327.049 (.000)	.912	.917	.119 (.105-.124)
<b>Modelo 3<sup>e</sup></b>	1147	23	190.629 (.000)	.961	.965	.080 (.069-.090)

<sup>a</sup>Modelo monofactorial con 9 ítems.

<sup>b</sup>Modelo monofactorial con 8 ítems.

<sup>c</sup>Modelo bifactorial con 9 ítems, correlación entre factores .867.

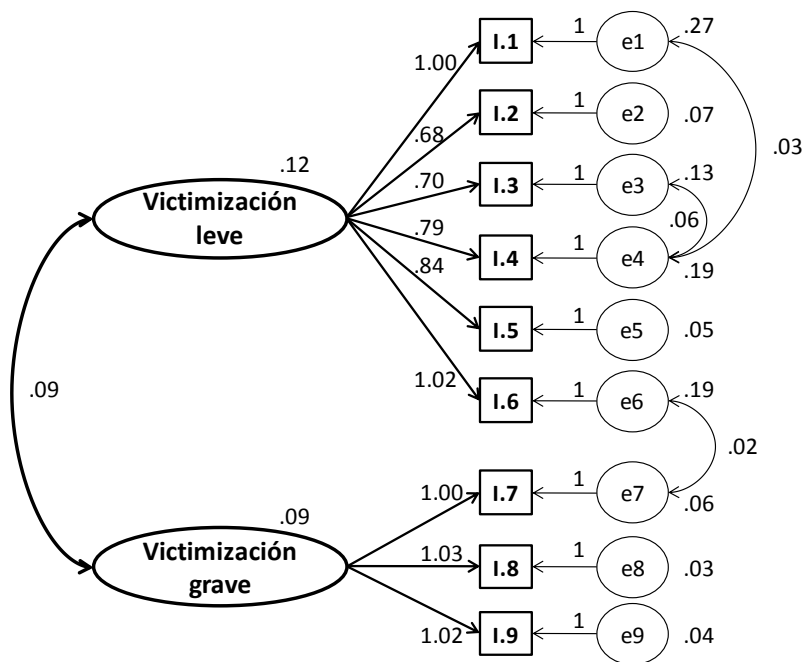
<sup>d</sup>Modelo bifactorial con 8 ítems, correlación entre factores .895.

<sup>e</sup>Modelo bifactorial con 9 ítems con correlación entre los errores de los ítems 1-4, 3-4 y 6-7, correlación entre factores .890.

Los valores obtenidos en los errores y parámetros estimados (ver Anexo 2, Tabla 61) confirmaron esta adecuación, resultando el modelo que se representa en el Gráfico 12.

Gráfico 12

Modelo bifactorial de Victimización Física (chicos)





**Resultados I:**  
**Las parejas**  
**adolescentes y**  
**el desarrollo**  
**personal**

**5**





Los estudios elaborados hasta el momento han establecido el marco de análisis en el ámbito de las relaciones sentimentales adolescentes, captando el interés de la comunidad científica y dirigiéndolo hacia elementos de estudio fundamentales para el progreso en este tópico. Se han señalado aspectos descriptivos, tan importantes como básicos, para la conceptualización de este tipo de relación social y su delimitación terminológica, y se han apuntado nuevas líneas de estudio de carácter más explicativo sobre las que la necesidad de análisis en profundidad resulta ineludible.

De este modo, los esfuerzos por entender y avanzar en esta línea de investigación ponen al descubierto algunas lagunas de conocimiento en las que aún es necesario profundizar. En un primer momento y, respondiendo a la estructura que los objetivos del trabajo establecían, este capítulo presenta resultados empíricos derivados del análisis de las parejas adolescentes, en términos de su caracterización, calidad y evolución, profundizando en último término en la incidencia que este nuevo tipo de relación tiene en la vida de los jóvenes.

# 1. Parejas adolescentes: desvelando mitos

---

Si bien las relaciones sentimentales adolescentes han sido consideradas en numerosas ocasiones como un tipo de relación social superflua, marcadas con un carácter pueril e ingenuo que las dotaba de cierta trivialidad, los estudios han demostrado que la percepción de los adolescentes sobre ellas dista sobremedida de esta concepción popular. Con el objetivo de conocer cuánto hay de verdad en cada una de estas ideas sociales convertidas en mitos, se presentan a continuación los resultados descriptivos derivados del estudio de las relaciones sentimentales adolescentes y su influencia en la vida de los chicos y chicas de estas edades.

Siguiendo el orden establecido por los objetivos generales, se analiza la aparición de estas nuevas relaciones sociales y las características que las definen, profundizando después en su evolución una vez establecidas.

## 1.1. Situación sentimental de los adolescentes andaluces

Siguiendo las aportaciones de la literatura científica existente, se estableció como primer objetivo de estudio el conocimiento y análisis de la situación sentimental de los chicos y chicas participantes. Utilizando el instrumento desarrollado por Connolly y cols. (2000), se

---

establecieron tres categorías diferenciadas a razón de la experiencia sentimental que tenían o habían tenido los adolescentes.

Tabla 16

*Situación sentimental actual de los adolescentes andaluces: sexo y edad.*

	Nunca tuve novio/a		Tengo novio/a actualmente		He tenido novio/a antes		
	recuento	porcentaje	recuento	porcentaje	recuento	porcentaje	
<b>Sexo</b>	Chico	276	18.3%	419	27.8%	813	53.9%
	Chica	189	11.5%	781	47.6%	670	40.9%
	<b>Total</b>	465	14.8%	1200	38.1%	1483	47.1%
N=3148 perdidos 3.4%							
<b>Edad</b>	15	165	28.4%	129	22.2%	286	49.3%
	16	106	13.9%	254	33.4%	401	52.7%
	17	109	12.7%	340	39.6%	409	47.7%
	18	74	10.8%	337	49.3%	272	39.8%
	19 o más	7	3.2%	118	53.9%	94	42.9%
	<b>Total</b>	461	14.9%	1178	38.0%	1462	47.1%
N= 3101; perdidos 4.8%							

La Tabla 16 muestra los resultados obtenidos en función del sexo y edad de los participantes. Más del 80% de los chicos y chicas tenía o había tenido experiencia sentimental en el momento de ser encuestados. No obstante, el porcentaje de implicados en este tipo de relaciones aumentaba a medida que se avanzaba en edad, de forma que mientras a los 15 años el 28.4% de los adolescentes no había tenido nunca pareja, llegados a los 19 años aproximadamente, sólo un 3.2% afirmaba no tener experiencia sentimental previa.

Dada la naturaleza de los datos y el objetivo de estudio, se hacía ineludible el análisis de las posibles diferencias establecidas en función del sexo y edad de los participantes. El estadístico chi-cuadrado ofreció una primera aproximación al índice de relación establecido entre estas variables. Si bien, por ser un índice sensible al tamaño muestral (Field, 2009), se consideró su valor de forma conjunta a los estadísticos V de Cramer (estadístico que señala el grado de asociación minimizando el efecto del tamaño muestral; valores próximos a cero indican asociación nula entre las variables consideradas) y Lambda (indica el grado de incertidumbre que se reduce al usar la variable independiente-sexo y edad- para predecir la variable dependiente – situación sentimental-; su valor oscila entre cero y uno, la proximidad a cero indica poco error reducido).

Atendiendo al valor de chi-cuadrado, la situación sentimental de los adolescentes difería en función del sexo de éstos [ $\chi^2_{(2, n=3148)}=133.970$ ,  $p=.000$ ], sin embargo, un valor de V de Cramer de .206 y de Lambda de .067 apuntaban que esta relación significativa podía deberse al tamaño

muestral, siendo que la asociación entre ambas variables resultaba baja. De forma análoga ocurría al poner en relación la situación sentimental con la edad de los participantes: con un valor significativo de chi-cuadrado de  $\chi^2_{(8, n=3101)}=197.299$ ,  $p=.000$ , los estadísticos V de Cramer ( $V=.178$ ) y Lambda ( $\lambda=.054$ ) indicaban una relación débil entre la edad y la situación sentimental de los adolescentes.

De este modo, los resultados confirman la importancia que este nuevo tipo de relación sentimental tiene para los chicos y chicas, siendo que hacia el final de la adolescencia la mayoría de ellos ha tenido algún tipo de experiencia sentimental, sin que el sexo ni la edad incidan de manera significativa en este aspecto.

## **1.2. Características de las parejas adolescentes**

Dada la importancia que este tipo de relaciones tiene para los adolescentes y su masiva implicación en ellas durante esta etapa del desarrollo, se profundizó en el estudio de estas parejas analizando algunas de sus características definitorias.

### **1.2.1. Frecuencia y solidez de las parejas**

En primer lugar, se analizó el número de parejas que los adolescentes habían tenido hasta el momento de ser encuestados, así como la duración media de éstas. Se consideró para este análisis una submuestra ( $n=2695$ ) correspondiente a los chicos y chicas que habían tenido experiencia sentimental pasada o presente. Como en los análisis previos, se examinaron las posibles diferencias establecidas a razón del sexo y edad de los participantes.

La Tabla 17 muestra los resultados obtenidos respecto al número y duración de las parejas de los adolescentes. Los chicos y chicas entrevistados habían tenido 4-5 parejas a lo largo de su vida sentimental, con duraciones variables que iban desde una semana hasta los cinco años de relación. Para analizar las diferencias en base al sexo de los implicados, se utilizó el estadístico T-Student. Siendo ésta una medida sensible al tamaño muestral, se utilizó el coeficiente r de Pearson para estimar el tamaño del efecto (Field, 2009) –entendido como la transformación de las puntuaciones t en puntuaciones r de acuerdo a la fórmula  $r=\sqrt{t^2/t^2+df}$ – de manera que valores iguales o superiores a .10 indicaban un efecto pequeño, valores iguales o superiores a .30 indicaban un efecto medio, y valores iguales o superiores a .50 indicaban un amplio efecto. De este modo, la evaluación conjunta de la probabilidad de t y el tamaño del efecto medido en puntuaciones r, permitían una valoración más acertada de la significatividad de las posibles diferencias.

---

Tabla 17

Cantidad y duración de parejas

		Media	D. T.	Media	D. T.
¿Con cuántos has salido en total?	Chico	4.90	8.090	4.19	6.407
	Chica	3.61	4.543		
¿Con cuántos has salido en los dos últimos meses?	Chico	1.01	2.395	.94	1.728
	Chica	.89	.829		
Si no tienes pareja ahora, ¿cuánto duró tu última relación?	Chico	21.59	(1-260)	22.14	(1-260 semanas)
	Chica	22.85	(1-156)		
¿Cuánto dura tu relación actual?	Chico	36.34	(1-216)	51.53	(1-288 semanas)
	Chica	59.55	(1-288)		

N= 2695

Los análisis t realizados mostraron, respecto al número total de parejas, una diferencia estadísticamente significativa a favor de ellos siendo que los chicos habían tenido más parejas que las chicas a lo largo de su vida sentimental adolescente [ $t_{(1635,97)}=4.691$ ;  $p=.000$ ]. El tamaño del efecto, sin embargo, apuntaba un efecto pequeño ( $r=.12$ ) que indicaba que tal diferencia estaba mediada en gran medida por el tamaño de la muestra. Respecto a la duración de la pareja actual, sin embargo, fueron ellas quienes apuntaron relaciones más duraderas que los chicos [ $t_{(1058,94)}=8.385$ ;  $p=.000$ ], con un valor de  $r=.25$  que, igualmente, apuntaba un tamaño de efecto pequeño (ver Tabla 17).

Para determinar la influencia de la edad sobre los resultados, se realizaron comparaciones múltiples de media a través de análisis ANOVA. Las diferencias significativas obtenidas con este estadístico fueron también contrastadas con los resultados derivados de la medida del tamaño del efecto –medido con el estadístico eta cuadrado  $\eta^2$ – (Field, 2009). Siendo que  $\eta^2$  es comparable a  $r^2$ , un valor de .01 indicaría un efecto pequeño, valores de .09 indicarían un efecto medio y valores de .25 indicarían un amplio efecto (Cohen, 1992).

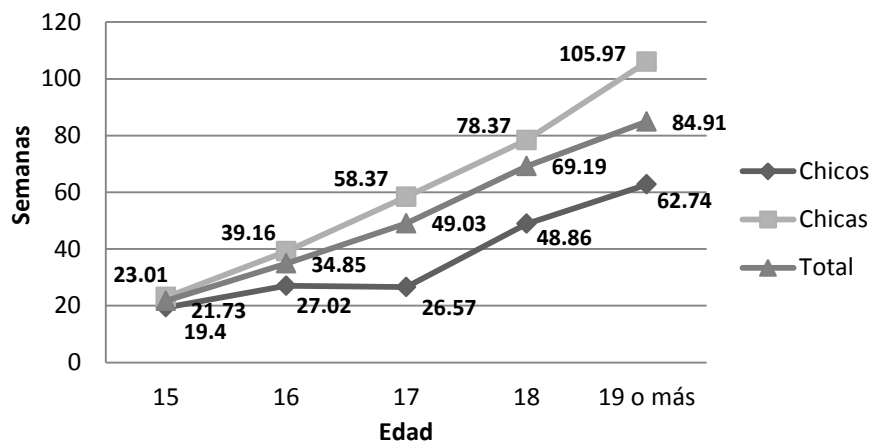
Los resultados apuntaron que únicamente la duración de las relaciones, tanto pasadas [ $F_{(4,438)}=11.933$ ;  $p=.000$ ] como presentes [ $F_{(4,1178)}=46.793$ ;  $p=.000$ ], se veía influida por la edad de los chicos y chicas siendo que, en ambos casos, el tamaño del efecto resultaba medio/alto ( $\eta^2=.10$  y  $\eta^2=.14$ , respectivamente). Las comparaciones post-hoc utilizando la prueba de Tamhane señalaron que, mientras que para las relaciones pasadas las diferencias significativas se establecían entre los grupos de edad extremos (15-16 vs 18-19 o más), para las relaciones actuales la duración de las parejas aumentaba de manera estadísticamente significativa a

medida que aumentaba la edad de los chicos y chicas, dejando de existir tal significatividad a partir de los 18 años de edad (Gráfico 13).

Se comprobó además el efecto de interacción entre el sexo y la edad sobre la duración de la pareja actual, puesto que los análisis habían señalado efecto independiente de ambas variables. El análisis ANCOVA realizado apuntaba un efecto de interacción significativo [ $F_{(4,1182)}=4.515$ ;  $p=.001$ ], que indicaba que chicos y chicas seguían trayectorias diferentes a lo largo de la adolescencia en cuanto a la duración de sus parejas se refiere (Gráfico 13), sin embargo, el tamaño de este efecto resultaba pequeño ( $\eta^2=.02$ ).

Gráfico 13

*Duración media de la relación sentimental actual: efecto de la edad y el sexo.*



Con todo ello, los resultados apuntaron que las incipientes parejas que se inician al comienzo de la adolescencia pueden llegar a consolidarse en el tiempo, lo que explicaría las diferencias significativas encontradas entre la duración de las parejas de los chicos más jóvenes y los más mayores. El sexo, y la interacción de éste con la edad, no apuntaron diferencias estadísticamente significativas.

### 1.2.2. Calidad de las relaciones sentimentales adolescentes

Para valorar la calidad de las relaciones y la satisfacción de los chicos y chicas respecto a éstas, tan importantes resultan los comportamientos desplegados dentro de la pareja -por cada uno de sus miembros y en interrelación-, como la interpretación que ambos hagan de éstos. En consecuencia, el análisis de las principales variables tanto positivas como negativas que pudiesen incidir en este sentido sobre la calidad de la pareja se revelaban como un aspecto fundamental para la comprensión de éstas.

A partir de los instrumentos desarrollados por Furman y Burhmester (1992) y Fuligni y Eccles (1993) se analizaron tres escalas de calidad positiva –compañía/intimidad, expectativas de futuro, comunicación- y tres escalas de calidad negativa –conflictos, desequilibrio de poder, comportamiento transgresivo-. Se presentan los resultados atendiendo al sexo y edad de los participantes.

La Tabla 18 muestra los principales resultados obtenidos. Con puntuaciones medias en las escalas positivas por encima de 3.0 y en torno al 1.5 en las negativas, los adolescentes señalaron una calidad de pareja media-alta, exceptuando la escala de conflicto con una puntuación media de 2.19.

Tabla 18

*Variables de calidad de las parejas adolescentes*

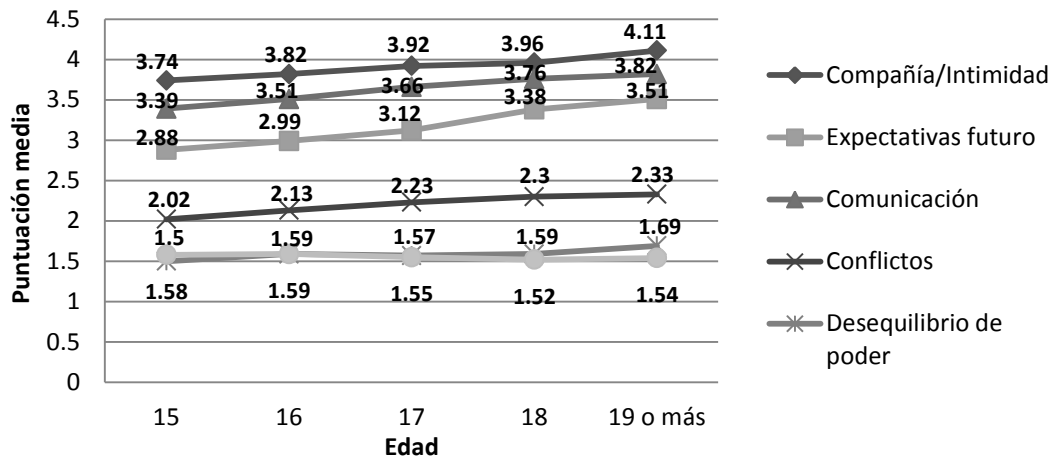
		Media	D. T.	Media	D. T.
<b>Compañía/Intimidad</b>	<i>Chico</i>	3.683	1.018	3.888	.928
	<i>Chica</i>	4.051	.816		
<b>Expectativas de futuro</b>	<i>Chico</i>	2.844	1.3223	3.129	1.376
	<i>Chica</i>	3.353	1.377		
<b>Comunicación</b>	<i>Chico</i>	3.387	1.201	3.603	1.161
	<i>Chica</i>	3.772	1.101		
<b>Conflicto</b>	<i>Chico</i>	2.089	.791	2.191	.815
	<i>Chica</i>	2.271	.823		
<b>Desequilibrio de poder</b>	<i>Chico</i>	1.657	.712	1.578	.659
	<i>Chica</i>	1.515	.606		
<b>Comportamiento transgresivo</b>	<i>Chico</i>	1.689	.735	1.558	.654
	<i>Chica</i>	1.452	.560		

N=2695

Respecto a la influencia de la edad de los chicos y chicas en la calidad de sus relaciones de pareja (ver Gráfico 14), los análisis ANOVA señalaron diferencias significativas en todas las escalas positivas si bien, con valores de eta cuadrado pequeños (compañía [ $F_{(4,2260)}=6.562$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.01$ ], expectativas de futuro [ $F_{(4,2239)}=12.258$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.02$ ] y comunicación [ $F_{(4,2244)}=8.110$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.01$ ]) y en las escalas negativas de conflicto [ $F_{(4,2257)}=8.666$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.02$ ] y desequilibrio de poder [ $F_{(4,2408)}=2.682$ ;  $p=.030$ ;  $\eta^2=.004$ ]. La escala de comportamiento transgresivo, sin embargo, no presentó diferencias significativas a lo largo del rango de edades consideradas.

Gráfico 14

*Calidad de las relaciones sentimentales: el efecto de la edad.*



Con estos resultados, en cuanto a significatividad y tamaño del efecto, los análisis post-hoc (Bonferroni en las escalas de compañía y expectativas de futuro; Tamhane en las escalas de comunicación, conflictos y desequilibrio de poder) se realizaron para conocer la tendencia de dichas diferencias que, si bien, se revelaron fuertemente mediadas por el tamaño muestral. Los resultados señalaron que en las escalas de compañía, comunicación y conflictos las diferencias se establecían a partir de dos años de diferencia, esto es, en los chicos y chicas de 15 años respecto a los de 17 años o mayores, y en los de 16 años, respecto a los de 18 años o mayores. En los grupos mayores no se encontraron tales diferencias. En la escala de expectativas de futuro, sin embargo, las diferencias aparecían únicamente entre los primeros grupos (15, 16 y 17 años) respecto a los grupos mayores, es decir, a partir de los 18 años los chicos y chicas aumentaban sus expectativas de futuro respecto a sus compañeros más jóvenes. Un patrón similar seguía la escala de desequilibrio de poder, aunque en este caso las diferencias se establecieron entre los grupos extremos, es decir, entre los adolescentes de 15 años y los de 19 años o más.

Al someter estas escalas a un análisis de la varianza univariante tomando como factores fijos las variables edad y sexo, el efecto de interacción entre estas variables resultaba significativo sólo en las escalas positivas (compañía [ $F_{(4,2259)}=4.079$ ;  $p=.003$ ]; expectativas de futuro [ $F_{(4,2238)}=3.929$ ;  $p=.004$ ]; comunicación [ $F_{(4,2243)}=3.263$ ;  $p=.011$ ]), pero no así en las escalas negativas, lo que indicaba una evolución diferente para chicas y chicos de las variables positivas de la calidad de pareja. Sin embargo, el análisis del tamaño del efecto revelaba unos valores muy pequeños ( $\eta^2=.008$  en todos los casos) que indicaban una pobre significatividad real de estas diferencias.



Con todo ello, los resultados señalaron que los chicos y chicas adolescentes se encontraban satisfechos con la calidad de sus relaciones de pareja, puntuándolas de forma positiva de acuerdo a las escalas analizadas. No obstante, la escala de conflicto se destacaba sobre las escalas negativas, siguiendo un patrón diverso y revelándose como un aspecto controvertido dentro de las relaciones sentimentales adolescentes. Respecto a las posibles diferencias establecidas por el sexo, la edad, o la interacción de estas variables, los resultados han apuntado tendencias, no significativas en cualquier caso, respecto sobre todo de las escalas de calidad positiva.

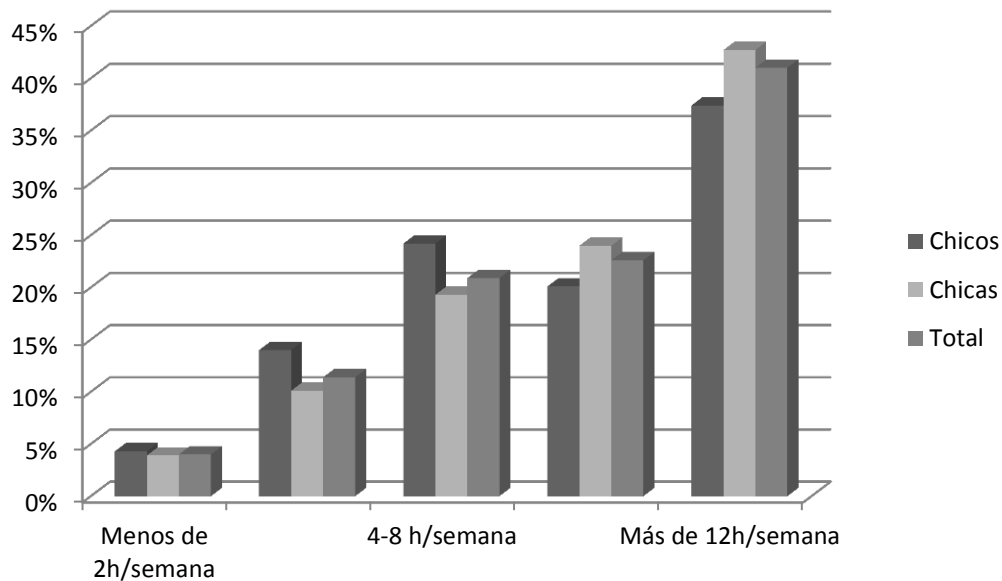
### **1.2.3. Tiempo y actividades compartidas**

El tiempo de ocio y las actividades compartidas constituyen un escenario de desarrollo particularmente relevante entre las parejas adolescentes y, por ende, el marco donde se fraguan los acontecimientos que determinan la calidad de estas relaciones. Con el objetivo de profundizar en estos aspectos, se seleccionaron aquellos chicos y chicas que tenían una relación presente (n=1202) y, siguiendo el cuestionario de Connolly y cols. (2000), se analizaron los datos correspondientes a los hábitos de ocio en pareja y la relación con el grupo de iguales de referencia.

El Gráfico 15 representa la distribución de horas semanales que chicos y chicas pasaban con sus parejas, resultando que la mayoría de los jóvenes pasaban más de 12 horas semanales con sus novios/as (42,7% ellas, 37,4% ellos). Pese a que el estadístico chi-cuadrado apuntaba un posible efecto del sexo [ $\chi^2_{(4, n=1202)}=9.972, p=.041$ ] y la edad [ $\chi^2_{(16, n=1202)}=28.894, p=.025$ ] sobre dichos resultados, los análisis realizados posteriormente eliminando el efecto del tamaño muestral señalaron que tales asociaciones eran muy débiles ( $V=.093, \lambda=.000$ ;  $V=0.079, \lambda=.000$ ; para sexo y edad, respectivamente).

Gráfico 15

*Tiempo compartido: ¿Cuánto tiempo pasas con tu novio/a después de clase o los fines de semana?*



Para conocer la naturaleza de las actividades que se realizaban en ese tiempo se analizó el grado de relación de la pareja con el grupo de iguales, profundizando no sólo en la intimidad que se buscaba en tales ocasiones sino en la relación y conocimiento que el contexto social de amigos tenía acerca de la pareja.

La Tabla 19 y el Gráfico 16 muestran los resultados obtenidos a este respecto. Entre el 60% y el 70% de los chicos y chicas combinaban actividades en grupo y actividades con mayor intimidad sólo en pareja, de modo que en la mayoría de los casos el grupo de amigos conocía bastante bien a la pareja con la que salían (71.90% ellos, 76,40% ellas). En esta ocasión ni el sexo ni la edad de los participantes incidía de modo alguno en los resultados obtenidos.

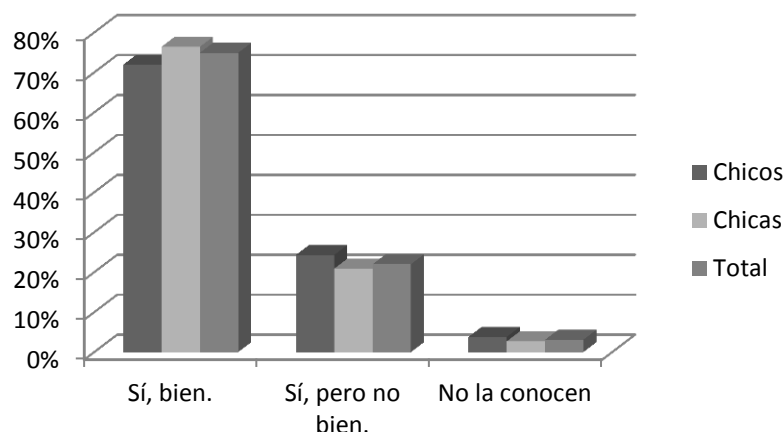
Tabla 19

*Intimidad en el tiempo compartido en pareja*

	Porcentaje de implicados
Salgo con alguien en pandilla	62.9%
Salgo con alguien los dos solos	69.0%
Ocasionalmente, salgo con más de uno	14.2%

Gráfico 16

Interacción pareja/amigos: ¿Conocen tus amigos a la persona con la que sales?



### 1.3. Desarrollo de las relaciones adolescentes

Interesados por la posible evolución en términos de compromiso e intimidad en las parejas adolescentes desde su incipiente aparición hasta su consolidación, se realizaron una serie de análisis descriptivos considerando únicamente a los chicos y chicas que mantenían una relación sentimental en el momento de responder a los cuestionarios (N=1202).

En primer lugar se analizó la valoración de los jóvenes respecto al momento en que se encontraba su relación sentimental (ver Tabla 20). Los resultados apuntaron que el 71.6% de chicos y chicas consideraban estar implicados en una relación seria, mientras que sólo un 20.5% pensaba en comprometerse. Ni el sexo ni la edad de los encuestados establecieron diferencias significativas a este respecto.

Tabla 20

Naturaleza de la relación

		% verdadero	Total
<b>Sólo estamos saliendo</b>	Chico	52.3%	47.3%
	Chica	44.4%	
<b>Tenemos una historia seria</b>	Chico	66.8%	71.6%
	Chica	74.1%	
<b>Pensamos en comprometernos</b>	Chico	17.2%	20.5%
	Chica	22.3%	
<b>Estamos viviendo juntos</b>	Chico	1.9%	1.7%
	Chica	1.7%	

Sobre estos resultados se realizó un segundo grupo de análisis encaminado a describir la evolución de las relaciones de pareja a partir de las aportaciones de Collins (2003). De acuerdo con el autor, las relaciones sentimentales a lo largo de la adolescencia van evolucionando en términos de implicación, actividades compartidas, calidad de la relación y procesos cognitivos/emocionales. Se realizaron análisis de conglomerados que permitiesen la agrupación de los participantes a razón de su similitud en cuanto a estas cuatro dimensiones: implicación (medido a través de las variables *duración de la relación actual*, *número de parejas*, *número de rupturas en los últimos 6 meses*), actividades compartidas (medido con las variables *tiempo libre compartido* y *nivel de compañía en la pareja*), calidad de la relación (medido con las escalas de *comunicación/intimidad*, *conflictos* y *desequilibrio de poder*), y procesos cognitivos/emocionales (medido con la escala de *expectativas de futuro*).

En primer lugar, se realizó un análisis de conglomerados en dos fases. Esta técnica permitió reducir las dimensiones de estudio para interpretar el conjunto de datos de acuerdo a sus rasgos comunes y diferenciales, es decir, permitió identificar conjuntos homogéneos entre los adolescentes sin que a priori se conociesen los criterios de agrupación, estableciendo grupos en los que los sujetos fuesen lo más semejantes posible entre sí, a la vez que dichos grupos eran lo más diferente posible entre ellos.

El procedimiento de análisis se realiza en dos pasos sucesivos: en el primero, el proceso pre-conglomerado, se reduce la matriz de datos haciendo una primera agrupación, de manera que los grupos establecidos funcionarán como casos independientes en el segundo paso. El resultado de este primer paso puede estar afectado por el orden de los datos en la matriz (SPSS; 2001), por lo que previamente se realiza una aleatorización de los datos. El segundo paso, la formación propiamente dicha de conglomerados, está fundamentado en una técnica de conglomerados jerárquicos, trabajando la agrupación final sobre la primera conglomeración realizada.

Este tipo de análisis de conglomerados ha presentado resultados óptimos bajo el cumplimiento de tres supuestos básicos -que las variables sean independientes, que las variables continuas sigan una distribución normal y que las variables categóricas sean multinomiales-, sin embargo, el algoritmo sobre el que se basa resulta lo suficientemente robusto como para ofrecer resultados razonables incluso en ausencia de ellos. Su adecuación respecto a los datos que se presentan reside, fundamentalmente, en dos aspectos que han sido considerados como las dos grandes ventajas que presenta este método frente a otros análisis de conglomerados (Martín, Cabero y De Paz, 2007):

---

- Permite, de un lado, trabajar con tamaños muestrales grandes, como el utilizado en este estudio. Muestras que superen con creces la centena podrían presentar problemas de clasificación con otros procedimientos que requieren el cálculo de todas las distancias.
- Por otro lado, permite trabajar conjuntamente con variables de tipo mixto, es decir, cualitativas y cuantitativas. En este estudio, siete de las nueve variables consideradas estaban medidas en una escala continua, mientras que dos de ellas (*número de rupturas* y *tiempo libre compartido*) habían sido medidas en escala ordinal, y consideradas como variables cuantitativas.

Tabla 21

Desarrollo de las parejas adolescentes

		<b>Conglomerado 1</b> <i>Tener un rollo</i>	<b>Conglomerado 2</b> <i>Salir con alguien</i>	<b>Conglomerado 3</b> <i>Tener novio/a</i>	<b>Conglomerado 4</b> <i>Tener una relación seria/de compromiso</i>
<b>N</b>		174	335	218	210
<b>Sexo</b>	<i>Chicos</i>	30.4%	41.4%	29.4%	31.7%
	<i>Chicas</i>	69.6%	58.6%	70.6%	68.3%
<b>Edad media</b>		16.83 (s.d. 1.23)	16.98 (s.d. 1.17)	17.02 (s.d. 1.22)	17.35 (s.d. .98)
<b>Implicación</b>	<i>Duración de la relación**</i>	27.39	<b>44.24</b>	<b>62.94</b>	<b>79.77</b>
	<i>Número de parejas**</i>	7.33	<b>4.61</b>	3.20	3.42
	<i>Número de rupturas en 6m (mediana)</i>	1-2 veces	1-2 veces	Nunca	Nunca
<b>Actividades compartidas</b>	<i>Tiempo libre compartido (mediana)</i>	2-4 horas semanales	Más de 12 h semanales	8-12 horas semanales	Más de 12 h semanales
	<i>Compañía**</i>	3.74	<b>4.45</b>	4.38	<b>4.61</b>
<b>Calidad de la relación</b>	<i>Comunicación/intimidad**</i>	3.29	<b>4.16</b>	4.27	<b>4.57</b>
	<i>Conflicto</i>	2.18	2.27	2.32	2.24
	<i>Desequilibrio poder</i>	1.65	1.66	1.59	1.54
<b>Procesos cognitivos y emocionales</b>	<i>Expectativas futuro**</i>	3.26	<b>4.12</b>	4.18	<b>4.54</b>

\*\*p=.000; Se han señalado las diferencias significativas respecto el conglomerado inmediatamente anterior apuntadas por el estadístico post-hoc Bonferroni.

Utilizando una medida de distancia de log-verosimilitud y el criterio de conglomeración BIC, se realizó un primer acercamiento exploratorio determinando automáticamente el número de conglomerados. La solución propuesta de 6 conglomerados, fue depurada considerando la composición de cada una de las agrupaciones así como los resultados propuestos por otros

estudios (Connolly et al., 2000). Se repitió el análisis estableciendo un número fijo de 4 conglomerados que presentaban las características señaladas en la Tabla 21. Para medir las diferencias significativas que se establecían entre los grupos se realizó un análisis ANOVA con el estadístico post-hoc de Bonferroni para las variables continuas, y una prueba Chi-cuadrado para las variables categoriales.

Los resultados apuntaron que todas las variables continuas, a excepción de los conflictos y el desequilibrio de poder, establecían diferencias significativas entre algunos de los grupos objeto de estudio, siendo el tamaño del efecto variable entre .03 y .24, pero en la mayoría de los casos medio-alto (duración de la pareja:  $F_{(3, 933)}=43.852$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.12$ ; número de parejas:  $F_{(3, 933)}=9.267$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.03$ ; compañía:  $F_{(3, 933)}=97.451$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.24$ ; comunicación/ intimidad:  $F_{(3, 933)}=81.764$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.21$ ; y expectativas de futuro:  $F_{(3, 933)}=72.663$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.19$ ). Por su parte, las variables cualitativas también indicaron un grado de asociación significativo respecto a los grupos obtenidos: los resultados apuntaban que tanto la variable número de rupturas [ $\chi^2_{(9, n=937)}=777.968$ ;  $p=.000$ ;  $V=.526$ ,  $\lambda=.362$ ], como la variable tiempo libre compartido [ $\chi^2_{(12, n=937)}=1219.384$ ,  $p=.000$ ;  $V=.659$ ,  $\lambda=.380$ ] establecían diferencias significativas entre los grupos.

El análisis de las características de cada uno de los grupos, así como las comparaciones 2 a 2 respecto al grupo inmediatamente siguiente a la luz de los estadísticos realizados, permitieron la definición de éstos (ver Gráfico 17):

El primer grupo estaba constituido por 174 sujetos (30.4% chicos, 69.6% chicas) con una edad media de 16.83 años y reportaban los niveles más bajos en todos los bloques considerados, esto es, poca implicación en la relación, con una duración media de 27 semanas aproximadamente, algo más de 7 parejas como experiencia sentimental, y entre 1 y 2 rupturas de media en los últimos 6 meses; bajo nivel en cuanto a actividades compartidas, con índices de compañía en torno al 3.74 y entre 2 y 4 horas semanales de tiempo compartido; una calidad de la relación marcada por un bajo nivel de comunicación e intimidad; y menores expectativas de futuro que el resto de grupos considerados.

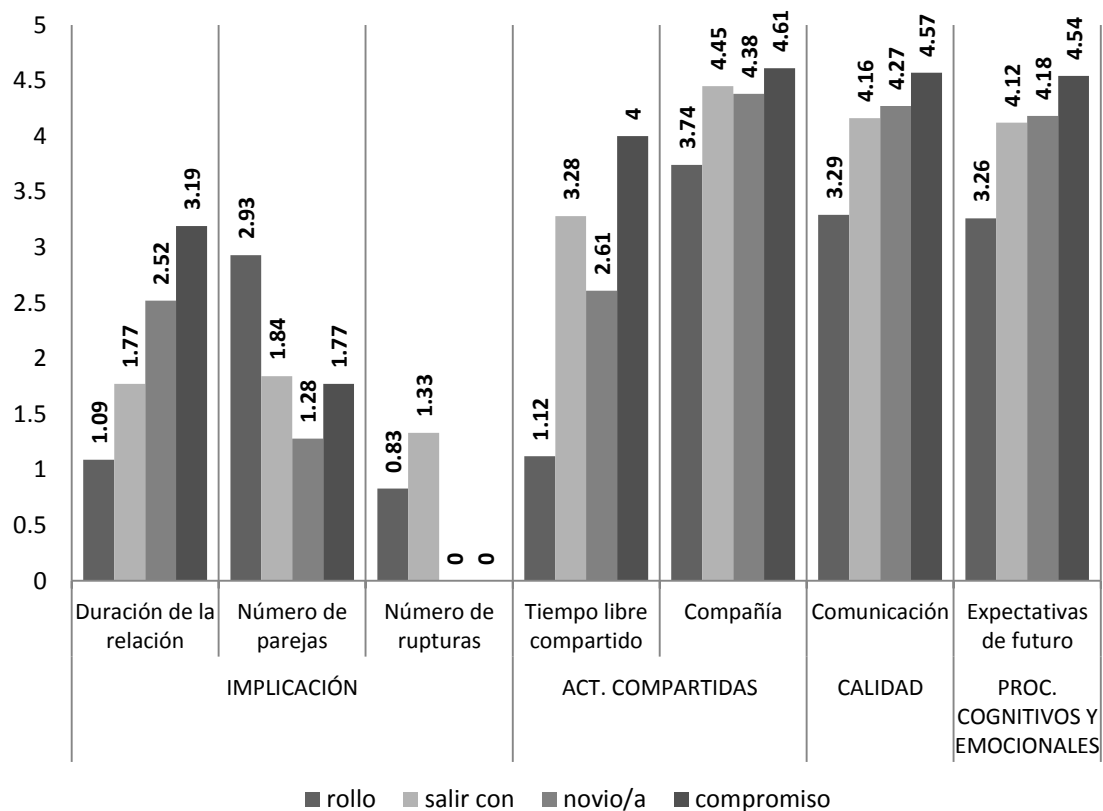
El segundo grupo resultaba el más numeroso, formado por 335 adolescentes. La edad media de éstos aumentó ligeramente respecto al grupo anterior (16.98) como también lo hicieron los valores de implicación en la relación, actividades compartidas, calidad de la relación y procesos cognitivos y emocionales. En este sentido, se identificó un aumento significativo en las variables duración de la pareja, compañía, comunicación/intimidad y expectativas de futuro, así como una disminución significativa del número de parejas.

El tercer grupo estaba formado por 218 adolescentes. De nuevo, la edad media de los y las adolescentes aumentó respecto al grupo anterior (17.02), así como la tendencia general de las variables consideradas. Sin embargo, en esta ocasión, fue sólo la duración de la pareja la que aumentaba significativamente respecto al conglomerado anterior (62.94 vs 44.24).

Por último, el cuarto grupo estaba constituido por 210 adolescentes (31.7% chicos; 68.3% chicas) con una edad media de 17.35 años. Como ocurriese con el primer grupo, además del aumento de edad, todos los bloques considerados presentaban diferencias significativas respecto al grupo anterior, esto es, los niveles de implicación en la relación eran superiores, reportándose una mayor duración de la relación y un menor número de parejas; también los niveles de compañía, comunicación/intimidad y expectativas de futuro, resultaron significativamente superiores que en el conglomerado anterior.

Gráfico 17

Evolución de las relaciones sentimentales<sup>1</sup>



<sup>1</sup>Las variables ordinales han sido tomadas como continuas en un rango de 0-4, según la escala Likert en la que fueron medidas. Las medidas correspondientes al número de parejas y la duración de éstas han sido escaladas en un rango de 0-4, tomando como rango original la decena y la centena respectivamente.

Sobre la base establecida por esta caracterización, y considerando los apuntes que los propios adolescentes habían realizado durante el desarrollo de otras investigaciones paralelas de índole cualitativo se denominaron los cuatro conglomerados: el primero de ellos se denominó “tener un rollo”, el siguiente “estar saliendo con alguien”, el tercero “tener novio/a”, y el último, “tener una relación seria o de compromiso”.

Para confirmar la solución de conglomerados obtenidos, se llevó a cabo un análisis discriminante predictivo. El objetivo de este tipo de análisis consiste en encontrar un conjunto de funciones que permitan clasificar nuevos casos en los diferentes grupos, ajustando lo máximo posible dicha clasificación y determinando la proporción de casos antiguos (definidos por los conglomerados) que serían clasificados correctamente en su grupo de pertenencia (Catena, Ramos y Trujillo, 2003).

Utilizando como predictoras el conjunto de variables utilizadas en el análisis de conglomerados y el conglomerado de pertenencia como variable de clasificación, se realizó el análisis discriminante con coeficiente de Fisher y utilizando la corrección para el tamaño de los grupos. Para evaluar la clasificación se utilizó el método de la navaja (*jackknifed classification*) con el que se reduce el sesgo clasificatorio que se produce cuando los sujetos son utilizados para computar los coeficientes con los que posteriormente serán clasificados.

Los resultados derivados de este análisis apuntaron que el 93.6% de los casos agrupados en el análisis de conglomerados fueron identificados correctamente en el análisis discriminante, siendo concretamente que, para el conglomerado “tener un rollo” la tasa de identificación correcta fue de 85.1%, para el conglomerado “salir con alguien” fue de 90.4%, para el conglomerado 3, “tener novio/a”, la tasa era de 99.1% y para el último conglomerado, “tener una relación seria/de compromiso”, la tasa de clasificación correcta era del 100%.

Los resultados obtenidos apuntan, por lo tanto, la existencia de cuatro grupos de jóvenes bien diferenciados en cuanto a las características, compromiso, calidad y expectativas de futuro en sus relaciones sentimentales, grupos que además varían en cuanto a la edad. Así, el primer y último grupo son los que más se diferencian tanto en las características definitorias de las parejas como en el significado que éstas tienen para los adolescentes, mientras que los grupos intermedios, más próximos entre sí, solo se diferencian en términos de la duración de la relación. Estos grupos reflejarían, en síntesis, momentos o fases en el desarrollo y evolución de las relaciones de pareja adolescente, dando lugar a tipos bien diferenciados de relaciones.

---



## 2. Desarrollo adolescente: parejas, ajuste psicológico y actitudes sexistas

---

La experiencia sentimental representa para los adolescentes un contexto de desarrollo del amor como emoción y fortaleza humana. Son, por tanto, un marco fundamental de aprendizaje tanto social como personal que repercutirá en su estado de felicidad y bienestar. Las primeras parejas atienden simultáneamente a las condiciones de independencia, identidad e intimidad, y cumplen funciones de divertimento, descanso y relax, socialización y aprendizaje de roles, provisión de un contexto para la afectividad y experiencia sexual, etc; sin embargo, el aspecto más importante de estas relaciones a nivel individual es la aportación a la construcción de la propia identidad. Las experiencias sentimentales y el autoconcepto que éstas proporcionan pueden afectar a la autoestima y actitudes de los adolescentes, directamente implicadas en la identidad que construyen, e incidir indirectamente en la implicación de determinadas conductas problema.

Con el objetivo de analizar en qué medida incidía en el desarrollo y ajuste personal de los chicos y chicas la experiencia sentimental –pareja en la actualidad, pareja en el pasado, o ausencia de experiencia sentimental- se estudiaron diversas variables personales en relación a esta variable. Los resultados se analizaron de forma independiente para chicos y chicas, y para los diversos grupos de edad considerados en este estudio.

En segundo lugar, con el objetivo de profundizar en el ajuste psicológico y bienestar general de los chicos y chicas que tenían pareja actual, se analizaron estas variables personales en función del tipo de relación que mantenían.

Las variables que se consideraron en el análisis fueron las siguientes: autoestima, considerando dos escalas diferenciadas, autodesprecio y autoconfianza; comportamientos externalizantes, medidos a partir de la presencia de conductas delictivas y agresiones verbales; comportamientos internalizantes en términos de depresión y aislamiento; y actitudes sexistas, específicamente sexismo hostil y benévolo.

## 2.1. Chicos y chicas: situación sentimental, ajuste psicológico y actitudes sexistas

Sobre la base de las diferentes interpretaciones que unos y otras pueden realizar sobre las relaciones sociales que establecen en la adolescencia y la importancia que les conceden a éstas, se establece como objetivo de estudio el análisis del ajuste psicológico y construcción de la identidad de los adolescentes atendiendo a su situación sentimental – con pareja en el pasado, con pareja en el presente, o sin experiencia sentimental previa- y de manera diferenciada para chicos y chicas.

La Tabla 22 muestra los resultados obtenidos en cuanto a las variables relativas a autoestima. Los análisis ANOVA en base a la situación sentimental apuntaron que para chicos, con un buen nivel general de esta escala -bajas puntuaciones en autodesprecio y altas puntuaciones en autoconfianza- y mejor ajuste para ellos, el hecho de tener o no tener experiencia sentimental no afectaba de manera significativa en estas puntuaciones. En la misma línea, para las chicas, con nivel general más pobre en autoestima, los resultados apuntaron que la situación sentimental no tenía efecto significativo sobre las medidas de autodesprecio y autoconfianza de éstas.

Tabla 22

*Autoestima, situación sentimental y sexo.*

		Pareja actual			Experiencia sentimental previa			Sin experiencia sentimental			Total		
		N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.
<b>Chicos</b>	<i>Autodesprecio</i>	370	1.85	.61	746	1.83	.63	260	1.82	.63	1432	1.84	.63
	<i>Autoconfianza</i>	370	3.34	.42	747	3.32	.42	260	3.29	.46	1434	3.32	.43
<b>Chicas</b>	<i>Autodesprecio</i>	715	2.08	.70	632	2.13	.67	174	2.03	.68	1547	2.10	.69
	<i>Autoconfianza</i>	715	3.21	.46	632	3.16	.45	175	3.18	.47	1548	3.19	.46

N= 3258

Respecto a las variables comportamentales, la media de los chicos y chicas apuntaba buenos ajustes respecto a los comportamientos internalizantes y externalizantes, no alcanzando en ningún caso el valor de 1, excepto en el caso de la agresión verbal que se aproximaba a este valor con una media de .86, lo que señalaba que los adolescentes utilizaban este modo de violencia de forma relativamente habitual. La situación sentimental, sin embargo, parecía incidir en ambas escalas, tanto en los problemas internalizantes como en los externalizantes (verTabla 23).

En el caso de los chicos, los análisis ANOVA apuntaron diferencias significativas en función de la situación sentimental en las conductas de aislamiento [ $F_{(2, 1473)}=19.240$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.03$ ], conducta delictiva [ $F_{(2, 1477)}=18.195$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.02$ ] y agresión verbal [ $F_{(2, 1479)}=14.509$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.02$ ], sin embargo el tamaño del efecto era en todos los casos medio-bajo. Los análisis post-hoc (Tamhane en conductas de aislamiento; Bonferroni en conductas delictivas y agresión verbal) señalaron que tales tendencias se establecían en todos los casos entre los chicos que nunca habían tenido pareja y cualquiera de los otros dos grupos (con experiencia sentimental previa o presente).

Las chicas, por su parte, presentaron diferencias significativas en todas las escalas, si bien el tamaño del efecto resultaba bajo (escala de depresión), o medio-bajo, en todos los casos: depresión [ $F_{(2, 1626)}=4.103$ ;  $p=.017$ ;  $\eta^2=.01$ ], aislamiento [ $F_{(2, 1621)}=12.511$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.02$ ], conducta delictiva [ $F_{(2, 1626)}=13.858$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.02$ ] y agresión verbal [ $F_{(2, 1629)}=22.192$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.03$ ]. Los análisis post-hoc (Bonferroni en conducta delictiva; Tamhane en los demás casos) apuntaron que la tendencia hacia la diferencia se establecía siguiendo el mismo patrón que en los chicos, es decir, entre los adolescentes que nunca habían tenido pareja y aquellos que habían tenido algún tipo de experiencia sentimental pasada o presente. En el caso de las conductas depresivas, sin embargo, las diferencias se establecían únicamente entre aquellos que no habían tenido pareja y quienes la habían tenido en el pasado.

Tabla 23

*Comportamientos internalizantes y externalizantes, situación sentimental y sexo.*

		Pareja actual			Experiencia sentimental previa			Sin experiencia sentimental			Total		
		N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.
Chicos	Depresión	408	.19	.29	798	.18	.27	275	.21	.32	1531	.19	.29
	Aislamiento	405	.58	.44	796	.61	.44	275	.78	.46	1524	.64	.45
	Conducta delictiva	407	.22	.31	798	.21	.28	275	.10	.21	1530	.20	.28
	Agresión verbal	409	.81	.44	798	.79	.41	275	.65	.37	1532	.76	.41
Chicas	Depresión	779	.26	.32	665	.30	.33	185	.23	.33	1650	.27	.32
	Aislamiento	776	.61	.39	663	.64	.42	185	.78	.43	1645	.64	.41
	Conducta delictiva	779	.11	.19	665	.13	.21	185	.05	.11	1650	.11	.20
	Agresión verbal	780	1.00	.42	665	.95	.44	187	.77	.45	1653	.95	.44
N=3258													

Por último, respecto a actitudes sexistas, la Tabla 24 presenta los resultados obtenidos. Las puntuaciones de los adolescentes demostraron que, si bien las ideas tradicionales sexistas que

relegaban a las chicas a un plan de inferioridad tendían a puntuaciones de frecuencia bajas (sexismo hostil), se mantenían las nuevas formas más sutiles de sexismo enmascaradas tras actitudes de condescendencia (sexismo benévolo).

Tabla 24

*Actitudes sexistas, situación sentimental y sexo.*

		Pareja actual			Experiencia sentimental previa			Sin experiencia sentimental			Total		
		N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.
<b>Chicos</b>	<i>S.hostil</i>	418	2.42	1.09	809	2.47	1.00	271	2.22	.92	1548	2.42	1.02
	<i>S.benévolo</i>	418	3.13	1.04	809	3.24	.98	271	3.07	1.00	1548	3.18	1.00
<b>Chicas</b>	<i>S.hostil</i>	781	1.71	.65	667	1.78	.68	187	1.80	.78	1656	1.75	.68
	<i>S.benévolo</i>	781	3.10	1.11	667	3.33	1.07	187	3.20	1.09	1656	3.21	1.10

N= 3258

Respecto a los chicos, la situación sentimental establecía diferencias significativas tanto en las puntuaciones de sexismo hostil [ $F_{(2, 1495)}=6.517$ ;  $p=.002$ ;  $\eta^2=.01$ ] como en las de sexismo benévolo [ $F_{(2, 1495)}=3.484$ ;  $p=.031$ ;  $\eta^2=.004$ ], con tamaños de efectos bajos. En el primer caso eran los chicos sin experiencia sentimental quienes presentaban menos actitudes sexistas frente a aquellos que sí tenían o habían tenido pareja. En el segundo caso, sin embargo, el análisis Tamhane realizado post-hoc no indicaba diferencias significativas entre pares de grupos.

Para las chicas, por su parte, las diferencias significativas apuntadas en el análisis ANOVA recaían únicamente sobre la escala de sexismo benévolo [ $F_{(2, 1632)}=8.078$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.01$ ], concretamente entre los grupos con pareja actual y pareja pasada, siendo estas últimas quienes apuntaban índices más altos.

Por tanto, la situación sentimental de chicos y chicas adolescentes parecía no tener efecto alguno sobre la autoestima general de éstos, mientras que sí incidía en sus comportamientos internalizantes y externalizantes y en sus actitudes sexistas, estableciendo algunas tendencias que, sin embargo, señalaban un tamaño de efecto medio-bajo. Respecto a los comportamientos internalizantes, los chicos y chicas con experiencia sentimental presentaban medias más bajas que aquellos que nunca habían tenido pareja, mientras que respecto a los comportamientos externalizantes, los adolescentes con experiencia sentimental presentaban medias más altas que aquellos que no habían tenido pareja. En el caso de las variables relativas a las actitudes sexistas, los chicos que habían tenido una experiencia sentimental previa presentaban índices más altos de sexismo hostil y benévolo, mientras que para ellas, sólo se establecían estas

diferencias en el caso del sexismo benévolo. En este sentido, la influencia de la situación sentimental tanto para ellos como para ellas seguía un patrón muy similar, siendo en cualquier caso, poco significativa.

## 2.2. Experiencia sentimental, ajuste psicológico y actitudes sexistas durante la adolescencia: el efecto de la edad

Con el objetivo de analizar si el efecto de las relaciones sentimentales en el ajuste psicológico de los chicos y chicas era el mismo a lo largo de todo el periodo de la adolescencia, se realizaron los análisis ANOVA correspondientes en función de los tres grupos de variables personales identificadas.

La Tabla 25 muestra los resultados obtenidos respecto a las variables de autoestima. Los datos apuntaron que, a lo largo de toda la adolescencia, el hecho de tener o no tener pareja no establecía diferencias significativas sobre los niveles de autodesprecio o autoconfianza de los adolescentes, de modo que la autoestima general de éstos no se vería relacionada con su situación sentimental en ningún momento del periodo adolescente.

Tabla 25

*Autoestima y situación sentimental durante la adolescencia*

	Pareja actual			Experiencia sentimental previa			Sin experiencia sentimental			Total			
	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	
<b>Auto-desprecio</b>	15 años	125	1.98	.71	275	1.93	.69	159	1.80	.65	572	1.90	.68
	16 años	231	2.00	.67	376	1.91	.65	95	1.97	.71	722	1.95	.67
	17 años	318	2.02	.67	388	2.04	.66	102	1.95	.59	830	2.02	.65
	18 años	298	2.02	.68	243	1.97	.67	68	1.99	.69	630	2.00	.68
	19 ó más	99	1.91	.71	81	1.93	.65	6	2.08	.68	189	1.93	.68
	Total	1086	2.00	.68	1384	1.97	.67	436	1.91	.66	2943	1.97	.67
<b>Auto-confianza</b>	15 años	125	3.26	.46	275	3.29	.48	159	3.30	.47	573	3.29	.47
	16 años	231	3.27	.47	377	3.25	.44	96	3.17	.49	724	3.24	.46
	17 años	318	3.24	.45	388	3.22	.43	102	3.25	.45	830	3.23	.44
	18 años	298	3.21	.46	243	3.22	.46	68	3.23	.44	630	3.22	.46
	19 ó más	99	3.35	.40	81	3.29	.40	6	3.17	.30	189	3.32	.40
	Total	1086	3.25	.45	1385	3.25	.45	437	3.25	.47	2946	3.25	.45

N=3258

Respecto a los comportamientos internalizantes (ver

Tabla 26), la situación sentimental de los adolescentes establecía diferencias significativas, sobre todo durante los primeros años de la adolescencia, en la escala de aislamiento -15 años, [ $F_{(2, 572)}=7.131$ ;  $p=.001$ ;  $\eta^2=.02$ ]; 16 años, [ $F_{(2, 742)}=13.084$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.03$ ]; 17 años [ $F_{(2,$

$_{842}=13.224$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.03$ ]; 18 años [ $F_{(2, 672)}=6.732$ ;  $p=.001$ ;  $\eta^2=.02$ ]-, y en el caso de los comportamientos externalizantes en las dos escalas que los conforman -conducta delictiva 15 años [ $F_{(2, 574)}=12.066$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.04$ ]; 16 años [ $F_{(2, 742)}=9.637$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.03$ ]; 17 años [ $F_{(2, 847)}=3.706$ ;  $p=.025$ ;  $\eta^2=.01$ ]; y agresión verbal 15 años [ $F_{(2, 574)}=11.870$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.04$ ]; 16 años [ $F_{(2, 745)}=19.352$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.05$ ]; 17 años [ $F_{(2, 847)}=17.111$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.04$ ]; 18 años [ $F_{(2, 674)}=7.003$ ;  $p=.001$ ;  $\eta^2=.02$ ]-. El tamaño del efecto resultaba en todos los casos medio-bajo, siendo ligeramente superior en el caso de la agresión verbal. Siendo que estas tendencias se presentaban sobre todo en los primeros tramos de edad, los análisis post-hoc señalaron que, los adolescentes que no tenían experiencia sentimental presentaban, de forma general, una tendencia mayor a las conductas de aislamiento que aquellos que tenían o habían tenido experiencia sentimental. Respecto a los comportamientos externalizantes, los chicos y chicas que no habían tenido pareja, presentaban medias inferiores a aquellos que si tenían experiencia sentimental previa.

Tabla 26

*Comportamientos internalizantes y externalizantes y situación sentimental durante la adolescencia*

		Pareja actual			Experiencia sentimental previa			Sin experiencia sentimental			Total		
		N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.
<b>Depresión</b>	15 años	129	.27	.34	284	.23	.32	164	.22	.36	593	.23	.34
	16 años	249	.23	.30	392	.24	.31	104	.23	.29	763	.24	.31
	17 años	337	.23	.30	405	.24	.29	108	.18	.26	870	.22	.29
	18 años	335	.25	.33	268	.23	.30	73	.25	.35	688	.24	.32
	19 ó más	117	.21	.30	93	.20	.28	7	.14	.23	218	.20	.29
	<i>Total</i>	1189	.24	.31	1473	.23	.31	462	.22	.32	3132	.23	.31
<b>Aislamiento</b>	15 años	128	.59	.41	283	.59	.43	164	.74	.47	590	.63	.44
	16 años	249	.59	.41	392	.58	.43	104	.07	.17	763	.62	.43
	17 años	334	.57	.41	403	.65	.43	108	.80	.43	865	.64	.43
	18 años	334	.63	.40	268	.68	.43	73	.83	.44	687	.68	.42
	19 ó más	116	.65	.42	92	.67	.41	7	.39	.38	216	.64	.41
	<i>Total</i>	1183	.60	.41	1469	.63	.43	462	.78	.45	3121	.64	.43
<b>Conducta delictiva</b>	15 años	129	.19	.30	284	.17	.25	164	.07	.16	593	.15	.25
	16 años	249	.19	.26	392	.19	.25	104	.07	.17	763	.17	.25
	17 años	337	.13	.22	405	.16	.23	108	.10	.19	870	.14	.23
	18 años	335	.12	.23	268	.15	.25	73	.09	.20	688	.13	.24
	19 ó más	116	.15	.28	93	.20	.30	7	.02	.05	217	.17	.27
	<i>Total</i>	1188	.15	.24	1473	.17	.25	462	.08	.18	3131	.15	.25
<b>Agresión verbal</b>	15 años	129	.94	.44	284	.88	.43	164	.71	.42	593	.84	.44
	16 años	251	.98	.44	392	.85	.43	105	.67	.41	766	.87	.44
	17 años	337	.97	.44	405	.87	.43	108	.69	.39	870	.88	.44
	18 años	335	.90	.44	268	.83	.41	74	.71	.42	689	.85	.43
	19 ó más	117	.85	.41	93	.87	.48	7	.62	.28	218	.85	.43
	<i>Total</i>	1191	.93	.44	1473	.86	.43	464	.70	.41	3136	.86	.44

N=3258

Respecto a las actitudes sexistas (ver Tabla 27), los análisis demostraron que, a diferencia de lo que ocurría en las variables comportamentales, en esta ocasión las diferencias aparecían hacia la segunda parte del rango de edades. Fundamentalmente, era el sexismo hostil el que presentaba mayores diferencias a lo largo de la adolescencia en función de la situación sentimental de los chicos y chicas -16 años [ $F_{(2, 754)}=3.768$ ;  $p=.024$ ;  $\eta^2=.01$ ]; 18 años [ $F_{(2, 679)}=10.323$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.03$ ]; 19 años o más [ $F_{(2, 215)}=3.075$ ;  $p=.048$ ;  $\eta^2=.03$ ]-, con mayor tamaño del efecto hacia el último tramo de la adolescencia. Los análisis post-hoc indicaron que era el grupo de adolescentes que habían tenido pareja en el pasado los que presentaban medias más altas de actitudes sexistas, estableciéndose estas diferencias en los primeros años respecto a aquellos que tenían pareja en el presente, mientras que en el rango de 19 años o más estas diferencias se difuminaban entre los grupos a pesar de los estadísticos obtenidos previamente. Respecto al sexismo benévolo a los 18 años [ $F_{(2, 679)}=4.261$ ;  $p=.014$ ;  $\eta^2=.01$ ], se establecía una pauta análoga al sexismo hostil en este mismo rango de edad, si bien con un menor tamaño del efecto: los chicos con experiencia sentimental pasada presentaban puntuaciones más altas respecto al grupo que tenía pareja en el presente.

Tabla 27

*Actitudes sexistas y situación sentimental durante la adolescencia.*

		Pareja actual			Experiencia sentimental previa			Sin experiencia sentimental			Total		
		N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.
<b>Sexismo hostil</b>	15 años	129	2.08	.99	285	2.13	.86	162	2.01	.86	591	2.10	.90
	16 años	254	2.04	.96	398	2.25	1.01	105	2.13	.89	777	2.17	.98
	17 años	340	1.93	.86	408	2.06	.87	106	2.11	.99	873	2.02	.89
	18 años	337	1.84	.78	271	2.15	.93	74	1.94	.84	694	1.99	.86
	19 ó más	118	1.98	.93	93	2.32	1.10	7	1.20	.57	219	2.13	1.01
	Total	1201	1.96	.90	1486	2.16	.93	460	2.05	.89	3154	2.07	.912
<b>Sexismo benévolo</b>	15 años	129	3.23	1.13	285	3.30	1.07	162	3.14	1.09	591	3.24	1.09
	16 años	254	3.14	1.09	398	3.34	1.04	105	3.27	1.01	777	3.27	1.06
	17 años	340	3.19	1.09	408	3.25	.99	106	3.11	.99	873	3.21	1.04
	18 años	337	2.97	1.01	271	3.17	.99	74	2.88	1.04	694	3.05	1.01
	19 ó más	118	2.30	1.13	93	3.35	1.00	7	3.10	.78	219	3.15	1.08
	Total	1201	3.11	1.08	1486	3.28	1.02	460	3.12	1.04	3154	3.19	1.05

N=3258

En resumen, los resultados apuntaron que durante los primeros años de adolescencia las diferencias que establecía la situación sentimental eran fundamentalmente comportamentales,

mientras que hacia el final de la adolescencia, las diferencias eran actitudinales, si bien en cualquier caso estas diferencias tenían un efecto medio-bajo sobre el total de los participantes. En este sentido, en los primeros tramos de edad considerados, el hecho de tener o haber tenido experiencia sentimental presentaba cierta relación con niveles más bajos de aislamiento, y más altos de conducta agresiva y comportamiento delictivo. Sin embargo, en los últimos tramos de edad, aquellos que habían tenido experiencia sentimental previa presentaban valores más altos de sexismo hostil y benévolo que aquellos que tenían pareja en el presente.

### 2.3. Ajuste psicológico y actitudes sexistas en pareja: tipo de relación.

Por último, para analizar si el ajuste psicológico de los chicos y chicas, así como sus actitudes sexistas, estaban relacionados con variables relativas a la propia relación de pareja – concretamente, respecto al tipo y calidad de ésta-, se realizaron análisis ANOVA sobre aquellos adolescentes que mantenían una relación de pareja presente.

El primer lugar, el tipo de relación fue tomado como factor de contraste, siendo el objetivo del análisis conocer si el ajuste psicológico y las actitudes sexistas de los chicos y chicas variaban en función de tipo de relación que mantenían. La Tabla 28 muestra los resultados obtenidos a este respecto.

Tabla 28

*Ajuste psicológico y actitudes sexistas en los diferentes tipos de relación.*

	Tener un rollo			Salir con alguien			Tener novio/a			Tener una relación seria/de compromiso			Total		
	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.
<b>Autodesprecio</b>	160	2.08	.70	307	2.01	.68	196	2.01	.71	189	1.99	.64	852	2.02	.68
<b>Autoconfianza</b>	160	3.23	.50	307	3.27	.42	307	3.27	.42	189	3.21	.44	852	3.24	.45
<b>Depresión</b>	174	.25	.33	329	.24	.30	216	.27	.35	209	.21	.29	928	.24	.31
<b>Aislamiento</b>	928	.24	.31	327	.59	.40	216	.61	.42	207	.59	.39	923	.61	.40
<b>Cond. delictiva</b>	174	.17	.23	329	.14	.23	216	.14	.25	209	.11	.19	928	.14	.23
<b>Agresión verbal</b>	174	.94	.43	329	.96	.45	218	.91	.43	209	.96	.41	930	.95	.43
<b>Sexismo hostil</b>	174	2.09	1.0	335	1.90	.86	218	1.90	.90	210	1.90	.76	937	1.95	.88
<b>Sex. benévolo</b>	174	3.23	1.15	335	3.11	1.04	218	3.07	1.11	210	3.16	1.08	937	3.13	1.09
N=1202															

Los resultados señalaron que el tipo de relación sentimental durante la adolescencia no establecía diferencias significativas sobre ninguna de las escalas de autoestima, comportamientos internalizantes o externalizantes, ni sobre las escalas de sexismo.



Respecto a la calidad, se computó una variable a partir de las escalas de calidad positiva (compañía, comunicación y expectativas de futuro) y de calidad negativa (conflictos, desequilibrio de poder y comportamiento transgresivo). A la variable computada, *calidad general*, se le asignaron cinco valores a partir de la combinación de las variables anteriores: muy buena calidad de pareja (máxima puntuación en calidad positiva alta y mínima en calidad negativa baja), buena calidad (calidad positiva superior a la negativa), calidad media (buena y mala calidad en valores medios), mala calidad (calidad negativa con valores superiores a la calidad positiva) y muy mala calidad de pareja (máxima puntuación en calidad negativa y mínima en positiva).

El porcentaje de distribución de los chicos y chicas de acuerdo a esta clasificación llevó a la eliminación de la categoría *muy mala calidad* (N=3), uniéndose a la categoría *mala calidad de pareja*. La Tabla 29 presenta los resultados obtenidos respecto a las medias en ajuste psicológico y actitudes sexistas de los chicos y chicas de acuerdo a la calidad de sus parejas.

Tabla 29

*Ajuste psicológico y actitudes sexistas según la calidad de la relación.*

	Mala calidad			Calidad media			Buena calidad			Muy buena calidad			Total		
	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.	N	Media	D.T.
<b>Autodespr.</b>	52	1.98	.68	566	1.99	.65	1402	1.98	.69	22	1.63	.56	2042	1.98	.67
<b>Autoconf.</b>	52	3.14	.56	566	3.23	.42	1403	3.27	.45	22	3.54	.40	2043	3.26	.44
<b>Depresión</b>	55	.38	.45	605	.22	.28	1520	.23	.30	26	.09	.16	2206	.23	.30
<b>Aislamiento.</b>	55	.55	.46	602	.63	.42	1515	.59	.41	26	.48	.46	2198	.60	.41
<b>C. delictiva</b>	55	.38	.47	605	.19	.26	1519	.14	.22	26	.09	.17	2205	.16	.24
<b>Agr.verbal</b>	55	.98	.50	605	.89	.43	1522	.91	.43	26	.62	.34	2208	.90	.43
<b>Sex. hostil</b>	57	2.87	1.29	613	2.21	.95	1532	1.95	.84	26	1.89	.97	2228	2.04	.91
<b>S. benévolo</b>	57	3.78	1.15	613	3.32	.99	1532	3.13	1.07	26	2.81	1.15	2228	3.19	1.06
N=2695															

Los resultados señalaron que la calidad de la pareja incidía en seis de las ocho variables analizadas, siendo que, de forma general, una calidad positiva se relacionaba con mejores índices de ajuste psicológico y menores índices de sexismo. Respecto a la autoestima, sólo la escala de autoconfianza mostraba medias significativamente diferentes en función de la calidad de la pareja pese a tener un tamaño de efecto muy bajo [ $F_{(3,2042)}=4.925$ ;  $p=.002$ ;  $\eta^2=.007$ ]. El análisis Bonferroni apuntó que estas diferencias se producían entre las parejas con muy buena calidad y el resto de parejas, siendo que las primeras puntuaban en autoconfianza con una media significativamente superior al resto de parejas consideradas. Justo lo opuesto ocurría con las escalas de depresión [ $F_{(3, 2205)}=6.716$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.009$ ] y agresividad verbal [ $F_{(3, 2207)}=4.507$ ;

$p=.004$ ;  $\eta^2=.006$ ] –para las que el tamaño del efecto seguía siendo muy bajo-, siendo que las parejas con muy buena calidad presentaban índices significativamente inferiores a las demás. En las escalas de conducta delictiva [ $F_{(3, 2204)}=22.754$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.03$ ] y sexismo hostil [ $F_{(3, 2227)}=30.404$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.04$ ] y benévolo [ $F_{(3, 2227)}=12.101$ ;  $p=.000$ ;  $\eta^2=.02$ ], sin embargo, eran las parejas con mala calidad o calidad media las que presentaban diferencias significativas con medias superiores al resto de parejas y un tamaño del efecto que, aunque pequeño, era superior a los casos anteriores.

Con todo ello, los datos indicaron que si bien el tipo de pareja no establecía diferencias en cuanto al ajuste psicológico y actitudes sexistas de los chicos y chicas, sí lo hacía la calidad de la pareja siendo que, sobre todo, la mala calidad o calidad media de las parejas era la que mayor efecto tenía sobre los índices de conducta delictiva y actitudes sexistas de los chicos y chicas.

---

**Resultados II:**  
**Violencia física en las**  
**parejas adolescentes:**  
**prevalencia del fenómeno y**  
**factores explicativos**

**6**



Siguiendo con la línea iniciada en el capítulo anterior, las páginas siguientes se ocupan de aportar datos empíricos relativos al objetivo general considerado. Con la intención de aportar nuevos datos e indicios que contribuyan al enriquecimiento del conocimiento científico que hasta ahora se tiene sobre el fenómeno *dating violence*, el presente capítulo desarrolla un análisis de la violencia física que puede ocasionarse en el seno de las parejas adolescentes, lo que permitirá apuntar, finalmente, un modelo estructural explicativo de esta violencia.

# 1. Del erotismo a la violencia: agresión y victimización física en la pareja adolescente

---

Diferentes estudios se han interesado por la violencia que se produce en el interior de las parejas más jóvenes. Las altas tasas de implicación encontradas así como las consecuencias que este fenómeno ha demostrado tener para los chicos y chicas implicados en él ha puesto en alerta a la comunidad científica. De este modo, se ha ido avanzando en la caracterización de un constructo de identificación reciente que, no obstante, aun presenta diversas controversias. El objetivo que se pretende en estas páginas es la identificación y análisis de las características que la violencia física tienen en las jóvenes parejas andaluzas, profundizando en aquellos rasgos que la literatura ha identificado como elementos definitorios del fenómeno.

## **1.1. Prevalencia de violencia física en las parejas adolescentes: efecto del sexo, edad y tipo de relación**

Considerando las indicaciones de trabajos previos, se estableció como primer objetivo conocer las tasas generales de implicación en violencia física en pareja de aquellos chicos y chicas participantes en el estudio y que habían tenido alguna experiencia sentimental previa (N=2695).

Utilizando la adaptación del instrumento desarrollado por Straus (1979) se realizó una dicotomización de las respuestas en términos de presencia vs. ausencia de violencia física. Los datos se analizaron de forma diferenciada para la agresión y la victimización, considerando igualmente las posibles diferencias que el sexo o la edad de los participantes, así como el tipo de relación, pudiesen establecer.

Los resultados señalaron que el 22.8% de los y las adolescentes estaban implicados en agresión física en sus parejas, mientras que 29.6% lo estaban en victimización. La Tabla 30

muestra la distribución atendiendo al sexo y edad de los participantes. Utilizando, en este caso, las puntuaciones originales que permitían la consideración de las variables como medidas continuas, se realizó un análisis ANOVA para el contraste de medias. No se encontraron diferencias significativas a razón del sexo o el tipo de relación; la edad, por su parte, apuntaba diferencias, si bien con un tamaño del efecto muy bajo ( $\eta^2=.004$ ), en cuanto a agresión se refiere [ $F_{(4, 2505)}=3.073$ ;  $p=.015$ ].

Tabla 30

*Distribución de la implicación en violencia a razón del sexo y la edad*

		Chicos					Chicas				
		15 años	16 años	17 años	18 años	19 o más años	15 años	16 años	17 años	18 años	19 o más años
<b>Agresión</b>	<i>No implicados</i>	84.5	79.9	81.1	74.8	71.8	81.7	72.8	76.7	75.8	74.0
	<i>Implicados</i>	15.5	20.1	18.9	25.2	28.2	18.3	27.2	23.3	24.2	26.0
<b>Victimización</b>	<i>No implicados</i>	81.3	75.6	73.7	70.7	67.3	76.5	64.6	66.7	65.6	69.1
	<i>Implicados</i>	18.8	24.4	26.3	29.3	32.7	23.5	35.4	33.3	34.4	30.9

N=2695

Los datos apuntan, por tanto, índices semejantes de implicación en violencia física sea en agresión como en victimización y sea en chicos o chicas, durante el periodo adolescente analizado.

## **1.2. La violencia física a examen: frecuencia, rol de implicación y gravedad del comportamiento**

La literatura existente ha señalado que, pese a los datos globales que se han presentado en numerosos estudios, la violencia física en las parejas adolescentes presenta una serie de características que podrían estar marcando las diferencias en cuanto a los resultados controvertidos que se obtienen. En este sentido, el presente bloque de resultados tenía un doble objetivo: por un lado, profundizar en el conocimiento de este tipo de violencia, analizando aquellos aspectos que la literatura identifica como notas características del fenómeno –un fenómeno extendido, pero ocasional, leve y con doble implicación en victimización y agresión-; en segundo lugar, analizar en qué medida la consideración de estos aspectos podría estar en la base explicativa de tales controversias.

### 1.2.1. Frecuencia de la implicación en violencia física

Considerando las voces que señalan que la violencia en el ámbito de la pareja adolescente se caracteriza por ser un fenómeno ocasional en cuanto a la frecuencia de ocurrencia aunque extenso en cuanto al número de implicados, se siguieron las aportaciones de estudios previos (Menesini y Nocentini, 2008) para establecer una categoría de respuesta que, más allá de la presencia/ausencia de la violencia, considerase la frecuencia con que ésta se producía. Se recodificó la escala likert original de acuerdo a tres opciones de respuesta: no implicado en violencia (respuesta original: “nunca”), implicación ocasional (“raramente”), e implicación frecuente (“algunas veces”, “muchas veces”, “siempre”). La Tabla 31 muestra los resultados obtenidos.

Tabla 31

*Frecuencia de la implicación en violencia física.*

		<b>Implicación ocasional</b>	<b>Implicación frecuente</b>
<b>Agresión</b>	<i>Chicos</i>	28.2%	2.3%
	<i>Chicas</i>	29.0%	1.6%
	<i>Total</i>	28.7%	1.9%
<b>Victimización</b>	<i>Chicos</i>	23.9%	2.1%
	<i>Chicas</i>	30.6%	1.9%
	<i>Total</i>	27.6%	2.0%

N=2695

Los resultados señalaron que la implicación, tanto en agresión como en victimización, era mayoritariamente ocasional. La edad, el sexo y el tipo de relación establecían diferencias significativas que, sin embargo, tenían un tamaño de efecto bajo. Respecto al sexo, las chicas apuntaban índices de victimización superiores a los de los chicos [ $\chi^2_{(2, n=2574)}=14.507, p=.001; V=.075; \lambda=.000$ ]; la edad estaba relacionada con la agresión [ $\chi^2_{(8, n=2510)}=24.806, p=.002; V=.070; \lambda=.000$ ]y con la victimización [ $\chi^2_{(8, n=2536)}=21.955, p=.005; V=.066; \lambda=.000$ ], siendo que la implicación en violencia aumentaba progresivamente hasta los 17 años, para después volver a descender. Por último, el tipo de relación también estaba relacionado con la agresión [ $\chi^2_{(6, n=920)}=16.297, p=.012; V=.094; \lambda=.000$ ]y la victimización [ $\chi^2_{(6, n=927)}=12.795, p=.046; V=.083; \lambda=.000$ ], siendo que al comienzo de la relación la implicación en violencia es baja, alcanza los valores más altos en el grupo de *salir con alguien*, y a medida que la relación adquiere más compromiso, en los grupos *tener novio/a* o *tener una relación seria*, la tasa la implicación descende siendo, no obstante, superior a la que se establecía en el momento inicial de relación.

### 1.2.2. Agresión y/o victimización: reciprocidad de la violencia

La siguiente característica de la violencia en pareja adolescente, quizás una de las que más atención ha recibido por parte de la literatura, se refiere a la implicación que los chicos y chicas asumen en este fenómeno. Las perspectivas tradicionales que han guiado estos estudios - violencia de género, perspectiva feminista- ha contribuido a que la mayoría de los estudios asuman que ellos eran, principalmente, agresores y ellas, habitualmente, víctimas. Sin embargo, los estudios más recientes, centrados ya en la violencia en el ámbito de las parejas adolescentes, han señalado una doble implicación en violencia por parte tanto de chicos como de chicas, siendo que ambos se ven envueltos en agresión y victimización de y hacia sus parejas.

Los resultados de este estudio se recogen en la Tabla 32. Del 37.7% de chicos y chicas implicados en violencia, el 22.4% lo estaban en agresión y victimización simultáneamente, siendo que las diferencias que se establecían a razón del sexo [ $\chi^2_{(3, n=2532)}=18.759$ ,  $p=.000$ ;  $V=.086$ ;  $\lambda=.000$ ], edad [ $\chi^2_{(12, n=2495)}=33.223$ ,  $p=.001$ ;  $V=.067$ ;  $\lambda=.000$ ]y tipo de relación [ $\chi^2_{(9, n=915)}=21.639$ ,  $p=.010$ ;  $V=.089$ ;  $\lambda=.000$ ]tenían un tamaño de efecto muy bajo.

Tabla 32

*Agresión, victimización y doble implicación*

	Victimización	Agresión	Doble implicación	Total de implicación
<b>Chicos</b>	5.6%	9.9%	20.6%	36.1%
<b>Chicas</b>	8.5%	6.8%	23.8%	38.1%
<b>Total</b>	7.2%	8.1%	22.4%	37.7%

N=2695

Con el objetivo de profundizar en esta doble implicación, se midió la correlación existente entre la agresión física y la victimización física. Un coeficiente de Pearson de .58, aun siendo significativo ( $p=.000$ ), señalaba una correlación media que, si bien indicaba que ambos comportamientos estaban relacionados en cuanto a su ocurrencia, descartaba la posibilidad de tomarlos bajo una medida única de *implicación en violencia*.

### 1.2.3. La gravedad del comportamiento violento

Pese a no ser un aspecto ampliamente atendido, la literatura ha señalado que la violencia que se produce en el ámbito de la pareja adolescente utiliza generalmente los comportamientos violentos de carácter más leve, tales como escupir, empujar, etc. Algunos estudios han llegado a desestimar la medida de comportamientos como palizas e intentos de asfixia en cuanto que el porcentaje de implicación de los jóvenes era prácticamente inexistente –es el caso de este mismo estudio, ver capítulo 4-.



Siguiendo la estructura bifactorial que el instrumento diseñado por Straus (1979) permitía, y previa confirmación de dicha estructura de manera independiente para chicos y chicas, se propone profundizar en el estudio de la violencia física en pareja adolescente considerando la gravedad del comportamiento utilizado. La Tabla 33 muestra los resultados en cuanto a implicación de chicos y chicas en las formas leves y graves de violencia física considerando también la frecuencia de implicación.

Tabla 33

*Implicación en agresión y victimización leve y grave.*

		<b>Implicación ocasional</b>	<b>Implicación frecuente</b>
<b>Agresión leve</b>	<i>Chicos</i>	12.7%	2.3%
	<i>Chicas</i>	18.8%	2.4%
	<i>Total</i>	16.1%	2.3%
<b>Agresión grave</b>	<i>Chicos</i>	21.9%	2.7%
	<i>Chicas</i>	17.9%	1.4%
	<i>Total</i>	19.7%	2.0%
<b>Victimización leve</b>	<i>Chicos</i>	22.5%	2.7%
	<i>Chicas</i>	29.3%	1.9%
	<i>Total</i>	26.3%	2.2%
<b>Victimización grave</b>	<i>Chicos</i>	5.5%	1.2%
	<i>Chicas</i>	7.6%	1.6%
	<i>Total</i>	6.7%	1.4%

N=2695

Los datos sostenían que la implicación resultaba, en cualquier caso, mayoritariamente ocasional. Sin embargo, mientras que la victimización era fundamentalmente leve, la agresión resultaba ser de manera casi indistinta, leve y grave.

Se profundizó en estos resultados analizando las diferencias por sexo, edad y tipo de relación. Como en casos anteriores, los estadísticos que mostraban el tamaño del efecto (V de Cramer y Lambda) apuntaron un efecto muy pequeño, lo que indicaba que las diferencias señaladas deben ser cautelosamente valoradas. En cuanto al sexo, el estadístico Chi-cuadrado apuntó diferencias significativas en la agresión -en sus dos formas, leve [ $\chi^2_{(2, n=2548)}=17.502, p=.000; V=.083; \lambda=.000$ ]y grave [ $\chi^2_{(2, n=2546)}=13.294, p=.001; V=.072; \lambda=.000$ ]- y en la victimización leve [ $\chi^2_{(2, n=2574)}=16.332, p=.000; V=.080; \lambda=.000$ ], siendo que ellas se implicaban más en agresión leve y ellos más en agresión grave. En cuanto a la victimización, también eran ellas quienes presentaban tasas más altas en victimización leve. Respecto a la edad y al tipo de relación, las diferencias aparecían en la agresión grave -edad: [ $\chi^2_{(8, n=2507)}=33.113, p=.000; V=.081; \lambda=.000$ ]; tipo de relación: [ $\chi^2_{(6, n=918)}=21.274, p=.002; V=.108; \lambda=.000$ ]- y en la victimización leve -edad:

$[\chi^2_{(8, n=2536)}=21.756, p=.005; V=.065; \lambda=.000]$ ; tipo de relación:  $[\chi^2_{(6, n=927)}=16.657, p=.011; V=.095; \lambda=.000]$ - siendo que los picos de violencia –agresión grave y victimización leve- se establecían en torno a los 17 años y en el grupo de *salir con alguien*.

En base a la teoría de escalada del conflicto, cabría suponer que la implicación en violencia, sea en agresión o victimización, seguiría un patrón que empezaría con el uso de sus formas más leves y, progresivamente, se iría ampliando hasta considerar, además, las formas más graves. Sin embargo, los resultados de implicación obtenidos para la agresión parecían apuntar un patrón diferente, con porcentajes similares en las formas leves y graves. Con el objetivo de profundizar en este aspecto y conocer hasta qué punto los chicos y chicas interpretaban los comportamientos violentos según su grado de gravedad, se estudió la implicación de los adolescentes atendiendo a las formas puras –leves vs graves- de violencia, así como a la combinación de éstas. El

Gráfico 18 y Gráfico 19 muestran esta distribución. Los adolescentes se implican indiferenciadamente en las formas leves y graves de agresión, así como en la combinación de todos estos comportamientos; sin embargo, respecto a la victimización parece establecerse un patrón de escalada, es decir, la mayoría de los chicos y chicas se implican únicamente en victimización leve, un pequeño grupo en las formas leves y graves, y solo un porcentaje muy pequeño, de manera exclusiva en las formas más graves.

El análisis de las diferencias por sexo, edad y tipo de relación mostró diferencias para la agresión y la victimización. Respecto a la agresión, el sexo  $[\chi^2_{(3, n=2545)}=40.303, p=.000; V=.126; \lambda=.000]$  y la edad  $[\chi^2_{(12, n=2507)}=24.589, p=.017; V=.057; \lambda=.000]$  apuntaban diferencias significativas, si bien, con valores bajos de V de Cramer y Lambda. Respecto al sexo, ellos estaban más implicados en las formas graves de agresión, mientras que ellas lo estaban leves. En relación a la edad, al inicio del tramo de adolescencia analizado, chicos y chicas preferían las formas más leves de agresión, agravándose los comportamientos (agresión grave o agresión leve+grave) a medida que se avanzaba en edad con un punto máximo en torno a los 17-18 años, y volviendo a disminuir la gravedad posteriormente. En la victimización estas diferencias se repetían (sexo:  $[\chi^2_{(3, n=2570)}=14.275, p=.003; V=.075; \lambda=.000]$ ; edad:  $[\chi^2_{(12, n=2524)}=29.292, p=.004; V=.062; \lambda=.000]$ ), incidiendo además el tipo de pareja  $[\chi^2_{(9, n=917)}=23.580, p=.005; V=.093; \lambda=.000]$ . En relación al sexo, las diferencias se establecían en la victimización grave y la doble implicación, siendo ellas quienes más implicadas estaban. Respecto a la edad, se señalaba un punto de máxima victimización grave en torno a los 16 años, siendo que el patrón general de distribución en implicación leve, grave y leve+grave era bastante homogéneo.

---

Gráfico 18

Implicación en agresión leve y grave

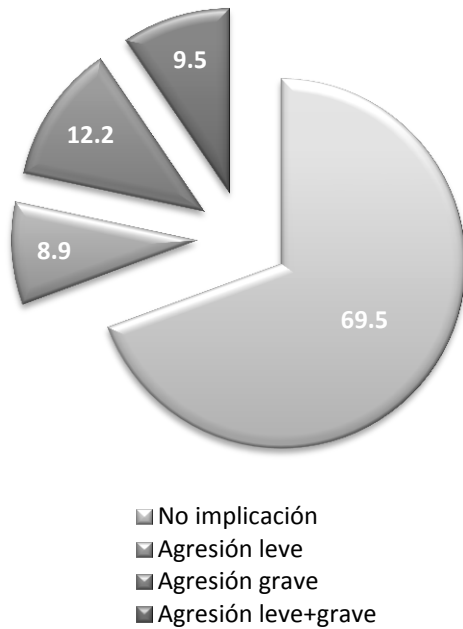
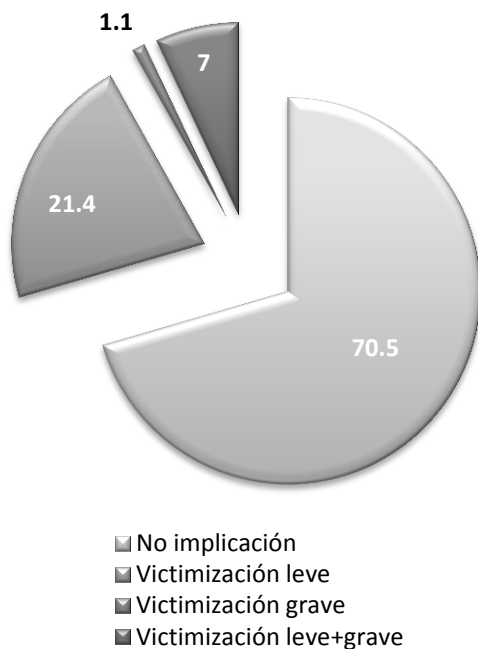


Gráfico 19

Implicación en victimización leve y grave



Atendiendo a la diferencia de patrones establecidos por la agresión y victimización, se realizaron unas correlaciones de Pearson que permitiesen concluir sobre la adecuación de diferenciar estos fenómenos como graves y leves o, si por contrario, representaban un mismo

fenómeno para los adolescentes. La Tabla 34 señala los valores de los coeficientes de Pearson que se alcanzaron, considerando que las correlaciones se realizaron, en todos los casos, entre las formas leves y graves de cada tipo de violencia.

Tabla 34  
*Correlaciones entre las formas leves y graves de violencia*

	<b>Agresión leve/grave</b>	<b>Victimización leve/grave</b>
<b>Chicos</b>	.713(**)	.690(**)
<b>Chicas</b>	.560(**)	.510(**)
<b>Total</b>	.641(**)	.596(**)

\*\* La correlación es significativa al nivel 0.01 (bilateral)

Los resultados señalaron que sólo en el caso de la agresión masculina, la correlación era significativa y alta (superior a .70, siguiendo a Field, 2009), siendo que en la victimización se rozaba esta misma tendencia. Para las chicas, no obstante, parece que la diferenciación de estos fenómenos es más clara, con correlaciones medias en torno a .60. Por ello, pese a poder considerar que son fenómenos correlacionados, los valores correlacionales alcanzados no invitan a asumirlos bajo una misma etiqueta.

Tabla 35  
*Victimización, agresión y doble implicación en violencia leve y grave*

		<b>Victimización</b>	<b>Agresión</b>	<b>Doble implicación</b>	<b>Total de implicación</b>
<b>Implicación leve</b>	<i>Chicos</i>	13.2%	2.8%	11.8%	27.8%
	<i>Chicas</i>	14.4%	4.4%	16.6%	35.4%
	<i>Total</i>	13.9%	3.7%	14.5%	32.1%
<b>Implicación grave</b>	<i>Chicos</i>	1.3%	19.2%	5.4%	25.9%
	<i>Chicas</i>	2.8%	13.1%	6.2%	22.1%
	<i>Total</i>	2.1%	15.8%	5.8%	23.7%

N=2695

Con todo ello, los últimos análisis de este bloque se dirigieron a analizar el doble rol de implicación considerando la gravedad del comportamiento. Las correlaciones -coeficiente de Pearson- halladas entre las formas de agresión y victimización, aun siendo significativas, eran medias. Para la violencia leve el coeficiente de correlación agresión/victimización era de .58 ( $p=.000$ ), en el caso de la violencia grave éste descendía hasta .44 ( $p=.000$ ). Respecto a los porcentajes de implicación en cada una de las formas de violencia, la Tabla 35 muestra los resultados alcanzados.

Los resultados señalaron tendencias diferentes en cuanto a los comportamientos leves y graves, siendo que la doble implicación no era, en este caso, la tendencia generalizada. Estos datos subrayaban el hecho de que chicos y chicas siguen patrones similares de implicación en violencia, siendo que, pese a verse envueltos en formas de agresión y victimización, éstas no son siempre equivalente en cuanto a la gravedad del comportamiento.

## 2. Hacia un modelo explicativo de la violencia física en pareja

---

El siguiente objetivo del presente trabajo hacía referencia al análisis de aquellas variables que podían actuar como factores de riesgo de la violencia física en parejas adolescentes y a la sistematización de estos factores en un modelo explicativo que facilitara la comprensión de dicho fenómeno. En este sentido, el paso consistía en la identificación de aquellas variables que estaban relacionadas de alguna manera con las formas de violencia para, posteriormente, definir los modelos a partir de ellas.

Considerando las diferencias detectadas en cuanto a agresión y victimización, así como los apuntes previos ofrecidos por la literatura en cuanto a variabilidad de la interpretación que chicas y chicos hacen de estos comportamientos, se estimó oportuno la consideración de los modelos diferenciados por sexo y tipo de implicación en violencia (agresión vs. victimización), incluyendo a su vez, dentro de éstos, la gravedad del comportamiento de manera diferenciada (violencia física leve y grave).

### **2.1. Factores relacionados con la violencia física leve y grave: diferencias por sexo**

Siguiendo las indicaciones derivadas del modelo de Capaldi y cols. (2003), se estudian las variables relacionadas con cada tipo de violencia en torno a tres grandes bloques: variables personales, variables del contexto de iguales y variables de la pareja.

Para conocer la relación de las variables de cada bloque respecto a la violencia física, se hicieron una serie de análisis de correlaciones de Pearson, considerando de forma independiente los resultados para chicos y chicas.

### 2.1.1. Variables personales.

Se incluyeron como variables personales las medidas de autoestima (con las sub-escalas de autodesprecio y autoconfianza), los comportamientos internalizantes (sub-escalas de depresión y aislamiento) y externalizantes (sub-escalas de conducta delictiva y agresión verbal), las actitudes o creencias sexistas (sub-escalas de sexismo hostil y sexismo benévolo), y el consumo abusivo de sustancias (tabaco, alcohol y hachís), se llevó a cabo un análisis de correlaciones respecto a la agresión y victimización física en pareja, independiente según el sexo de los participantes (ver resultados en la Tabla 36 y Tabla 37).

A pesar del alto número de variables que han presentado correlaciones significativas a nivel estadístico, la mayoría de éstas eran correlaciones bajas o muy bajas, lo que podría estar indicando el efecto del tamaño muestral. No obstante, la complejidad del fenómeno de análisis invita a considerar estas variables en términos de la proporción de variabilidad compartida o explicada, es decir, el coeficiente de determinación ( $r^2$ ), que estima el porcentaje de variabilidad compartida entre dos variables.

Tabla 36

*Variables personales relacionadas con la agresión física*

		Autoestima		Comp. Internaliz.		Comp. Externaliz.		Sexismo		Consumo de sustancias		
		Auto-desprecio	Auto-confianza	Depresión	Aislamiento	Cond. delictiva	Agresión verbal	Sex. hostil	Sex. benévolo	Tabaco	Alcohol	Hachís
Chicos	Agres. leve	.027	-.060	.200 (**)	.061 (*)	.313(*)	.186 (**)	.235 (**)	.098 (**)	.137 (**)	.104 (**)	.220 (**)
		1048	1049	1129	1125	1128	1130	1145	1145	1115	1119	1121
	Agres. grave	.042	-.088 (**)	.229 (**)	.092 (**)	.335 (**)	.220 (**)	.231 (**)	.110 (**)	.201 (**)	.124 (**)	.251 (**)
		1046	1047	1128	1124	1127	1129	1144	1144	1114	1118	1120
Chicas	Agres. leve	.040	-.028	.154 (**)	.035	.310 (**)	.191 (**)	.198 (**)	.123 (**)	.193 (**)	.087 (**)	.153 (**)
		1302	1302	1397	1392	1397	1398	1399	1399	1395	1392	1397
	Agres. grave	.086 (**)	-.040	.174 (**)	.052	.252 (**)	.194 (**)	.151 (**)	.112 (**)	.193 (**)	.082 (**)	.164 (**)
		1301	1301	1396	1391	1396	1397	1398	1398	1394	1391	1396

\* La correlación es significativa al nivel 0.05 (bilateral)  
 \*\* La correlación es significativa al nivel 0.01 (bilateral)

La Tabla 36 presenta las correlaciones referidas a la implicación en agresión leve y grave, siendo que ambos tipos presentan patrones de correlación muy similares. Los comportamientos externalizantes, las actitudes sexistas y el consumo de sustancias están directamente relacionados con la violencia ejercida por chicos y chicas, no ocurre lo mismo en las escalas referidas a comportamientos internalizantes y autoestima. La depresión y el aislamiento, como

sub-escalas de los comportamientos internalizantes, están directamente relacionadas con la violencia física ejercida por los chicos, sea leve como grave, mientras que únicamente la depresión lo está para las chicas. La autoestima, sin embargo, sólo está relacionada con las formas graves de violencia, siendo la escala de autoconfianza la que correlaciona en sentido inverso para los chicos, y la de autodesprecio la que correlaciona en sentido directo para las chicas.

Tabla 37

Variables personales relacionadas con la victimización física

		Autoestima		Comp. Internaliz.		Comp. Externaliz.		Sexismo		Consumo de sustancias		
		Auto-desprecio	Auto-confianza	Depresión	Aislamiento	Cond. delictiva	Agresión verbal	Sex. hostil	Sex. venévolo	Tabaco	Alcohol	Hachís
Chicos	Victim. leve	.072 (*)	-.089 (**)	.258 (**)	.082 (**)	.239 (**)	.175 (**)	.193 (**)	.094 (**)	.075 (*)	.057	.122 (**)
		1059	1060	1142	1138	1141	1143	1159	1159	1128	1131	1132
	Victim. grave	.035	-.092 (**)	.300 (**)	.086 (**)	.228 (**)	.108 (**)	.133 (**)	.062 (*)	.061 (*)	-.005	.115 (**)
		1057	1058	1141	1137	1140	1142	1157	1157	1127	1130	1131
Chicas	Victim. leve	.100 (**)	-.040	.197 (**)	.059 (*)	.241 (**)	.183 (**)	.130 (**)	.105 (**)	.233 (**)	.107 (**)	.247 (**)
		1314	1314	1409	1404	1409	1410	1411	1411	1407	1404	1409
	Victim. grave	.077 (**)	-.080 (**)	.195 (**)	.056 (*)	.147 (**)	.103 (**)	.152 (**)	.074 (**)	.120 (**)	.067 (*)	.112 (**)
		1312	1312	1407	1402	1407	1408	1409	1409	1405	1402	1407

\* La correlación es significativa al nivel 0.05 (bilateral)  
 \*\* La correlación es significativa al nivel 0.01 (bilateral)

Las correlaciones referidas a la implicación en victimización leve y grave se presentan en la Tabla 37. Como ocurriera en la agresión, la violencia leve y grave presentan patrones muy similares en cuanto a su relación con las variables personales. En esta ocasión, los comportamientos internalizantes, externalizantes, las actitudes sexistas y el consumo de sustancias apuntan relación, sea para los chicos como para las chicas, con la victimización leve y grave, excepto el consumo de alcohol que sólo presenta esta relación en el caso de las chicas. La autoestima sigue un patrón de correlación diverso en función del sexo y gravedad de los comportamientos: la escala de autodesprecio está directamente relacionada con la victimización leve en el caso de los chicos, y con la victimización leve y grave en el caso de las chicas; la escala de autoconfianza, sin embargo, está inversamente relacionada con la victimización leve y grave en el caso de los chicos, y sólo con la victimización grave en el caso de las chicas.

### 2.1.2. Variables del contexto de iguales

Respecto al contexto de los iguales se consideraron tres variables principales: violencia entre compañeros (con las sub-escalas de agresión y victimización), las molestias sexuales (sean visuales/verbales –VVSH- o con contacto físico –PCSH-, ambas en las escalas de agresión y victimización), y el comportamiento transgresivo.

La Tabla 38 muestra los resultados encontrados para la agresión. De nuevo, la agresión leve y grave muestran las mismas relaciones respecto a las variables de este bloque. Las diferencias entre chicos y chicas sólo aparecen respecto a la violencia entre iguales, siendo que la victimización entre compañeros sólo está relacionada con la agresión en la pareja en el caso de las chicas. Todas las variables apuntan correlaciones positivas.

Tabla 38

*Variables del contexto de iguales relacionadas con la agresión física*

		Violencia entre iguales		Molestias sexuales			Comp. transgresivo	
		Victimización	Agresión	Victim. VVSH	Victim. PCSH	Agres. VVSH		Agres. PCSH
Chicos	Agres. leve	.023	.077 (*)	.334 (**)	.423 (**)	.348 (**)	.359 (**)	.159 (**)
		1001	1066	1107	1102	1098	1094	1138
	Agres. grave	.037	.134 (**)	.268 (**)	.393 (**)	.317 (**)	.351 (**)	.139 (**)
		999	1064	1107	1102	1098	1094	1138
Chicas	Agres. leve	.089 (**)	.097 (**)	.210 (**)	.189 (**)	.299 (**)	.225 (**)	.186 (**)
		1240	1310	1351	1341	1346	1341	1400
	Agres. grave	.068 (*)	.098 (**)	.146 (**)	.134 (**)	.206 (**)	.158 (**)	.167 (**)
		1240	1309	1350	1340	1345	1340	1399

\* La correlación es significativa al nivel 0.05 (bilateral)

\*\* La correlación es significativa al nivel 0.01 (bilateral)

La Tabla 39 muestra los resultados de las correlaciones para la victimización. En esta ocasión, los patrones son similares no sólo atendiendo a la gravedad del comportamiento, sino también respecto al sexo de los implicados. Todas las variables presentadas muestran relación significativa con la victimización física en pareja leve y grave de chicos y chicas, excepto la agresión sexual con contacto físico que no presenta relación con la victimización grave de las chicas.



Tabla 39

Variables del contexto de iguales relacionadas con la victimización física

	Violencia entre iguales		Molestias sexuales				Comp. transgresivo	
	Victimización	Agresión	Victim. VVSH	Victim. PCSH	Agres. VVSH	Agres. PCSH		
Chicos	Victim. leve	.113 (**)	.140 (**)	.304 (**)	.363 (**)	.257 (**)	.264 (**)	.247 (**)
		1012	1076	1120	1115	1111	1106	1151
	Victim. grave	.085 (**)	.112 (**)	.295 (**)	.374 (**)	.257 (**)	.297 (**)	.200 (**)
		1010	1074	1119	1114	1110	1105	1150
Chicas	Victim. leve	.056 (*)	.101 (**)	.211 (**)	.185 (**)	.227 (**)	.161 (**)	.169 (**)
		1250	1322	1362	1352	1356	1351	1412
	Victim. grave	.093 (**)	.088 (**)	.105 (**)	.146 (**)	.095 (**)	.026 (**)	.129 (**)
		1249	1320	1360	1350	1354	1349	1410

\* La correlación es significativa al nivel 0.05 (bilateral)

\*\* La correlación es significativa al nivel 0.01 (bilateral)

### 2.1.3. Variables del contexto de la pareja

Las variables que se consideraron dentro del contexto de la pareja respondían a una medida de calidad positiva (con las sub-escalas de compañía, comunicación y expectativas de futuro), una medida de calidad negativa (con las escalas de conflicto, desequilibrio de poder y comportamiento transgresivo) y la duración de la relación.

Tabla 40

Variables de la pareja relacionadas con la agresión física

	Calidad positiva			Calidad negativa			Duración	
	Compañía	Exp. de futuro	Comunicación	Conflicto	Deseq. poder	Comp. transgresivo		
Chicos	Agres. leve	-.092 (**)	-.061	-.069 (*)	.235 (**)	.304 (**)	.157 (**)	-.005
		965	954	959	963	1045	1045	400
	Agres. grave	-.052 (*)	-.077 (*)	-.073 (*)	.277 (**)	.340 (**)	.206 (**)	.070
		964	953	958	962	1045	1045	399
Chicas	Agres. leve	-.022	.029	-.017	.270 (**)	.325 (**)	.219 (**)	.052
		1265	1257	1258	1264	1324	1324	777
	Agres. grave	-.018	.012	-.018	.246 (**)	.271 (**)	.194 (**)	.105 (**)
		1264	1256	1257	1263	1323	1323	777

\* La correlación es significativa al nivel 0.05 (bilateral)

\*\* La correlación es significativa al nivel 0.01 (bilateral)

Como la muestra la Tabla 40, las sub-escalas de calidad negativa correlacionaban de manera directa, para chicos y para chicas, con la agresión física leve y grave. Las sub-escalas de calidad positiva, sin embargo, presentaban algunas correlaciones inversas, y sólo en el caso de los chicos: la agresión leve correlacionaba con la compañía y la comunicación, mientras que la agresión grave correlacionaba con las expectativas de futuro y la comunicación. La duración de la relación sólo mostraba correlación directa para la agresión grave femenina.

Las correlaciones referidas a la implicación en victimización leve y grave se presentan en la Tabla 41. En esta ocasión son sólo las variables correspondientes a la calidad negativa las que están relacionadas con la victimización física, en cualquiera de sus formas y para ambos, chicos y chicas. Como ocurriera en la agresión, la duración de la relación está relacionada con la violencia únicamente en el caso de las chicas, pero en esta ocasión es con la victimización leve la que presenta relación positiva.

Tabla 41

*Variables de pareja relacionadas con la victimización física*

		Calidad positiva			Calidad negativa			Duración
		Compañía	Exp. de futuro	Comunicación	Conflicto	Deseq. poder	Comp. transgresiva	
Chicos	Victim. leve				.226 (**)	.311 (**)	.269 (**)	.041
			971	959	964	969	1055	1055
	Victim. grave				.130 (**)	.244 (**)	.199 (**)	.021
			969	957	962	967	1054	1054
Chicas	Victim. leve				.397 (**)	.419 (**)	.249 (**)	.088 (*)
			1276	1268	1269	1275	1335	1335
	Victim. grave				.207 (**)	.268 (**)	.152 (**)	-.027
			1274	1266	1267	1273	1333	1333

\* La correlación es significativa al nivel 0.05 (bilateral)

\*\* La correlación es significativa al nivel 0.01 (bilateral)

## 2.2. Modelos explicativos de la violencia física en la pareja adolescente

Dada la importancia que las relaciones sentimentales habían demostrado para sus protagonistas y la alta incidencia de éstos en dinámicas de violencia, el último bloque de análisis estuvo dedicado a profundizar en aquellos aspectos que inciden en que estas formas de violencia lleguen a desarrollarse. Considerando como posibles factores predictores el amplio abanico de

variables relacionadas con la agresión y victimización física, se realizaron cuatro Modelos de Ecuaciones Estructurales que permitieran aproximarse a la explicación del fenómeno de la violencia en la pareja adolescente.

Como se hiciera anteriormente para la confirmación de la estructura de cada uno de los instrumentos, los modelos fueron ejecutados con el software estadístico AMOS 16.0. Así, la aproximación directa en base al método de estimación de parámetros de máxima verosimilitud (ML), demostrando ser razonablemente robusta al incumplimiento perfecto del supuesto de normalidad multivariada (Hu y Bentler, 1995), se adecuaba a las características generales de la muestra. No obstante, también en esta ocasión, se realizó la comprobación previa del coeficiente de Mardia (Rodríguez y Ruiz, 2009) y se utilizó el método de Bootstrapping en los casos necesarios (Ledesma, 2008), lo que obligaba a la eliminación de los casos perdidos. Para cada uno de los modelos se explicita el tamaño muestral original del que se partía, y el tamaño final de la muestra una vez eliminados los casos perdidos, habiéndose comprobado previamente la distribución aleatoria de éstos. Para valorar el tamaño de ésta una vez reducida, se consideró el valor de la N crítica de Hoelter (Hoelter's 0.1/Hoelter's 0.5 >200), estadístico centrado directamente en la adecuación del tamaño muestral para producir un ajuste del modelo adecuado a chi-cuadrado (Hu y Bentler, 1995).

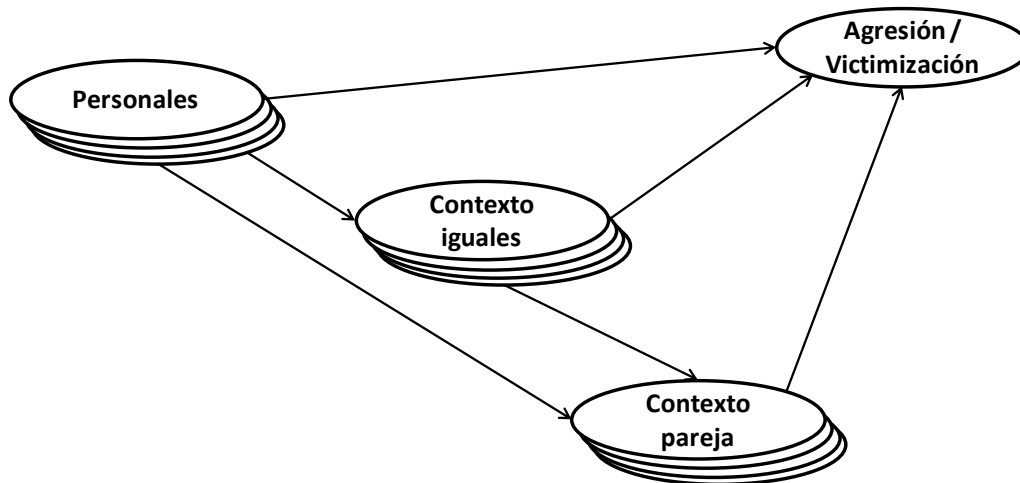
Para la especificación e identificación de los modelos se siguieron, como pautas generales, las siguientes indicaciones:

- Las medidas de violencia física leve y grave (agresión y victimización, según el modelo) fueron tomadas como variables dependientes. Los factores que actuarían como variables independientes venían dados por las correlaciones previas descritas, de manera diferenciada para cada modelo, según fuesen chicos o chicas y victimización o agresión. Como criterio de inclusión a priori se estimó la correlación debía ser significativa al nivel 0.01 (bilateral) y superior a .20.
- Siendo que el objetivo final era la explicación de la violencia física, ésta actuaba como última variable dependiente. Las relaciones entre los factores y las variables de violencia venían dadas por las correlaciones presentadas. Para determinar las relaciones entre los factores que, a priori, funcionaban como variables independientes, se siguió un criterio de parsimonia (Schumacker y Lomax, 2004): partiendo de un modelo parsimonioso en el que sólo se incluyen los parámetros cruciales (en este caso, los factores relacionados con la violencia física), se van incluyendo paulatinamente aquellos parámetros que la valoración post-hoc del modelo va indicando, considerando que el modelo es recursivo

siguiendo la dirección de factores personales, contexto de iguales, contexto de pareja y violencia, es decir, el modelo sigue un diseño lineal en el que se incluyen las relaciones que existen entre los factores personales y los factores contextuales y de pareja, y las relaciones entre los factores contextuales y los factores de pareja (ver Gráfico 20).

Gráfico 20

*Esquema-patrón de los modelos de ecuaciones estructurales*



De forma previa a la realización del SEM se llevó a cabo un CFA sobre las variables latentes de cada modelo. El análisis de los parámetros estimados estandarizados, permitió evaluar los posibles casos de multicolinealidad.

Para la evaluación, en cada caso, del ajuste del modelo sobre los datos empíricos, se siguió como aconseja la literatura (por ejemplo, Schumaker y Lomax, 2004; Kline, 2011), la valoración conjunta de diversos elementos (Byrne, 2009):

- De un lado, la adecuación de los parámetros y su significación estadística, así como el error estándar asociado a cada parámetro.

De otro lado, la adecuación del modelo de forma global, atendiendo a los diferentes índices de ajuste. De forma análoga a como se hiciese en los CFA de cada uno de los instrumentos utilizados (ver capítulo 4), se optó por la valoración conjunta de distintos índices para la evaluación del ajuste global del modelo (Hu y Bentler, 1995). En esta ocasión y, considerando que el objetivo no es la confirmación de un modelo teórico dado sino la elaboración de un nuevo modelo a la luz de la significatividad teórica además de metodológica, se utiliza un abanico más amplio de índices que se podrían agrupar en torno a tres bloques: primero, los índices de ajuste absoluto, considerando a) el coeficiente de mínima discrepancia o chi-cuadrado, utilizado en esta ocasión para la justificación de la adecuación de las modificaciones realizadas al modelo

post-hoc; b) el GFI, aun siendo identificado como un índice obsoleto por muchos autores (Byrne, 2009; Schumaker y Lomax, 2004), su amplio uso de manera tradicional empuja a seguir reportándolo, siendo que sus valores se usan de manera análoga al CFI siendo este último más ajustado; y c) el RMSEA, considerando que valores inferiores a 0.05 indican un buen ajuste, valores entre 0.05 y 0.08 representan un ajuste aceptable y valores superiores a 0.08 indicarían un mal ajuste y la necesidad de revisión del modelo; en segundo lugar, los índices de ajuste incremental o comparativo, atendiendo al índice CFI, siendo indicativos de un buen ajuste los valores superiores a 0.90 (según Bollen, 1989) ó 0.95 (siguiendo a Hu y Bentler, 1995); y en tercer y último lugar, los índices de ajuste de parsimonia, evaluando el PCFI -relativos al anterior CFI-, considerando que valores en torno a 0.50 o por encima, indican un ajuste aceptable de la parsimonia (Mulaik et al., 1989; Schreiber et al., 2004).

### **2.2.1. El modelo de agresión física en las chicas**

En la construcción del modelo explicativo de la agresión femenina se consideraron las siguientes variables:

- Variables personales: conducta delictiva.
- Variables del contexto de iguales: victimización y agresión de VVSH, agresión de PCSH.
- Variables del contexto de pareja: conflicto, desequilibrio de poder, comportamiento transgresivo.

Tras la comprobación de no multicolinealidad entre dichas variables, el diseño del modelo inicial seguía las pautas explicitadas anteriormente, obteniendo los índices iniciales de ajuste que se indican en la Tabla 42. La revisión de los índices de modificación llevó a realizar modificaciones sucesivas dirigidas a liberar parámetros que, siguiendo el sentido teórico del modelo, mejoraran el ajuste de éste -medido en términos de la reducción de Chi-cuadrado y mejora de los índices de ajuste (CFI y RMSEA, principalmente)-.

Una vez ajustados los índices de modificación (siempre referidos a los pesos de las regresiones de los factores principales del modelo), se procedió al ajuste de la parsimonia del modelo eliminando aquellas regresiones hipotetizadas inicialmente y que resultaban irrelevantes para el modelo. El ajuste de la parsimonia llevó a su vez, a la eliminación de las variables victimización de VVSH, agresión de PCSH y comportamiento transgresivo, siendo que en el modelo no representaban peso predictivo directo ni indirecto sobre la violencia.

Tabla 42

*Índices de ajuste del SEM de agresión física femenina*

	$\chi^2$	df	p	GFI	CFI	PCFI	RMSEA
<b>Modelo original</b>	3331.858	912	.000	.874	.830	.765	.050
<b>Modelo final</b>	1128.170	415	.000	.936	.918	.819	.040

Con todo ello, el modelo resultante asumía los índices de ajuste que aparecen en la Tabla 42. Los valores de los parámetros estimados, así como de los errores estándares aparecen en la Tabla 43.

Tabla 43

*Parámetros estimados del SEM de agresión física femenina*

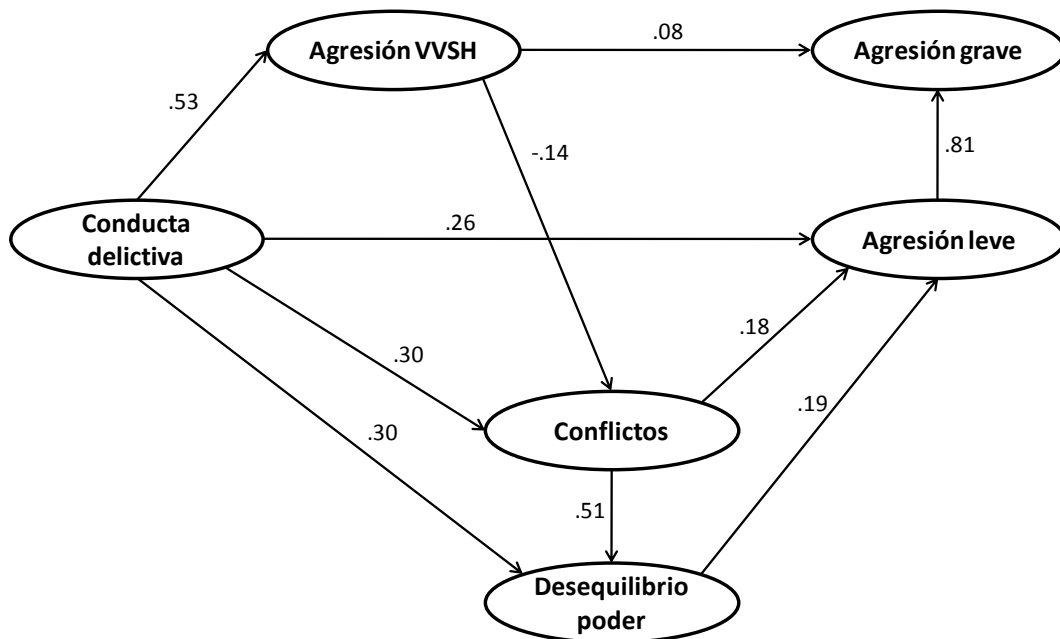
			Saturación	S.E.	C.R.	P	Saturación estandariz.
Agresión VVSH	←	Conducta delictiva	.649	.091	7.120	***	.525
Conflicto	←	Conducta delictiva	1.597	.327	4.887	***	.301
Conflicto	←	Agresión VVSH	-.597	.235	-2.540	.011	-.139
Deseq. de poder	←	Conducta delictiva	.519	.090	5.739	***	.296
Deseq. de poder	←	Conflicto	.169	.018	9.444	***	.513
Agresión leve PDV	←	Conducta delictiva	.586	.118	4.963	***	.259
Agresión leve PDV	←	Deseq. de poder	.246	.075	3.287	.001	.190
Agresión leve PDV	←	Conflicto	.076	.020	3.832	***	.178
Agresión grave PDV	←	Agresión VVSH	.057	.026	2.192	.028	.085
Agresión grave PDV	←	Agresión leve PDV	.296	.024	12.391	***	.811

\*\*\* La regresión es significativamente diferente de cero a nivel .001 (dos-colas).

El diagrama resumen del modelo se representa en el Gráfico 21 (consultar diagrama completo, con los pesos de las variables de cada uno de los factores, en el anexo 3).

Gráfico 21

Modelo resumen de agresión chicas



En el modelo de agresión femenina entran en juego variables personales, del contexto de iguales y del propio contexto de la pareja. Dentro de las primeras, la conducta delictiva es la única variable que asume peso predictor, incidiendo de forma directa sobre las variables de agresión visual/verbal entre iguales, y sobre los conflictos y el desequilibrio de poder en la pareja. Incide también, de manera directa, sobre la agresión leve en pareja. Respecto al grupo de iguales, es la agresión visual/verbal la única variable que mantiene peso predictor en el modelo, atando de forma directa, pero negativa, sobre los conflictos de pareja, y de forma directa y positiva sobre la agresión grave en pareja. Por último, respecto al bloque de variables de la pareja, las variables de conflictos y desequilibrio de poder asumen peso predictivo sobre la agresión leve, siendo que los conflictos inciden, además, sobre el desequilibrio de poder.

De esta forma, la agresión leve femenina queda definida por variables personales y variables del contexto de la pareja, siendo que el efecto de las variables del grupo de iguales se produce de manera indirecta a través de los conflictos de pareja. Esto es, aquellas chicas propensas a las conductas delictivas y que además tienen parejas en las que se producen conflictos y en las que perciben desequilibrio de poder, tienen mayor probabilidad de implicarse en agresiones leves contra sus parejas. Aquellas que se implican en agresiones graves son, con mayor probabilidad, las que agreden de forma leve y además, tienen experiencia de agresión sexual de carácter visual/verbal con sus iguales.

### 2.2.2. El modelo de victimización en las chicas

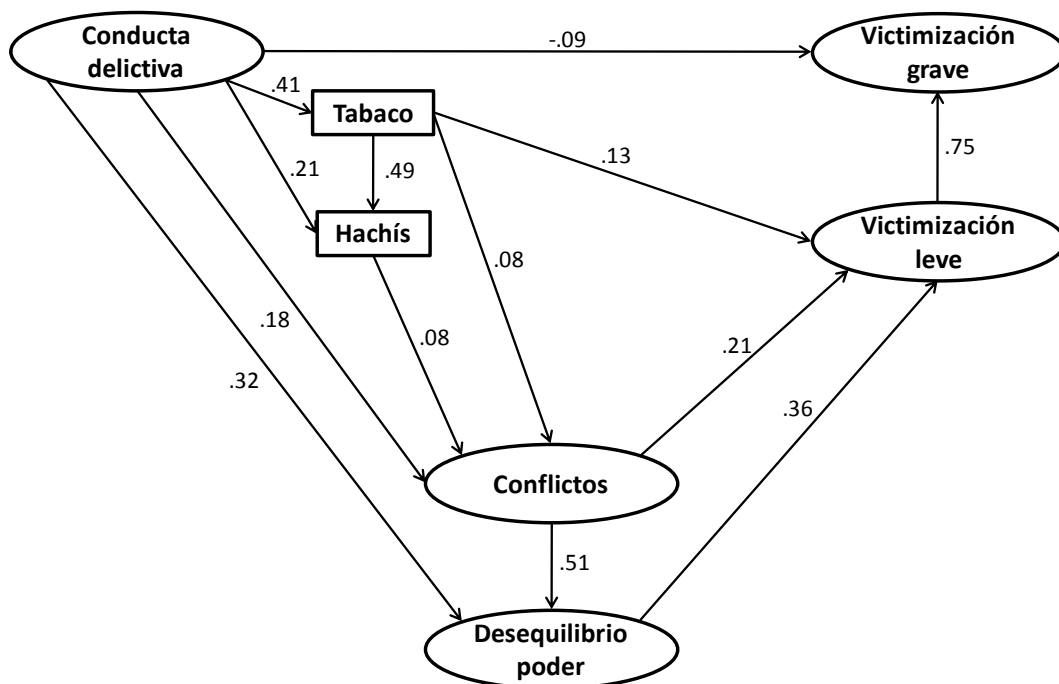
El modelo de victimización física femenina parte de la consideración de las siguientes variables:

- Variables personales: conducta delictiva, consumo de tabaco, y consumo de hachís.
- Variables del contexto de iguales: victimización y agresión de VVSH.
- Variables del contexto de pareja: conflicto, desequilibrio de poder, y comportamiento transgresivo.

Como anteriormente, tras la comprobación de no multicolinealidad entre las variables consideradas, el modelo inicial obtenía los índices iniciales de ajuste que se indican en la Tabla 44. La revisión de los índices de modificación y el ajuste de la parsimonia del modelo llevaron a la supresión de las variables correspondientes al bloque del contexto de iguales (victimización y agresión de VVSH) y del comportamiento transgresivo, alcanzando el modelo que se presenta en el Gráfico 22 (consultar diagrama completo, con los pesos de las variables de cada uno de los factores, en el anexo 3).

Gráfico 22

*Modelo resumen de victimización chicas*



El modelo de victimización femenina se constituye en torno a variables personales y del contexto de la pareja, siendo que las variables del contexto de iguales pierden su significatividad predictora. Tres son las variables personales que mantienen peso predictor: conducta delictiva, consumo de tabaco y consumo de hachís. La conducta delictiva actúa como predictora de las



variables de consumo (tabaco y hachís) y de las variables de conflictos y desequilibrio de poder en la pareja. A través de estas variables actúa como predictora de la victimización leve, teniendo, sin embargo, un efecto directo y negativo sobre la victimización grave. Las variables de consumo de tabaco y hachís, relacionadas entre sí, muestran un peso predictivo sobre el conflicto en pareja y, concretamente el consumo de tabaco, sobre la victimización leve.

El conflicto y el desequilibrio de poder son, de nuevo, las variables predictoras del contexto de la pareja. Relacionadas entre sí, su efecto directo actúa sobre la victimización leve.

Tabla 44

*Índices de ajuste del SEM de victimización física femenina*

	$\chi^2$	df	p	GFI	CFI	PCFI	RMSEA
<b>Modelo original</b>	3593.180	827	.000	.852	.778	.713	.056
<b>Modelo final</b>	880.862	308	.000	.941	.929	.815	.042

De esta forma, las chicas que tienen mayor probabilidad de protagonizar episodios de victimización física leve a mano de sus parejas son aquellas que perciben conflictos y desequilibrios de poder en sus relaciones y además tienen un consumo abusivo de sustancias (tabaco, de forma directa, y hachís con efecto indirecto). Si además de verse envueltas en estas victimizaciones leves, tienen poca tendencia a las conductas delictivas (ya que el efecto sobre la violencia es negativo), sufren mayor riesgo de verse expuestas a situaciones de victimización física grave a mano de sus parejas.

Tabla 45

*Parámetros estimados del SEM de victimización física femenina*

		Saturación	S.E.	C.R.	P	Saturación estandariz.
Consumo de tabaco	← Conducta delictiva	3.039	.389	7.813	***	.411
Consumo de hachís	← Consumo de tabaco	.311	.019	16.634	***	.488
Consumo de hachís	← Conducta delictiva	.995	.193	5.145	***	.211
Conflicto	← Conducta delictiva	1.113	.324	3.429	***	.177
Conflicto	← Consumo de tabaco	.069	.035	1.981	.048	.081
Conflicto	← Consumo de hachís	.111	.055	2.040	.041	.083
Deseq. de poder	← Conducta delictiva	.641	.112	5.717	***	.317
Deseq. de poder	← Conflicto	.163	.018	9.208	***	.509
Victimización leve PDV	← Consumo de tabaco	.045	.011	3.983	***	.127
Victimización leve PDV	← Conflicto	.089	.019	4.763	***	.213
Victimización leve PDV	← Deseq. de poder	.466	.075	6.222	***	.357
Victimización grave PDV	← Victimización leve PDV	.436	.038	11.315	***	.751
Victimización grave PDV	← Conducta delictiva	-.141	.067	-2.097	.036	-.092

\*\*\* La regresión es significativamente diferente de cero a nivel .001 (dos-colas).

Este modelo presenta buenos índices de ajuste (Tabla 44), así como buenos valores de los parámetros estimados y de los errores estándares (Tabla 45).

### 2.2.3. El modelo de agresión física en los chicos

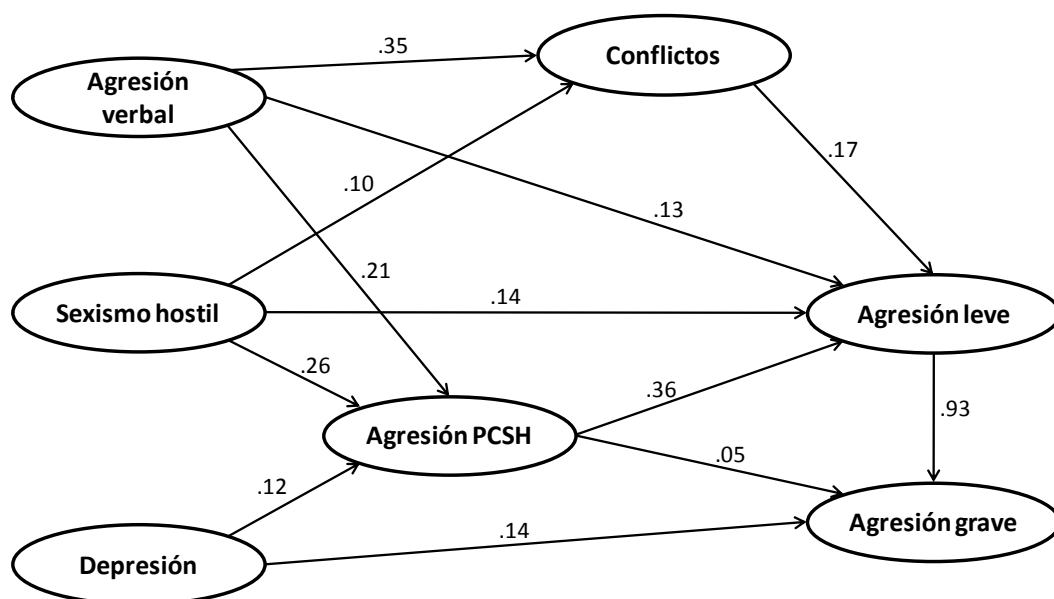
Como en los modelos anteriores, el modelo de agresión masculina se estableció de acuerdo a las variables que presentaron correlaciones significativas y superiores a 0.20, siendo que se seleccionaron:

- Variables personales: depresión, conducta delictiva, agresividad verbal, sexismo hostil y consumo de tabaco y hachís.
- Variables del contexto de iguales: victimización y agresión de VVSH, y agresión y victimización de PCSH.
- Variables del contexto de pareja: conflicto, desequilibrio de poder, comportamiento transgresivo.

Previa comprobación de no multicolinealidad entre dichas variables, el modelo inicial obtenía los índices iniciales de ajuste que se indican en la Tabla 46. La revisión de los índices de modificación y el ajuste de la parsimonia del modelo llevaron a eliminar las variables de conducta delictiva y consumo de tabaco y hachís, las de violencia VVSH y victimización de PCSH, y el desequilibrio de poder y comportamiento transgresivo, alcanzando el modelo que se presenta en el Gráfico 23 (consultar diagrama completo, con los pesos de las variables de cada uno de los factores en el anexo 3).

Gráfico 23

*Modelo resumen de agresión chicos*



El modelo de agresión masculina, como ya ocurriese con las chicas, quedaba configurado a partir de variables personales, variables del grupo de iguales y variables de la propia pareja. Respecto a las variables personales, la agresión verbal y el sexismo hostil resultaban tener peso predictor sobre variables de los iguales –agresión sexual con contacto físico–, variables de la pareja –conflictos– y sobre la propia agresión leve en pareja. La depresión, por su parte, incidía sobre la agresión sexual entre iguales, y sobre la agresión grave en pareja. Respecto al contexto de los iguales, solo la agresión sexual con contacto físico tenía peso predictor. En esta ocasión no estaba relacionada con las variables de la pareja, pero si lo estaba, de forma directa, con la agresión física leve y grave. Por último, respecto a las variables del contexto de la pareja, sólo el conflicto tomaba peso predictor y lo hacía de forma directa sobre las formas más leves de agresión física.

De esta forma, el ser agresor físico leve de la pareja quedaba pronosticado por variables personales, del grupo de iguales y de la propia pareja: los chicos que manifestaban comportamientos externalizantes (agresividad verbal) y actitudes de sexismo hostil, tenían mayor riesgo de tener conflictos en sus parejas y, a su vez, estas tres variables tenían un efecto directo sobre la agresión leve en pareja. El riesgo aumentaba si, además, estaban implicados en agresiones sexuales con contacto físico en el contexto de los iguales. La agresión grave, por su parte, venía dada por el cúmulo de experiencias en agresión y comportamientos internalizantes, siendo que aquellos que eran agresores leves en el contexto de la pareja y agresores en el contexto de los iguales y tenían comportamientos depresivos, tenían mayor probabilidad de ejercer la agresión física grave contra sus parejas.

Tabla 46

*Índices de ajuste del SEM de agresión física masculina*

	$\chi^2$	df	p	GFI	CFI	PCFI	RMSEA
<b>Modelo original</b>	7902.924	3341	.000	.758	.794	.761	.047
<b>Modelo final</b>	2276.075	1161	.000	.871	.911	.861	.040

Este modelo final presentaba los índices de ajuste que se presentan en la Tabla 46, y los parámetros estimados y los errores estándares que aparecen en la Tabla 47.

Tabla 47

*Parámetros estimados del SEM de agresión física masculina*

			Parámetro estimado	S.E.	C.R.	P	Parámetro estandariz.
Agresión PCSH	←	Sexismo hostil	.138	.024	5.693	***	.257
Agresión PCSH	←	Depresión	.247	.094	2.611	.009	.123
Agresión PCSH	←	Agresión verbal	.297	.073	4.058	***	.209
Conflicto	←	Agresión verbal	.867	.139	6.243	***	.352
Conflicto	←	Sexismo hostil	.090	.040	2.252	.024	.097
Agresión leve PDV	←	Agresión PCSH	.258	.040	6.512	***	.355
Agresión leve PDV	←	Conflicto	.073	.020	3.616	***	.175
Agresión leve PDV	←	Sexismo hostil	.055	.017	3.210	.001	.141
Agresión leve PDV	←	Agresión verbal	.135	.055	2.431	.015	.131
Agresión grave PDV	←	Depresión	.160	.040	3.959	***	.137
Agresión grave PDV	←	Agresión PCSH	.029	.024	1.179	.039	.049
Agresión grave PDV	←	Agresión leve PDV	.742	.061	12.138	***	.926

\*\*\* La regresión es significativamente diferente de cero a nivel .001 (dos-colas).

#### 2.2.4. El modelo de victimización física en los chicos

El modelo de victimización física masculina parte de la consideración de las siguientes variables:

- Variables personales: depresión y conducta delictiva.
- Variables del contexto de iguales: victimización y agresión de VVSH, agresión y victimización de PCSH, y comportamiento transgresivo.
- Variables del contexto de pareja: conflicto, desequilibrio de poder, comportamiento transgresivo.

Como anteriormente, tras la comprobación de no multicolinealidad entre las variables consideradas, el modelo inicial obtenía los índices iniciales de ajuste que se indican en la Tabla 48. La revisión de los índices de modificación y el ajuste de la parsimonia del modelo llevaron a la supresión de tres de las variables del contexto de iguales (victimización y agresión de VVSH y agresión de PCSH) y del comportamiento transgresivo en pareja, alcanzando el modelo que se presenta en el Gráfico 24 (consultar diagrama completo, con los pesos de las variables de cada uno de los factores en el anexo 3).

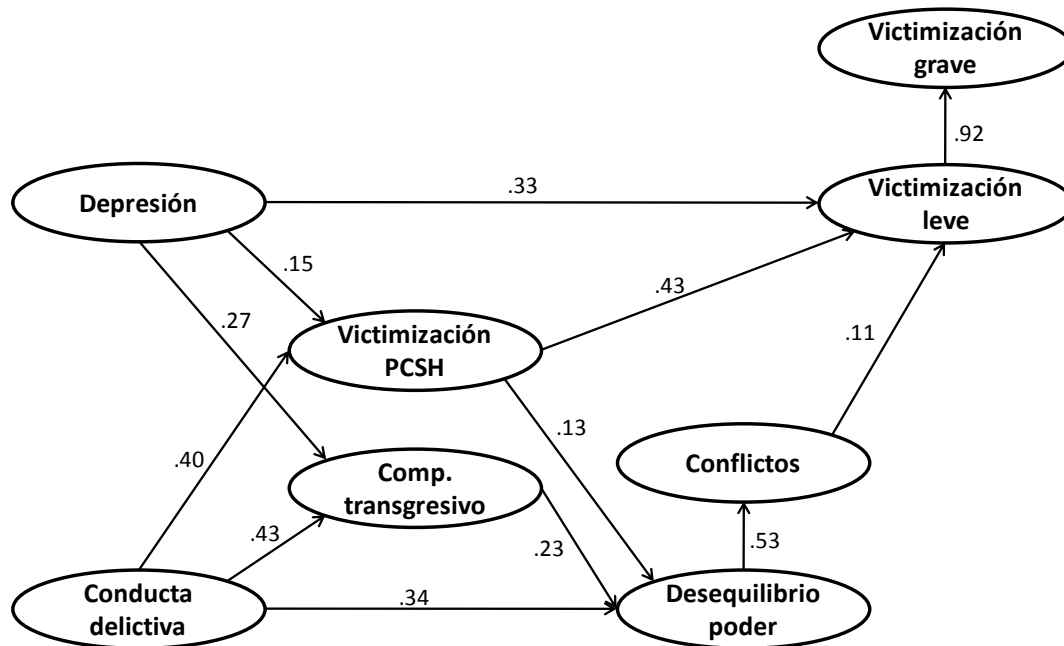
Tabla 48

Índices de ajuste del SEM de victimización física masculina

	X2	df	p	GFI	CFI	PCFI	RMSEA
<b>Modelo original</b>	5453.667	1831	.000	.792	.817	.766	.053
<b>Modelo final</b>	2145.5911	841	.000	.876	.886	.826	.047

Gráfico 24

Modelo resumen de victimización chicos



Los tres bloques de variables considerados ejercen peso predictor en el modelo de victimización física masculina. En primer lugar, las variables personales quedan representadas en la conducta delictiva y la depresión. La primera de ellas ejerce peso predictor directo sobre las variables del contexto de los iguales (victimización sexual con contacto físico y comportamiento transgresivo) y sobre el desequilibrio de poder en pareja. La segunda, actúa sobre las mismas variables del contexto de iguales, pero no así sobre la pareja. Sin embargo, tiene un efecto directo sobre la victimización física leve a manos de la pareja.

Las variables predictoras del contexto de los iguales son dos: la victimización sexual con contacto físico, que actúa sobre el desequilibrio de poder en la pareja y sobre la victimización física leve; y el comportamiento transgresivo, que sólo tiene efecto directo sobre el desequilibrio de poder en la pareja.

Respecto a las variables de la pareja, son dos las que actúan en el modelo: el desequilibrio de poder y los conflictos, siendo que la primera actúa de mediadora entre el efecto de las variables

personales y del contexto de los iguales, y la segunda (conflicto). Ésta, el conflicto, tiene un efecto directo sobre la victimización leve.

En esta ocasión, la única variable que ejerce peso predictor directo sobre la victimización grave era la victimización leve, siendo que las demás actuaban solo de forma indirecta a través de ésta.

Los índices de ajuste de este modelo se presentan en la Tabla 48 y los valores de los parámetros estimados y errores estándares en la Tabla 49.

Tabla 49

*Parámetros estimados del SEM de victimización física masculina*

			<b>Parámetro estimado</b>	<b>S.E.</b>	<b>C.R.</b>	<b>P</b>	<b>Parámetro estandariz.</b>
Comp. transg. iguales	←	Conducta delictiva	1.078	.160	6.734	***	.429
Comp. transg. iguales	←	Depresión	.624	.120	5.177	***	.269
Victimización PCSH	←	Conducta delictiva	.776	.112	6.897	***	.404
Victimización PCSH	←	Depresión	.273	.078	3.503	***	.154
Deseq. de poder	←	Comp. transg. iguales	.192	.049	3.962	***	.228
Deseq. de poder	←	Conducta delictiva	.717	.141	5.096	***	.339
Deseq. de poder	←	Victimización PCSH	.139	.054	2.589	.010	.126
Conflicto	←	Deseq. de poder	.966	.103	9.420	***	.528
Victimización leve PDV	←	Conflicto	.040	.014	2.851	.004	.109
Victimización leve PDV	←	Victimización PCSH	.321	.041	7.774	***	.431
Victimización leve PDV	←	Depresión	.432	.066	6.548	***	.327
Victimización grave PDV	←	Victimización leve PDV	.824	.071	11.579	***	.921

\*\*\* La regresión es significativamente diferente de cero a nivel .001 (dos-colas).

Aún sin alcanzar un índice CFI ajustado a los estándares de significación, el modelo tiene un buen ajuste RMSEA y sigue los estándares teóricos de los modelos anteriores. Así, la victimización masculina se dibuja como uno de los modelos más complejos. Ser víctima grave a manos de la pareja, sólo queda pronosticado por la experiencia previa de victimización leve. Ser víctima leve, sin embargo, apunta diversos factores predictores del ámbito de las variables personales, del contexto de iguales y del contexto de la pareja. Siendo que la conducta delictiva y la depresión, como variables personales, ejercen peso predictor sobre las variables del grupo de iguales (comportamiento transgresivo y victimización sexual con contacto físico) y estas, a su vez, sobre el desequilibrio de poder que incide en el conflicto en pareja. Finalmente es éste, el conflicto, el que junto a la depresión y a la experiencia de victimización sexual con contacto físico en el contexto de iguales, inciden de forma directa en la experiencia de victimización leve en el contexto de la pareja.

# **Conclusiones** **y futuras** **líneas de** **investigación**







The results obtained from the empirical work we carried out made it possible to compare and contrast the information provided in the scientific literature analyzed beforehand while at the same time revealing the difficulties encountered in the research process and identifying the future possibilities and procedures still offered by this line of study. In this chapter we will discuss the results obtained and present the most important conclusions. We will also evaluate the usefulness and the limitations of our study, identifying hitherto neglected aspects and suggesting possible areas for future research in these areas.

# 1. Discussion and conclusions

---

Taking our initial objectives one by one, we will now compare and contrast the results obtained with existing scientific literature in this field of study. The aim is by no means to provide an exhaustive description of all the information produced by this study but to analyze the results from a theoretical perspective, validating or refuting each earlier hypothesis associated with our objects of study and thereby contributing to knowledge of the phenomenon.

## **1.1. Adolescent dating relationships: their characteristics and development.**

Our study had as its first objective to analyze and describe adolescent dating relationships and to carry out an in-depth examination of their defining characteristics and of how they evolve during the course of adolescence. Our results confirmed what had been indicated in earlier national and international literature, underlining the importance of this type of relationship to young people and revealing how the meaningfulness of a relationship gradually changes as the partners progress through each of its different phases: in many cases dating relationships established during adolescence later become stable, long-lasting relationships.

Earlier studies had shown that 3 of every 4 boys and girls had had at least one dating partner by the time they reached late adolescence (Connolly et al., 2000; Furman and Whener, 1997; Menesini and Nocentini; 2008; Muñoz-Rivas et al., 2007). This study corroborated those results, and also indicated that this type of relationship becomes more common during the course of adolescence, to such an extent that by about the age of 19 fewer than 5% of boys and girls say they have never had a dating partner. With an average number of 4-5 partners during this short period of dating experience, adolescents say that over time these relationships can become more stable and have an average length of around one year. However, relationship length can

vary from barely a week up to five years, which seems to indicate that not all relationships at this age are one-off, fleeting affairs – a conclusion already drawn by Collins (2003). As can be expected, age is a decisive variable with regard to the length of relationships, which tend to be longer the later the stage of adolescence. Studies at national and international level (Connolly et al., 2004; Menesini & Nocentini, 2008; Sánchez et al., 2008) have also revealed that relationship lengths vary according to sex, although this study only detected a slight tendency in this regard, with only a small effect: girls reported having, or having had, slightly more stable, longer-lasting relationships than boys. As has been suggested in literature (Carver et al, 2003), this may be explained by the differences in biological and cognitive maturity between the two sexes.

Be that as it may, what has been demonstrated is the significance of this type of relationship for adolescents themselves (Chóliz, 2004; Collins, 2003; Dunphy, 1963), as a new form of peer affiliation and a new scenario for personal development within an individual's social environment. The nature of adolescent relationships suggests that for the partners involved they represent genuine romantic experiences rather than sporadic, meaningless dating. Adolescents display a preference for this new type of social interaction. The affection which motivates these budding relationships represents a source of positive feelings, not only from an adaptive or collective perspective but also because of the feeling of pleasure this new manifestation of love generates (Hervás, 2009). Indeed, in line with Dunphy's developmental theory (1963), the boys and girls surveyed in this study showed a gradual movement away from the large peer group towards dyads, and this tendency is reflected in their leisure habits: their free time activities become a mixture of peer group activities and activities pursued alone with their partner, indicating gradual dissociation from the peer group and prioritization of the partner.

The importance and stability of adolescent relationships correspond to boys' and girls' perception of them in terms of quality and satisfaction. The adolescents taking part in this study produced similar results to those obtained by Sánchez et al (2008) with young Spaniards insofar that they described their experience with their partner as a source of satisfaction, with a good level of communication. They also expressed moderate expectations regarding the continuity of their relationship. Scores on the negative quality scales were lower, showing very low levels of power imbalance and proving that for the boys and girls involved these relationships did not represent a source of pressure affecting their conduct with their family or their schoolwork. The conflict scale, however, showed a different pattern. Scores here, while not being high, were definitely above those in the other negative quality scales. These results would seem to confirm

---

the data produced in other works indicating a greater presence of conflict as a relationship becomes more stable (Menesini & Nocentini, 2008; Sánchez et al., 2008). As Ortega et al. (2008) suggested, as long as the basic context for the relationship is the peer context, most of the partners' attention will be focused on consolidating their status within that peer context and there will therefore be more conflict with peers. However, when the relationship with the partner becomes the principal context for social interaction, conflict moves to that context and may even bring about situations of power imbalance between the partners in the dyad.

With regard to the effect of age and sex on these quality variables, our results only showed tendencies with small effects. One aspect which is particularly interesting considering the points mentioned above is the fact that conflict is one of the variables which increase most significantly with age. The other variable most influenced by age is future expectations, in the positive quality scale. This makes sense if this result is taken into account together with the abovementioned increase in relationship lengths and consolidation.

With regard to sex, even taking into account its small effect in these results, it is girls who tend to manifest greater satisfaction with their affective relationships, to see those relationships as more communicative and to express higher future expectations. However, girls also show slightly higher conflict rates than boys. For their part, boys showed slightly higher rates of transgressive behavior and power imbalance. No unanimously accepted explanation has yet been found for these tendencies – which were nevertheless noted in earlier works with Andalusian school children (Viejo, 2009), but generally they are either assumed to be attributable to biological reasons associated with female maturity or analyzed in the light of feminist theories based on traditional social conceptions and ideologies of male dominance. Sánchez et al (2008), taking an developmental-contextual approach in line with that proposed in the Investment Model (Martínez & Fuertes, 1999; Rusbult, 1980; 1983), also suggested that girls would invest more heavily in their relationships, acquiring greater commitment and therefore showing greater satisfaction than boys, but also recording higher conflict rates when their investment did not produce the expected results.

However, some of the quality variables in these adolescent relationships fluctuate as the relationships evolve. Some studies have contributed considerably to our understanding of how early dating relationships develop and become consolidated (Collins, Welsh & Furman, 2009; Yela, 1997) by establishing a series of phases, starting with initial infatuation (Connolly & Goldberg, 1999) and progressing to more mature relationships marked by closer ties with and more commitment to the other person (Connolly & McIsaac, 2008). In this regard, our results in

this study confirm the developmental potential of dating relationships, allowing us to identify four differentiated groups. These groups would appear to correspond to the different levels of consolidation in a relationship, and therefore also to the different perceptions boys and girls have of what the relationship means to them. Shulman and Scharf (2000) found that, at around the age of 16, the characteristics necessary for a relationship to be considered "dating", in terms of partners' requirements and demands, were less strict, or at least different, from those taken into consideration at a later stage of adolescence when the term "dating" takes on a much more restricted, specific definition. Our results corroborated this developmental process. The description of the phases also provides empirical support for the model developed by Collins (2003) to illustrate the significance of dating experiences during adolescence, and helps us to understand the qualitative and quantitative changes which take place in these early relationships.

Adhering to Collins' proposal (2003) regarding the areas which affect relationship significance, our results revealed significant differences in all of them. Some variables, however, proved more important than others. Regarding involvement, for example, the first group identified – "flirting" – included a higher number of less stable relationships whereas in the last group – "being in a committed relationship" – the results were just the opposite. The middle groups – "going out with someone" and "having a boy/girlfriend" - were more similar to each other and showed intermediate values. The second area, corresponding to activities done together by the partners, showed that although the partners' perception of the time they spent in each other's company did rise with the level of relationship stability, the actual time spent together did not actually vary significantly between the adjacent groups. As mentioned above, this may be explained by the fact that the boys in our study were just at the stage in which they dissociate from their peer group and begin to spend more time with their partner (Connolly et al., 2004; Kuttler & La Greca, 2004): the average age of participants in all the groups was around 17., Together with this rise in perceived time spent together, there was also an increase in perceived communication and intimacy. This indicates a rise in the positive quality of the relationship. Variables associated with negative quality, however, remained stable. Taken together, all these factors may explain the change seen in the last phase concerning future expectations: if relationships gain in stability, perceived time spent together and positive quality it is logical to assume that boys' and girls' expectations regarding the future of those relationships will also rise. Our results highlighted the fact that, even within such a narrow age range, it is possible to find groups of adolescents who attach widely differing degrees of

---

significance to their dating relationships, and this too validates the model proposed by Collins (2003).

## **1.2 Dating relationships and the personal development of the partners.**

Our study then moved on to analyze how dating relationships influence personal development in terms both of psychological adjustment and of the sexism manifested by both boys and girls. Here, our results again provided empirical support for most of the theoretical hypotheses consulted beforehand.

Different studies in the past had linked adolescent dating relationships with higher levels of general wellbeing, which in turn facilitated identity attainment and improved psychological adjustment (Bouchey, 2007; Braithwaite et al., 2010; Shaffer & Furman, 2009; and others). Following the approach taken by Campbell et al. (1994), who suggested that boys and girls in dating relationships had higher levels of self esteem and general satisfaction than those with no experience of dating, we analyzed the psychological adjustment and sexist attitudes of our sample group by comparing the mean scores of those who were involved in a dating relationship at the time of the survey, those who had previous experience of dating but did not have a partner at the time of the survey and those who had never been involved in a dating relationship. Moreover, our objective also encompassed possible differences attributable to sex and age.

The results showed that male and female adolescents are affected in very similar ways by their sentimental situation. Above all, they highlighted the importance of behavioral variables and sexist attitudes, the differences in which were seen to evolve during the course of adolescence.

Some authors have pointed out that age, a factor closely associated with identity, exerts great influence as a modulator (Hartfield, 1988; Martínez, 1997). In the early years of adolescence, when an individual's identity is still not solidly formed, a dating experience can be either beneficial or counter-productive insofar that boys and girls are more vulnerable to their partner's judgment and also more malleable with regard to their behavior. In this respect, the results obtained in this study showed that in early adolescence boys and girls with more dating experience displayed higher rates of externalizing behavior, such as verbal aggressiveness and delinquency. Other international studies had previously come to similar conclusions, showing

that romantic interaction may be linked to variables unfavorable towards general wellbeing such as anxious or depressive behavior, aggressive conduct and/or delinquency (Joyner and Udry, 2000; Neeman et al., 1995; Shaffer & Furman, 2009). The information obtained about internalizing behavior in this study, however, did not point in that same direction. Depression did not appear to vary depending on the individual's sentimental situation and isolating behavior was significantly higher among adolescents who had never had a dating partner. Although we cannot yet offer conclusive data in this respect, it might be assumed that the interaction between relationship length and the age of the partners may help us to interpret these results and place us in a position more accurately to identify how relationship stability can affect partners' psycho-social adjustment following solid identity attainment.

Towards the end of adolescence, however, it is attitudinal variables which vary depending on boys' and girls' sentimental situations. In the higher age ranges we analyzed (17-19 years), boys showed differences in both hostile and benevolent sexism, while for girls differences only appeared on the benevolent sexism scale. The adolescents with the highest levels of sexism were those who had previously been involved in a dating relationship but had no partner at the time of the survey. Different authors (Glick & Hilt, 2000; Lemus, Castillo, Mora, Padilla & Ryan, 2007) have identified adolescence as a crucial period for the consolidation of sexist attitudes related to gender identity attainment. For adolescents, early dating represents a relationship context in which they need to negotiate their interests with their partner, and the more hostile sexist conduct typically seen in earlier childhood evolves towards attitudes which are more benevolent but equally sexist. Dating experience therefore constitutes a variable which modulates these attitudes, contributing to the development of gender identity and thereby establishing the role stereotypes that will regulate the individual's relationships.

We explored the relationship between these aspects by carrying out an in-depth analysis of the psychological adjustment and sexist attitudes of adolescents who were currently dating, or had previously had dating experience. Our examination took as its point of departure the work of, among others, Furman et al. (2009), Grove and Nangle (2007) and Yela (2012), who noted how these variables were affected not so much by having or not having a dating partner as by the phase of the relationship in which the partners found themselves and the quality of that relationship.

Furman et al. (2009) found that the phase of the relationship and the degree of involvement it implied constituted a variable by which the impact of adolescents' sentimental situations on their adjustment could be measured, but our results did not reveal significant differences in this

---

respect. The boys and girls surveyed showed similar levels of psychological adjustment and sexism in the different phases of relationship previously identified, from the more sporadic, least committed stage through to those phases characterized by more involvement with and commitment to the partner. The same was not true, however, in the field of relationship quality. Adolescents who claimed to have low quality relationships also showed lower levels of psychological adjustment, indicated by higher rates of externalizing behavior and higher levels of sexism. These results coincide with those obtained in earlier studies: adolescents whose dating relationship produces a low level of satisfaction are likely to be more prone to depressive behavior, anxiety, academic problems, etc. (Davila, Steinberg, Kachadourian, Cobb & Fincham, 2004; La Greca & Harrison, 2005).

It would appear that to adolescents in this age range the quality of their relationship is more important than its phase of development. Taking into account that the most decisive quality factors are those associated with negative quality and that the different phases of relationship development are identified in terms of positive quality factors (negative quality factors remain constant), these results seem to indicate that adolescent relationships which evolve through the different phases identified fall within the positive quality range and do not therefore differ significantly in the way they affect the psychological adjustment of the boys and girls involved.

### **1.3. Physical violence in adolescent dating**

The third objective of this study was to analyze why, how frequently and in what forms this type of violence occurs, taking into account possible differences due to the partners' sex and age.

Literature at national level has shown a high level of involvement in this type of violence among both boys and girls (González and Santana, 2001; Muñoz-Rivas et al., 2007a; 2007b; 2009; Sánchez et al., 2008) -a level that is even slightly higher than that reported in international studies. We expected our results to corroborate the involvement tendencies signaled in the earlier works, but they were actually more comparable to international findings (Katz, Washington-Kuffel, & Coblentz, 2002; Menesini & Nocentini, 2008; Wekerle & Wolfe, 1999): a considerable percentage of both boys and girls reported having experienced this type of violent relationship dynamics, 23% having been involved as victims and around 30% as aggressors. Regardless of the role assumed within the dynamic of abuse, these higher involvement levels may support the theoretical approach taken by Ortega et al. (2008; 2011), which suggests the establishment, at the outset of the dating relationship, of an erotic-aggressive pattern involving simple, relatively unstructured communicative elements manifested in the form of mutually

aggressive behavior (dirty dating). This dynamic would act as a crude pattern of interaction for establishing initial affective contact with a partner. It is nevertheless very widespread among inexperienced adolescents, and may be related to individuals' lack of personal experience in a scenario which requires mutual acceptance of behavioral rules which have not yet been properly established.

Earlier studies have shown, however, that this violence is typically occasional in terms of frequency of involvement, mild in terms of its gravity, and marked by double involvement in terms of the roles adopted by the partners (Foshee & Reyes, 2010; Sánchez et al., 2008; White et al., 2000). The results of our study offer some insight into these aspects. As shown in earlier studies, involvement was shown to be above all occasional (Menesini & Nocentini, 2008; Ortega et al., 2008; Sánchez et al., 2008), with very similar results for both boys and girls. If the seriousness of the violent conduct is also taken into consideration – that is to say, using measurements that differentiate between mild abuse and severe abuse and between mild victimization and severe victimization – involvement of both boys and girls is still shown to be occasional. However, the data obtained revealed that whereas percentages for mild and severe abuse are similar, the same is not the case regarding victimization: mild victimization displays a rate of occurrence higher than that of serious victimization. The explanation may lie in the different ways boys and girls interpret dating violence. As White et al. (2000) pointed out, this type of behavior must be evaluated in context, taking into account not only the conduct *per se* but also how it is interpreted by the person involved and the factors which leading up to it. Boys and girls from a social background in which violence is considered quite normal (Hird, 2002; Rodríguez et al., 2012) may not think twice about treating their partners aggressively, a tendency which may be accentuated by the presence of less serious forms of violence during the courting process (dirty dating). Nevertheless, it is still possible to recognize the displeasure felt by a victim of such behavior, who will usually clearly identify it as aggressive conduct on the part of their partner. The results also showed that abuse and victimization followed different patterns. In line with scaling theory (for example, Straus & Gelles, 1987), victimization may be interpreted as following a pattern which begins with milder forms and gradually progresses to include more severe forms of suffering. Aggressiveness, however, is seen to occur indistinctly in both mild and severe forms, sometimes even combined. This may indicate that boys and girls do not really perceive a scale of seriousness in these forms of violence. However, no firm conclusions can yet be drawn in this regard. Future studies specifically focusing on adolescent perception of violent behavior may throw more light on the issue.

---



With regard to double involvement, the results of our study confirmed what had already been reported in earlier work: boys and girls involved in aggressive behavior are usually involved as both aggressors and victims (Fernández-Fuertes et al., 2006; Menesini et al., 2011; Ortega et al., 2008; Sebastián et al., 2010). This tendency may explain the similarity between the figures for boys and girls in each role considered. As other authors have shown, double involvement may be associated with the establishment of a longer lasting dynamic of reciprocity in the violence structure which exists between the partners in a relationship. Ortega-Rivera et al. (2010) saw it as an indication that, within what we consider the dominance-submission pattern (Ortega, 1998; 2003), aggressive roles are not clearly delimited in adolescent dating violence. In contrast, they reported that *this aggressive dynamic pattern in relationships would become more complex, manifesting itself in multiple examples of dominance-submission attitudes and behavior involving both of the partners, possibly at different times and accompanied by different patterns of communication and power management, making dating and courting violence a matter of great relational and affective complexity* (Ortega-Rivera et al., 2010, pp.227). With regard to the seriousness of aggressive behavior, this interpretation would also explain the blurriness of this tendency towards double involvement: abuse and victimization are not necessarily perceived as having the same degree of seriousness. The difference has traditionally been defended from the feminist viewpoint, which saw female aggression as a defensive response to male abuse and therefore as a milder form of violence (Reed et al., 2010). However, the absence of differences due to sex seems to indicate that double involvement in violent behavior, albeit with different levels of seriousness, is just as common in boys as it is in girls, and any explicatory interpretations of the phenomenon are equally valid for both sexes.

#### **1.4. Explicative models for physical violence in dating relationships**

The fourth objective of this study, established with a view to deepening our understanding of this type of behavior in adolescent dating relationships, was to explore variables associated with physical violence between adolescent partners and identify those which may act as risk factors.

Our results firstly underlined the convenience of considering abuse and victimization as phenomena with clearly differentiated explicative factors which nevertheless tend to co-occur with a high level of correlation. We also found that using a two factor model which differentiates between mild and severe degrees of abuse and victimization offered further possibilities for explaining violence. In this regard, several authors have shown that intimate partner violence manifests itself gradually (González & Santan, 2001; Taylor et al., 2010), in line with rising conflict escalation, and is stimulated by its own two-directional nature. Boys and girls would in

theory therefore start off as aggressors and victims in milder forms of violence and their violent behavior would gradually grow in intensity until it becomes more serious.

However, this picture would appear to be somewhat less clear in the case of abuse, particularly by boys. Since involvement has been shown to be similar in both mild and severe forms of abuse, it may appear that both phenomena occur more or less might indistinctly. However, the tendency is more prevalent in the case of boys, whose rates of involvement in severe abuse were even higher than those corresponding to mild abuse. To understand what is happening, it would probably be necessary to question the measuring instrument itself which, even when it was subjected to a confirmatory analysis to check its two factor structure, indicated a certain degree of ambivalence in boys. Boys also provided a single factor model with an acceptable fit. This may indicate that boys do not differentiate between levels of seriousness in violent conduct, possibly because they tend to accept such behavior as normal. Different authors have mentioned the male preference for establishing social contact by means of physical contact (Ortega-Rivera et al., 2010), often in its roughest forms; this behavior may therefore now be something quite habitual and even not even considered violent, more serious forms of violence being employed when an individual wishes to express strong emotion.

Secondly, our results corroborated the hypothesis regarding the desirability of a multi factor approach, like that adopted in the work carried out by Capaldi, which takes into account not only personal but also contextual variables. In this regard, the differences between the different players and roles (boys, girls, victims and aggressors) have highlighted the complexity of a phenomenon which cannot be explained using simple models focusing exclusively on proximal variables and ignoring distal variables and their relationships with the former.

With regard to the block of personal variables we considered, our models coincided with earlier literature in that they highlighted the importance of both internalizing and externalizing behavior and also of some high risk conduct associated with substance consumption as explicatory factors for involvement in violence. In terms of internalizing behavior, although some earlier studies have suggested that depressive symptoms and low self esteem may act as predictors for the involvement in violence of (mainly) girls (Kim and Capaldi, 2004) and (mainly) boys (Foshee et al., 2004) respectively, the models used in this study supported the results obtained by Roberts and Klein (2003), revealing depression to be a variable with predictive weight for both abuse and victimization in boys. Internalizing behavior would appear to have a direct and indirect predictive effect on male involvement in violence, while for girls the only

---

personal variables with predictive weight for involvement in violence are externalizing behavior and high risk conduct.

Earlier studies had shown the importance of externalizing behavior as a predictor for boys' involvement in violence (for example Woodward et al., 2007) and as an indication of the consequences of this type of violence for girls (Roberts & Klein, 2003), although these differences may be affected by the lack of longitudinal analyses which might confirm such tendencies. The results obtained in this study underlined the role played by delinquency both as an explicatory factor for victimization in both boys and girls and for abuse in girls. The predictive weight of delinquent behavior extends not only to violence itself but also to other peer context and dating variables which in turn can also act as predictors for violence. This same pattern of direct and indirect influence was repeated for male abuse, although here it was verbal abuse, as a manifestation of externalizing behavior, which proved to have the most predictive weight. Similarly, our results also supported the conclusions reached in several studies (González-Ortega et al., 2008, for example) regarding the correlation which exists, in the case of girls, between externalizing behavior and high risk conduct associated with substance consumption. In this respect, our female victimization model coincided with the results obtained by Rivera-Rivera et al. (2006) in showing tobacco and drug consumption as a variable linked to delinquent behavior and also as a predictor for dating conflict and for mild victimization at the hands of the partner.

Finally, with regard to personal variables, some earlier studies had shown how involvement in intimate partner violence was influenced by attitudinal variables deriving from sexist behavioral models (Foshee et al., 2004; Rojas-Solís & Carpintero, 2011). In our study we found that hostile sexism was a predictor for abuse in boys. This would seem to confirm those theories which argue that much of the physical abuse that takes place in dating relationships has its origin in the male's feeling of superiority and possessiveness towards the girl.

With regard to socio-contextual variables, in most cases involvement in peer violence seems to be linked to involvement in intimate partner violence, as already indicated by Swahn et al. (2008). Earlier work with abuse models had shown that experience of abuse towards peers acted as a risk factor for involvement in violence toward the partner, and therefore had considerable predictive weight (Pepler et al., 2006; Swahn et al., 2008). In the light of the different arguments which corroborate the existence of a close relationship between physical and sexual violence (Fernández-Fuertes & Fuertes, 2010; Viejo, 2009), the results of this study are quite understandable: for both boys and girls, previous experience of sexual abuse in the peer context acts as a predictor factor for involvement in dating abuse. For girls it was the milder

forms of sexual abuse among peers – those involving verbal or visual violence – which have greater predictive weight not only for involvement in dating abuse but also for the emergence of conflicts which in turn also act as predictors for violence between dating partners. In the victimization model, however, this predictor variable disappears. Among boys, more serious forms of sexual violence - those involving physical contact – act as direct predictors for both mild and severe forms of abuse between dating partners, and as direct and indirect predictors – through negative quality variables in dating relationships - for victimization at the hands of the partner.

Capaldi et al. (2003; 2005) had already demonstrated that, among contextual variables, those variables associated with the dating relationship context itself took on particular importance as explicatory factors for violence. The explicative models produced supported this point of view. In all cases, negative quality variables in the relationship were shown to act as predictors for involvement in violence. Although earlier literature had shown that relationship length and/or solidity acts as a predictor variable (Kaestle & Halpern, 2005; Ray & Gold, 1996), the correlations we performed prior to the explicative models showed no link between this variable and involvement in physical abuse or victimization, either in boys or girls. They did, however, reveal the relationship which exists between dating violence and, mainly, conflict and power imbalance variables. Models produced in research that has focused on the role played by jealousy in the emergence of conflict between dating partners and on how this conflict is linked to power imbalance between the members of the dyad (O’Leary & Smith-Slep, 2003; Vezina & Hebert, 2007, and others) have shown that, in all cases, conflict acts as a predictor of mild forms of physical abuse and victimization. Some authors (for example Straus & Gelles, 1987) consider this relationship part of a conflict escalation process which begins with misunderstandings and differences of opinion between partners and gradually adopts a negative relational dynamic resulting in abuse towards the partner: at first verbal or mild physical abuse but potentially more serious as the process continues.

Overall, the models produced have validated the general proposals set forth in past literature (Capaldi et al., 2003), underlining the explicatory significance of both personal and contextual variables, be these representative of the peer context or the relationship context, in such a complex phenomenon as physical violence in dating relationships. They also confirmed the desirability of establishing differential models for boys and girl, as already suggested by several authors (Follingstad et al., 1991; 1999; Jackson, 1999; O’Keefe and Treister, 1998; Capaldi & Owen, 2001; Magdol et al., 1998; and others). Although the blocks of variables identified in each

---

case are similar, both the specific variables with the most explicative weight and the actual weight of those variables differ.

In this respect, in accordance with what the preliminary correlations led us to expect, girls not only reflected simpler models than boys but they also produced better fitting final models. Female physical abuse was directly defined by externalizing behavior and negative relationship quality, whereas experience of abuse in the peer context only had a direct effect on serious abuse. In the male abuse model, however, it was not only externalizing behavior and conflict in the dating relationship but also experience of abuse with peers which directly affected mild abuse. Serious male abuse was defined by prior experience of abuse, regardless of whether this was in the relationship context or the peer context, but also by the personal variable of depression. One of the most interesting variables in this model is that of hostile sexism, which may reflect traces of a traditional machista ideology among adolescents involved in violence.

The same patterns were repeated for victimization, with girls assuming the simpler models. Predictive weight for mild female victimization was once again assumed by personal variables and relationship context variables, while serious victimization was predicted by experience of mild victimization and the absence of a disposition towards delinquency (or, in other words, delinquent behavior may act as a protective factor for serious female victimization). In this case, peer context variables disappear. Possible explicatory factors for male physical victimization include variables from the three areas, which also correlate directly and indirectly both with one another and with mild physical victimization. Serious victimization, however, was only predicted by prior experience of mild victimization.

All the models underlined the findings described above: boys and girls differ in the way they experience and perceive violence within their relationship but they nevertheless all display a common behavioral pattern in which personal and relationship context variables directly contribute towards explaining mild violence. Peer context generally plays a less prominent role. The results also showed that, as already reported in literature, this violence gradually becomes more serious, to the extent that prior involvement in mild violence usually constitutes the best predictor variable for serious violence.

In view of all this, it would therefore appear that the most effective way to address to such a complex phenomenon as this is to take a multi-factor approach, since this makes it possible to analyze and explain physical violence in adolescent dating relationships in greater detail.

## 2. Usefulness and limitations of the study and areas for future research

---

As a continuation of the research that had previously been carried out into adolescent dating in general and physical violence in adolescent dating relationships in particular, the objective of this study was at all times to contribute empirical facts which would aid progress in our understanding of the phenomenon. The results obtained and the conclusions drawn following their analysis have provided new data and clarified other points which were still somewhat unclear in the studies available. However, this contribution to scientific research should not overshadow the limitations we have encountered in our process of investigation: limitations which, on one hand, emphasize the need for due caution when interpreting results and, on the other, point the way for future lines of research.

Perhaps the principal contribution made by our study lies in its very structure: the broad scope of our approach to adolescent dating relationships made it possible to draw together their two most controversial aspects. Firstly, it demonstrated the importance of dating to the adolescents themselves, highlighting its contribution to personal development (above all in the case of satisfactory sentimental relationships). Secondly, it drew attention to one of the main risks involved in this new type of relationship: that of intimate partner violence. Our study emphasized the need not only to prevent and eradicate this violence but also to help young people cultivate satisfactory, quality relationships, with all the attendant benefits for their own personal development and search for happiness.

One of the study's strong points was the way it addressed different aspects of methodology. One example of this is to be seen in the representative sample group of more than three thousand Andalusian adolescents, selected using a sampling procedure which made it possible to extrapolate the results to Spain as a whole. Another was the use of CFA to validate a battery of instruments which allowed us to study and analyze adolescent dating relationships, the dynamics of violence generated therein and also some of the partners' personality traits.

Finally, mention should also be made of progress in terms of the results themselves. The specific application of a Positive Psychology approach to the field of adolescent dating relationships was in itself a groundbreaking innovation. The benefits of love and the positive impact of dating on adolescent development had already been analyzed from this perspective in previous research, but taking into account the recent inclusion both of adolescent dating and of

---

the Positive Psychology perspective as objects of scientific study, this work was the first time the two aspects had been considered together. The possibilities indicated by our results in this respect is very encouraging for a more in-depth pursuit of this line of research in the future.

Our search for models capable of explaining physical intimate partner violence - encompassing both the wide range of variables analyzed and the very nature of that analysis - also proved extremely useful in furthering our understanding of dating violence. Our research into risk factors has directly contributed to the development of violence prevention and anti-violence action programs for adolescent dating couples. The explicative models produced were very useful not only for fine tuning the prevention and action programs that have been implemented to date, but also for developing new measures which take into account the differences we discovered in, for example, the seriousness of violent conduct.

However, as we mentioned right at the start, it is also necessary to point out some of the limitations we came across during the course of our work. Firstly, the sample group, although it allowed us to extrapolate results to Andalusia as a whole, was neither sufficiently large nor representative of the Spanish population. The difficulties reported in earlier literature regarding the cultural differences which may be established not only when defining relationships but also when interpreting behavior within those relationships still need to be addressed. Future research might make up for this lack of data by extending the sample group to cover the whole nation (and thereby also facilitating cross-national studies) or by comparing cultural aspects with other regions of Spain in order to validate the broader relevance of the results.

The instruments we employed also imposed certain limitations. Although the scope of the battery of questionnaires allowed us to analyze a number of different aspects, the inclusion of instruments focusing more on qualitative data would have helped us to understand some other aspects which unfortunately we were not able to analyze. For example, it would have been useful to have some means of studying how the different relationship phases come into existence. Including a semi-structured interview or group-focus techniques would have allowed us more thoroughly to identify the variables which affect relationship development and which may be linked to the cultural context. Likewise, this type of data gathering technique would have contributed to a greater understanding of how boys and girls differ with regard to violent conduct and their own interpretation of the same. In future research it would be useful to consider an analytical technique combining qualitative and quantitative instruments.

Longitudinal analyses would also help us to understand these aspects of adolescent development. At the same time they would make it easier to interpret data pertaining to predictor factors and improve the fit of explicative models to the reference population data. With regard to explicative models for violence, another of the limitations we found in this study was our linear, single-direction vision of such models – from personal variables to group variables and from group variables to relationship variables - with no consideration of the flow which may also be taking place in the opposite direction. The benefits a dating relationship may represent for personal development and the effect such a relationship may have on behavior in the peer group might aid us in defining new explicative models which take into account the development of social interaction.

Finally, perhaps one of the most important aspects yet to be addressed in this line of research is the specific, dedicated analysis of the dating relationship itself, focusing not only on the point of view of one member of the dyad but comparing and contrasting the way both members perceive and interpret the development of their relationship and the actual dynamics generated within it. If we assume the argument that it is necessary to study not only aggressive conduct but also the context in which that conduct takes place and how it is interpreted, the wealth of information to be obtained by comparing both partners' perceptions of the intra-relational dynamic leading to violence and by studying the differences in the significance attached to such aggressive episodes by boys and girls would allow us to explore and analyze the dynamics underlying dating in much greater depth.

---



# Referencias

8



- AAUW. American Association of University Women. (1993). *Hostile hallways: The AAUW survey on sexual harassment in America's schools*. Washington, DC: American Association of University Women Educational Foundation.
- Abad, J., Forns, M., Amador, J. A., y Martorell, B. (2000). Fiabilidad y validez del Youth Self Report en una muestra de adolescentes. *Psicothema*, 12, 49-54.
- Achenbach, T.M. (1991). *Manual for the Youth Self Report and 1991 profile*. Burlington, VT: University of Vermont
- Ackard, D. M., y Neumark-Sztainer, D. (2002). Date violence and date rape among adolescents: associations with disordered eating behaviors and psychological health. *Child Abuse and Neglect*, 26, 455-473.
- Acosta, L., Fernández, A. y Pillón, S. (2011). Factores sociales para el uso de alcohol en adolescentes y jóvenes. *Revista Latino-Americana Enfermagem*, 19, 771-781.
- Aguirre, A. M., y García-Quiroga, M. (1997). Violencia prematrimonial: un estudio exploratorio en universitarios. *Última Década*, 6, 1-9.
- Amurrio, M., Larrinaga, A., Usategui, E. y Del Valle, A. (2010). Violencia de género en las relaciones de pareja de adolescentes y jóvenes de Bilbao. *Zerbitzuan*, 47, 121-134.
- Archer, J. (2000). Sex differences in Aggression between heterosexual partners: a Meta-Analytic review. *Psychological Bulletin*, 126 (5), 651-680.
- Arim, R., Dahinten, S., Marshall, S. y Sahpka, J. (2011). An examination of the reciprocal relationships between adolescents' aggressive behaviors and their perceptions of parental nurturance. *Journal of Youth Adolescence*, 40, 207-220.
- Arriaga, X., y Foshee, V. A. (2004). Adolescent Dating Violence: Do adolescents follow in their friends', or their parents', footsteps? *Journal of Interpersonal Violence*, 19, 162-184.
- Atienza, F.L., Moreno, Y., y Balaguer, I. (2000). Análisis de la dimensionalidad de la Escala de Autoestima de Rosenberg en una muestra de adolescentes valencianos. *Revista de Psicología Universitas Tarraconensis*, 22, 29-42.
- Bandura, A. (1973). *Aggression: A social learning analysis*. Oxford: Prentice-Hall.
- Bandura, A. (2007). Social Learning Theory of Aggression. En J. F. Knutson (Eds.), *The control of Aggression* (pp. 201-252). New Brunswick: Aldine Transaction.
- Bank L, y Burraston B. (2001). Abusive home environments as predictors of poor adjustment during adolescence and early adulthood. *Journal of Community Psychology*, 29, 195-217.

- Baños, R. M., y Guillén, V. (2000). Psychometric characteristics in normal and social phobic samples for a Spanish version of the Rosenberg self-esteem scale. *Psychological Reports, 87*, 269-274.
- Barnes, J., Noll, J., Putman, F. y Trickett, P. (2009). Sexual and Physical Revictimization among victims of severe childhood sexual abuse. *Child abuse Neglect, 33*, 412-420.
- Baumeister, R. y Leary, M. (1995). The need to belong: desire for interpersonal attachment as a fundamental human motivation. *Psychological Bulletin, 117*, 497-529.
- Beauducel, A., y Yorck, P. (2006). On the performance of Maximum Likelihood versus Means and Variance Adjusted Weighted Least Squares Estimation in CFA. *Structural Equation Modeling: A Multidisciplinary Journal, 13*, 186-203.
- Benson, P., Scales, P., Hamilton, S. y Sesman, A. (2006). Positive youth development: Theory, research and applications. En R. M. Lerner (Ed.), *Theoretical models of human development (I). Handbook of Child Psychology* (pp. 894-941). Hoboken, New Jersey: Wiley.
- Black, M. C., Noonan, R., y Legg, M. (2006). Physical dating violence among high school students. United States, 2003. *Morbidity and Mortality Weekly Report, 55*, 532-535.
- Bollen, K. A. (1989). *Structural equations with latent variables*. New York: Willey.
- Bonino-Méndez, L. (1995). Desvelando los Micromachismos en la Vida Conyugal. En J. Corsi, M. L., Dohmen, y M. A. Sotés. (Eds.), *Violencia Masculina en la Pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención* (pp. 191-208). México, Buenos Aires, Barcelona: Paidós.
- Bookwala, J., Frieze, I., Smith, C., y Ryan, K. (1992). Predictors of Dating Violence: a multivariate analysis. *Violence and Victims, 7* (4), 297-311.
- Bouchey, H. (2007): Perceived Romantic Competence, Importance of Romantic Domains, and Psychosocial Adjustment. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology, 36*, 503-514.
- Bouchey, H. A., y Furman, W. (2003). Dating and romantic experiences in adolescence. En G. R. Adams, y M. Berzonsky (Eds.), *The Blackwell handbook of adolescence* (pp.313-329). Oxford, UK7: Blackwell Publishers.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss: Attachment (I)*. New York: Basic.
- Braithwaite, S., Delevi, R., y Fincham, F. (2010). Romantic relationships and the physical and mental health of college students. *Personal relationships, 17*, 1-12.
-

- Brendgen, M., Vitaro, F., Tremblay, R., y Wanner, B. (2002). Parent and peer effects on delinquency-related violence and dating violence: A test of two mediational models. *Social Development* 11,225-244.
- Brown, B. B. (1999). "You're going out with who?" Peer group influences on adolescent romantic relationships. En W. Furman, B. B. Brown y C. Feiring (Eds.), *The development of romantic relationships in adolescence* (pp. 291-329). New York: Cambridge University Press.
- Brown, B. y Larson, J. (2009). Peer relationships in adolescence. En R. M. Lerner y L. Steinberg (Eds.), *Handbook of adolescent psychology (II): Contextual influences on adolescent development* (pp. 74-103). Hoboken, NJ: John Wiley y Sons.
- Brown, B., Larson, J., y Saraswathi, T. S. (2002). *The world's youth. The adolescence in eight regions of the globe*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Butzer, B., y Kuiper, N. (2008): Humor Use in Romantic Relationships: The Effects of Relationship Satisfaction and Pleasant Versus Conflict Situations. *Journal of Psychology: Interdisciplinary and Applied*, 142 (3), 245-260.
- Byrne, B. (2009). *Structural Equation Modeling with AMOS. Basic concepts, applications, and programming*. Canada: Psychology Press.
- Cáceres, A., y Cáceres, J. (2006). Violencia en relaciones íntimas en dos etapas evolutivas. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 6 (2), 271-284.
- Callahan, M., Tolman, R., y Saunders, D. (2003). Adolescent dating violence victimization and psychological well-being. *Journal of Adolescent Research*, 18, 664-681.
- Campbell, K., Sedikides, C. y Bosson, J. (1994). Romantic involvement, self-discrepancy, and psychological well-being: a preliminary investigation. *Journal of Personal Relationships*, 1, 399-404.
- Capaldi, D. M., Kim, H. K., y Shortt, J. W. (2004). Women's involvement in aggression in young adult romantic relationships. En M. Putalvez, y K. L. Bierman (Eds.), *Aggression, antisocial behavior, and violence among girls* (pp. 223-241). New York: Guilford Press.
- Capaldi, D. M., Shortt, J. W., y Crosby, L. (2003). Physical and psychological aggression in at-risk young couples: Stability and change in young adulthood. *Merrill-Palmer Quarterly*, 49, 1-27.
- Capaldi, D. M., Shortt, J. W., y Kim, H. K. (2005). A life span developmental system perspective on aggression toward a partner. En W. M. Pinsof y J. Lebow (Eds.), *Family Psychology: the Art of the Science*. Oxford, United Kingdom: Oxford Press.

- Capaldi, D. M., y Crosby, L. (1997). Observed and reported psychological and physical aggression in young, at-risk couples. *Social Development, 6* (2), 184-206.
- Capaldi, D. M., y Kim, H. K. (2007). Typological approaches to violence in couples: a critique and alternative conceptual approach. *Clinical Psychology Review, 27*, 253-265.
- Capaldi, D. M., y Owen, L. (2001). Physical Aggression in a Community Sample of At-Risk Young Couples: gender comparisons for high frequency, injury and fear. *Journal of Family Psychology, 15* (3), 425-440.
- Capaldi, D.M., y Gorman-Smith, D. (2003). The Development of Aggression in Young male/female couples. En P. Florsheim (Eds.), *Adolescent romantic relations and sexual behaviour. Theory, research and practical implication* (pp. 243-278). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum.
- Carlson, B. E. (1987). Dating Violence: a Research Review and Comparison with Spouse Abuse. *Social Casework 68* (1), 16-23.
- Carlson, C., y Master, J. (1986). Inoculation by emotion: effects of positive emotional states on children's reactions to social comparison. *Developmental Psychology, 22*, 760-765.
- Carver, K., Joyner, K., y Udry, R. (2003). National Estimates of Adolescent Romantic Relationships. En P. Florsheim (Eds.), *Adolescent romantic relationships and sexual behaviors: Theory, research, and practical implications* (pp. 23-56). Mahwah, NJ, USA: Lawrence Erlbaum.
- Cassidy, J., y Shaver, P. (2008). *Handbook of attachment: Theory, Research, and Clinical Applications*. Gilford Press, New York.
- Catena, A., Ramos, M. M., y Trujillo, H. M. (2003). *Análisis multivariado: un manual para investigadores*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Chase, K., Treboux, D., y O'Leary, D. (2002). Characteristics of High-Risk Adolescents' Dating Violence. *Journal of Interpersonal Violence, 17*, 33-49.
- Chóliz, M. (2004). *Psicología de los motivos sociales*. Formato Electrónico. Recuperado en marzo 2012 de [www.uv.es/~choliz](http://www.uv.es/~choliz).
- Chung, D. (2005). Violence, control romance and gender equality: young women and heterosexual relationships. *Women's studies international forum, 28*, 445-455.
- Claes, M., Lacourse, E., Ercolan, A., Pierro, A., Leone, L., y Presaghi, F. (2005). Parenting, peer orientation, drug use, and antisocial behaviour in late adolescence: a cross-national study. *Journal of Youth and Adolescence, 34* (5), 401-411
-

- Cleveland, H., Herrera, V., y Stuewig, J. (2003). Abusive Males and Abused females in adolescent relationships: risk factor similarity and dissimilarity and the role of relationship seriousness. *Journal of Family Violence, 18* (6), 325-339.
- Clore, G. L., Schwarz, N., y Conway, M. (1994). Affective Causes and Consequences of Social Information Processing. En R. Wyer y T. Srull (Eds.), *Handbook of Social Conditions (I): Basis Processes* (pp. 323-471). Hillsdale, New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- Coker, A. L., McKeown, R. E., Sanderson, M., Davis, K. E., Valois, R. F., y Huebner, S. (2000). Severe Dating Violence and Quality of Life Among South Carolina High School Students. *American Journal of Preventive Medicine, 19* (4), 220-227.
- Coleman, D., y Straus, M. A. (1986). Marital power, conflict and violence in a nationally representative sample of american couples. *Violence and Victims, 1* (2), 141-158.
- Coleman, J., y Hendry, L. (1999). The nature of adolescence. London: Roudledge.
- Collins, A. (2003). More than Myth: The Developmental Significance of Romantic Relationships during Adolescence. *Journal of Research on Adolescence, 13* (1), 1-24.
- Collins, N., y Read, S. (1990). Adult attachment, working models ans relationship quality in dating couples. *Journal of Personality and Social Psychology, 58* (4), 644-663.
- Collins, W. A., Welsh, D., y Furman, W. (2009). Adolescent Romantic Relationships. *Annual Reviews of Psychology, 60*, 631-652
- Collins, W. A., y Sroufe, L. A. (1999). Capacity for intimate relationships: a developmental construction. En W. Furman, C. Feiring y B.B. Brown (Eds.), *Contemporary Perspectives on Adolescent Romantic Relationships* (pp. 125-147). New York: Cambridge Univ. Press.
- Compian, L., Gowen, L., y Hayward, C. (2004). Peripubertal girls' romantic and platonic involvement with boys: associations with body image and depression symptoms. *Journal of Research on adolescence, 14*, 23-47.
- Conger, R., Cui, M., Bryant, C., y Elder, G. (2000). Competence in early adult romantic Relationships: a Developmental Perspective on Family Influences. *Journal Personality and Social Psychology 79*, 224.
- Connolly, J. A., y McIsaac, C. (2008). Adolescent romantic relationships: beginnings, endings, and psychosocial challenges. *International Society for the Study of Behavioural Development Newsletter, 53*, 1-5.

- Connolly, J., Craig, W., Goldberg, A., y Pepler, D. (1999). Conceptions of cross-sex friendships and romantic relationships in early adolescence. *Journal of Youth and Adolescence*, 28, 481-493.
- Connolly, J., Craig, W., Goldberg, A., y Pepler, D. (2004). Mixed-gender groups, dating and romantic relationships in early adolescence. *Journal of Research on Adolescence*, 14, 185-207.
- Connolly, J., Furman, W., y Konarski, R. (2000). The role of peers in the emergence of heterosexual romantic relationships in adolescence. *Child Development*, 71, 1395-1408.
- Connolly, J., Nocentini, A., Menesini, E., Pepler, D., Craig, W., y Williams, T. (2010). Adolescent dating aggression in Canada and Italy: a cross-national comparison. *International journal of behavioral development*, 34, 98-105.
- Connolly, J., Pepler, D., Craig, W., y Taradash, A. (2000). Dating Experiences of Bullies in Early Adolescence. *Child Maltreatment*, 5, 299-310.
- Connolly, J., y Goldberg, A. (1999). Romantic Relationships in Adolescence: the role of friends and peers in their emergence and development. En W. Furman, B. Brown., y C. Feiring (Eds.), *The Development of Romantic Relationships in adolescence* (pp. 226-290). Cambridge: Cambridge University Press.
- Connolly, J., y Johnson, A. (1996). Adolescents' romantic relationships and the structure and quality of their close interpersonal ties. *Personal Relationships* 3 (2), 185-195.
- Connolly, J., y Mclsaac, C. (2009). Adolescents' explanations for romantic dissolutions: a developmental perspective. *Journal of adolescence*, 32, 1209-1223.
- Connolly, J., y Mclsaac, C. (2011). Romantic Relationships in Adolescence. En M. Underwood y L. Rosen (Eds.), *Social Development: relationships in infancy, childhood, and adolescence* (pp. 180-206). London: Guilford Press.
- Dahinten, S. V. (2003). Peer Sexual Harassment in Adolescence: The Function of Gender. *Canadian Journal of Nursing Research*, 35, 26-73.
- Davila, J., Steinberg, S. J., Kachadourian, L., Cobb, R., y Fincham, F. (2004). Romantic involvement and depressive symptoms in early and late adolescence: *The role of preoccupied relational style*. *Personal Relationships*, 11, 161-178.
- De la Peña, M. E. (2010). Conducta antisocial en adolescentes: factores de riesgo y de protección. Universidad Complutense de Madrid. Tesis doctoral no publicada.
- Diener, E. (1984). Subjective well-being. *Psychological Bulletin*, 95, 542-575.
-



- Diener, E. y Diener, M. (2009). Cross-cultural correlates of life satisfaction and self-esteem. *Journal of Culture and Well-being*, 38, 71-91.
- Diener, E. y Seligman, M. (2002). Very Happy people. *Journal of psychological science*, 13, 81-84.
- Diener, E., Suh, E., Lucas, R., y Smith H. (1999). Subjective well-being: three decades of progress. *Psychological Bulletin*, 125, 276-302.
- Diener, E., y Lucas, R. E. (2000). Explaining differences in societal levels of happiness: relative standards, need fulfillment, culture, and evaluation theory. *Journal of Happiness Studies*, 1, 41-78.
- Dunphy, D. (1963) The social structure of urban adolescent peer groups. *Sociometry*, 26, 230-246.
- Dutton, D. (1998). *The abusive personality: violence and control in intimate relationships*. New York: Guilford Press.
- Dutton, D. G., Saunders, K., Starzomski, A., y Bartholomew, K. (1994). Intimacy-anger and insecure attachment as precursors of abuse in intimate relationships. *Journal of Applied Social Psychology*, 24, 1367-1386.
- Dutton, M., y Goodman, L. (2005). Coercion in intimate partner violence: Toward a new conceptualization. *Sex Roles*, 52, 743-756.
- Echeburúa, E. (1995). *Evaluación y tratamiento de la fobia social*. Barcelona: Martínez Roca.
- Eckhardt, C., Samper, R., Suhr, L., y Holtzworth-Munroe, A. (2012). Implicit attitudes toward violence among male perpetrators of intimate partner violence: a preliminary investigation. *Journal of interpersonal violence*, 27, 471-491.
- Ehrensaft, M., Brown, J., Smailes, E., Chen, H., y Johnson, J. (2003). Intergenerational transmission of partner violence: a 20-year prospective study. *Journal of consulting and clinical psychology*, 71, 741-753.
- Erikson, E. (1968). *Identity: Youth and crisis*. New York: Norton.
- Espelage, D. L. y Holt, M. K. (2007). Dating violence and sexual harassment across the bully-victim continuum among middle and high school students. *Journal of Youth and Adolescence*, 36, 799-811.
- Feinstein, S., y Ardon, M. (1973). Trends in dating patterns and adolescent development. *Journal of Youth and adolescence*, 2, 157-166.
- Feiring, C., Simon, V., y Cleland, C. (2009). Childhood Sexual Abuse, Stigmatization, Internalizing Symptoms, and the Development of Sexual Difficulties and Dating Aggression. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 77 (1), 127-137.

- Fernández-Fuertes, A. A., y Fuertes-Martín, A. (2005). Violencia sexual en las relaciones de pareja de los jóvenes. *Sexología Integral*, 2, 126-132.
- Fernández-Fuertes, A. y Fuertes, A. (2010). Physical and psychological aggression in dating relationships of Spanish adolescents: motives and consequences. *Child Abuse & Neglect*, 34, 183-191.
- Fernández-Fuertes, A., Fuertes, A., y Pulido, R. (2006). Evaluación de la violencia en las relaciones de pareja de los adolescentes. Validación del Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory (CADRI). *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 6, 339-358.
- Ferrer, V. A., Bosch, E., Navarro, C., Ramis, M. C., y García-Buadés, M. E. (2008). Los micromachismos o microviolencias en la relación de pareja: una aproximación empírica. *Anales de Psicología*, 24, 341-352.
- Field, A. (2009). *Discovering Statistics using SPSS*. London: SAGE.
- Field, A. y Hole, G. (2003). *How to design and report experiments*. London: SAGE
- Fierro, A. (2009). Filosofía del buen vivir. El buen vivir: su examen filosófico. En C. Vázquez y G. Hervás (Eds.), *La ciencia del bienestar*. Madrid: Alianza.
- Fisher, M., y Stricker, G. (1982). *Intimacy*. New York: Plenum Press.
- Fitzgerald, L. F., Gelfand, M. J., y Drasgow, F. (1995). Measuring sexual harassment: Theoretical and psychometric advances. *Basic and Applied Psychology*, 17, 425-445.
- Fitzpatrick, M., Salgado, D., Suvak, M., King, L., y King, D. (2004). Associations of gender and Gender-Role Ideology with behavioral and attitudinal features of intimate partner aggression. *Psychology of men and masculinity*, 5 (2), 91-102.
- Follingstad, D., Bradley, R., Helff, C., y Laughlin, J. (2002). A model for Predicting Dating Violence: anxious attachment, angry temperament and need for relationship control. *Violence and Victims* 17 (1), 35-47.
- Follingstad, D., Bradley, R., Laughlin, J., y Burke, L. (1999). Risk factors and correlates of Dating Violence: the relevance of examining frequency and severity levels in a college sample. *Violence and Victims*, 14 (4), 365-380.
- Follingstad, D., Wright, S., Lloyd, S., y Sebastian, J. (1991). Sex Differences in Motivations and Effects in Dating Violence. *Journal of Family Relations*, 40, 51-57.
- Foshee, V. A., Bauman, K. E., Linder, F., Rice, J., y Wilcher, R. (2007). Typologies of adolescent dating violence: identifying typologies of adolescent dating violence perpetration. *Journal of Interpersonal Violence*, 22, 498-519.
-

- Foshee, V. A., Bauman, K. E., y Linder, F. (1999). Family Violence and the Perpetration of Adolescent Dating Violence: Examining Social Learning and Social Control Processes. *Journal of Marriage and the Family*, 61 (2), 331-342.
- Foshee, V. A., Benefield, T. S., Ennet, S. T., Bauman, K. E., y Suchindran, C. (2004). Longitudinal predictors of serious physical and sexual dating violence victimization during adolescence. *Preventive Medicine*, 39, 1007-1016.
- Foshee, V. A., Linder, F., MacDougall, J. E., y Bangdiwala, S. (2001). Gender differences in the longitudinal predictors of adolescent dating violence. *Preventive Medicine*, 32, 128-141.
- Foshee, V. A., y Matthew, R. A. (2007). Adolescent dating abuse perpetration: a review of findings, methodological limitations, and suggestions for future research. En D. J. Flannery, A. T. Vazonsyi y I. D. Waldman (Eds), *The Cambridge Handbook of Violent Behavior and Aggression* (pp. 431-449). New York Cambridge University Press.
- Foshee, V. A., y Reyes, H. L. M. (2009). Primary prevention of adolescent dating abuse perpetration: When to begin, whom to target, and how to do it. En D. J. Whitaker y J. R. Lutzger (Eds.), *Preventing partner violence: Research and evidence-based intervention strategies* (pp. 141-168). Washington, DC: American Psychological Association.
- Foshee, V., y Reyes, H. (2011). Dating abuse: prevalence, consequences and causes. En J. R. Roger (Eds), *Encyclopedia of adolescence* (pp. 602-615). New York: Springer.
- Fredrickson, B. (1998). What good are positive emotions? *Rev. General psychology*, 2, 300-319.
- Fredrickson, B. L. (2001). The role of positive emotions in positive psychology: the broaden-and-build theory of positive emotions. *American Psychologist*, 56, 219–226.
- Fredrickson, B., y Joiner, T. (2002). Positive emotions trigger upward spirals toward emotional well-being. *Psychological Science*, 13, 172-175.
- Friedlander, L., Connolly, J., Pepler, D., y Craig, W. (2007). Biological, familial, and peer influences on dating in early adolescence. *Archives of Sexual Behavior*, 36, 821 – 830.
- Fritz, P., y Smith-Slep, A. (2009): Stability of physical and Psychological adolescent dating aggression across time and partners. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 38, 303-314.
- Fuligni, A., Eccles, J., Barber, B., y Clements, P. (2001). Early Adolescent Peer Orientation and Adjustment During High School. *Developmental Psychology*, 37, 28-36

- Fuligni, A. y Eccles, J. (1991, abril). *Early Adolescent peer-orientation and parent-child relationships*. Paper presentado en el Biennial Meetings of the Society for Research in Child Development, Seattle, WA.
- Fuligni, A., y Eccles, J., (1993). Perceived Parent-child Relationships and Early Adolescents' Orientation toward Peers. *Developmental Psychology*, 29, 622-632
- Furman, W. (1996). The measurement of children and adolescent's perceptions of friendships: Conceptual and methodological issues. En W. M. Bukowski, A. F. Newcomb, y W. W. Hartup (Eds.), *The company they keep: Friendships in childhood and adolescence* (pp.41-65).Cambridge: Cambridge University Press
- Furman, W., Low, S., y Ho, M. (2009): Romantic Experience and Psychosocial Adjustment in Middle Adolescence. *Journal of Clinical Child y Adolescent Psychology*, 38 (1), 75-90.
- Furman, W., y Buhrmester, D. (1985) Children's perceptions of the personal relationships in their social networks. *Developmental Psychology*, 21, 1016-1024.
- Furman, W., y Buhrmester, D. (1992). Age and Sex Differences in Perceptions of networks of personal relationships. *Child Development*, 63, 103-115.
- Furman, W., y Buhrmester, D. (2009). The Network of Relationships Inventory: Behavioral Systems Version. *International Journal of Behavior Development*, 33, 470-478
- Furman, W., y Shaffer, L. (2003). The role of romantic relationships in adolescent development. En P. Florsheim (Eds.), *Adolescent romantic relations and sexual behavior: Theory, research and practical implication* (pp. 3-22). Mahwah NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Furman, W., y Shaver, L. (2003). The Role of Romantic Relationships in Adolescent Development. En P. Florsheim (Eds.), *Adolescent Romantic Relationships and Sexual Behaviors: Theory, research, and practical implications* (pp.). Mahwah, NJ: Lawrence Erlbaum Associates.
- Furman, W., y Shomaker, L. (2008). Patterns of interaction in adolescent romantic relationships: distinct features and associations with other close relationships. *Journal of Adolescence*, 31, 771-788.
- Furman, W., y Wehner E.A. (1994). Romantic views: Toward a theory of adolescent romantic relationships. En R. Montemayor, G. R. Adams, y G. P. Gullota (Eds.), *Advances in adolescent development (VI): Relationships during adolescence*(pp. 168-195). Oaks, CA: Sage Thousand.
- Furman, W., y Wehner, E. (1997). Adolescent Romantic Relationships: a developmental perspective. *New Directions for Child and Adolescent Development*, 78, 21-36.
-

- García-Moreno, C. (2000). *Violencia contra la Mujer(VI)*. Harvard Center for Population and Development Studies.
- Garrido-Genovés, V., y Casas-Tello, M. (2009). La prevención de la violencia en la relación amorosa entre adolescentes a través del taller "La Máscara del Amor". *Revista de Educación, 349*, 335-360.
- Gavin, H. (2008). *Understanding Research Methods and Statistics in Psychology*. London: SAGE
- Gillham, J. y Seligman, M. (1999). Footsteps on the road to a positive psychology. *Behaviour Research and Therapy, 37*, 163-173.
- Giménez, M., Vázquez, C., y Hervás, G. (2010). El análisis de las fortalezas psicológicas en la adolescencia: más allá de los modelos de vulnerabilidad. *Psychology, Society and Education, 2*, 97-116.
- Glass, G., Peckham, P., y Sanders, J. (1972). Consequences of failure to meet assumptions underlying the fixed effects analyses of variance and covariance. *Review of Educational Research Summer 42*, 237-288.
- Glick, P., y Hilt, L. (2000). From combative children to ambivalent adults: The development of gender prejudice. En T. Eckes y M. Trautner (Eds.), *Developmental social psychology of gender* (pp. 243-272 ). Mahwah, New Jersey: Erlbaum.
- González, M. P., Muñoz-Rivas, M. J., y Graña, J. L. (2003). Violencia en las relaciones de pareja en adolescentes y jóvenes: una revisión. *Psicopatología clínica, legal y forense, 3* (3), 23-39.
- González, R., y Santana, J. (2001). La violencia en parejas jóvenes. *Psicothema, 13* (1), 127-131.
- González-Ortega, I., Echeburúa, E., y De Corral, P. (2008). Variables significativas en las relaciones violentas en parejas jóvenes: una revisión. *Psicología Conductual, 16*, 207-225.
- Gorrese, A., y Ruggieri, R. (2012). Peer attachment: a meta-analytic review of gender and age differences and associations with parent attachment. *Journal of Youth Adolescence, 41*, 650-672.
- Gray, H., y Foshee, V. (1997). Adolescent Dating Violence. Differences between one-sided and mutually violent profiles. *Journal of Interpersonal Violence, 12* (1), 126-141.
- Greenberger, E., Chen, C., Dmitrieva, J., y Farruggia, S. (2003). Item-wording and the dimensionality of the Rosenberg Self-Esteem Scale: do they matter?. *Personality and Individual differences, 35*, 1241-1254.

- Grover, L., y Nangle, D. (2007): Introduction to the Special Section on Adolescent Romantic Competence: Development and Adjustment Implications. *Journal of Clinical Child y Adolescent Psychology*, 36 (4), 485-490.
- Gruber, J., y Fineran, S. (2008). The impact of bullying and sexual harassment on middle and high school girls. *Violence Against Women*, 13, 627-643.
- Gwartney-Gibbs, P. A., Stockard, J., y Bohmer, S. (1987). Learning Courtship Aggression: The Influence of Parents, Peers, and Personal Experiences. *Family Relations*, 36 (3), 276-282.
- Hall, S. (1904). *Adolescence: Its psychology and its relation to physiology, anthropology, sociology, sex, crime, religion, and education (I-II)*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.
- Hanby, M., Fales, J., Nangle, D., Serwik, A., y Hedrich, U. (2011). Social anxiety as a predictor of Dating Aggression. *Journal of Interpersonal violence*, 26, 1-22.
- Hand, J. Z., y Sanchez, L. (2000). Badgering or bantering? Gender differences in experience of, and reactions to, sexual harassment among U.S. high school students. *Gender and Society*, 14, 718-746.
- Harned, M. (2002). A Multivariate Analysis of Risk Markers for Dating Violence Victimization. *Journal of Interpersonal Violence*, 17, 1179-1197.
- Hatfield, E., Schmitz, E., Cornelius, J., y Rapson, R. L. (1988). Passionate love: How early does it begin?. *Journal of Psychology and Human Sexuality*, 1, 35-52.
- Hazan, C., y Shaver, P. (1987). Romantic love conceptualized as an attachment process. *Journal of Personality and Social Psychology*, 57 (3), 511-524.
- Hazan, C., y Shaver, P. (1994). Attachment as an Organizational Framework for Research on Close Relationships. *Psychological Inquiry*, 5 (1), 1-22.
- Hazan, C., y Zeifman, D. (1994). Sex and the psychological tether. En K. Bartholomew y D. Perlman (Eds.), *Advances in personal relationships (V): Attachment processes in adulthood* (pp. 151–177). London: Kingsley.
- Henderson, A. J., Bartholomew, K., y Dutton, D. G. (1997). He loves me; he loves me not: attachment and separation resolution of abused women. *Journal of family violence* 12, 169-191.
- Hendrick, S. S., Hendrick, C., y Adler, N. L. (1988). Romantic Relationships: Love, Satisfaction, and Staying Together. *Journal of Personality and Social Psychology*, 54 (6), 980-988.
- Hervás, G. (2009). Psicología positiva: una introducción. *Revista Interuniversitaria de Formación del Profesorado*, 66, 23-41.
-

- Hettrich, E., y O'Leary, D. (2007). Females' reasons for their physical aggression in dating relationships. *Journal of interpersonal violence*, 22, 1131-1143.
- Hickman, L., Jaycox, L., y Aronoff, J. (2004). Dating Violence among adolescents: prevalence, gender distribution and prevention Programa Effectiveness. *Trauma, Violence and Abuse*, 5 (2), 123-142.
- Himelein, M. (1995). Risk Factors for sexual Victimization in Dating: a longitudinal study of college women. *Psychology of Women Quartely*, 19 (1),31-48.
- Hinde, R. A. (1981). The bases of a science of interpersonal relationships. En Duck, S. y Gilmour, R. (Eds.), *Personal Relationships I: studying relationships* (pp. 1-22). London: Academic Press.
- Hinshaw, L. M. y Forbes, G. B. (1993) Attitudes toward women and approaches to conflict resolution in college students in Spain and the United States. *The Journal of Social Psychology*, 133, 865-867.
- Hird, M. J. (2000). An empirical study of adolescent dating aggression in the UK. *Journal of adolescence*, 23, 69-78.
- Hoelter, D. R. (1983). The analysis of covariance structures: Goodness-of-fit indices, *Sociological Methods and Research*, 11, 325-344
- Howard, D., Qiu, Y., y Boekeloo, B. (2003). Personal and Social Contextual Correlates of Adolescent Dating Violence. *Journal of Adolescent Health*, 33, 9-17.
- Howard, D., Wang, M. y Yang, F. (2007). Psychological factors associated with reports of physical dating violence among U.S. adolescent females. *Journal of Adolescence*, 42, 311-324
- Hu, L., y Bentler, P. (1995). Evaluating model fit. En R. H. Hoyle (Ed.): *Structural Equation Modeling: concepts, issues and applications* (pp. 76-99). Thousand Oaks, CA: Sage.
- Hydén, M (1995). Verbal Aggression as Prehistory of woman battering. *Journal of Family Violence*, 10, 55-71.
- INJUVE. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. (2007). *Juventud en Cifras. Entorno Familiar*. Recuperado en marzo 2012 de: <http://www.injuve.mtas.es/injuve/contenidos.type.action?type=1505849597ymenuld=1505849597>
- Isen, A. (1987). Positive affects, cognitive processes and social behavior. EnL. Berkowitz (Eds.), *Advances in Experimental Social Psychology* (pp. 1-65). London: Academic Press.
- Ivanova, M., Achenbach, T., Rescorla, L., Dumenci, L., Almqvist, F., Bilenberg, N, ... Verhulst, F. (2007). The generalizability of Youth Self-Report Syndrome Structure in 23 societies. *Journal of Consultingand Clinical Psychology*, 75, 729-738.

- Jackson, S. M. (1999). Issues in the Dating Violence Research: a Review of the Literature. *Aggression and Violent Behavior, 4* (2), 233-247.
- Jankowski, M. K., Leitenberg, H., Henning, K., y Coffey, P. (1999). Intergenerational Transmission of Dating Aggression as a Function of Witnessing Only Same Sex Parents vs Opposite Sex Parents vs Both Parents as Perpetrators of Domestic Violence. *Journal of Family Violence, 14* (3), 267-279.
- Jessor, R., y Jessor, S. (1977). *Problem behavior and psychosocial development: A Longitudinal Study of youth*. New York, Academic Press.
- Johnson, M. P. (1995). Patriarcal Terrorism and Common Couple Violence: two forms of violence against women. *Journal of Marriage and the Family, 57* (2), 283-294.
- Johnston, L., O'Malley, P., Bachman, J., y Schulenberg, J. (2012). *Monitoring the future: national results on adolescent drug use. Overview of key findings, 2011*. Ann Arbor: Institute for Social Research, The University of Michigan.
- Joyner, K., y Udry, J. R. (2000). You don't bring me anything but down: Adolescent romance and depression. *Journal of Health and Social Behavior, 41*, 369-391.
- Kaestle, C., y Halpern, C. (2005). Sexual Intercourse precedes partner violence in adolescent romantic relationships. *Journal of Adolescent Health, 36* (5), 386-392.
- Kanin, E (1957). Male Aggression in Dating-Courtship Relations. *American Journal of Sociology 63*, 197-204.
- Katz, J., Washington-Kuffel, S., y Coblenz, A. (2002). Are there gender differences in sustaining dating violence? An examination of frequency, severity, and relationship satisfaction. *Journal of Family Violence, 17*, 247-271.
- Kerig, P. (2010): Adolescent Dating Violence in Context: Introduction and Overview. *Journal of Aggression, Maltreatment and Trauma, 19*, 465-468.
- Kim, H. K., y Capaldi, D. M. (2004). The association of antisocial behavior and depressive symptoms between partners and risk for physical aggression in romantic relationships. *Journal of Family Psychology, 18*, 82-96.
- Kimmel, D., Ezpeleta, L., y Weiner, I. (1998). *La adolescencia: una transición al desarrollo*. Madrid: Ariel.
- Kinsfogel, K. M., y Grych, J. H. (2004). Interparental conflict and adolescent dating relationships: integrating cognitive, emotional and peer influences. *Journal of Family Psychology, 18*, 505-515.
-



- Kline, R. (2011). *Principles and practice of Structural Equation Modeling*. New York: Guildford Press.
- Kuttler, A. F. y La Greca, A. (2004). Linkages among adolescent girls' romantic relationships, best friends, and peer networks. *Journal of Adolescence*, 27, 395-414.
- La Greca, A., y Harrison, H. (2005). Adolescent peer relations, friendships, and romantic relationships: do they predict social anxiety and depression?. *Journal of clinical child and adolescent psychology*, 34, 49-61.
- Lacasse, A., Purdy, K., y Mendelson, M. (2003). The mixed company they keep: potentially offensive sexual behaviours among adolescents. *International Journal of Behavioral Development*, 27, 532-540.
- Langhinrichsen-Rohling, J., Hankla, M., y Dostal-Stormberg, C. (2004). The Relationship Behavior Networks of Young Adults: A Test of the Intergenerational Transmission of Violence Hypothesis. *Journal of Family Violence*, 19 (3), 139-151.
- Laporte, L., Jiang, D., Pepler, D., y Chamberland, C. (2011). The relationship between adolescents' experience of family violence and dating violence. *Youth and society*, 43, 3-27.
- Larson, R., Clore, G., y Wood, G. (1999): The Emotions of Romantic Relationships. Do they Wreak Havoc on Adolescents?. En W. Furman, B. Brown y C. Feiring (Eds.), *The Development of Romantic Relationships in Adolescence* (pp. 19-50). Cambridge: Cambridge University Press.
- Lavoie, F., Hebert, M., Tremblay, R., Vitaro, E., Vezina, L., y McDuff, P. (2002). History of family dysfunction and perpetration of dating violence by adolescent boys: a longitudinal study. *The Journal of Adolescent Health*, 30, 375-383.
- Leadbeater, B. J., Banister, E. M., Ellis, W. E., y Yeung, R. (2008). Victimization and relational aggression in adolescent romantic relationships: the influence of parental and peer behaviors, and individual adjustment. *Journal of Youth Adolescence*, 37, 359-372.
- Ledesma, R. (2008). Introducción al Bootstrap. Desarrollo de un ejemplo acompañado de software de aplicación. *Tutorials in Quantitative Methods for Psychology*, 4, 51-60.
- Lei, P-W. (2009). Evaluating estimation methods for ordinal data in Structural Equation Modeling. *Quality and Quantity*, 43, 495-507.
- Lemos, S., Fidalgo, A., Calvo, P., y Menéndez, P. (1992a). Estructura factorial de la prueba YSR y su utilidad en psicopatología infanto-juvenil. *Análisis y Modificación de Conducta*, 18, 883-905.

- Lemos, S., Fidalgo, A., Calvo, P., y Menéndez, P. (1992c). Validación de la escala de psicopatología infanto-juvenil YSR. *Clínica y Salud*, 3, 183-194.
- Lemos, S., Fidalgo, A., Calvo, P., y Menéndez, P. (1992b). Salud mental de los adolescentes asturianos. *Psicothema*, 4, 21-48.
- Lemos, S., Vallejo, G. y Sandoval, M. (2002). Estructura factorial del Youth Self-Report (YSR). *Psicothema*, 14, 816-822
- Lemus, S., Castillo, M., Moya, M., Padilla, J. L., y Ryan, E. (2007). Elaboración y validación del inventario de sexismo ambivalente para adolescentes. *International journal of clinical and health psychology*, 8, 537-562
- Lerner, R. M. (2005, septiembre). *Promoting Positive Youth Development: theoretical and empirical bases*. Paper presentado en Workshop on the Science of Adolescent Health and Development, National Research Council, Washington, DC.
- Lerner, R. M., Almerigi, J., Theokas, C., y Lerner, J. (2005a). Positive youth development: a view of the issues. *The journal of early adolescence*, 25, 10-16.
- Levy, J.P., y Varela, J. (2006). *Modelización con estructuras de covarianzas en Ciencias Sociales*. Galicia: Netbiblo.
- Lewis, S. F., y Fremouw, W. (2001). Dating violence: a critical review of the literature. *Clinical Psychology Review*, 21 (1), 105-127.
- Little, R. (1993, marzo). *What's working for today's youth: The issues, the programs, and the learnings*. Paper presentado en el Institute for Children, Youth, and Families Fellows' Colloquium, Michigan State University, East Lansing.
- Luthra, R., y Gidycz, C. (2006). Dating Violence among college men and women: evaluation of a theoretical model. *Journal of Interpersonal Violence*, 21 (6), 717-731.
- Magdol, L., Moffit, T., Caspi, A., Newman, D., Fagan, J., y Silva, P. (1997). Gender Differences in partner violence in a birth cohort of 21-year-olds: bridging the gap between clinical and epidemiological approaches. *Journal of consulting and clinical psychology*, 65, 68-78.
- Magdol, L., Moffit, T., Caspi, A., y Silva, P. (1998). Developmental Antecedents of Partner Abuse: a prospective-longitudinal study. *Journal of Abnormal Psychology*, 107 (3), 375-389.
- Makepeace, J. (1981). Courtship Violence among College Students. *Family Relations* 30, 97-102.
- Manchikanti, A. (2011). Testing the cycle of violence hypothesis: child abuse and adolescent dating violence as predictors of intimate partner violence in young adulthood. *Youth and society*, 43, 171-192.
-

- Manning, W. D., Giordano, P. C., y Longmore, M.A. (2006). Hooking-up: The relationship contexts of “nonrelationship” sex. *Journal of Adolescent Research*, 21(5), 459–483.
- Mariñelarena-Dondena, L., y Gancedo, M. (2011). La psicología positiva: su primera década de desarrollo. *Revista diálogos*, 2, 67-77.
- Martín, Q., Cabero, M. T., y De Paz, Y. (2007). Tratamiento estadístico de datos con SPSS: Prácticas resueltas y comentadas. Madrid: Paraninfo.
- Martín-Albo, J., Núñez, J., Navarro, J., y Grijalvo, F., (2007). The Rosenberg Self-Esteem Scale: translation and validation in University Students. *The Spanish Journal of Psychology*, 10, 458-467
- Martínez, J. L. (1997). Desarrollo personal, ambiente familiar y relaciones de pareja en la adolescencia. *Revista de Psicología Social*, 12, 59-78.
- Martínez, J. L., y Fuertes, A. (1999). Factores personales, familiares y relacionales implicados en la estabilidad de las relaciones de pareja adolescentes. *Infancia y Aprendizaje*, 88, 85-105.
- Matud, M. (2007). Dating violence and domestic violence. *Journal of Adolescent Health*, 40 (4), 295-297.
- McMaster, L. E, Connolly, J. A., Pepler, D. J., y Craig, W. M. (2002). Peer to peer sexual harassment in early adolescence: A developmental perspective. *Development and Psychopathology*, 14, 91-105.
- Medina-Ariza, J., y Barberet, R. (2003). Intimate partner violence in Spain: findings from a national survey. *Violence Against Women*, 9, 302-322.
- Menesini, E., Nocentini, A., Ortega-Rivera, J., Sánchez, V., y Ortega, R. (2011). Reciprocal involvement in adolescent dating aggression: An Italian–Spanish study, *European Journal of Developmental Psychology*, 8 (4), 437-451.
- Menesini, E., y Nocentini, A. (2008). Dating aggression in adolescence. *Giornale Italiano di Psicologia*, 2, 405-430.
- Mikulincer, M., y Shaver, P. (2007) *Attachment in adulthood: structure, dynamics, and change*. Guilford Press, Nueva York.
- Miller, B., y Benson, B. (1999): Romantic and Sexual Relationship Development during Adolescence. En W. Furman, B. Brown y C. Feiring (Eds.), *The Development of Romantic Relationships in Adolescence* (pp. 99-124). U. K., Cambridge: University Press.
- Miller, B., y Dollard, J. (2000). *Social Learning and Imitation*. London: Routledge.

- Moffitt, T. E., Caspi, A., Rutter, M., y Silva, P. A. (2001). *Sex Differences in Antisocial Behaviour*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Moffitt, T. E., y Caspi, A. (1998). Implications of Violence between Intimate Partners for Child Psychologists and Psychiatrists. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 39, 137-144.
- Molidor, C., y Tolman, R. (1998). Gender and contextual factors in adolescent dating violence. *Violence Against Women*, 4, 180-194.
- Montero, A. (2006). Violencia y adolescencia. *Revista de Estudios de Juventud (INJUVE)*, 73, 109-115.
- Montes-Berges, B. (2008). Tácticas para la resolución de conflictos y celos románticos en relaciones íntimas: adaptación y análisis de las escalas CTS2 y CR. *Estudios de Psicología*, 29, 221-234
- Moreno, R., Martínez, R., y Chacón, S. (2000). *Fundamentos metodológicos en psicología y ciencias afines*. Madrid: Pirámide.
- Moreno, R., Martínez, R., y Chacón, S. (2000). *Fundamentos metodológicos en psicología y ciencias afines*. Madrid: Pirámide.
- Moreno, R., Martínez, R., y Chacón, S. (2000). *Fundamentos metodológicos en psicología y ciencias afines*. Madrid: Pirámide.
- Muñoz-Rivas, M. J., Andreu, J.M., Graña, J.L., O'Leary, D.K. y González, P. (2007a). Validación de la versión modificada de la Conflicts Tactics Scale (M-CTS) en población juvenil española. *Psicothema*, 19, 693-698.
- Muñoz-Rivas, M. J., Graña, J. L., O'Leary, D. K., y González, M. P. (2009). Prevalence and predictors of sexual aggression in dating relationships of adolescents and young adults. *Psicothema*, 21 (2), 234-240.
- Muñoz-Rivas, M. J., Graña, J. L., O'Leary, K. D., y González, M. P. (2007b). Aggression in adolescent dating relationships: prevalence, justification, and health consequences. *Journal of Adolescent Health*, 40, 298-304.
- Muñoz-Rivas, M., Gámez-Guadix, M., Graña, J.L., y Fernández, L. (2010). Violencia en el noviazgo y consumo de alcohol y drogas ilegales entre adolescentes y jóvenes españoles. *Adicciones*, 22, 125-134.
- Nangle, D., y Hasen, D. (1998). Adolescent heterosocial competence revisited: implications of an expanded conceptualization for the prevention of high-risk sexual interactions. *Education and Treatment of children*, 21, 431-446.
-

- Neeman, J., Hubbard, J., y Masten, A. S. (1995). The Symchanging importance of romantic relationship involvement to competence from late childhood to late adolescence. *Development and Psychopathology*, 7, 727–750.
- Ngora, G. (2008). Coping strategies of marital relationships in Bamenda Cameroon. *Newsletter*, 53, 13-15.
- Nocentini, A., Menesini, E., Pastorelli, C., Connolly, J., Pepler, D., y Craig, W. (2011). Physical Dating Aggression in Adolescence. Cultural and gender invariance. *European Psychologist*, (advanced articles. DOI 10.1027/1016-9040/a000045)
- Nocentini, A., Menesini, E., y Pastorelli, C. (2010). Physical Dating Aggression growth during adolescence. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 38, 353-365.
- Noller, P., Feeney, J., y Peterson, C. C. (2001): *Personal Relationships across the lifespan*. USA: Psychology Press.
- O’Leary, D. K., y Smith-Slep, A. M. (2003). A dyadic longitudinal model of adolescent Dating Aggression. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 32 (3), 314-327.
- O’Keefe, M., y Treister, L. (1998). Victims of Dating Violence among High School Students. *Violence Against Women* 4 (2), 195-223.
- O’Leary, K., Smith-Slep, A., Avery-Leaf, S., y Cascardi, M. (2009). Gender differences in dating aggression among multiethnic high school students. *The journal of adolescent Health*, 42, 473-479.
- Observatorio de Salud de la Mujer. (2009). *Informe Violencia de Género 2007*. Madrid: Ministerio de Sanidad y Política Social.
- O’Donohue, W., Downs, K., y Yeater, E. A. (1998). Sexual Harassment: a Review of the Literature. *Aggression and Violent Behavior*, 3 (2), 111-128.
- Oliva, A. (1995). Estado actual de la Teoría del Apego. *Apuntes de Psicología*, 45, 21-40.
- Oliva, A., Ríos, M., Antolín, L., Parra, A., Hernando, A., y Pertegal, M.A. (2010). Más allá del déficit: construyendo un modelo de desarrollo positivo adolescente. *Infancia y Aprendizaje* 33, 1-12.
- Ortega, R. (1998). Trabajando con víctimas, agresores y espectadores de la violencia. En R. Ortega (Ed.), *La convivencia escolar. Qué es y cómo abordarla*(pp. 221-246). Sevilla: Consejería de Educación y Ciencia de Andalucía.
- Ortega, R. (2003). El Proyecto Sevilla Antiviolenca Escolar (SAVE). Menores. *Revista de la Fundación Internacional O’Belen*, 2, 23-25.

- Ortega, R., Del Rey, R., y Mora-Merchán, J. (2008). *Cuestionario sobre Convivencia, Conflictividad y Acoso Escolar*. Laboratorio de Estudios para la Convivencia y Prevención de la Violencia. Documento sin publicar.
- Ortega, R., Ortega-Rivera, J., y Sánchez, V. (2008). Violencia sexual entre compañeros y violencia en parejas adolescentes. *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 8, 63-72.
- Ortega, R., Sánchez, V., Ortega-Rivera, J., Nocentini, A. y Menesini, E. (2010). Peer Sexual Harassment in adolescent girls: a cross-national study (Spain-Italy). *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 10, 245-264
- Ortega, R., Sánchez, V., y Ortega-Rivera, J. (2008). *Cuestionario sobre Hábitos y Estilo de Vida*. Laboratorio de Estudios para la Convivencia y Prevención de la Violencia. Documento sin publicar.
- Ortega, R., y Sánchez, V. (2011). Juvenil Dating and Violence. En C. Monks y I. Coyne. (Eds.), *Bullying in different contexts* (pp. 113-136). London: Cambridge University Press.
- Ortega-Rivera, J., Sánchez, V., y Ortega, R. (2010). Violencia sexual y cortejo juvenil. En R. Ortega (Eds.), *Agresividad injustificada, bullying y violencia escolar* (pp. 211-232). Madrid: Alianza.
- Owens, T. J. (1994). Two dimensions of self-esteem: reciprocal effects of positive self-worth and self-deprecation on adolescent problems. *American Sociological Review*, 59, 391–407.
- Padrós, F., Martínez, M., Yunuén, C., y Medina M. (2010). La psicología positiva. Una joven disciplina científica que tiene como objeto de estudio un viejo tema, la felicidad. *Uaricha Revista de Psicología*, 14, 30-40.
- Palacios, J., y Oliva, A. (1999). La adolescencia y su significado evolutivo. En J. Palacios, A. Marchesi y C. Coll (Eds.), *Desarrollo psicológico y educación. Psicología Evolutiva (I)* (pp. 433-450). Madrid: Alianza Editorial.
- Park, N. (2004). The role of subjective well-being in positive youth development. *The Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 591, 25–39.
- Park, N., y Peterson, S. (2003, marzo). *Assessment of character strengths among youth: the values in action inventory of strengths for youth*. Paper presentado en Indicators of Positive Development Conference, Washington, DC.
- Pastor, A., Navarro, E., Tomás, J. M., y Oliver, A. (1997). Efectos de método en escalas de personalidad: la escala de autoestima de Rosenberg. *Psicológica*, 18, 269-283.
-

- Patterson, G. R. (1982). *A social learning approach (III). Coercive family process*. Eugene, OR: Castalia
- Pellegrini, A. (2001). A longitudinal study of heterosexual relationships, aggression, and sexual harassment during the transition from primary school through middle school. *Journal of Applied Developmental Psychology, 22*, 119-133.
- Péloquin, K., Lafontaine, M., y Brassard, A. (2011). A dyadic approach to the study of romantic attachment, dyadic empathy, and psychological partner aggression. *Journal of social and personal relationships, 28*, 915-942.
- Pepler, D. J., Craig, W. M., Connolly, J. A., Yuile, A., McMaster, L., y Jiang. (2006). A developmental perspective of bullying. *Aggressive Behavior, 32*, 376-384.
- Petersen, J. L. y Hyde, J. (2009). A longitudinal investigation of peer sexual harassment victimization in adolescence. *Journal of Adolescence, 32*, 1173-1188
- Peterson, C., y Seligman, M. E. P. (2004). *Character strengths and virtues: A handbook and classification*. Washington, DC: American Psychological Association.
- Pons, J., y Buelga, S. (2011). Factores asociados al consumo juvenil de alcohol: una revisión desde una perspectiva psicosocial y ecológica. *Psychosocial Intervention, 20*, 75-94.
- Ray, A. L., y Gold, S. R. (1996). Gender roles, aggression, and alcohol use in dating relationships. *Journal of Sex Research, 33*, 47-55.
- Recio, P., Cuadrado, I., y Ramos, E. (2007). Propiedades psicométricas de la Escala de Detección de Sexismo en Adolescentes (DSA). *Psicothema, 19*, 522-529
- Reed, E., Raj, A., Miller, E., y Silverman, J. (2010). Losing the "gender" in gender-based violence: the missteps of research on dating and intimate partner violence. *Violence Against Women, 16*, 348-354.
- Reeves, P. y Orpinas, P. (2011). Dating norms and dating violence among ninth graders in northeast Georgia: reports from student surveys and focus groups. *Journal of Interpersonal Violence, 26*, 1-22.
- Reitzel-Jaffe, D., y Wolfe, D. A. (2001). Predictors of Relationship Abuse among Young Men. *Journal of Interpersonal Violence, 16* (2), 99-115.
- Rey, C. (2008). Prevalencia, factores de riesgo y problemáticas asociadas con la violencia en el noviazgo: una revisión de la literatura. *Avances en Psicología Latinoamericana, 26*, 227-241.
- Riggs, D., O'Leary, D., y Breslin, C. (1990). Multiple correlates of physical aggression in dating couples. *Journal of Interpersonal Violence, 5*, 61-73.

- Riggs, D., y O'Leary, D. K. (1996). Aggression between heterosexual Dating Partners: an examination of a Casual Model of Courtship Aggression. *Journal of Interpersonal Violence, 11*, 519-540.
- Riggs, D., y O'Leary, D. K. (1989). A theoretical model of courtship aggression. Violence in dating relationships: Emerging social issues. En Pirog-Good, M. y Stets, J. (Eds.), *Violence in dating relationships: Emerging social issues* (pp.53-71). England: Praeger Publishers.
- Rivera-Rivera, L., Allen, B., Rodríguez-Ortega, G., Chávez-Ayala, R., y Lazcano-Ponce, E. (2006). Violencia durante el noviazgo, depresión y conductas de riesgo en estudiantes femeninas (12-24 años). *Salud Pública de México, 48* (2), 288-296.
- Roberts, T., y Klein, J. (2003). Intimate partner abuse and high-risk behavior in adolescents. *Archives of Pediatrics y Adolescent Medicine, 157* (4), 375-380.
- Rodríguez, L., Antuña, M. A., López-Cepero, J., Rodríguez, F., y Bringas, C. (2012). Tolerance towards dating violence in Spanish adolescents. *Psicothema, 24*, 236, 242.
- Rodríguez, L., López-Cepero, J., Rodríguez-Díaz, F., Bringas, C., Estrada, C., Antuña, M. A., y Quevedo-Blasco, R. (2012). Labeling dating abuse: undetected abuse among Spanish adolescents and young adults. *International Journal of Clinical and Health Psychology, 12*, 55-67.
- Rodríguez, M. N., y Ruiz, M.A. (2008). Atenuación de la asimetría y de la curtosis de las puntuaciones observadas mediante transformaciones de variables: incidencia sobre la estructura factorial. *Psicológica, 29*, 205-227
- Rojas-Solís, J. L., y Carpintero, E. (2011). Sexims and physical, sexual and verbal-emotional aggression in courtship relationships in university students. *Electronic Journal of Research in Educational Psychology, 9*, 541-564.
- Roscoe, B., y Benaske, N. (1985). Courtship violence experienced by abused wives: Similarities in patterns of abuse. *Family Relations, 34*, 47-55.
- Rosenberg, M. (1965). *Society and the Adolescent Self-Image*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Rothman, E., Johnson, R., Young, R., Weinberg, J., Azrael, D., y Molnar, B. (2011). Neighborhood-level factors associated with physical dating violence perpetration: results of a representative survey conducted in Boston, MA. *Journal of Urban Health, 88*, 201-213.
- Rotosky, S. S., Wilcox, B. L., Comer-Wright, M. L., y Randall, B. A. (2004). The impact of religiosity on adolescent sexual behavior: A review of the evidence. *Journal of Adolescent Research, 19*, 677-697.
-



- Rusbult, C. (1980). Commitment and satisfaction in romantic associations: A test of the investment model. *Journal of Experimental Social Psychology, 16*, 172-186.
- Rusbult, C. (1983). A longitudinal test of the investment model: the development of satisfaction and commitment in heterosexual involvements. *Journal of Personality and Social, 45*, 101-117.
- Ryff, C. D. (1995). Psychological well-being in adult life. *Current directions in Psychological Science, 4*, 99-104.
- Ryff, C., y Keyes, C. L. (1995). The structure of psychological well-being revisited. *Journal of Personality and Social Psychology, 69*, 719-727.
- Salgado, J.F., y Iglesias, M. (1995). Estructura factorial de la Escala de Autoestima de Rosenberg: un análisis factorial confirmatorio. *Psicológica, 16*, 441-454.
- Salvador-Figueras, M., y Gargallo, P. (2003): *Análisis Exploratorio de Datos*. (en línea). Recuperado en julio 2012 de 5campus.com, Estadística <http://www.5campus.com/leccion/aed>.
- Sánchez, V., Ortega-Rivera, J., Ortega, R., y Viejo, C. (2008). Las relaciones sentimentales en la adolescencia: satisfacción, conflictos y violencia. *Escritos de Psicología, 2*, 97-109 .
- Sarantakos, S. (1992). *Cohabitation in transition*. Sydney: Keon.
- Schmitt, D.P., y Allik, J. (2005). Simultaneous administration of the Rosenberg Self-Esteem Scale in 53 nations: Exploring the universal and culture-specific features of global selfesteem. *Journal of Personality and Social Psychology, 89*, 623-642.
- Schumacher, J. A., Feldbau-Kohn, S., Smith-Slep, A. M., y Heyman, R. E. (2001). Risk factors for male-to-female partner physical abuse. *Aggression and Violent Behavior, 6*, 281-352.
- Schumacher, J. A., Smith-Slep, A. M., y Heyman, R. E. (2001). Risk factors for male-to-female partner psychological abuse. *Aggression and Violent Behavior, 6*, 255-268.
- Schumacker, R., y Lomax, R. (2004). *A beginner's guide to Structural Equation Modeling*. New Jersey: Erlbaum.
- Schwartz, J., Hage, S., Bush, I., y Burns, L. (2006). Unhealthy parenting and potential mediators as contributing factors to future intimate violence. A review of the literature. *Trauma, Violence and Abuse, 7* (3), 206-221.
- Sebastián, J., Ortiz, B., Gil, M., Gutiérrez del Arroyo, M., Hernáiz, A., y Hernández, J. (2010). La violencia en las relaciones de pareja de los jóvenes. ¿Hacia dónde vamos?. *Clínica contemporánea, 1*, 71-83.

- Seiffge-Krenke, I. (2008). Why is a cross-cultural perspective on romantic experiences in adolescence clearly needed? *Newsletter*, 1 (53), 19-20.
- Seligman, M. (2005) *Niños optimistas*. Madrid: Nuevas Eds. De bolsillo.
- Seligman, M. E. P. (1999). *The president's address*. *American Psychologist*, 54, 559-562. Recuperado en enero, 2012 desde Positive Psychology Center, <http://www.ppc.sas.upenn.edu/aparep98.htm>.
- Seligman, M., y Csikszentmihalyi, M. (2000). Positive Psychology: An Introduction. *American Psychologist*, 55 (1), 5-14.
- Shaffer, L. y Furman, W. (2009). Rewards and costs in adolescent other-sex friendships: comparisons to same-sex friendships and romantic relationships. *Social Development*, 18, 270-287
- Shaver, P., Morgan, H., y Wu, S. (1996). Is love a "basic" emotion?. *Personal Relationships*, 3, 81-96.
- Sheasby, J. E., Barlow, J. H., Cullen, L. A., y Wright, C. C. (2000). Psychometric properties of the Rosenberg Self-Esteem Scale among people with arthritis. *Psychological Reports*, 86, 1139-1146.
- Sheldon, K. y King, L. (2001). Why positive psychology is necessary. *American Psychologist*, 56, 216-217.
- Shigehiro, O., Ulrich, S., y Diener, E. (2001). Pleasures and subjective well-being. *European Journal of Personality*, 15, 153-167.
- Shorey, R., Cornelius, T., y Bell, K. (2008). A critical review of theoretical frameworks for dating violence: comparing the dating and marital fields. *Aggression and Violent Behavior* 13, 185-194.
- Shorey, R., Febres, J., Brasfield, H., y Stuart, G. (2012). Male dating victimization and adjustment. The moderating role of coping. *American Journal of Men's Health*, 3, 218-228.
- Shulman, S. y Scharf, M. (2000). Adolescent Romantic Behaviors and Perceptions: age- and gender-related differences, and links with family and peer relationships. *Journal of Research on Adolescence*, 10, 99-118
- Sierra, J. C., Rojas, A., Ortega, V., y Martín-Ortiz, J. D. (2007). Evaluación de actitudes sexuales machistas en universitarios: primeros datos psicométricos de las versiones españolas de la Double Standard Scale (DSS) y de la Rape Supportive Attitude Scale (RSAS). *International Journal of Psychology and Psychological Therapy*, 7, 41-60.
-

- Simon, T., Miller, S., Gorman-Smith, D., Orpinas, P., y Sullivan, T. (2010). Physical dating violence norms and behavior among sixth-grade students from four U.S. sites. *The Journal of Early Adolescence*, 30, 395-409.
- SPSS Inc. (2001). *The SPSS TwoStep cluster component. A scalable component to segment your customers more effectively*. White paper – technical report, Chicago. Recuperado de <http://ftp.spss.com/pub/web/wp/TSCWP-0101.pdf>.
- Sternberg, R. (1986). A triangular theory of love. *Psychological Review*, 93, 119-135.
- Sternberg, R. (1987). Liking versus loving: a comparative evaluation of theories. *Psychological Bulletin*, 102 (3), 331-345.
- Stith, S. M., Rosen, K., Middleton, K., Busch, A., Lundeberg, K., y Carlton, R. (2000). The Intergenerational Transmission of Spouse Abuse: a meta-analysis. *Journal of Marriage and the Family*, 62 (3), 640-654.
- Straus, M. A. (1979). Measuring intrafamily conflict and aggression: The Conflict Tactics Scale (CTS). *Journal of Marriage and The Family*, 41, 75-88.
- Straus, M. A. (2004). Prevalence of violence against dating partners by male and female university students worldwide. *Violence Against Women*, 10, 790-811.
- Straus, M. A., y Gelles, R. (1986). Societal change and change in family violence from 1975-1985 as revealed by two national surveys. *Journal of marriage and the family*, 48, 465-479.
- Straus, M., Gelles, R., y Steinmetz, S. (2006). *Behind closed doors: violence in the American family*. EE.UU: Transaction Publishers.
- Straus, M., y Gelles, R. (1987). The costs of family violence. *Journal of Interpersonal Violence*, 2, 212-222.
- Straus, M., y Gelles, R. (1990). *Physical Violence in American Families: risk factors and adaptations to violence in 8.145 families*. EE.UU. Transaction Publishers.
- Straus, M., y Savage, S. (2005). Neglectful behavior by parents in the life history of university students in 17 countries and its relation to violence against dating partners. *Child Maltreatment*, 10, 124-135.
- Straus, M. A., Hamby, S. L., Boney-McCoy, S., y Sugarman, D. B. (1996). The revised conflict tactics scale (CTS2): Development and preliminary psychometric data. *Journal of Family Issues*, 17, 283-316.
- Sullivan H. (1953): *The Interpersonal Theory of Psychiatry*. Nueva York: W. W Norton.
- Sutton, J., y Smith, P. (1999). Bullying as a group process: an adaptation of the participant role approach. *Aggressive Behavior*, 25 (2), 97-111.

- Swahn, M., Alemdar, M., y Whitaker, D. (2010). Nonreciprocal and reciprocal dating violence and injury occurrence among urban youth. *Brief Research Report, XI*, 264-268
- Swart, L., Seedat, M., Stevens, G., y Ricardo, I. (2002). Violence in adolescents' romantic relationships: findings from a survey amongst school-going youth in a South African community. *Journal of adolescence, 25*, 385-395.
- Taylor, B., Stein, N., y Burden, F. (2010). The effects of gender violence/harassment prevention programming in middle schools: a randomized experimental evaluation. *Violence and Victims, 25*, 202-223.
- Timmerman, G. (2002). A comparison between unwanted sexual behavior by teachers and by peers in secondary schools. *Journal of Youth and Adolescence, 31*, 397-404.
- Timmons, P., y Smith-Slep, A. (2009). Stability of physical and psychological adolescent dating aggression across time and partners. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology, 38*, 303-314.
- Tomas, J. M., y Oliver, A. (1999). Rosenberg's Self-Esteem Scale: Two factors or method effects. *Structural Equation Modeling, 6*, 84-98.
- Tontodonato, P., y Crew, K. (1992). Dating Violence, Social Learning Theory and Gender: a multivariate analysis. *Violence and Victims, 7* (1), 3-14.
- Vázquez, A., Jiménez, R., y Vázquez-Morejón, R. (2004). Escala de autoestima de Rosenberg: fiabilidad y validez en población clínica española. *Apuntes de Psicología, 22*, 247-255.
- Vázquez, C., Hervás, G., Rahona, J., y Gómez, D. (2009). Bienestar psicológico y salud: aportaciones desde la psicología positiva. *Anuario de psicología clínica y de la salud, 5*, 15-28.
- Vecina, M. L. (2006). Emociones positivas. *Papeles del Psicólogo, 27*, 9-17.
- Vernger, E., Abwender, D., Ewell, K., y Beery, S. (1992). Social anxiety and peer relationships in early adolescence: a prospective analysis. *Journal of Clinical Child Psychology, 21*, 189-196
- Vézina, J., y Hébert, M. (2007). Risk Factors for Victimization in Romantic Relationships of Young Women: a review of Empirical Studies and Implications for Prevention. *Trauma, Violence and Abuse, 8*, 33-66.
- Viejo, C. (2009). *Cortejo y Violencia en las relaciones sentimentales adolescentes: un estudio con jóvenes de Córdoba*. Tesis de Máster no publicada. Universidad de Córdoba.
- Walker, L. (1989). Psychology and Violence against women. *American Journal of Psychological Association, 44* (4), 695-702.
-

- Washington-Kuffel, S., y Katz, J. (2002). Preventing Physical, Psychological and Sexual Aggression in college Dating Relationship. *The Journal of Primary Prevention*, 22 (4), 361-374.
- Weisbuch, M., Beal, D., y O'Neal, E. (1999). How masculine ought I be? Men's masculinity and aggression. *Sex Roles*, 40, 583-592.
- Wekerle, C., y Avgoustis, E. (2003). Child Maltreatment, adolescent dating and adolescent dating violence. En P. Florsheim (Eds.), *Adolescent Romantic Relations and Sexual Behavior. Theory, research and practical implications* (pp. 213-242). EE.UU: Lawrence Erlbaum Publishers.
- Wekerle, C., y Wolfe, D. A. (1999). Dating Violence in Mid-Adolescence: Theory, Significance, and Emerging Prevention Initiatives. *Clinical Psychology Review*, 19 (4), 435-456.
- Whitaker, D.; Haileyesus, T.; Swahn, M., y Saltzman, L. (2007). Differences in frequency of violence and reported injury between reciprocal and nonreciprocal Intimate Partner Violence. *American Journal of Public Health* 97, 941-947.
- White, J. (2009). A gendered approach to adolescent dating violence: conceptual and methodological issues. *Psychology of Women Quarterly*, 33, 1-15.
- White, J. W., Smith, P. H., Koss, M. P., y Figueredo, A. J. (2000). Intimate partner aggression – What have we learned? Comment on Archer (2000). *Psychological Bulletin*, 126, 690-696.
- White, J. W., y Smith, P. H. (2009). Covariation in the use of physical and sexual aggression among adolescent and college-age men: A longitudinal analysis. *Violence Against Women*, 15,24–43.
- White, J., Merrill, L., y Koss, M. (2001). Predictors of preliminary courtship violence in a Navy Recruit Sample. *Journal of Interpersonal Violence*, 16 (9), 910-927.
- Windle, M., y Murug, S. (2009). Cross-gender Violence Perpetration and Victimization among early adolescents and associations with attitudes toward Dating Conflict. *Journal of Youth and Adolescence*, 38, 429-439.
- Witkoska, E., y Kjellberg, A. (2005). Dimensions of peer sexual harassment in Swedish high schools: What factor structure show the best fit to girls' and boys' self-reports?. *Sex Roles*, 53, 677-687.
- Wolfe, D. A., Scott, K., Reitzel-Jaffe, D., Wekerle, C., Grasley, C., y Straatman, A. L. (2001). Development and validation of the Conflict in Adolescent Dating Relationships Inventory (CADRI). *Psychological Assessment*, 13 (2), 277-293.
- Wolfe, D. A., y Feiring, C. (2000). Dating violence through the lens of adolescent romantic relationships. *Child Maltreatment*, 5, 360-363.

- Woodward, L., Fergusson, D., y Horwood, L. (2002). Romantic Relationships of Young People with Childhood and Adolescent onset Antisocial Behavior Problems. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 30 (3), 231-243.
- Ximénez, C., y García, A. (2005). Comparación de los métodos de estimación de máxima verosimilitud y mínimos cuadrados no ponderados en el análisis factorial confirmatorio mediante simulación Monte Carlo. *Psicothema*, 17 (3), 528-535.
- Yela, C. (1997). Curso temporal de los componentes básicos del amor a lo largo de la relación de pareja. *Psicothema*, 9, 1-15
- Yela, C. (2003). La otra cara del amor: mitos, paradojas y problemas. *Encuentros en Psicología Social*, 1 (2), 263-267.
- Yela, C. (2012, marzo). *Amor, satisfacción y felicidad: evidencias y controversias*. Paper presentado en el I Congreso Nacional de Psicología Positiva, SEPP, Madrid.
- Zurbriggen, E. (2009). Understanding and preventing adolescent dating violence: the importance of developmental, sociocultural, and gendered perspectives. *Psychology of Women Quarterly*, 33, 30-33.
-

**Anexos**







# Anexo 1. Instrumentos del estudio

DQ. Connolly et al. (2000)

Las preguntas que encontrarás a continuación hacen referencia a "salir con alguien". Por "salir con alguien" se entiende pasar el tiempo con esa persona, por ejemplo ir juntos al cine, a un partido, a una fiesta o pasar el tiempo juntos en la casa de alguno de los dos. Cuando se dice que "se sale con alguien" no se tiene por qué mantener una relación formal o seria, ni tampoco hay que salir siempre solos, pero esa persona es especial porque te gusta, y es distinto a salir con un amigo o amiga.

1. Lee cada frase y después señala (con una cruz sobre el cuadro) cuál de las cinco respuestas es la que mejor describe tu actual situación sentimental:

- En este momento salgo con alguien. Estamos juntos desde \_\_\_\_\_ (escribe cuántas semanas llevas con esa persona)
- En este momento salgo con más de uno/una. Estamos juntos desde \_\_\_\_\_ (escribe cuántas semanas llevas con cada uno/una)
- En este momento no salgo con nadie, pero he estado con alguien en los dos últimos meses. Hemos estado juntos (escribe cuánto tiempo) \_\_\_\_\_
- En este momento no salgo con nadie pero he estado con alguien hace más de dos meses.
- Nunca he salido con nadie.

2. Pensando en tu situación en este momento, señala con una cruz si las siguientes afirmaciones son verdaderas ("V") o falsas ("F"):

No me dejan salir con nadie	V	F
No estoy saliendo con alguien en este momento	V	F
Casi nunca salgo con nadie	V	F
Voy a sitios como el cine, conciertos y actividades deportivas en los que hay tanto chicos como chicas	V	F
Salgo con alguien pero en pandilla	V	F
Salgo con alguien pero nosotros dos solos	V	F
En algunas ocasiones salgo con más de uno/a a la vez	V	F

3. ¿Cuánto tiempo pasas con tu novio/a después del instituto y/o en los fines de semana? (Señala con una cruz sólo una casilla)

- No tengo pareja
- menos de 2 horas a la semana
- de 2 a 4 horas a la semana
- de 4 a 8 horas a la semana
- de 8 a 12 horas a la semana
- más de 12 horas a la semana

4. ¿Conocen tus amigos/as más íntimos a la persona con la que estás saliendo? (Señala con una cruz sólo una casilla)

- No tengo pareja     sí, lo conocen bien     sí, pero no muy bien     no, no lo conocen

5. Lee cada frase y señala la casilla que mejor te describe ("V" verdadero / "F" falso)

Ahora no tengo pareja	V	F
Mi novio/a y yo sólo estamos saliendo	V	F
Mi novio/a y yo tenemos una relación formal	V	F
Mi novio/a y yo estamos pensando en comprometernos, casarnos o irnos a vivir juntos	V	F
Estoy casado/a o vivo con mi novio/a	V	F

1. Si no tienes pareja en este momento ¿Cómo te sientes en este momento en el que no estás saliendo con nadie? (si tienes pareja, sáltate esta pregunta)  
(Señala con una cruz sólo una casilla)

Nada satisfecho/a                       Bastante satisfecho/a  
 Un poco satisfecho/a                       Muy satisfecho/a

2. ¿Cuántos novios/as o parejas has tenido? \_\_\_\_\_ (número)

3. ¿Con cuántas personas has salido en los últimos dos meses? \_\_\_\_\_

4. ¿Cuánto duran normalmente tus relaciones? (señala con una cruz sólo una casilla)

No he tenido nunca una relación                       De 3 a 5 meses  
 2 semanas o menos                       De 6 meses a 1 año  
 De 1 a 2 meses                       1 año o más

5. Te consideras:

heterosexual                       homosexual                       bisexual                       no lo sé

**SI NUNCA HAS TENIDO NOVIO/A, PUEDES SALTARTE LAS PREGUNTAS DE ESTE CUADRO Y PASAR AL SIGUIENTE**

Las preguntas que siguen están referidas a la experiencia de "dejarlo", es decir, cuando "ya no salís juntos" o "estás" con tu novio/a aunque sólo sea para "veros de vez en cuando" o "habéis quedado como amigos.

1. ¿Cuántas veces has dejado o te han dejado desde el inicio del instituto?  
(señala con una cruz sólo una casilla)

nunca                       1 o 2                       de 3 a 5                       más de 5

"A continuación te pediremos información sobre la última vez que lo dejaste o te dejaron. Si has respondido **NUNCA**, puedes **SALTARTE ESTA PARTE**".

2. ¿Cuánto tiempo hace que terminó la relación? (señala con una cruz sólo una casilla)

Menos de 4 semanas                       De 1 a 3 meses  
 De 4 a 6 meses                       De 7 a 12 meses  
 Más de 1 año

3. ¿Cuánto tiempo llevabais juntos? (señala con una cruz sólo una casilla)

Menos de 4 semanas                       De 1 a 3 meses  
 De 4 a 6 meses                       De 7 a 12 meses  
 Más de 1 año

4. ¿Quién decidió dejarlo? (señala con una cruz sólo una casilla)

yo                       él/ ella                       entre los 2

5. ¿Cuánto tiempo has estado mal después de que pasara?

Nada                       Bastante  
 Un poco                       Mucho

6. En este momento, ¿te sientes todavía mal? (señala con una cruz sólo una casilla)

Para nada/ en absoluto                       Un poco  
 Bastante                       Mucho

NRI. Furman y Burmester (1992)

Responde a las siguientes preguntas si en estos momentos tienes NOVIO/A. Si no tienes en este momento pero has tenido **DESDE QUE COMENZÓ EL CURSO**, responde pensando en esa última relación. Recuerda que cuando hablamos de novios, nos referimos a salir con alguien que te gusta.

	Nunca	Casi nunca	A veces	Muchas veces	Siempre
1. Paso el tiempo libre con mi novio/a	1	2	3	4	5
2. Mi novio/a y yo nos ponemos de los nervios	1	2	3	4	5
3. Estoy seguro/a de que esta relación continuará a pesar de todo	1	2	3	4	5
4. Bromeo y me divierto con mi novio/a	1	2	3	4	5
5. Me enfado o me irrito con mi novio/a	1	2	3	4	5
6. Estoy seguro de que esta relación con mi novio/a irá adelante a pesar de las peleas	1	2	3	4	5
7. Le cuento todo a mi novio/a	1	2	3	4	5
8. Mi novio/a y yo pensamos de manera distinta y nos peleamos por ello	1	2	3	4	5
9. Me molesta el comportamiento de mi novio/a, y a él/ella el mío	1	2	3	4	5
10. Comparto mis secretos y mis sentimientos más íntimos con mi novio/a	1	2	3	4	5
11. Estoy seguro/a de que la relación con mi novio/a continuará en los próximos años	1	2	3	4	5
12. Hablo con mi novio/a de cosas que no quiero que los demás sepan	1	2	3	4	5
13. Salgo y hago cosas divertidas con mi novio/a	1	2	3	4	5
14. Mi novio/a y yo discutimos frecuentemente	1	2	3	4	5
15. Mi novio/a y yo nos picamos por cualquier cosa y parece que siempre tenemos algo por lo que discutir.	1	2	3	4	5

*DSA-Actitudes (Ramos et al., 2007)*

*Marca con una cruz tu grado de Acuerdo o Desacuerdo con cada una de las siguientes frases teniendo en cuenta la siguiente escala: 1 Totalmente en desacuerdo; 2 Bastante en desacuerdo; 3 Algo en desacuerdo; 4 Algo de acuerdo; 5 Bastante de acuerdo; 6 Totalmente de acuerdo*

	1	2	3	4	5	6
1. Las mujeres son, por naturaleza, más pacientes y tolerantes que los hombres.						
2. El lugar más adecuado para la mujer es su casa con su familia.						
3. El afecto y el cariño son más importantes para las mujeres que para los hombres.						
4. Las mujeres son más débiles que los hombres en todos los aspectos.						
5. Una medida positiva para acabar con el paro sería que las mujeres se quedaran en casa.						
6. Las mujeres están mejor dotadas que los hombres para complacer a los demás (estar atentas a lo que quieren y necesitan).						
7. Es más natural que sean las hijas y no los hijos las que se hagan cargo de los padres ancianos.						
8. Por su mayor sensibilidad, las mujeres son más compasivas que los hombres hacia su pareja.						
9. Atender bien la casa es obligación de la mujer.						
10. Hay que poner a las mujeres en su lugar para que no dominen al hombre.						
11. Nadie como las mujeres sabe criar a sus hijos.						
12. Las mujeres son manipuladoras por naturaleza.						
13. Las mujeres tienen mayor capacidad para perdonar los defectos de su pareja que los hombres.						
14. El hombre debe ser la principal fuente de ingresos de su familia.						
15. Para un hombre una mujer frágil tiene un encanto especial.						
16. El marido es el cabeza de familia y la mujer debe respetar su autoridad.						
17. Las mujeres poseen por naturaleza una sensibilidad superior a la de los hombres.						
18. No es propio de hombres encargarse de las tareas del hogar.						
19. Las mujeres razonan peor que los hombres.						
20. Los hombres están más capacitados que las mujeres para lo público (por ejemplo, la política, los negocios, etc.).						
21. Las mujeres son insustituibles en el hogar.						
22. La mujer que trabaja fuera de casa tiene desatendida a su familia.						
23. Los hombres deben tomar las decisiones más importantes en la vida de la pareja.						
24. Por naturaleza, las mujeres están mejor dotadas que los hombres para soportar el sufrimiento.						
25. Una mujer debe estar dispuesta a sacrificarse por el éxito profesional de su marido.						
26. Un hombre debe dirigir con cariño, pero con firmeza, a su mujer.						

A continuación encontrarás una serie de comportamientos que a veces suceden entre las parejas de novios de tu misma edad. Puede ocurrir, que en determinados momentos sea nuestra pareja la que se comporte así con nosotros (ÉL/ELLA A TI), y en otras ocasiones, seamos nosotros/as los que nos comportemos de esa manera con nuestras parejas (TÚ A ÉL/ELLA).

Para cada pregunta señala con un círculo el número que mejor describe la frecuencia con la que han sucedido estas cosas entre tu novio/a y tú en los TRES ÚLTIMOS MESES, teniendo en cuenta que:

-La columna de la izquierda se refiere a aquellos comportamientos que tu novio/a tiene contigo (ÉL/ELLA A TI)

-La columna de la derecha se refiere a aquellos comportamientos que tú tienes con tu novio/a (TÚ A ÉL/ELLA)

¿Has tenido novio/a durante los 3 últimos meses?

S

N

Si tu respuesta ha sido negativa, contesta pensando en tu última relación

1. Criticar, hablar mal o despreciar a tu novio/a para dejarlo/a en mal lugar ante los compañeros/as:

Él/Ella a ti	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	Tú a él/ella	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

2. Decirle a tu novio/a que dejará de gustarte si no hace lo que le has pedido:

Él/Ella a ti	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	Tú a él/ella	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

3. Negarte o dejar de hablar durante una discusión sobre algo:

Él/Ella a ti	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	Tú a él/ella	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

4. Irte o largarte durante una discusión sobre algo:

Él/Ella a ti	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	Tú a él/ella	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

5. Insultar o meterse con el otro:

Él/Ella a ti	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	Tú a él/ella	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

6. Dar empujones y/o agarrar fuerte:

Él/Ella a ti	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	Tú a él/ella	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

7. Escupir:

Él/Ella a ti	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	Tú a él/ella	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

**8. Tirar del pelo o arañar:**

<i>Él/Ella a ti</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	<i>Tú a él/ella</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

**9. Abofetear, dar patadas o mordiscos:**

<i>Él/Ella a ti</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	<i>Tú a él/ella</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

**10. Retorcer el brazo durante una conversación:**

<i>Él/Ella a ti</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	<i>Tú a él/ella</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

**11. Tirar, romper, golpear o dar patadas a las cosas:**

<i>Él/Ella a ti</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	<i>Tú a él/ella</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

**12. Empujar o tirar contra la pared:**

<i>Él/Ella a ti</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	<i>Tú a él/ella</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

**13. Golpear o intentar golpear con un objeto:**

<i>Él/Ella a ti</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	<i>Tú a él/ella</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

**14. Intentar asfixiar o dar puñetazos durante una conversación:**

<i>Él/Ella a ti</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre	<i>Tú a él/ella</i>	Nunca	Raramente	Algunas veces	Muchas veces	Siempre
	0	1	2	3	4		0	1	2	3	4

EN LOS ÚLTIMOS 3 MESES, ¿CUÁNTAS VECES un compañero/a o tu novio/a **TE** ha hecho alguna de las siguientes cosas **SIN QUE TÚ ESTUVIESES DE ACUERDO O TE AGRADASE?**

Recuerda que debes responder pensando en cuantas veces te han ocurrido las siguientes cosas. (Haz una cruz sobre el número que corresponde a tu respuesta)

	¿CUÁNTAS VECES?				
	Nunca	Una o dos veces	Varias veces al mes	Cada 2-3 días	Todos los días
<b>1. Te ha mirado o te ha hecho comentarios, bromas o gestos guarros</b>					
a. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
b. tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>2. Se ha apretado contra ti con intenciones sexuales</b>					
c. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
d. tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>3. Ha hecho bromas o creado falsos rumores sobre tu comportamiento sexual</b>					
e. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
f. tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>4. Te ha llamado "marica", "lesbiana", "prostituta", "homosexual", etc.</b>					
g. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
h. tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>5. Te ha enseñado el culo u otras partes de su cuerpo</b>					
i. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
j. tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>6. Te ha tirado, subido o bajado la ropa con intenciones sexuales</b>					
k. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
l. tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>7. Te ha parado y te ha empujado contra la pared con intenciones sexuales</b>					
m. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
n. tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>8. Te ha obligado o forzado a hacer algún acto sexual más que besar</b>					
o. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
p. tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>9. Te ha obligado o forzado a besarle</b>					
q. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
r. tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>10. Te ha tocado, agarrado o pellizcado con intenciones sexuales</b>					
s. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
t. tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>11. Te ha enseñado, dado o dejado imágenes sexuales, fotografías, mensajes o notas guarras</b>					
u. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
v. tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>12. Te ha escrito mensajes o dibujos sexuales (por ejemplo en los baños, en un libro, en los vestuarios...)</b>					
w. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
x. tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>13. Te ha bajado o subido la ropa</b>					
y. un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
z. tu novio/ a	0	1	2	3	4

*Y ahora piensa en ti mismo/a ...*  
**EN LOS ÚLTIMOS 3 MESES ¿Cuántas veces, HAS HECHO las siguientes cosas A OTRO (a un compañero/a o a tu novio/a) SIN QUE ÉL O ELLA ESTUVIESE DE ACUERDO O LE AGRADASE?** Recuerda que debes responder pensando en cuantas veces has hecho las siguientes cosas. (Haz una cruz sobre el número que corresponde a tu respuesta)

	¿CUÁNTAS VECES?				
	Nunca	Una o dos veces	Varias veces al mes	Cada 2-3 días	Todos los días
<b>1. He mirado o he hecho comentarios, bromas o gestos guarros</b>					
a. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
b. a tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>2. Me he abrazado a alguien con intenciones sexuales</b>					
c. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
d. a tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>3. He creado rumores falsos sobre el comportamiento sexual de otros/as</b>					
e. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
f. a tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>4. He llamado "marica", "lesbiana", "prostituta", "homosexual", etc.</b>					
g. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
h. a tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>5. He enseñado el culo u otra parte del cuerpo a otra persona</b>					
i. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
j. a tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>6. He tirado, subido o bajado la ropa con intenciones sexuales</b>					
k. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
l. a tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>7. He parado a alguien y le he empujado contra la pared con intenciones sexuales</b>					
m. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
n. a tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>8. He obligado o forzado a alguien a hacer cualquier acto sexual más que besar</b>					
o. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
p. a tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>9. He obligado o forzado a alguien a besarme</b>					
q. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
r. a tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>10. He tocado, agarrado o pellizcado a alguien con intenciones sexuales</b>					
s. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
t. a tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>11. He mostrado, dado o dejado a alguien imágenes sexuales, fotografías, mensajes o notas guarros</b>					
u. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
v. a tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>12. He escrito mensajes o dibujos sexuales (por ejemplo en los baños, en un libro, en los vestuarios...)</b>					
w. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
x. a tu novio/ a	0	1	2	3	4
<b>13. He bajado o subido la ropa a alguien</b>					
y. a un compañero (chico o chica)	0	1	2	3	4
z. a tu novio/ a	0	1	2	3	4



14. Pensando en todos los comportamientos descritos anteriormente, ¿piensas que has sido molestado/a sexualmente?

Por un compañero/a

 S N

Por tu novio/a

 S N

15. ¿Dónde te ha sucedido?

- En la escuela
  - Fuera de la escuela (en el barrio, dentro del grupo de amigos, en el grupo deportivo...)
- En locales, discotecas, bares, etc.
- Otros

Las siguientes preguntas se refieren a la relación con tus **AMIGOS/AS DESDE QUE COMENZÓ EL CURSO**

		Poco o nada	Un poco	Mucho	Casi siempre	Siempre
1.	El tiempo que pasas con tus AMIGOS/AS, ¿te hace descuidar las cosas que debes hacer, como por ejemplo los deberes o tareas en casa?	1	2	3	4	5
2.	¿Cuántas veces has hecho cosas poco brillantes o por debajo de tus capacidades para agradar o gustar a tus AMIGOS/AS ?	1	2	3	4	5
3.	¿Cuántas veces dejas en segundo plano tus tareas académicas o sacas una nota baja para ser aceptado/a por tus AMIGOS/AS?	1	2	3	4	5
4.	¿Cuántas veces desobedeces a tu familia para mantener a tus AMIGOS/AS?	1	2	3	4	5

**Pensando DESDE QUE COMENZÓ EL CURSO...**

Las siguientes preguntas se refieren a la relación con tu **ACTUAL NOVIO O NOVIA**. Recuerda, salir con alguien que te gusta.

Si en estos momentos **no tienes novio o novia** pero lo has tenido **DESDE QUE COMENZÓ EL CURSO**, responde pensando en la **última relación que has tenido**.

		Poco o nada	Un poco	Mucho	Casi siempre	Siempre
1.	El tiempo que pasas con tu novio/a, ¿te hace descuidar las cosas que debes hacer, como por ejemplo los deberes o tareas en casa?	1	2	3	4	5
2.	¿Cuántas veces has hecho cosas por debajo de tus capacidades para agradar o gustar a tu novio/a?	1	2	3	4	5
3.	¿Cuántas veces dejas en segundo plano tus tareas académicas o sacas notas bajas para ser aceptado/a por tu novio/a?	1	2	3	4	5
4.	¿Cuántas veces desobedeces a tu familia para que tu novio/a no te deje?	1	2	3	4	5
5.	Cuando estás con tu novio/a, ¿cuántas veces alguno de los dos intenta ser el que manda en la relación?	1	2	3	4	5
6.	Cuando estás con tu novio/a, ¿cuántas veces alguno de los dos tiende a hacerse cargo del otro y a decidir las cosas que se deberían haber hecho?	1	2	3	4	5
7.	Cuando estás con tu novio/a, ¿cuántas veces intentas ser tú quien mande en la relación?	1	2	3	4	5
8.	Cuando estás con tu novio/a, ¿cuántas veces eres tú quien se hace cargo de él o ella y decide las cosas que se deberían haber hecho/hacer?	1	2	3	4	5
9.	Cuando estás con tu novio/a, ¿cuántas veces él o ella se ha enfadado por la ropa que llevas o por los amigos y las amigas que tienes?	1	2	3	4	5
10.	Cuando estás con tu novio/a, ¿cuántas veces tú te has enfadado por la ropa que lleva o por los amigos y las amigas que tiene?	1	2	3	4	5

**Cuestionario sobre Hábitos y Estilos de Vida**  
**Rosario Ortega, Virginia Sánchez y Javier Ortega-Rivera**

1. Cuando sales, ¿con quién sueles salir? (para esta pregunta puedes marcar más de una opción)
- Con compañeros/as del instituto
  - Con chicos/chicas de mi barrio
  - Con mi novia/o
  - Casi no salgo
  - Otros: \_\_\_\_\_

2. ¿Vas de botellón?
- No, nunca he ido
  - Algunas veces (pocas)
  - Sí, todos los fines de semana
  - Sí, más de una vez a la semana

Si vas a botellones, ¿a qué edad empezaste a ir? \_\_\_\_\_ años

3. Si sales por la noche, ¿a qué hora sueles volver a casa?
- Antes de las 12
  - Entre las 12 y las 2 de la madrugada
  - Entre las 2 y las 4 de la madrugada
  - Entre las 4 y las 6 de la madrugada
  - Después de las 6 de la madrugada

4. ¿Has fumado alguna vez?
- No, nunca
  - Alguna que otra vez (Un cigarrillo o dos a la semana)
  - Entre 1 y 5 cigarros al día
  - Sí, alrededor de medio paquete al día
  - Sí, un paquete o más al día

Si fumas, ¿con qué edad empezaste a fumar? \_\_\_\_\_ años

5. ¿Sueles tomar alcohol?
- No, nunca he probado el alcohol
  - Sí, alguna que otra vez
  - Sí, los fines de semana
  - Sí, varias veces a la semana

Si bebes o has bebido, ¿con qué edad probaste alcohol por primera vez? \_\_\_\_\_ años

6. Cuando sales, ¿cuántas copas sueles tomar en una noche? (puedes marcar más de una casilla)

	Cerveza o vino	Otras bebidas: (Whisky, Ron, Vodka, Ginebra,...)
No bebo	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
1 o 2	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
3 - 5	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>
Más de 6	<input type="checkbox"/>	<input type="checkbox"/>

7. ¿Has fumado alguna vez hachís o marihuana (porros)?
- No, nunca lo he probado
  - Sí, alguna vez
  - Sí, los fines de semana (1 o 2 porros)
  - Sí, varias veces (más de 3 a la semana)
  - Sí, todos los días

Si fumas, o has fumado porros, ¿a qué edad los probaste? \_\_\_\_\_ años

8. Además de salir, ¿qué otras cosas te gusta hacer para divertirte? (puedes marcar más de una casilla)
- Leer
  - Ir al cine
  - Hacer deporte(¿cuál? \_\_\_\_\_)
  - Otras cosas (escríbelas) \_\_\_\_\_

*Ahora nos gustaría que respondieras algunas preguntas sobre diferentes aspectos de tu vida. Te pedimos que contestes seriamente, y que si no entiendes algo lo preguntes a las personas que te han entregado el cuestionario.*

A continuación aparecen diversas frases que describen diferentes conductas. Cada frase describe lo que puede pasarte ahora o ha podido pasarte desde *que comenzó el curso*. Rodea con un círculo el 2 si lo que dice es *muy cierto* o te ocurre frecuentemente; el 1 si la frase es *algo cierta* o te sucede a veces; y el 0 si *no es cierta*.

	No es verdad	Algo verdadero	Muy verdadero
1. Discuto mucho.	0	1	2
2. Me gustan los animales.	0	1	2
3. Tengo problemas para concentrarme o mantener la atención.	0	1	2
4. Me siento solo.	0	1	2
5. Me siento confuso o incapaz de comprender las cosas.	0	1	2
6. Lloro mucho.	0	1	2
7. Soy bastante honrado.	0	1	2
8. Deliberadamente he tratado de hacerme daño a mí mismo o suicidarme.	0	1	2
9. Destrozo mis cosas.	0	1	2
10. Destrozo las cosas de los demás.	0	1	2
11. Desobedezco a mis padres.	0	1	2
12. Desobedezco en el colegio.	0	1	2
13. Pienso que nadie me quiere.	0	1	2
14. Creo que los demás quieren fastidiarme.	0	1	2
15. Pienso que no valgo para nada o que soy inferior.	0	1	2
16. Con frecuencia me hago daño sin querer o sin darme cuenta.	0	1	2
17. Me meto en muchas peleas.	0	1	2
18. Suelo andar con chicos que se meten en problemas.	0	1	2
19. Me gusta estar solo.	0	1	2
20. No les gusto a los demás.	0	1	2
21. Puedo hacer algunas cosas mejor que la mayoría.	0	1	2
22. Soy demasiado miedoso o ansioso.	0	1	2
23. Ataco físicamente a la gente.	0	1	2
24. Puedo ser bastante simpático	0	1	2
25. Me gusta intentar cosas nuevas	0	1	2
26. Mi rendimiento escolar es flojo	0	1	2
27. Grito mucho	0	1	2
28. Soy reservado o me guardo las cosas para mi mismo	0	1	2
29. Soy inseguro o fácilmente me siento desconcertado	0	1	2
30. Provoco incendios	0	1	2
31. Puedo trabajar bien con mis manos	0	1	2
32. Soy tímido	0	1	2
33. Sé defender mis derechos	0	1	2
34. Robo cosas en mi casa	0	1	2
35. Robo cosas en otros lugares fuera de casa	0	1	2
36. Soy cabezota	0	1	2
37. Mi humor o estado de ánimo cambia repentinamente	0	1	2
38. Me gusta estar en compañía de otras personas	0	1	2
39. Soy desconfiado	0	1	2
40. Hago juramentos o utilizo un lenguaje sucio	0	1	2
41. He pensado en suicidarme	0	1	2
42. Me gusta hacer reír a los demás	0	1	2
43. Hablo demasiado	0	1	2
44. Tengo un carácter fuerte, es decir, decidido, firme, enérgico	0	1	2
45. Pienso demasiado en el sexo	0	1	2

46. Amenazo con hacer daño a la gente	0	1	2
47. Me gusta ayudar siempre a los demás	0	1	2
48. Falto a clase o dejo de acudir al colegio	0	1	2
49. Me siento desgraciado, triste o deprimido	0	1	2
50. Cuando hablo, grito más que los demás o impongo mi opinión levantando la voz	0	1	2
51. Consumo alcohol u otras drogas (descríbelas):	0	1	2
52. Procuro ser amable con los demás	0	1	2
53. Disfruto cuando alguien cuenta un buen chiste	0	1	2
54. Me tomo la vida con calma	0	1	2

**Por favor, escribe a continuación cualquier otra cosa que describa tus sentimientos, conductas o intereses (no es necesario que contestes si no lo crees oportuno):**

---

---

---

---

---

---

---

---

**MUCHAS GRACIAS POR TU PARTICIPACIÓN**

## Anexo 2. CFA de los instrumentos del estudio. Parámetros estimados

Tabla 50

Escala de autoestima: parámetros estimados (modelo 3)

		Saturación	S.E.	C.R.	p	Saturación estandarizada
Autodesprecio	2. A veces pienso que no sirvo absolutamente para nada	1.207	.034	35.804	***	.789
	6. A veces me siento realmente inútil	1.205	.035	34.607	***	.744
	8. Desearía sentir más aprecio por mí mismo	.860	.037	23.415	***	.483
	9. Tiendo a pensar que en conjunto soy un fracaso	1.000	+	+		.719
Autoconfianza	1. En general, estoy satisfecho conmigo mismo	.734	.029	24.916	***	.552
	3. Creo tener varias cualidades buenas	.629	.024	25.969	***	.562
	4. Puedo hacer las cosas tan bien como la mayoría de las personas	.786	.028	28.326	***	.621
	5. Creo que tengo muchos motivos para sentirme orgulloso	1.000	+	+		.721
	7. Creo que merezco ser valorado al menos lo mismo que los demás	.483	.029	16.805	***	.353
	10. Tengo una actitud positiva hacia mí mismo	.986	.034	29.138	***	.656

+ Este peso de regression estaba fijado a 1.000, por lo que no hubo estimaciones.

\*\*\* El peso de regression es significativamente diferente de cero a nivel 0.001 (dos-colas).

Tabla 51

*Youth Self-Report: parámetros estimados (modelo 2)*

		Saturación	S.E.	C.R.	P	Saturación estandarizada
<b>Aislamiento</b>	19. Me gusta estar solo	1.000	+	+		.476
	28. Soy reservado o me guardo las cosas para mi mismo	1.643	.111	14.747	***	.564
	32. Soy tímido	1.448	.103	14.050	***	.479
	39. Soy desconfiado	1.013	.082	12.284	***	.373
<b>Cond. delictiva</b>	9. Destrozo mis cosas	1.000	+	+		.434
	10. Destrozo las cosas de los demás	.827	.047	17.767	***	.485
	12. Desobedezco en el colegio	1.594	.100	15.923	***	.507
	17. Me meto en muchas peleas	1.400	.084	16.717	***	.590
	18. Suelo andar con chicos que se meten en problemas	1.482	.093	15.868	***	.528
	23. Ataco físicamente a la gente	1.093	.067	16.398	***	.542
<b>Agres. verbal</b>	46. Amenazo con hacer daño a la gente	1.069	.067	15.946	***	.509
	1. Discuto mucho	1.000	+	+		.502
	27. Grito mucho	1.636	.078	20.953	***	.706
	36. Soy cabezota	1.011	.062	16.305	***	.432
	43. Hablo demasiado	1.076	.063	16.964	***	.461
	44. Tengo un carácter fuerte, es decir, decidido, firme, enérgico	.856	.061	14.145	***	.360
<b>Depresión</b>	50. Cuando hablo, grito más que los demás o impongo mi opinión levantando la voz	1.274	.063	20.308	***	.637
	4. Me siento solo	.865	.030	28.779	***	.596
	5. Me siento confuso o incapaz de comprender las cosas	.749	.033	22.996	***	.475
	6. Lloro mucho	.712	.038	18.579	***	.383
	8. Deliberadamente he tratado de hacerme daño a mí mismo o suicidarme	.536	.023	23.028	***	.475
	13. Pienso que nadie me quiere	1.007	.030	34.038	***	.711
	15. Pienso que no valgo para nada o que soy inferior	.967	.027	35.510	***	.746
	20. No les gusto a los demás	.636	.024	26.238	***	.542
49. Me siento desgraciado, triste o deprimido	1.000	+	+		.731	

+ Este peso de regression estaba fijado a 1.000, por lo que no hubo estimaciones.

\*\*\* El peso de regression es significativamente diferente de cero a nivel 0.001 (dos-colas).





6. Las mujeres están mejor dotadas que los hombres para complacer a los demás (estar atentas a lo que quieren y necesitan).	1.188	.052	22.760	***	.662
8. Por su mayor sensibilidad, las mujeres son más compasivas que los hombres hacia su pareja.	1.198	.047	25.449	***	.727
11. Nadie como las mujeres sabe criar a sus hijos.	1.210	.055	22.020	***	.620
13. Las mujeres tienen mayor capacidad para perdonar los defectos de su pareja que los hombres.	1.146	.050	22.923	***	.673
15. Para un hombre una mujer frágil tiene un encanto especial.	.846	.042	20.140	***	.527
17. Las mujeres poseen por naturaleza una sensibilidad superior a la de los hombres.	1.230	.052	23.679	***	.725
21. Las mujeres son insustituibles en el hogar.	.555	.042	13.213	***	.299
24. Por naturaleza, las mujeres están mejor dotadas que los hombres para soportar el sufrimiento.	.846	.043	19.671	***	.506

+ Este peso de regression estaba fijado a 1.000, por lo que no hubo estimaciones.

\*\*\* El peso de regression es significativamente diferente de cero a nivel 0.001 (dos-colas).

Tabla 53

Molestias Sexuales (victimización): parámetros estimados (modelo 3)

		Saturación	S.E.	C.R.	P	Saturación estandarizada
Victim Peer PC SH	2. Se ha apretado contra ti con intenciones sexuales	1.000	+	+		.629
	7. Te ha parado y te ha empujado contra la pared con intenciones sexuales	.776	.024	31.846	***	.763
	8. Te ha obligado o forzado a hacer algún acto sexual más que besar	.524	.018	28.875	***	.671
	9. Te ha obligado o forzado a besarle	.715	.024	29.210	***	.681
	10. Te ha tocado, agarrado o pellizcado con intenciones sexuales	1.051	.032	32.759	***	.799
Victim Peer VV SH	1. Te ha mirado o te ha hecho comentarios, bromas o gestos guarros	1.000	+	+		.547
	3. Ha hecho bromas o creado falsos rumores sobre tu comportamiento sexual	.518	.027	19.524	***	.488
	4. Te ha llamado "marica", "lesbiana", "prostituta", "homosexual", etc.	.528	.030	17.677	***	.428
	5. Te ha enseñado el culo u otras partes de su cuerpo	.822	.035	23.417	***	.645
	11. Te ha enseñado, dado o dejado imágenes sexuales, fotografías, mensajes o notas guarros	.643	.028	23.151	***	.641
	12. Te ha escrito mensajes o dibujos sexuales (por ejemplo en los baños, en un libro, en los vestuarios...)	.495	.022	22.542	***	.615

+ Este peso de regression estaba fijado a 1.000, por lo que no hubo estimaciones.  
 \*\*\* El peso de regression es significativamente diferente de cero a nivel 0.001 (dos-colas).

Tabla 54

Molestias Sexuales (agresión): parámetros estimados (modelo 6)

		Saturación	S.E.	C.R.	P	Saturación estandarizada
<b>Agres Peer PC SH</b>	2. Me he abrazado a alguien con intenciones sexuales	1.000	+	+		.704
	6. He tirado, subido o bajado la ropa con intenciones sexuales	.951	.022	43.372	***	.863
	10. He tocado, agarrado o pellizcado a alguien con intenciones sexuales	.924	.023	39.550	***	.780
	13. He bajado o subido la ropa a alguien	1.023	.024	43.204	***	.859
<b>Agres Peer VV SH</b>	1. He mirado o he hecho comentarios, bromas o gestos guarros	1.000	+	+		.577
	3. He creado rumores falsos sobre el comportamiento sexual de otros/as	.596	.025	23.654	***	.540
	4. He llamado "marica", "lesbiana", "prostituta", "homosexual", etc.	.781	.033	23.546	***	.453
	5. He enseñado el culo u otra parte del cuerpo a otra persona	.924	.033	28.379	***	.747
	11. He mostrado, dado o dejado a alguien imágenes sexuales, fotografías, mensajes o notas guarras	.564	.020	27.861	***	.694
	12. He escrito mensajes o dibujos sexuales (por ejemplo en los baños, en un libro, en los vestuarios...)	.597	.022	26.859	***	.799

+ Este peso de regression estaba fijado a 1.000, por lo que no hubo estimaciones.  
 \*\*\* El peso de regression es significativamente diferente de cero a nivel 0.001 (dos-colas).

Tabla 55

Escala de Comportamiento Transgresivo: parámetros estimados (modelo 1)

	Saturación	S.E.	C.R.	P	Saturación estandarizada	
<b>Comp. transgresivo</b>	1. <i>El tiempo que pasas con tus AMIGOS/AS, ¿te hace descuidar las cosas que debes hacer, como por ejemplo los deberes o tareas en casa?</i>	1.000	+	+	.558	
	2. <i>¿Cuántas veces has hecho cosas poco brillantes o por debajo de tus capacidades para agradar o gustar a tus AMIGOS/AS ?</i>	.813	.037	22.124	***	.610
	3. <i>¿Cuántas veces dejas en segundo plano tus tareas académicas o sacas una nota baja para ser aceptado/a por tus AMIGOS/AS?</i>	.883	.038	22.950	***	.688
	4. <i>¿Cuántas veces desobedece a tu familia para mantener a tus AMIGOS/AS?</i>	.897	.041	21.962	***	.600

+ Este peso de regression estaba fijado a 1.000, por lo que no hubo estimaciones.  
 \*\*\* El peso de regression es significativamente diferente de cero a nivel 0.001 (dos-colas).

Tabla 56

*Escala de Comportamiento Transgresivo en Pareja: parámetros estimados (modelo 2)*

	Saturación	S.E.	C.R.	P	Saturación estandarizada	
<b>Comp. transgresivo</b>	1. <i>El tiempo que pasas con tu novio/a, ¿te hace descuidar las cosas que debes hacer, como por ejemplo los deberes o tareas en casa?</i>	1.000	+	+	.561	
	2. <i>¿Cuántas veces has hecho cosas por debajo de tus capacidades para agradar o gustar a tu novio/a?</i>	.943	.041	22.954	***	.687
	3. <i>¿Cuántas veces dejas en segundo plano tus tareas académicas o sacas notas bajas para ser aceptado/a por tu novio/a?</i>	1.131	.047	23.858	***	.757
	4. <i>¿Cuántas veces desobedeces a tu familia para que tu novio/a no te deje?</i>	.997	.045	22.303	***	.651
<b>Desequilibrio poder</b>	5. <i>Cuando estás con tu novio/a, ¿cuántas veces alguno de los dos intenta ser el que manda en la relación?</i>	1.000	+	+	.781	
	6. <i>Cuando estás con tu novio/a, ¿cuántas veces alguno de los dos tiende a hacerse cargo del otro y a decidir las cosas que se deberían haber hecho?</i>	.907	.033	27.859	***	.751
	9. <i>Cuando estás con tu novio/a, ¿cuántas veces él o ella se ha enfadado por la ropa que llevas o por los amigos y las amigas que tienes?</i>	.593	.029	20.347	***	.482
	10. <i>Cuando estás con tu novio/a, ¿cuántas veces tú te has enfadado por la ropa que lleva o por los amigos y las amigas que tiene?</i>	.549	.026	20.870	***	.494

+ Este peso de regression estaba fijado a 1.000, por lo que no hubo estimaciones.  
 \*\*\* El peso de regression es significativamente diferente de cero a nivel 0.001 (dos-colas).

Tabla 57

Calidad de las relaciones: parámetros estimados (modelo 2)

		Saturación	S.E.	C.R.	P	Saturación estandarizada
Compañía	1. Paso el tiempo libre con mi novio/a	1.000	+	+		.722
	4. Bromeo y me divierto con mi novio/a	.952	.028	33.944	***	.766
	13. Salgo y hago cosas divertidas con mi novio/a	1.141	.031	36.287	***	.829
Exp. futuro	3. Estoy seguro/a de que esta relación continuará a pesar de todo	1.000	+	+		.931
	6. Estoy seguro de que esta relación con mi novio/a irá adelante a pesar de las peleas	.960	.014	70.882	***	.903
	11. Estoy seguro/a de que la relación con mi novio/a continuará en los próximos años	1.013	.014	70.851	***	.903
Comunicación	7. Le cuento todo a mi novio/	1.000	+	+		.863
	10. Comparto mis secretos y mis sentimientos más íntimos con mi novio/a	1.051	.020	53.140	***	.877
	12. Hablo con mi novio/a de cosas que no quiero que los demás sepan	1.019	.021	48.902	***	.830
Conflicto	2. Mi novio/a y yo nos ponemos de los nervios	1.000	+	+		.645
	5. Me enfado o me irrito con mi novio/a	1.200	.040	30.123	***	.756
	8. Mi novio/a y yo pensamos de manera distinta y nos peleamos por ello	1.209	.041	29.644	***	.740
	9. Me molesta el comportamiento de mi novio/a, y a él/ella el mío	1.004	.037	26.968	***	.658
	14. Mi novio/a y yo discutimos frecuentemente	1.316	.041	32.246	***	.831
	15. Mi novio/a y yo nos picamos por cualquier cosa y parece que siempre tenemos algo por lo que discutir	1.337	.043	30.817	***	.779

+ Este peso de regression estaba fijado a 1.000, por lo que no hubo estimaciones.  
 \*\*\* El peso de regression es significativamente diferente de cero a nivel 0.001 (dos-colas).

Tabla 58

*Agresión Física en chicas: parámetros estimados (modelo 4)*

		Saturación	S.E.	C.R.	p	Saturación estandarizada
<b>Agresión leve</b>	1. <i>Dar empujones y/o agarrar fuerte</i>	1.000	+	+		.623
	2. <i>Escupir</i>	.301	.025	11.985	***	.388
	3. <i>Tirar del pelo o arañar</i>	.797	.043	18.489	***	.678
	4. <i>Abofetear, dar patadas o mordiscos</i>	1.169	.061	19.203	***	.735
<b>Agresión grave</b>	5. <i>Retorcer el brazo durante una conversación</i>	.484	.045	10.837	***	.461
	6. <i>Tirar, romper, golpear o dar patadas a las cosas</i>	1.000	+	+		.441
	7. <i>Empujar o tirar contra la pared</i>	.876	.070	12.604	***	.676
	8. <i>Golpear o intentar golpear con un objeto</i>	.760	.060	12.696	***	.516

+ Este peso de regression estaba fijado a 1.000, por lo que no hubo estimaciones.

\*\*\* El peso de regression es significativamente diferente de cero a nivel 0.001 (dos-colas).

Tabla 59

*Agresión Física en chicos: parámetros estimados (modelo 4)*

		Saturación	S.E.	C.R.	P	Saturación estandarizada
<b>Agresión leve</b>	1. <i>Dar empujones y/o agarrar fuerte</i>	1.000	+	+		.629
	2. <i>Escupir</i>	.910	.044	20.517	***	.757
	3. <i>Tirar del pelo o arañar</i>	.764	.036	21.033	***	.789
	4. <i>Abofetear, dar patadas o mordiscos</i>	.777	.042	18.715	***	.679
<b>Agresión grave</b>	5. <i>Retorcer el brazo durante una conversación</i>	.962	.036	26.701	***	.765
	6. <i>Tirar, romper, golpear o dar patadas a las cosas</i>	1.054	.071	14.859	***	.454
	7. <i>Empujar o tirar contra la pared</i>	1.000	+	+		.793
	8. <i>Golpear o intentar golpear con un objeto</i>	.973	.037	26.075	***	.750

+ Este peso de regression estaba fijado a 1.000, por lo que no hubo estimaciones.

\*\*\* El peso de regression es significativamente diferente de cero a nivel 0.001 (dos-colas).



Tabla 60

Victimización Física en chicas: parámetros estimados (modelo 3)

		Saturación	S.E.	C.R.	P	Saturación estandarizada
Victimización leve	1. Dar empujones y/o agarrar fuerte	1.000	+	+		.691
	2. Escupir	.308	.022	13.816	***	.434
	3. Tirar del pelo o arañar	.449	.023	19.553	***	.654
	4. Abofetear, dar patadas o mordiscos	.665	.035	19.122	***	.634
	5. Retorcer el brazo durante una conversación	.573	.032	18.084	***	.591
	6. Tirar, romper, golpear o dar patadas a las cosas	1.011	0.64	15.752		.450
Victimización grave	7. Empujar o tirar contra la pared	1.000	+	+		.816
	8. Golpear o intentar golpear con un objeto	.774	.059	13.138	***	.537

+ Este peso de regression estaba fijado a 1.000, por lo que no hubo estimaciones.  
 \*\*\* El peso de regression es significativamente diferente de cero a nivel 0.001 (dos-colas).

Tabla 61

Victimización Física en chicos: parámetros estimados (modelo 3)

		Saturación	S.E.	C.R.	P	Saturación estandarizada
Victimización leve	1. Dar empujones y/o agarrar fuerte	1.000	+	+		.559
	2. Tirar del pelo o arañar	.682	.040	16.935	***	.682
	3. Abofetear, dar patadas o mordiscos	.705	.047	14.968	***	.566
	4. Escupir	.791	.051	15.433	***	.533
	5. Retorcer el brazo durante una conversación	.842	0.45	18.515	***	.802
	6. Tirar, romper, golpear o dar patadas a las cosas	1.019	.063	16.132	***	.632
Victimización grave	7. Empujar o tirar contra la pared	1.000	+	+		.759
	8. Golpear o intentar golpear con un objeto	1.034	.035	29.347	***	.863
	9. Intentar asfixiar o dar puñetazos durante una conversación	1.017	.036	28.589	***	.839

+ Este peso de regression estaba fijado a 1.000, por lo que no hubo estimaciones.  
 \*\*\* El peso de regression es significativamente diferente de cero a nivel 0.001 (dos-colas).



# Anexo 3: Modelos explicativos de la violencia física en pareja

---

Gráfico 25

Modelo completo de agresión chicas

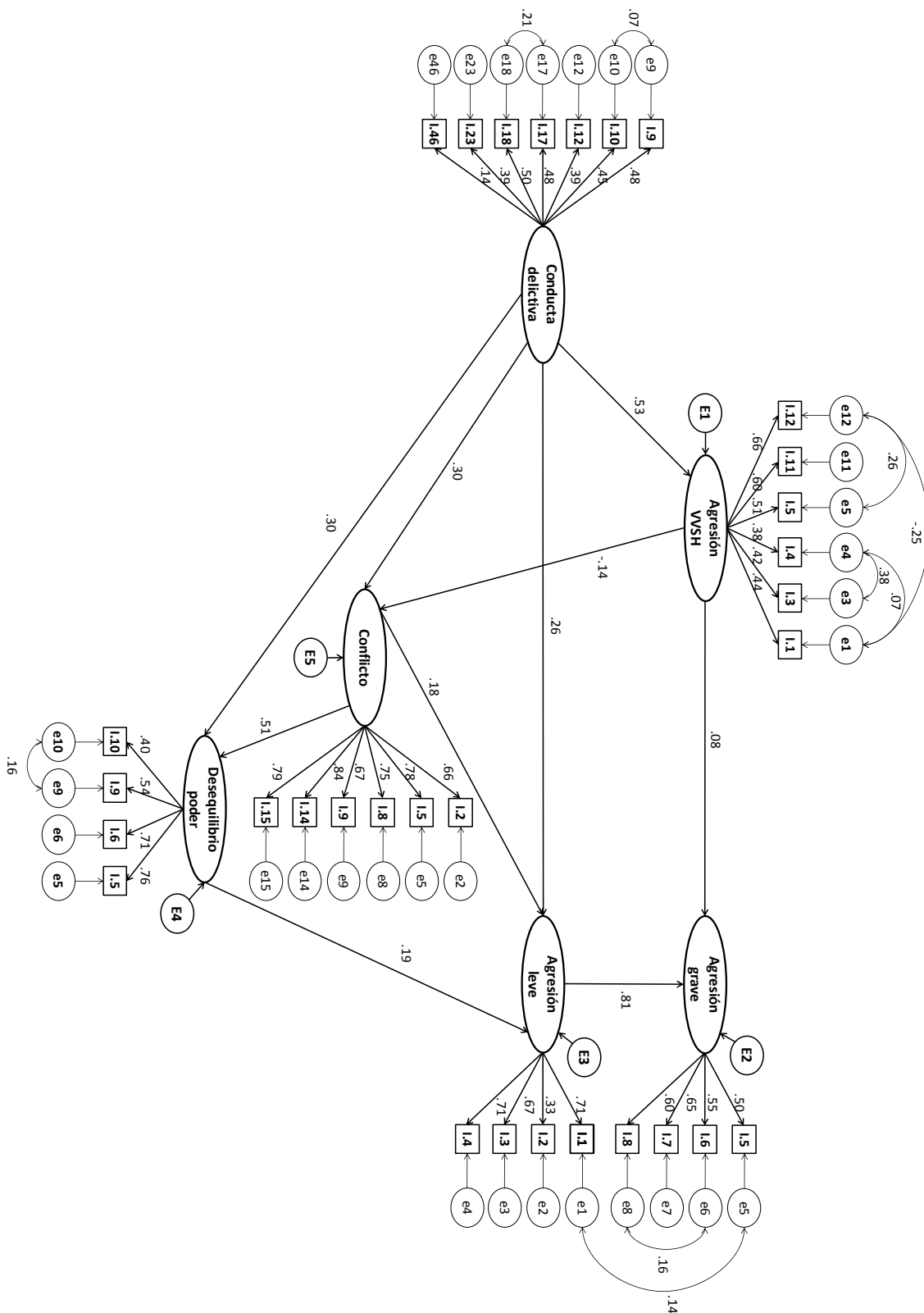


Gráfico 26

Modelo completo de victimización chicas

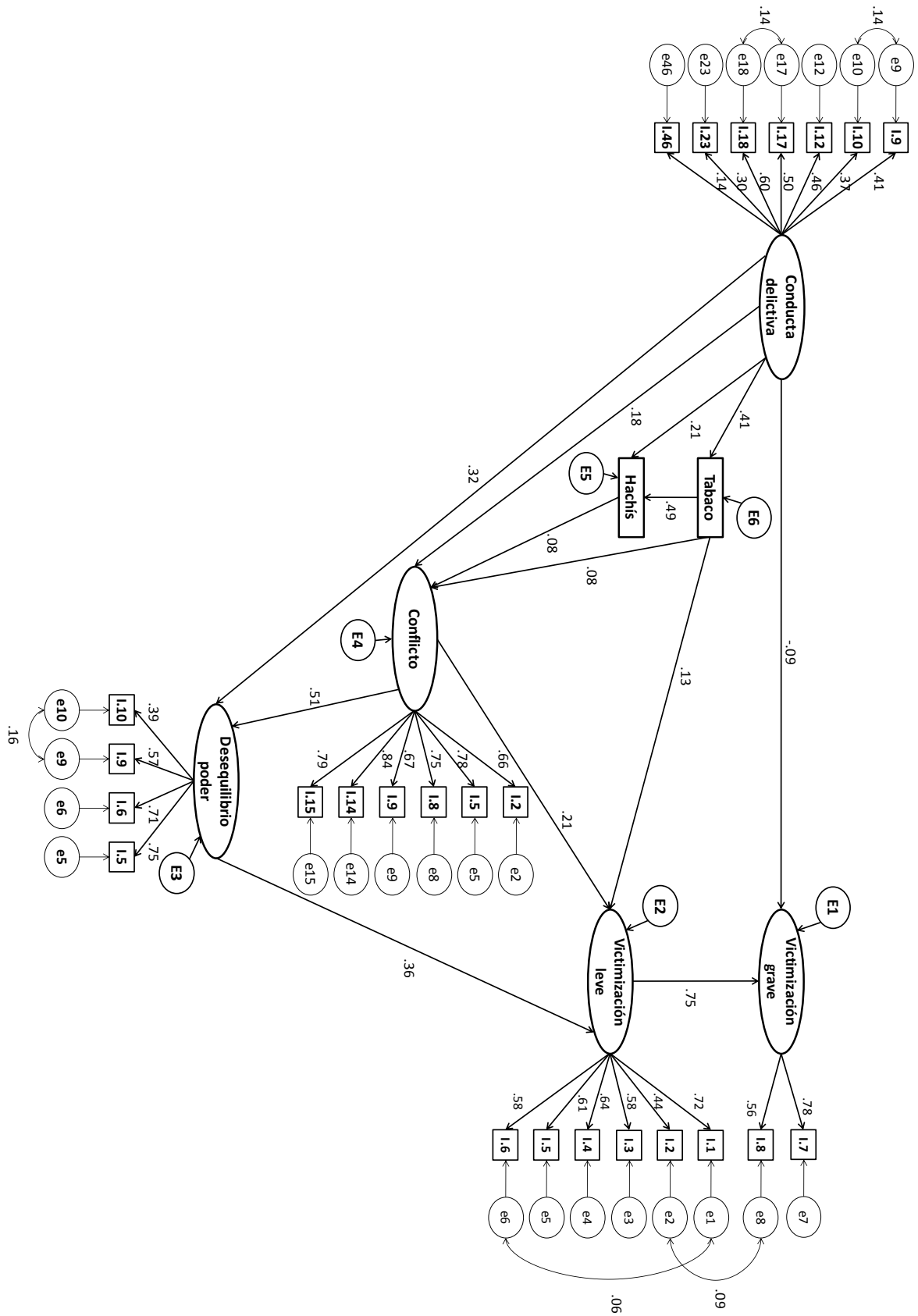


Gráfico 27

Modelo completo de agresión chicos

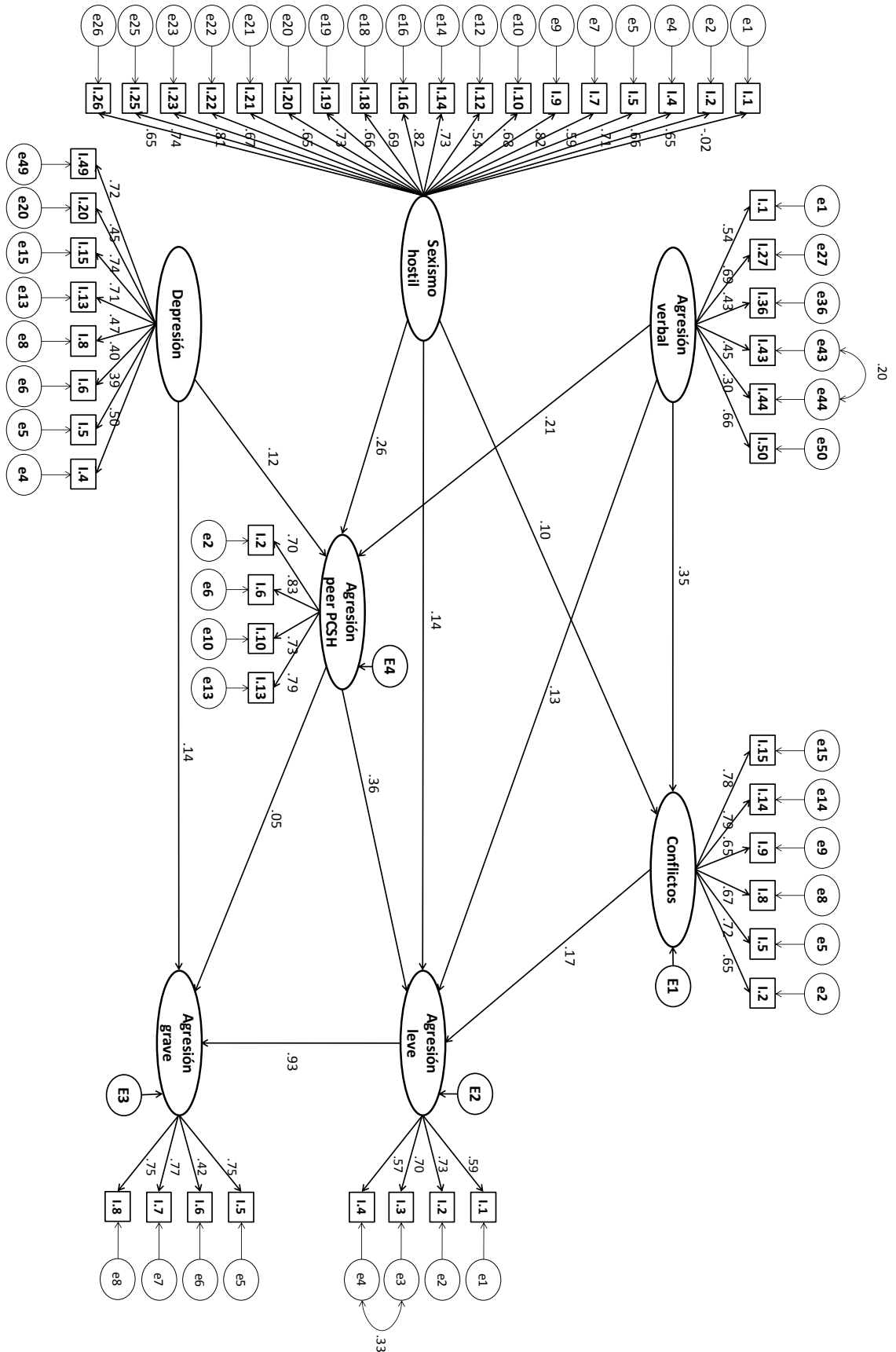


Gráfico 28

Modelo completo de victimización chicos

